

invasores de la tierra

M. Leinster
F. J. Rusell
T. Surgeon
Howard Kork
W. Tsun



GALAXIA
Ciencia Ficción

Lectulandia

Una selección de relatos cortos de calidad, respaldados por las prestigiosas firmas de: E. F. Rusell, T. Sturgeon, Howard Kock, W .Tenn y otros

Lectulandia

Anthony Boucher & Mildred Clingerman & Howard Koch & Allen
Kim Lang & Katherine MacLean & Mack Reynolds & Theodore
Sturgeon & William Tenn & Donald A. Wollheim

Invasores de la tierra

Galaxia - 29

ePub r1.0
Titivillus 31.05.16

Anthony Boucher & Mildred Clingerman & Howard Koch & Allen Kim Lang & Katherine MacLean
& Mack Reynolds & Theodore Sturgeon & William Tenn & Donald A. Wollheim, 1964

Traducción: Luis Enrique de Juan

Diseño de cubierta: Scholler

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ESTA ESTRELLA SERÁ LIBRE

Murray Leinster

El estímulo provenía de un experimento antareano sobre el desequilibrio ecológico artificial, aunque, naturalmente, la gente de las cavernas no podía sospechar esto. Se trataba de salvajes que no sentían interés por la ciencia ni, desde luego, por nada, excepto por llenar sus vientres y satisfacer otras necesidades primarias. Habitaban en una serie de cuevas en una formación de greda por encima de un río que corría a través de las primitivas Inglaterra y Francia antes de reunirse al RhIn y acabar en el mar.

Los salvajes no comprendieron el estímulo, cosa muy natural. El estímulo se hizo patente después de dos horas de haber desaparecido la nave procedente de Antares, así que no vieron relación entre ambas cosas. De todos modos, se trataba de un vago e indefinible deseo de marchar hacia el Este, un impulso al que no encontraban ninguna explicación.

Tork estaba pescando con lanza desde una roca en medio del río cuando la nave pasó por, encima de su cabeza. Se trataba de un muchacho torpe y aún con los ganglios de la adolescencia. No se hallaba todavía en condiciones de sostener una lucha con Una-Oreja, cosa que le hacía pasar muy malos ratos. Una-Oreja era el Jefe varón de la colonia de cuevas del acantilado sobre el río, y deseaba echar a Tork de allí o matarle, y Tork tenía que mantenerse en guardia continuamente. Pero se sentía a seguras encaramado en su roca.

Había acabado de traspasar con su lanza a un hermoso ganoideo cuando oyó un grito de terror procedente de la orilla. Echó una ojeada a su alrededor. Vió que Pierna-Torcida, el otro varón adulto, corría cojeando lleno de terror camino de la boca de su cueva, y vio también que Una-Oreja tiraba de la escalerilla que llevaba a su cueva a dos de sus esposas y a tres de sus hijos con objeto de llegar él primero. Los demás gritaron y se escondieron en la hendidura que primero encontraron, incluyendo la pequeña abertura en la que Tork dormía cuando se atrevía a hacerlo. Luego se hizo el silencio.

Tork miró extrañado a su alrededor. No encontraba la causa de aquella alarma producida en la orilla. Recorrió con su mirada la parte alta del acantilado. Veía los abedules, las hayas y los robles que crecían por encima de la greda. Sus ojos recorrieron el río. Los viejos contaban historias de monstruos marinos que llegaban hasta allí desde la profunda bahía (lo que sería más tarde el Canal de la Mancha). Pero la superficie del río se hallaba tranquila. Luego observó la orilla opuesta. Quedaban aún algunos ogros de cejas bajas que eran los que vivían en aquellas tierras antes de que las gentes de Tork se adueñaran de ellas. Pero Tork sabía que él podía hacerles correr o hacer que se ahogasen. De todas formas, no había ninguno a la vista.

Todo era quietud. Tork sintió curiosidad y miró hacia arriba. Entonces vio la nave.

Era de forma ovoide y estaba hecha de pulido metal plateado. Resultaba enorme, doscientos pies por trescientos, y flotaba tranquilamente a doscientas yardas por encima de las copas de los árboles. Avanzaba en la dirección del río, pero luego cambió suavemente de rumbo y comenzó a remontar el río. Estaba a punto de pasar por encima de la cabeza de Tork.

Aquello era tan extraño y tan increíble que llenó a Tork de un terror indescriptible. Se quedó helado, con una quietud de parálisis, mirando la nave. Esta no producía ningún ruido. Carecía de líneas y ángulos. Sus lados perfectamente suaves y lisos, presentaban a los asombrados ojos de Tork una reflexión distorsionada y oval del río, de sus orillas, de los acantilados y de todo el campo en muchas millas a la redonda. Pero Tork no reconoció la reflexión. Para él, la piel de aquel objeto estaba moteada y aquellas manchas temblaban de manera horrible.

La nave continuaba flotando, sin balanceos, como si su masa fuera demasiado grande para ser afectada por el suave viento. Tork permanecía inmóvil aquejado de la catalepsia del hombre que se enfrenta con algo aterrador de lo que no se puede huir y con lo que no se puede luchar. No veía los pequeños enrejados en forma de tela de araña construidos en el brillante casco. Tampoco veía los pequeños tubos, que se movían de un lado a otro, como atisbando. Ni notó que algunos de aquellos tubos convergían hacia él. Se hallaba aturdido, deslumbrado.

No ocurrió nada. La forma ovoide color de plata avanzó suavemente por encima del río. El río formaba un recodo un poco más allá, y la nave procedente de Antares continuó tranquilamente su marcha por encima de la Tierra. Poco después ganó altitud hasta llegar a la altura de unas colinas. A continuación desapareció tras ellas.

Cuando se recobró de su estupor, Tork nadó hasta la orilla cargado con sus peces mientras gritaba en tono Jactancioso que ya no había nada que temer. Entonces aparecieron cabezas, que miraron al exterior con temor. Luego aparecieron niños. A continuación, adultos. Una-Oreja se mostró el último de todos, con sus ojos ribeteados de rojo y sus barbas salvajes. Se oyeron balbuceos, pero acabaron pronto. La gente de las cuevas no podía hablar de aquello. No disponían de palabras para ello. No existían precedentes, aunque fueran que lejanos, con quienes compararla. Balbuceaban refiriéndose a su miedo, pero no les era posible hablar de la causa de ello.

Una hora después, parecían haberlo olvidado. Tork cocinó su pescado. Cuando su estómago estuvo casi satisfecho, una jovencita llamada Berry se detuvo cautelosamente a algunas yardas de él. La joven se mostraba a la vez tímida y atrevida.

—Tienes mucho pescado —dijo, señalándolo con la cabeza.

—Demasiado —respondió el joven amablemente—. Necesito una mujer que me ayude a comerlo.

El joven contemplaba a la muchacha. Se trataba probablemente de una hija de

Una-Oreja, pero ella era delgada, curvilínea y deseable, mientras que su padre era macizo, grueso y siempre estaba malhumorado. A Tork se le ocurrió una idea interesante y llena de posibilidades. Como tanteo, sonrió.

—Una-Oreja olió tu pescado —dijo la joven—, y me envía para que me des un poco de él. ¿Le digo que es una mujer si lo come?

Decir esto era una provocación peligrosa para Tork.

Los ojos de la muchacha eran expresivos, pero no demasiado burlones. Tork hizo una mueca. Llevar aquel mensaje a Una-Oreja hubiese significado un reto de combate mortal, y Una-Oreja tenía veinte años más que él y pesaba sesenta libras más que él. Entregó a la muchacha uno de los pescados, ya cocinado y lleno de grasa.

—Te regalo este pescado —dijo Tork en tono grandilocuente—: Cómetelo o regálaselo a Una-Oreja. ¡A mí me da lo mismo!

La joven cogió el pescado con manos expertas. Sus ojos se clavaron en Tork mientras volvía la espalda para marcharse. Aún volvió otra vez la cabeza cuando trepaba por la escalerilla camino de la cueva de Una-Oreja.

Precisamente en aquel momento sintió Tork el estímulo. Súbitamente, el joven deseó dirigirse rumbo al Este.

Para la gente de la cueva, los viajes eran un peligro ininterrumpido. Tenían porras y lanzas para pescar que eran sencillamente bastones con filo. Y no contaban con nada más. Los lobos no habían aprendido aún a temer a los hombres. La hiena gigantesca poblaba todavía la selva. Existían osos e innumerables bestias salvajes que ningún hombre de la tribu de Tork podía burlar subiéndose al árbol más cercano. Querer marcharse era una locura. Viajar hacia el Este, donde, según se decía, tenía su caverna un animal de fuertes dientes, representaba una verdadera insensatez. Tork acabó decidiendo no ir hacia el Este.

Pero el estímulo se mantuvo exactamente tan fuerte como entes. El joven se dijo a sí mismo los monstruosos peligros que entrañaba aquel viaje. El estímulo no los negó. No los combatió. Simplemente los ignoró. Tork deseaba viajar hacia el Este. Y no sabía por qué.

Después de media hora, durante la cual estuvo luchando consigo mismo, Tork vio que Berry salía de nuevo de la cueva de Una-Oreja. La muchacha se puso a romper nueces, preparando la cena de Una Oreja. Para ello empleaba dos piedras. Los dientes de Una-Oreja no estaban ya lo suficientemente fuertes para entendedérselas con cáscaras de nueces.

Tork la miró y, muy pronto, se le ocurrió una sorprendente idea. Notó que la muchacha le miraba furtivamente de cuando en cuando. El joven efectuó con su mano un pequeño movimiento de llamada. Después de un momento, Berry se puso en pie y se acercó al río para arrojar en él un puñado de cáscaras de nueces. Luego permaneció ociosa observando cómo se alejaban las cáscaras río abajo. La muchacha se hallaba sólo a unos cuantos pies de Tork.

—Me voy al Este —dijo Tork en voz baja— para buscar allí una cueva mejor que

ésta.

La joven le dirigió una mirada de soslayo, pero nada más. De todos modos, tampoco se movió. Tork explicó:

—Una cueva muy hermosa. Profunda y situada donde haya mucha caza.

Berry le volvió a mirar con el rabillo del ojo. Los de Tork despidieron de pronto un brillo de fuego. El joven se atrevió a decir:

—¡Luego volveré y te llevaré conmigo a ella!

La muchacha hizo un movimiento con la cabeza. Entre la gente de las cavernas, el derecho de propiedad en relación con las mujeres, incluso tratándose de hijas, precedía a todas las otras formas de posesión. Si Una-Oreja hubiese escuchado aquella invasión en sus derechos de propietario, hubiese declarado a Tork la guerra a muerte en el acto. Pero la muchacha no se movió, no se rió. Tork sintió que un profundo orgullo y una enorme ambición se desarrollaban en su interior. Después de un largo instante en que permaneció sin aliento, Berry se volvió, alejándose del agua y regresando al lugar donde partía nueces para Una-Oreja. Durante el camino, sus ojos se dirigieron de cuando en cuando a Tork. Y la joven sonrió con una sonrisa débil que parecía reflejar temor. Esto fue todo.

Pero fue lo suficiente para que Tork, media hora más tarde, se marchara llevando su porra en la mano y unos sueños en el corazón altamente románticos... y también la más sincera convicción de que se dirigía hacia el Este para encontrar una cueva donde iniciar su vida doméstica.

A causa de esto, el viaje le resultó agradable. En una ocasión, Tork fue atacado por una horda de pequeños animales semejantes a cerdos y que se parecían a los modernos pecaríes. En otra, tuvo que arrojar al río y bucear en él a causa de unos ominosos rugidos que significaban que iba a ser atacado por algo que no se detuvo a identificar. Y cuando estaba apunto de caer la noche tenía ya elegido un árbol para pasarla en él, empezó a escalarlo y se encontraba a medio camino de la rama más baja, distinguió una serpiente enroscada en una rama un poco más alta. Bajó en seguida sin despertar a la gran serpiente y caminó temblando durante tres millas — hacia el Este— antes de elegir otro árbol para dormir en él. Pero antes de dormirse; combinó con la imaginación todos aquellos incidentes de manera que resultasen heroicos, dignos de ser relatados a Berry.

Tork se levantó al salir el sol y siguió su camino. Se detuvo poco después para desayunarse con moras, dejando acto seguido aquel lugar lleno de árboles a causa de que algo que gruñía y estaba lleno de pelos atacó. A media mañana, oyó un profundo rumor que parecía sacudir la tierra y que no podía provenir sino del animal de los grandes dientes. Luego percibió unos extraños chasquidos que nunca había oído antes, y el rumor de antes cesó de pronto. A Tork se le pusieron los pelos de punta. Pero el estímulo que le hacía avanzar hacia el Este era ciertamente muy poderoso. Parecía crecer al tiempo que caminaba. Sin embargo, ningún otro ser parecía sentir aquel estímulo. Las ardillas saltaban y jugaban de rama en rama. En una ocasión vio a

un monstruoso alce —el llamado alce irlandés— cuyas astas alcanzaban una altura de varias yardas. El monstruo le miró con aire majestuoso y no huyó. Aquí, Tork fue el único que atacó, pues aunque la gente de las cavernas no disponía de armas arrojadas, el joven había aprendido a arrojar piedras con la mano. Así que marcó con piedras un círculo alrededor del gran animal.

Luego, de pronto, llegó a un terreno muy escarpado, donde no había árboles, sino muchas rocas. Habría sido un lugar perfecto para descansar. También distinguió las bocas de varias cavernas prometedoras. Si el estímulo no hubiese sido tan poderoso que nada podía hacer contra él, el joven se habría detenido para explorarlas. Pero continuó su camino. En otra ocasión, su sensible olfato percibió el olor de carroña, junto con el almizclado olor de un gran animal carnívoro. Un terrible miedo se apoderó de él. Sentía deseos de retroceder a toda velocidad. Pero el estímulo era increíblemente fuerte. Prosiguió su marcha como un poseído. Tenía libertad para caminar dando rodeo, para avanzar titubeando, para tomar todas las precauciones imaginables con objeto de no hacer ruido, y para ignorar a los animales a quienes un hombre con una porra no debía temer. Podía incluso correr... siempre que fuera hacia el Este, naturalmente. No le era posible retroceder.

El estímulo continuó creciendo. Después de algunas millas de camino Tork se convirtió en algo así como un autómata... una figura con rostro inexpresivo lleno de granos y con la piel tostada... Iba cubierto en parte con una limpia piel de animal. Llevaba su porra, y en el cinturón, el bastón afilado que le servía de lanza para pescar. Continuaba avanzando, sin parecer ver nada, ajustando sus pasos al terreno, aunque sin darse cuenta, en su camino movía grandes masas de piedras. Estuvo, durante aquella etapa, completamente a merced de cualquier carnívoro que le hubiera salido al paso.

No hizo el menor movimiento cuando vio la grande y plateada nave ovoide que el día anterior había pasado por encima de su cabeza. Marchó hacia ella con ojos vidriosos y rostro inexpresivo. Sin embargo, el aspecto de la nave era mucho más terrible colocada sobre la tierra que en el aire. Su superficie exterior era por completo un espejo. Continuaba careciendo de facciones, pues las telas de araña de sus tubos eran muy pequeñas. Pero el monstruoso tamaño de la nave se hizo ahora más evidente.

Descansaba en la tierra sobre su extremo más ancho y redondeado. Su parte más pequeña apuntaba hacia arriba. Tenía unos trescientos pies de alto... Tres veces la altura de los árboles más altos que había cerca, algunos de los cuales había roto con su peso al descender. Las ramas surgían ahora de debajo de la nave. Era un gigantesco huevo plateado de la altura de un edificio de treinta pisos y de la anchura de una manzana de ciudad. Permanecía sobre los aplastados robles sumido en un silencio totalmente enigmático, sin ningún signo de vida ni movimiento en él.

Tork anduvo hacia la nave tiesamente, sin ver ni oír nada. Llegó hasta la misma sombra que proyectaba el huevo. Luego se detuvo. El estímulo cesó de actuar

bruscamente.

Un gran terror le impulsó de pronto a correr, a huir de allí. Instantáneamente, el estímulo hizo acto de presencia. A veinte yardas del gigantesco objeto plateado, Tork se desplomó en tierra. Luego se puso en pie y, tiesamente, dirigió de nuevo sus pasos hacia la nave. De nuevo le abandonó el estímulo e inició una fuga... hasta que a veinte yardas se detuvo y regresó una vez más con ciega obediencia.

En total, intentó huir diez veces, y cada vez volvió junto a la sombra del inmóvil armatoste de forma ovoide que parecía un espejo. La décima vez que regresó quedó inmóvil, jadeante, con los ojos fuera de las órbitas. Vio su propia reflexión en la superficie del objeto. Le dirigió gritos, creyendo que era otro cautivo. Su imagen le hacía muecas, pero no emitía el menor sonido. No pudo conseguir que le contestara. Al final optó por volverle la espalda enfadado. Permaneció temblando convulsivamente, como un animal salvaje a quien se ha reducido a la impotencia.

Media hora después vio que algo se movía sobre la tierra, dirigiéndose al gran huevo de plata. Se oyó un ligero ruido y se abrió una gigantesca sección curvada del mismo. Del interior surgió un agua grasienta que produjo charcos. Tork percibió un olor como de comer. La cosa que se aproximaba, un vehículo, flotaba cercano, a seis pies por encima del suelo, con extrañas marcas sobre él y una gran masa de piel a rayas leonadas que él sabía que no podía ser más que del tigre dientes de sable, el animal de los fuertes dientes. Tork temblaba de pies a cabeza, pero sabía que no podía huir.

Poco antes de que el vehículo penetrara por la abertura del curvado casco, dos seres descendieron de la nave y se aproximaron al joven.

Este seguía temblando como una hoja. Tenía medio alzada la porra, pero se hallaba demasiado enervado para atacar.

Los seres le miraron con interés. Vestían unos uniformes como de goma que les colgaban cual si tuvieran líquido dentro. Llevaban cascos con ventanillas transparentes, por donde miraban los ojos. Pero las ventanas se hallaban llenas de agua.

Los seres venidos de Antares se detuvieron a algunos pasos de Tork. Uno de ellos enfocó un pequeño tubo hacia él y el joven, inmediatamente, pareció oír voces.

—Te hemos llamado hasta aquí para ser amables contigo. Te vimos ayer en pie sobre una roca.

Tork siguió temblando. La segunda figura le enfocó asimismo un tubo y Tork oyó otra voz. No se diferenciaba en el timbre de la anterior, naturalmente, ya que el cerebro de Tork traducía directamente a palabras las impresiones mentales; pero el joven entendió perfectamente lo que dijo la segunda figura.

—Se trata de un experimento, hombre. Venimos de una estrella muy lejana, buscando mundos que nuestra gente puede algún día necesitar. El vuestro es un buen mundo, con mucha agua. La tierra no nos importa, pero si el agua por lo tanto, tenemos intención de ser amables contigo, que vives sobre la tierra... Conocéis el

fuego, ¿verdad?

Tork observó que su cerebro asentía maquinalmente. Pensó en el fuego y en la tarea de cocinar los alimentos, y los dos seres parecieron encontrar interesantes sus pensamientos.

—Tienes inteligencia —dijo vivamente el ser que había hablado primero—, y se nos ha ocurrido llevar a cabo un experimento ecológico. ¿Cómo os alimentáis?

Tork entendió solamente la última frase. De nuevo pensó de una manera maquinal: coger nueces; buscar frambuesas; pescar con lanza valiéndose de un bastón afilado; desenterrar moluscos de la arena; agenciarse pequeños animales, tales como conejos o ardillas, valiéndose de piedras lanzadas con puntería. También pensó en Una-Oreja, que se había alimentado bien el día anterior sólo pidiendo pescado. En otras ocasiones, Una-Oreja había salido de su cueva porra en mano y gritando, hasta arrojar a Tork de junto a la comida que el joven había reunido para sí.

—Todo eso es muy incómodo —dijo la voz, que parecía divertida, en el cerebro de Tork—. Nosotros te enseñaremos la manera de obtener mucha comida. Toda la comida que quieras, y también te enseñaremos a defenderte contra los animales. Será interesante ver lo que resulta de un desequilibrio ecológico así producido. Espera aquí.

Los dos seres se alejaron —flotaban un poco por encima de la tierra, según notó el aturdido joven— y penetraron en la nave. La abertura del curvado casco se cerró tras ellos. Se oyó un silbido de aire en alguna parte. Para hombres de milenios posteriores, el sonido habría parecido producido por un tanque de agua que se llenaba para que aquellos seres que vivían en el agua pudieran nadar libremente dentro de la nave procedente de Antares. Pero a Tork, aquel sonido no le sugirió nada.

Nada ocurrió durante horas. Luego, súbitamente, Tork vio que un gran alce avanzaba firme e hipnóticamente hacia la nave de Antares. Llegó hasta un lugar situado a menos de cincuenta yardas del costado de la nave, pareciendo entonces que quedaba liberado de la atracción. El animal dio media vuelta y se alejó. Pero de pronto aminoró su marcha y se detuvo. De nuevo volvió a correr hacia la nave. A cincuenta yardas de ella, otra vez intentó escapar y de nuevo fue recapturado.

Tork observaba todo con los ojos muy abiertos.

Aparecieron conejos, que se dirigieron hacia la nave. Se podían contar por docenas, y más tarde, por centenares. El firme avance, que convergía procedente de todas direcciones, llegó a hacer un alto, en mezclada confusión, en un lugar situado a cierta distancia del gigantesco y brillante huevo.

El curvado casco se abrió otra vez, y otra vez surgió agua de su interior, así como olor a mar. Luego salieron cuatro o cinco seres, flotando sobre la tierra. Como antes, Tork vio que los tubos le apuntaban. A continuación, el joven se dio cuenta de que entendía fragmentos de conversaciones pensadas.

—Yo creo que un experimento hecho sobre tierra no puede afectar al uso que más tarde hagamos de este planeta.

A continuación, en tono indignado:

—¡Pero eso es cruel! ¡Si damos a estos seres comida ilimitada y medios de defensa, condenamos a sus descendientes al hambre y al aniquilamiento!

Otras voces parecían no opinar de la misma forma.

—Insisto en que un nuevo equilibrio ecológico dará resultado...

—Los animales de tierra no nos incumben...

—La estabilidad de la naturaleza...

—Algún nuevo factor anulará por completo el experimento...

Tork era un salvaje. Pertenecía al mundo de las cavernas y jamás en toda su vida se había puesto en contacto con una abstracción. Como lo que hablaban eran pensamientos, los percibía; incluso los entendía. Pero no hacían referencia, para él, a nada de lo que tenía en la mente o había experimentado. Así que eran como fragmentos de un sueño.

Los seres extraterrestres colocaron una especie de caja ante él. A Tork le pareció que se trataba de una piedra. Sobre ella había un dibujo de color, y el joven, tras laboriosa concentración, descubrió que se trataba de una esquema simplificado de un ser humano. Era el primer dibujo que veía en su vida. Se trataba de un retrato de sí mismo... La llave del estímulo que le había llevado hasta allí, si es que entendía bien el asunto. Pero el joven no hizo mucho caso de las voces mentales y quiso saber más cosas sobre la caja que él había tomado por una piedra.

—Este es un aparato que proyecta un deseo. Como tú eres solamente un hombre, nosotros hemos dispuesto el aparato para que éste proyectara un solo deseo: el hacerte venir al lugar desde donde ese deseo era proyectado. Te trajimos aquí afinando la proyección hacia ti. Esto te hizo desear venir aquí.

El cerebro de Tork asimiló la explicación después de un rato. Con toda paciencia, las voces mentales corregían sus impresiones. Luego continuaron:

—Este aparato no proyecta solamente ese deseo, sino que hemos dejado variable su afinación. Cualquier ser humano puede cambiar ahora la afinación. Si te colocas al lado del aparato y piensas en un animal, el aparato se afinará con los animales de tal suerte que les hará desear venir a donde esté el aparato.

Tork pensó en el tigre dientes de sable e hizo una mueca. Las voces mentales parecieron divertidas.

—Incluso eso está arreglado —dijeron—. Mira, aquí hay un dibujo que representa a un hombre. Mírale y piensa en determinado hombre, y el aparato hará que ese hombre venga a ti. Aquí hay también un dibujo que representa a un alce. Ponlo junto al aparato y míralo, y tus pensamientos sobre el alce afinarán el aparato, así que el alce deseará venir a ti. Y los conejos...

Tork estaba asombrado. Sería bastante agradable hacer que las ardillas y los conejos —veía ahora centenares de conejos con el rabillo del ojo— vinieran hacia él para poderlos golpear en la cabeza. Pero... ¿un alce? ¿Qué podía hacer un hombre con un alce? Un alce sólo servía para pisotear matorrales y para corcovear...

—Naturalmente —continuó la voz en su mente con cierta sequedad—, también te damos seguridad contra los animales, si es que deseas hacer uso de nuestros regalos. Hemos hecho lanzas con puntas de piedra, que aprenderás pronto a imitar. Con el aparato de los dibujos, podrás atraer a animales, y con la lanza, matarlos. Además...

Las voces que sonaban en su mente continuaron hablando y hablando. Había también un arco y flechas. Había cuchillos de piedra. Habiendo sido ideados para el experimento, cada instrumento, salvo el aparato hipnótico, fue hecho a propósito para mentes primitivas.

—Nosotros los de Antares buscamos mundos nuevos para habitar en ellos. Hemos elegido vuestro mundo para hacer uso de él más tarde, y permaneceremos en él quizás un centenar de vuestros años con objeto de observarlo bien. Tenemos que comprobar los primeros resultados de lo que hacemos hoy. Luego regresaremos a nuestro mundo, y cuando volvamos más tarde podremos ver el resultado final de los regalos que te hacemos. Lo que ocurra en la tierra, naturalmente, no afectará en nada el uso que podamos hacer de los mares.

Otra voz mental interrumpió al que hablaba, protestando de que al hombre no se le concediera oportunidad de rechazar los regalos. El que daba instrucciones continuó secamente:

—Vuestra especie podrá ahora multiplicarse sin límite. Pensamos que lo que haréis será llenar toda la tierra, destruir a los animales para procuraros comida, y, por fin, destruiros vosotros mismos. Pero no estamos seguros de ello y nos pica la curiosidad. Pero puedes rehusar los regalos si lo deseas.

Tork entornó los ojos. Entendió todo aquello... un poco a medias. Pero era humano, y además, un salvaje. La perspectiva de tener comida ilimitada anulaba todas las otras posibles consideraciones. Se hallaba asustado, pero, al mismo tiempo, deseaba tener comida en abundancia. Lo deseaba por encima de todo.

Las instrucciones continuaron. Pronto comprendió Tork la bondad de aquellas nuevas lanzas, sintiéndose ingenuamente asombrado. También entendió el funcionamiento de arcos y flechas y se sorprendió más aún. Estaba excitado. Deseó usar cuanto antes aquellas maravillosas armas. También notó que aquellos seres se estaban divirtiendo a su costa.

Las figuras flotaron de nuevo en el aire, dirigiéndose hacia la abertura acuosa de la nave. La abertura se cerró. Tork quedó solo, manoseando las armas. Entonces se abrió otro gran espacio del casco de la nave. Pero la nueva abertura era una ventana y no una puerta. A través de ella se vio una gran extensión de algo transparente. Detrás había agua, y los de Antares, que ya no llevaban sus vestidos de goma, nadaban sumergidos en el líquido, mientras observaban el exterior desde el interior del gran huevo de metal.

Tork, a quien le habían dado nuevas instrucciones, examinó la bien afilada punta de piedra de una lanza, levantándola luego de la manera que le habían dicho que tenía que hacerlo. Luego recordó las afiladas piedras que había visto. Recordó que las

piedras se rompen al chocar unas con otras. Sabía que podía hacer una punta como aquella. Pero...

Se trataba de un salvaje. Anduvo hacia donde los conejos, agrupados confusamente en círculo avanzaban hipnóticamente hacia el gran huevo de plata, pero al llegar a cierta distancia de él, eran liberados y se volvían para huir... siendo alcanzados por el irresistible deseo de acercarse a él. Tork se dirigió hacia ellos con una expresión de amo.

Llevó acabo una monstruosa matanza antes de que la manada llegara hasta él. Luego vio el alce. A cincuenta yardas de la nave, el animal se detuvo, miró a su alrededor y dio media vuelta para marcharse. Pero regresó de nuevo hacia la gran nave, deteniéndose otra vez y mirando a su alrededor...

Tork mató al alce una de las veces que éste avanzaba hacia la nave en ciega obediencia al estímulo. A continuación, el joven se sintió enloquecido por el triunfo. Se recreó contemplando la carne cruda y luego volvió a acercarse a la sombra de la nave —embargado por la alegría, no sentía ya miedo— y se agachó junto al aparato que le habían regalado. Primero pensó en Berry. E inevitablemente, dedicó asimismo pensamientos a Una-Oreja ya los otros miembros de la colonia de las cavernas junto al río. Deseó que cada uno de ellos contemplara su triunfo y su grandeza. Con una masa de fresca carne cruda junto a él, gozaría de la admiración que despertaría entre ellos cuando llegasen...

Y Berry recordó de pronto que Tork se había ido hacia el Este, y quiso seguirle. Una-Oreja deseó también ir hacia el Este. De algún modo, en su confuso cerebro, el estímulo iba asociado con una noción de vastísimas cantidades de comida.

Las mujeres desearon asimismo ir hacia el Este. Al buscar inconscientemente una razón para ello, decidieron que sus hijos estarían más seguros allí. Así que toda la colonia emprendió la marcha.

No llegaron todos al huevo gigante. Pierna-Torcida sucumbió bajo las garras de una hiena gigante que intentó apoderarse de uno de sus hijos. Una mujer murió porque se cayó cuando marchaba detrás de todos. Los que iban delante, oyeron su grito, pero esto fue todo. Y un niño pequeño se perdió cuando, moviéndose como autómatas, toda la colonia caminaba con rostro inexpresivo y vacíos ojos hasta llegar a pocas yardas del sonriente y triunfante Tork. Entonces fueron liberados.

Hubo entre ellos confusión y pánico, lo mismo que había sentido Tork, hasta que el joven les atrajo de nuevo mientras les explicaba, pavoneándose, lo ocurrido. Luego los recién llegados volvieron a sentir miedo durante un rato... Pero había comida. Una-Oreja sintió que se le hacía la boca agua cuando Tork le ofreció un trozo de carne de alce. El invitado se puso en cuclillas y lo devoró, mirando a su alrededor lleno de recelo con sus ojos ribeteados de rojo por si alguien andaba cerca. Pero hubo comida para todos. Y, además, había armas.

Tork las repartió con ademán expansivo. Algunos niños de poca edad mataron conejos. Y las mujeres usaron los nuevos cuchillos para desollarlos.

Llegaron más seres humanos. No eran miembros de la tribu de Tork, pero, afortunadamente, los de Tork estaban tan ahítos cuando llegaron los extraños que no sintieron tentaciones de alzarse en armas para matarles. Aullaban de risa cuando los recién llegados eran liberados del yugo, ante su momento de pavor y ante su huida; ante su vuelta otra vez y ante su nueva liberación y pánico. A continuación, con enorme alegría, lo explicaron todo y ofrecieron comida. Los recién llegados se atracaron a su vez. Tras de la gran ventana transparente, los de Antares nadaban y observaban. Los de Una-Oreja enseñaron las nuevas armas a los extraños. Estos quisieron probarlas. Tork, lánguidamente, llamó a más animales para hacer una demostración... y para tener más comida.

Fue la fiesta más alegre que se había conocido nunca en la breve vida que el hombre llevaba sobre la Tierra. Al final del segundo día, no menos de cincuenta humanos se recreaban ante más comida de la que habían visto en toda su vida, o bien dormitaban con el ruidoso sueño del hartado. Los de Antares, mientras tanto, observaban.

En la mañana del tercer día, la nave, sin dar la menor noticia, se alzó del suelo y subió rumbo al cielo. A mil pies de altura, se inclinó oblicuamente hacia el oeste, hacia el gran océano, por el que estaba tan interesado el grupo explorador procedente de Antares.

La primera reacción de los humanos ante la partida de la nave fue de pánico. Pero Tork fue hasta la caja, la piedra-que-llama-a-los-animales, y ensayó en ella un nuevo dibujo. Pensó en el gracioso y tímido cierno. El aparato hizo acudir allí a un rebaño de animales con manchas, y la gente de las cuevas los mató y se tranquilizó.

El festín habría durado indefinidamente, pero Tork era un salvaje y, por lo tanto, parecido a un niño. Mantuvo los alrededores del campamento tan lleno de animales comestibles, que otros seres acudieron allí por su propia cuenta para hacerse con aquellas presas. Cuando se oyó el feo gruñido del oso de las cavernas, el terror se apoderó de la gente. Cogieron las armas y la comida que pudieron y huyeron. La mayoría de ellos se esparcieron por los alrededores.

Pero la tribu de Tork, naturalmente, permaneció unida, dirigiéndose de nuevo hacia su domicilio habitual. Tork llevaba la piedra-que-llama-a-los-animales.

Tork y Berry convencieron a los nuevos miembros de la tribu de que no debían mirar a Berry codiciosamente. En realidad, Berry usó una lanza para convencer del todo a un admirador de ella que atacaba demasiado fuerte a Tork valiéndose de una porra. Pero, sin embargo, cuando Tork tomó posesión de una caverna que había quedado vacía en el acantilado, Berry lanzó unos cuantos chillidos completamente convencionales al ser arrastrada por el joven hacia el interior para iniciar su vida en común.

El padre de Berry. Una-Oreja, no se presentó a rescatarla. Se hallaba a punto de reventar por la mucha carne de ciervo que había comido y se limitó a contemplar con ojos tolerantes y soñolientos cómo su hija era raptada en su presencia. De todos

modos, sabía que la joven utilizaría una lanza o un cuchillo contra él o contra quien interviniera, así que optó por eructar y echarse a dormir.

De esta forma Tork y Berry quedaron casados. Pero el final del experimento de Antares no había llegado aún.

Los que habían sido llamados a la sombra del huevo de plata y luego libertados de su poder, se desperdigaron por la Tierra. La mayoría de ellos no se unieron a la tribu de Tork. Poseían ahora nuevas y modernas armas que no tenían precio. Estos, por su cuenta, llevaron a cabo algunos asesinatos. Los que tenían lanzas y flechas del último modelo resultaban unos superhombres. Con el tiempo, se dieron cuenta de que el hombre que más practicaba y que más habilidad tuviera con el arco y las flechas se hallaría en mejor situación para ganar esposas y ganar influencia en la generación siguiente. Así que cada humano que veía u oía hablar de las nuevas armas, las deseaba apasionadamente.

Pero, siendo humanos y salvajes, no se les ocurría hacérselas ellos mismos, sino que intentaban quitárselas a Tork y a su tribu. Al principio, llegaban al punto del acantilado y preguntaban ingenuamente por las nuevas armas. Durante un corto tiempo, Tork se sintió halagado y contestaba con amabilidad. Pero luego empezó a tornarse descortés. Llegó incluso a mostrarse duro. No quiso dar más explicaciones. Los envidiosos parecían desesperados. Robaron una lanza aquí, una flecha allá... Tork tuvo que establecer una barrera de pedernal, no permitiendo visitas al pueblo. Ahora era incuestionablemente el jefe. Una-Oreja se había puesto demasiado gordo y no podía ni cazar ni luchar. Y entonces aparecieron de vez en cuando ladrones furtivos en el pueblo. Algunos habían viajado durante semanas a través de peligros sin cuento sólo con la esperanza de arrastrarse por el suelo para robar una lanza, un cuchillo de pedernal o una punta de flecha. Desplegaron una gran habilidad en aquella manera de robar.

Llegó el día en que la propia lanza personal de Tork fue robada por alguien que entró por la boca de su propia caverna. El ladrón era un joven perteneciente a una tribu desconocida que había aparecido procedente no se sabía de dónde.

Se arrojó sobre la lanza, la cogió y se marchó con ella. Luego nadó buceando, subiendo a la superficie sólo para respirar, hasta que estuvo tan lejos que las piedras que le arrojaban no podían llegar a él. Las flechas con punta de piedra eran demasiado preciosas para ser arrojadas al río. El ladrón consiguió escapar.

Algo tenía que hacerse. Tork necesitaba aquella lanza. Berry, que ya llevaba varios meses de esposa, le riñó ásperamente por su descuido. Tork se metió en lo más profundo de la cueva para reflexionar. La piedra-que-llama-a-los-animales estaba allí.

El joven la miró tristemente, pensando en los muchos animales que le había proporcionado...

Y Tork, el hombre de las cavernas, tuvo la inspiración, de la manera inconsciente con que el hombre logra sus grandes triunfos, que determinó el futuro de la raza humana.

En la Tierra se encontraba una nave procedente de Antares. Flotaba sobre los océanos de la Tierra con vistas a colonizarlos más tarde. La civilización de Antares tenía ya cien mil años y se hallaba muy avanzada. A los hombres les habían dado lanzas de pedernal y cuchillos y flechas sólo como un experimento. Para ver lo que sucedía. Pero Tork tuvo una inspiración. Pensó en los de Antares mientras se agachaba junto a la piedra-que-llama. Se trataba de la mayor inspiración que ningún hombre ha tenido nunca. Pero, debido a ella, acaso la Tierra sería con el tiempo una colonia de Antares, y el hombre... el hombre sería a lo sumo un animal tolerado en los continentes que los de Antares no utilizaran.

Tork, en cuclillas junto al aparato que le habían regalado los de Antares, recordó a los antareanos vestidos con sus trajes llenos de agua. Luego pensó en ellos tal como les había visto a través de la enorme ventana transparente, nadando dentro del aquarium gigante que era la nave y mirando a los hombres de las cavernas. El esfuerzo que hacía le resultaba penoso.

Pronto llamó a Berry para que la ayudase a pensar. Pero Berry no tardó en sentirse impaciente. Tenía trabajos caseros por hacer. Acabó por decir a Tork que debía de tener un dibujo que mirar. De esta forma podría seguir pensando en ellos sin esfuerzo.

Desde hacía tiempo, un pasatiempo de los niños de las cavernas era extender la mano, con los dedos separados, sobre una pared, e irlos delineando con un trozo de carbón. Salía el dibujo, muy reconocible, de una mano. Tork intentó dibujar la imagen que recordaba del aspecto de los Antares sobre la pared. El resultado no fue muy satisfactorio, pero de esta forma le era fácil seguir pensando en ellos.

Berry puso defectos a su dibujo e incluso lo cambió, mejorándolo. Poco después, Una-Oreja, jadeando, se presentó amistosamente en la cueva de su yerno y fue informado de la empresa. Su agudos ojos bordeados de rojo encontraron defectos incluso a los trazos de Barry. Fue el primer crítico de arte de la raza humana. Aparecieron otros miembros de la tribu. Algunos de ellos criticaron, otros intentaron hacer dibujos por su cuenta... Empezó una sesión continua de esfuerzo artístico... y todos pensaron, durante todo el tiempo, en los de Antares.

Naturalmente, los de Antares sintieron el estímulo. Quizás fuera débil al principio. Pero los recuerdos que guardaba la tribu referentes a ellos fueron haciéndose más agudos conforme mejoraba el dibujo. La afinación del aparato mejoró. Y el impulso que les llamaba hacia el mismo fue más fuerte. Al principio era sólo una molestia. Más tarde se hizo insoportable.

Así que llegó un día en que el gran huevo de plata apareció en el cielo rumbo al oeste. Se dirigió rápidamente, sin desviaciones, hacia el pueblo del acantilado. Aterrizó sobre la tierra sólida que había encima de las cavernas. En cuanto aterrizó quedó en el espacio donde la llamada no operaba y la tripulación quedó liberada del estímulo. La nave se puso en movimiento de nuevo. Pero otra vez cayó dentro del poder de atracción del aparato que los mismos antareanos habían hecho. Volvió, se

marchó, volvió, se marchó, volvió...

Pronto quedó inmovilizado sobre la plataforma que había sobre el río. Tork, radiante, fue al encuentro de los seres que surgieron de la nave. Dos figuras, amenazadoras, flotaron dirigiéndose hacia él. En el cerebro del joven sonaron voces muy irritadas. Una de ellas dijo en tono severo:

—¡Hombre, no debes emplear el aparato de llamada para llamarnos a nosotros!

—Necesitamos más lanzas —contestó Tork tan radiante como antes—... y arcos, lanzas y cuchillos. Así que os he llamado para pedirlos que nos los deis.

En la mente del joven penetraron pensamientos coléricos. Los de Antares se mostraban iracundos. Tork no les comprendía y les miraba inexpresivamente. Más individuos salieron de la nave. Tork entendió algunos fragmentos de su conversación.

—¡Como consecuencia de lo que habéis hecho, no nos podemos marchar de aquí! No tenemos libertad para cruzar el espacio...

Otra voz dijo en tono furioso:

—¡No debemos permitir que simples animales nos retengan prisioneros! ¡Debemos matarlos!

Y otra voz, más razonable, añadió:

—Lo mejor será destruir el aparato. Con esto será suficiente. Después de todo, el experimento...

Entonces una voz seca preguntó:

—¿En dónde está el aparato?

Los antarianos se impacientaron. Tork aguardaba lleno de esperanza que le entregaran lanzas, cuchillos y puntas de flecha. Se daba cuenta de que estaban celebrando una conversación altamente técnica. Los de Antares localizaron el aparato. Estaba en el fondo de un precipicio del acantilado, debajo de la nave. Pero para que uno de Antares fuera a buscarlo tenía que quedar libre de su poder. ¡Y no podía quedar libre de él!

Una perentoria voz mental sugirió que podían llamar a los humanos... para que fueran allí, lejos del aparato. Pero la misma objeción de antes se aplicaba a ellos. Para meter el aparato en el interior de la nave, los humanos de las cavernas tenían que quedar libres de su poder... y tampoco podían. Era un perfecto final en tablas. Los de Antares estaban cogidos en una trampa.

Consideraron incluso la idea de volar el acantilado con objeto de destruir aquel objeto que habían regalado a Tork. Pero cualquier cosa que empleasen para destruirlo volaría asimismo la nave. La civilización de los de Antares, que tenía cien mil años, se hallaba indefensa ante los ingenuos deseos del hombre de las cavernas, que deseaba sencillamente más piezas de pedernal pulimentado.

—Hombre —dijo una voz en la mente de Tork—, ¿cómo habéis podido mantener vuestro pensamiento tan firmemente sobre nosotros como para poder llamarnos?

—Hicimos dibujos que os representaban —contestó Tork lleno de alegría—. No fue muy fácil hacerlos, pero lo logramos.

Le miraron con admiración; Siguió un penoso silencio. Luego, una voz mental dijo con amargura:

—Te daremos lanzas y flechas, hombre, si destruyes esos dibujos.

—Lo haremos con mucho gusto —prometió Tork con viveza—, ya que ahora podemos dibujarlos otra vez siempre que os necesitemos.

Al joven le pareció oír gemidos en el interior de su cabeza. Pero los de Antares eran civilizados a pesar de todo.

Al joven le pareció también oír risas irónicas. Y la voz seca de antes dijo dentro de su cabeza:

—Quedamos en eso. Ve a borrar los dibujos que nos representan. Y nosotros os daremos lo que deseáis. Luego nos podremos marchar.

—¡Y... no te será posible llamarnos nunca más, hombre! Teníamos intención de quedarnos en este planeta durante un centenar de vuestros años, y si nuestro experimento hubiera resultado demasiado malo para vosotros, lo habríamos detenido. Pero ahora no correremos ese riesgo. Vuestra especie es de tierra, y la nuestra de mar, pero ahora pensamos que lo mejor es que desaparezcáis. Os hemos dado los medios para que os destruyáis vosotros mismos. Partiremos y dejaremos que lo hagáis. Ahora ve a borrar los dibujos.

Tork, sintiéndose muy feliz, penetró en la cueva y mandó borrar los dibujos que representaban a los de Antares. Una hora después, la nave se marchaba, y esta vez se alzó directamente hacia el cielo, como para no volver más.

Al principio, Tork vivió feliz con su gran cantidad de pedernal pulimentado. Pero dos meses después sobrevino el desastre. Los dibujos de animales, tan necesarios para usar el aparato de los de Antares, fueron alcanzados por las llamas de una hoguera para cocinar y se quemaron. Hubo un luto general y Tork y Berry, ayudados por toda la tribu, intentaron con todas sus fuerzas atraer de nuevo a la nave para que les suministrara un suplemento fresco.

Pero la nave no apareció.

Esto significaba una catástrofe: ya no podían atraer animales para matarlos. Pero Berry sugirió entonces que se pintaran los dibujos quemados sobre las paredes de la caverna, y de nuevo se intentó la tarea de crear obras de arte, empujados por el motivo que ha producido la mayoría de las grandes obras de arte de la Tierra... o sea el procurarse comida.

El aparato de los antareanos produjo tan buenos resultados con los dibujos hechos por la propia gente de las cavernas como los producía con los dibujos que los propios habitantes de Antares habían proporcionado. Pero, naturalmente, los de Antares no se enteraron de esto porque se habían marchado del planeta...

Tork y Berry vivieron muchos años y tuvieron mucha descendencia, toda la cual alcanzó una gran prosperidad debido en su mayor parte al experimento de los de Antares. Naturalmente, el experimento no fue terminado. Llegó un tiempo en que la tribu del pueblo del acantilado creció tanto que faltó espacio para todos sus

miembros. Fueron enviadas colonias a otros lugares, y también prosperaron esas colonias, y cada colonia llevaba consigo tres distintos resultados del experimento sobre el desequilibrio ecológico realizado por los de Antares.

Uno de ellos fueron las armas de piedra, que con el tiempo, y tras penoso aprendizaje, lograron fabricar ellos mismos. Otro resultado fue la creencia en que no era más que un sencillo truco la tarea de llamar animales para ser matados. El aparato procedente de la nave de los de Antares, guardado en un rincón trasero de la cueva de Tork, quedó con el tiempo cubierto de basura y fue olvidado dos generaciones después.

Como no necesitaba atención, no se la prestaban. Más tarde, cuando su poder se hizo más débil, nadie pensó en desenterrarlo y maniobrar con él. Y el tercer resultado del contacto de la tribu de Tork con los antareanos fue la práctica de dibujar y pintar animales sobre las paredes de las cavernas. El arte de aquellos artistas de la época del hombre de Cro-Magnon es todavía admirado en nuestros días.

El experimento continuó su desarrollo. Los hombres aprendieron a hacer armas. Pronto descubrieron el metal. Las lanzas y las puntas de flecha se hicieron de bronce, luego de hierro... y pronto la pólvora reemplazó a los arcos y sirvió para llenar armas de metal. Y más tarde aún, apareció la bomba atómica. Y en la línea del arte, hubo un Praxíteles, un Rodín, un Miguel Ángel y un Picasso... Y las consecuencias del experimento continuaron desarrollándose...

Sus buenos treinta mil años después de la época de Tork, los de Antares decidieron que necesitaban los océanos de la Tierra debido al exceso de población que había en algunos planetas ya colonizados por ellos. Así que prepararon una flota colonizadora. La ojeada que echaron aquí originalmente no fue completa, pero los informes que dieron fueron lo suficientemente exactos para justificar una expedición en gran escala con vistas a quedarse.

Más de dos millones de seres de Antares nadaban en las naves que se lanzaron al espacio para ocupar la Tierra. Y fue debido por completo a un accidente que los miembros una sociedad de sabios de Antares, buscando el relato de la ojeada primitiva, encontraron el informe sobre el experimento. La sociedad de sabios pidió, sin mucha esperanza de éxito, que se hiciera un esfuerzo para encontrar el rastro de la intervención que se había hecho en las leyes de la naturaleza para ver si podían obtenerse algunos resultados.

La flota de los de Antares llegó sin novedad más allá de Júpiter, dirigiéndose directamente hacia la Tierra, llena de plácida confianza. Se produjo un gran asombro a bordo de las naves cuando pequeñas naves del espacio saludaron a los recién llegados con cierta beligerancia. Los de Antares se mostraron estupefactos. ¡Si allí no había raza inteligente! De todas formas, enviaron un rayo paralizador con objeto de apoderarse de una de las naves, pues deseaban examinarla. Por desgracia, el rayo fue aplicado demasiado súbitamente y la nave de la Tierra se hizo añicos.

En cuanto a los nietos de los nietos de los nietos, etc., etc., de Tork y Berry y de

los otros hombres de las cavernas... hicieron estallar en pocos segundos la flota de Antares y luego, examinaron los restos con la mayor atención, encontrando, en su examen, unas naves para paseos interestelares que recompensaban sobradamente la única nave perdida por la Tierra. Pero la sociedad de sabios de Antares no supo nunca cuáles fueron los resultados de aquel experimento sobre el desequilibrio ecológico iniciado treinta mil años antes.

En realidad, los resultados no se conocen aún.

IMPULSO

Eric Frank Russell

Era la tarde libre de su criado y el doctor Blain tuvo que contestar personalmente al zumbador de su sala de espera. Maldiciendo mentalmente la prolongada ausencia de Tod Mercer, su factótum, el doctor tapó la probeta, tomó de debajo el tubo de ensayo con el líquido neutralizante y lo colocó en un estante.

Rápidamente, se metió una espátula de remover en un bolsillo del chaleco, se frotó las manos una con otra y dirigió una breve mirada a todo el pequeño laboratorio. Luego trasladó su alto y delgado cuerpo a la sala de espera.

El visitante se hallaba desplomado sobre un gran sillón. El doctor le observó, dándose cuenta de que se trataba de un individuo de aspecto cadavérico con ojos de pez, piel manchada y pálidas e hinchadas manos. Las ropas que llevaba no le sentaban mucho mejor que le hubiera sentado un saco.

Blain le catálogos a simple vista como un caso de úlcera perniciosa, o bien como un agente de seguros que se proponía hacerle un seguro que él no tenía intención de hacer. «De todos modos —decidió—, la expresión del hombre tiene un fantástico retorcimiento». En una palabra, que le atacaba los nervios.

—Es usted el doctor Blain, ¿verdad? —preguntó el hombre del sillón.

Su voz surgió gangosa y misteriosa, y el doctor Blain sintió un estremecimiento en su espina dorsal.

Sin esperar respuesta y con su muerta mirada fija en Blain, que se alzaba en pie ante él, el visitante continuó:

—Nosotros somos un cadáver individual con ojos de pez, piel manchada, y peludas e hinchadas manos.

El doctor tomó asiento de pronto, agarrándose a los brazos de su sillón hasta que sus nudillos parecieron como ampollas.

El visitante se aclaró la garganta lenta e imperturbablemente.

... Las ropas que llevamos no nos sientan mucho mejor que nos habría sentado un saco. Somos sin duda un caso de úlcera perniciosa o bien un agente de seguros al que usted no tiene intención de complacer. Nuestra expresión tiene un extraño torcimiento y ello le ataca a usted los nervios.

El visitante movió un ojo putrefacto que se clavó, con horrible falta de brillo, en el doctor, que parecía herido por un rayo. Luego añadió:

—Nuestra voz es gangosa y su sonido le ha producido a usted un estremecimiento en la espina dorsal. Tenemos ojos que parecen putrefactos y que se clavan en usted con horrible falta de brillo...

Haciendo un poderoso esfuerzo, Blain, con el rostro rojo y tembloroso, se inclinó hacia adelante. Sus cabellos color acero se le habían erizado en la parte posterior de

su cuello. Abrió la boca, pero su visitante se apresuró a decir palabras que él iba a pronunciar:

—¡Dios de los cielos! ¡Lee usted mis pensamientos!

La fría mirada del individuo permaneció fija en la sorprendida faz de Blain mientras éste se ponía en pie. Entonces, breve y sencillamente, dijo:

—Siéntese.

Blain continuó en pie. Pequeñas gotas de sudor le corrían por la frente y descendían por su cansado y arrugado rostro.

Con más ímpetu, en tono de advertencia, el otro repitió:

—¡Siéntese!

Blain, que sentía una extraña debilidad en las rodillas acabó por obedecer. No dejaba de mirar la sorprendente palidez de las facciones de su visitante, y al cabo tartamudeó:

—¿Quién... quién diablos es usted?

—¡Eso! —contestó el otro entregándole un recorte de periódico.

Blain lanzó al recorte una mirada indiferente, seguida de otra más atenta. Luego protestó:

—Pero esto es una noticia periodística en la que se habla del robo de un cadáver en un depósito.

—Exacto —asintió el visitante.

—Pero no comprendo —dijo Blain, cuya expresión reflejaba el mayor asombro.

—Esto —dijo el visitante señalando con un dedo sin color su fofa vestimenta—, esto es el cadáver.

—¿Qué?

Por segunda vez, el doctor se puso en pie. El recorte se desprendió de sus dedos sin fuerza, cayendo sobre la alfombra. Y el doctor permaneció mirando hacia aquella cosa que había en la silla, expeliendo su aliento con un largo silbido mientras buscaba inútilmente algunas palabras que decir.

—Este es el cuerpo —repitió el visitante.

Su voz sonaba como si pasara burbujeante a través de un espeso aceite. Luego señaló el recorte.

—No se ha fijado usted en la fotografía —continuó—. Mírela. Compare ese rostro con el que llevamos.

—¿Llevamos? —inquirió Blain, que sentía un torbellino en su mente.

—¡Llevamos! Somos muchos. Mandamos en este cuerpo. Siéntese.

—Pero...

—¡Siéntese!

La criatura sentada en el sillón metió una fría y flácida mano en las interioridades de su amplia chaqueta, sacó una gran pistola automática y apuntó con ella torpemente. A Blain le pareció que el cañón del arma abría una boca enorme.

Se sentó, recogió el recorte y miró la fotografía.

El pie de ella decía: «El difunto James Winstanley Clegg, cuyo cuerpo desapareció misteriosamente anoche del depósito de cadáveres de Simmstown».

Blain miró a su visitante, luego a la fotografía y después de nuevo a su visitante. Los dos eran el mismo, indudablemente el mismo. La sangre empezó a martillar en las arterias del doctor.

La automática cayó, titubeó, se alzó un poco una vez más.

—Sus preguntas se han anticipado —murmuró el difunto James Winstanley Clegg—. No, éste no es un caso de despertar espontáneo de un sueño cataléptico. Su idea es ingeniosa, pero no explica lo verdaderamente ocurrido.

—Entonces... ¿qué caso es éste? —preguntó Blain con súbito valor,

—Se trata de una confiscación.

Los ojos del cadáver se movieron de un modo muy poco natural.

—Nos hemos apropiado de algo —continuó el visitante—. Ante usted se halla un hombre que ha sido poseído —se permitió una sonrisa de vampiro—. Parece que, en vida, este cerebro estuvo dotado del sentido del humor.

—Sin embargo, yo no puedo...

—¡Silencio! —El arma se movió para dar énfasis a la orden—. Nosotros hablaremos y usted escuchará. Nosotros comprenderemos todos sus pensamientos.

—Perfectamente.

El doctor Blain tomó de nuevo asiento en su silla sin dejar de mirar con disimulo a la puerta. Estaba convencido de que se las había la con un loco. Sí, con un maniático... a pesar de lo de la lectura de los pensamientos, a pesar de la fotografía del recorte.

—Hace días —gargageó Clegg, o lo que había sido Clegg—, una cosa llamada meteoro aterrizó en las proximidades de esta ciudad.

—Ya lo leí —admitió Blain—. Lo buscaron, pero no lo encontraron.

—Ese fenómeno era en realidad una nave del espacio —la automática temblaba en la débil mano; el visitante apoyó el arma sobre su regazo—. Era una nave del espacio que nos trajo desde nuestro mundo, Glantok. La nave era extraordinariamente pequeña para los tamaños de ustedes, pero es que nosotros también somos pequeños. Muy pequeños. Somos submicroscópicos, y nos contamos por miríadas. No, no somos gérmenes inteligentes —el nauseabundo ser robó el pensamiento de la mente del que escuchaba—. Somos aún menos que eso —hizo una pausa para buscar palabras más explícitas—. En masa, parecemos un líquido. Puede usted catalogarnos como virus inteligentes.

—¡Oh! —exclamó Blain.

Luchaba para calcular el número de saltos que precisaba dar para alcanzar la puerta, calculándolos sin revelar sus pensamientos.

—Nosotros los glantokianos somos parásitos en el sentido de que habitamos y controlamos los cuerpos de criaturas de más bajo nivel. Vinimos aquí al mundo de ustedes, ocupando el cuerpo de un pequeño mamífero glantokiano.

Tosió, produciendo un viscoso ruido en su gáznate. Luego continuó:

—Cuando aterrizamos y salimos al exterior, un perro excitado persiguió a nuestro animal y lo atrapó. Nosotros, a nuestra vez atrapamos al perro. El animal glantokiano murió y nosotros salimos de él. El perro no nos servía para nuestro propósito, pero sí sirvió para transportarnos al interior de la ciudad y para encontrar este cuerpo. Cuando abandonamos al perro, éste se dejó caer palas arriba y murió.

La puerta de la verja produjo un súbito chirrido que puso en tensión los nervios de Blain. Unos pasos ligeros resonaron en el sendero de asfalto que conducía a la puerta principal. Blain esperó casi sin respirar, con los oídos tensos y los ojos muy abiertos.

—Tomamos este cuerpo, licuamos la congelada sangre, aflojamos las rígidas articulaciones, suavizamos los muertos músculos, e hicimos andar el cadáver. Parece ser que su cerebro fue en vida bastante inteligente y que sus recuerdos permanecían perfectamente ordenados. Utilizamos la inteligencia del cerebro muerto para pensar en términos humanos y para conversar con usted.

Los pasos que se aproximaban sonaron ya muy cerca. Blain colocó sus pies en posición firme sobre la alfombra, apretó sus manos contra los brazos del sillón y luchó para mantener bajo dominio sus pensamientos. El otro no pareció notar nada; mantenía su cadavérico rostro vuelto hacia Blain y continuaba pronunciando sus gangosas palabras:

—Bajo nuestro control, el cuerpo robó estas ropas y esta arma. Su propio cerebro muerto recordó para lo que servía el arma y nos explicó el modo de usarla. También nos habló de usted.

—¿De mí?

El doctor Blain, inclinado hacia adelante, movió sus brazos mientras calculaba si su proyectado salto le pondría lejos del alcance de la automática. Los pasos que sonaban en el exterior habían llegado a los escalones.

—No es prudente lo que hace —le advirtió el individuo que decía ser un cadáver—. Sus pensamientos son no sólo observados sino que anticipamos sus conclusiones.

Blain aflojó la tensión. Los pasos estaban subiendo la escalera.

—Pero un cuerpo muerto es meramente un sustituto —continuó el otro—. Necesitamos uno vivo, que posea toda su capacidad orgánica. Cuando nos multipliquemos, necesitaremos más cuerpos. Desgraciadamente, la susceptibilidad del sistema nervioso se halla en proporción directa con la inteligencia del sujeto.

Se aclaró el gáznate y luego tosió, produciendo el mismo liquido carraspeo de antes.

—No podemos garantizar, al ocupar los cuerpos de los inteligentes, que no les volvamos locos, y un cerebro desordenado nos resulta tan poco conveniente como uno recién muerto. Nos resulta tan inútil como una máquina estropeada le resulta a usted.

Las pisadas cesaron. La puerta del departamento se abrió y alguien penetró en el pasillo. La puerta se cerró luego. Unos pies anduvieron por encima de la alfombra

camino de la sala de espera.

—Por lo tanto —continuó el humano que no era humano—, debemos posesionarnos de los inteligentes cuando éstos se hallen tan profundamente inconscientes que no se den cuenta de nuestra invasión, y nuestra posesión debe estar completada cuando se despierten. Necesitamos, pues, la ayuda de alguien capaz de tratar a los inteligentes de la manera que nosotros deseamos, y que lo haga sin despertar sospechas de nadie. En una palabra, requerimos la cooperación de un médico.

Los espantosos ojos se hincharon ligeramente. Su poseedor añadió:

—Como no tenemos poder para seguir animando mucho tiempo este cuerpo ineficaz, debemos disponer de uno fresco, vivo, saludable, tan pronto como nos sea posible.

Los pies que sonaban en el pasillo titubearon, se detuvieron. La puerta se abrió. En aquel momento, el difunto Clegg apuntó con un pálido dedo a Blain y barbotó:

—Usted nos va a ayudar —y el dedo, se dirigió entonces hacia la puerta—. O ese cuerpo será el primero.

La muchacha que estaba en el umbral era joven, rubia, agradablemente llenita. Permaneció inmóvil, cubriéndose con una mano su pequeña boca roja y medio abierta. Sus azules ojos, muy abiertos, contemplaban con temerosa fascinación la blanqueada máscara que había tras el dedo que apuntaba hacia ella.

Reinó un momento de profundo silencio mientras el individuo cadavérico mantenía su ademán. Las facciones del mismo sufrieron un progresivo acromatismo, tornándose aún más incoloras, más cenicientas. Su pupilas —muertas bolas en unas heladas órbitas— brillantes súbitamente con repentina luz, una luz verde, infernal. El individuo se puso torpemente en pie, no sin balancearse sobre los talones primero hacia adelante y después hacia atrás.

La muchacha carraspeó. Bajó la vista y vio la automática en aquella mano escapada de la tumba. Entonces lanzó un grito agudo. Fue un grito que sugería que arrastraban su alma hacia lo desconocido. Luego, cuando el muerto vivo avanzó hacia ella, cerró los ojos y se desplomó.

Blain llegó junto a la muchacha en el preciso instante en que tocaba el suelo. Había cubierto la distancia en tres frenéticos saltos. Sostuvo el suave y moldeado cuerpo, salvándolo de recibir un golpe. Apoyó su cabeza sobre la alfombra y palmoteó sobre sus mejillas vigorosamente.

—Se ha desmayado —gruñó enfadado—. Puede ser una enferma, o quizás viniera a buscarme para que fuese a ver a un paciente. Quizás se trate de un caso de urgencia.

—¡Basta!

La voz fue imperiosa, a pesar de su fantástico borboteo. El arma apuntó ahora directamente a la frente de Blain.

—Vemos, a través de los pensamientos de usted que este desmayo es una cosa temporal. Sin embargo, resulta oportuno.

Aprovéchese usted de la situación, anestesia el cuerpo, y nosotros lo ocuparemos. Arrodillado como estaba junto a la joven, Blain miró hacia arriba, y lenta y firmemente dijo:

—¡Les mandaré a ustedes al infierno!

—¡No necesitaba usted decirlo! —replicó el individuo.

Hizo, una horrible mueca y dio dos pasos de autómeta hacia adelante.

—Usted hará lo que le digo, o bien lo haremos nosotros con la ayuda del propio conocimiento de usted y del propio cuerpo de usted. Le metemos una bala en el corazón, tomamos posesión de usted, reparamos la herida, y usted es nuestro. «¡Maldito sea usted!» —añadió robando las palabras de los propios labios de Blain. Y continuó—: Podemos hacer uso de usted en cualquier caso, pero preferimos un cuerpo vivo a uno muerto.

Mientras lanzaba una desesperada mirada a su alrededor, el doctor Blain pronunció una plegaria mental en busca de ayuda... una plegaria que interrumpió al ver la sonrisa de su antagonista, que la había entendido. Se puso en pie, alzó la inerte figura de la muchacha y la condujo, atravesando la puerta y el pasillo, a su departamento de cirugía. Lo que había sido el cuerpo de Clegg avanzó grotescamente tras él.

Tras de haber depositado suavemente a la muchacha en un sillón, Blain le frotó las manos y las muñecas y le dio de nuevo golpecitos en las mejillas. Un ligero color afluyó al rostro de la desmayada, que movió los párpados. Blain llegó hasta un armario, abrió sus puertas de cristal y sacó de él una botella de sal volátil. En aquel momento sintió algo duro en mitad de la espalda. Era el cañón de la automática.

—Olvida usted que el proceso que sigue su mente es para nosotros un libro abierto; Está usted intentando reavivar el cuerpo y así ganar tiempo.

La asquerosa forma que había detrás del arma forzó a sus músculos faciales a que hicieran una retorcida mueca.

—Deje el cuerpo en esa mesa y anestésielo —continuó.

A regañadientes, el doctor Blain apartó su mano del armario. Luego cogió a la muchacha y la depositó sobre la mesa de operaciones, encendiendo a continuación la poderosa lámpara que colgaba directamente sobre ella.

—¡Más comedia! —comentó el otro—. ¡Apague esa lámpara! Con la otra hay luz más que suficiente.

Blain apagó la lámpara. Su rostro reflejaba la mayor agitación, pero mantenía la cabeza erecta, los puños crispados.

Miró cara a cara la amenazadora arma y dijo:

—Escúcheme. Voy a hacerle una proposición.

—¡Tonterías! —exclamó el difunto Clegg, paseándose alrededor de la mesa cortos y arrastrados pasos. Como le hemos dicho antes, está usted intentando ganar tiempo. Su propio cerebro nos advierte de ello...

Se interrumpió bruscamente cuando la desmayada muchacha comenzó a

murmurar vagas palabras e intentó erguirse.

—¡De prisa! ¡La anestesia!

Antes de que se pudieran mover, la muchacha se sentó.

Una vez sentada contempló fijamente aquel horroroso rostro que maullaba y hacia muecas a un pie de su propio rostro.

Se estremeció y dijo lastimosamente:

—¡Déjenme salir de aquí! ¡Déjenme salir, por favor!

Una fofa mano avanzó con objeto de empujarla. Pero la joven se dejó caer hacia atrás para evitar el contacto de aquella asquerosa carne.

Tomando ventaja de la ligera distracción del otro, Blain deslizó una de sus manos hacia su propia espalda en busca de un atizador de adorno que colgaba de la pared. Pero el arma de fuego se alzó en el mismo instante en que sus dedos encontraban la improvisada arma y se curvaban sobre su frío metal.

—¡Qué olvidadizo! —exclamó el extraño ser mientras pequeños puntos brillaban en sus vacías órbitas—. La comprensión mental no tiene limitada su dirección. Le vemos a usted aun cuando estos ojos miren a otra parte. —La pistola se movió señalando a la muchacha—. Ate ese cuerpo.

Obediente, el doctor Blain se proveyó de vendas y ato concienzudamente la muchacha a la mesa. El cabello gris del médico estaba desordenado y su rostro cubierto de sudor mientras apretaba los nudos. Miró a la joven con valor apenas justificado y murmuró:

—Paciencia... No tenga miedo.

Echó una significativa mirada al reloj colgado de la pared. Las manecillas indicaban que faltaban dos minutos para las ocho.

—Así que usted espera ayuda —dijo la voz de una miríada de seres—. Ayuda de Tod Mercer, su criado, que debía ya estar aquí. Usted cree que podría ayudarle en algo, aunque tiene poca fe en su ingenio. En opinión de usted, posee el cerebro de un buey... Es demasiado estúpido para saber en dónde tiene su mano derecha.

—¡Es usted el diablo! —exclamó el doctor Blain al oír aquel recital de sus propios pensamientos.

—Que llegue ese Mercer. Servirá de mucho, ¡pero a nosotros! Tenemos bastante con dos cuerpos... y un tonto vivo siempre es mejor que un inteligente muerto.

Sus anémicos labios se fruncieron en una mueca que puso al descubierto unos secos dientes.

—Mientras tanto, trabaje usted con este cuerpo.

—No creo que tenga ningún otro —protestó Blain.

—Tiene usted que hacer algo. Su corteza cerebral lo grita. Dese prisa, pues de lo contrario vamos a perder la paciencia y nos posesionaremos de usted aún a costa de su salud mental.

Tragando saliva, Blain abrió un cajón y extrajo de él una mascarilla nasal. Arregló su apósito de gasa y colocó el artefacto sobre la nariz de la asustada

muchacha. Pensó que no había peligro en hacer a la joven un guiño tranquilizador. Un guiño no es un pensamiento.

Abriendo el armario una vez más, el doctor forzó a su mente, valiéndose de todas sus facultades, a recitar: «Eter, éter, éter». Al mismo tiempo acercó su mano a una botella de ácido sulfúrico concentrado. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para lograr su doble propósito. Sus dedos se acercaban cada vez más a la botella. Por fin la cogió.

Forzando a cada fibra de su cuerpo a hacer una cosa mientras mentalmente pensaba en otra, el doctor se volvió al tiempo que quitaba el tapón de cristal a la botella. Entonces quedó inmóvil, con la abierta botella en su mano derecha.

El muerto se colocó inmediatamente frente a él, arma en ristre.

—¡Éter! —Cloquearon en tono de mofa las cuerdas vocales de Clegg—. La mente consciente de usted grita: «¡Eter!», al tiempo que su subconsciente murmura: «¡Ácido!». ¿Cree usted que su inferior inteligencia puede enfrentarse con la nuestra? ¿Cree usted que puede destruir lo que ya está muerto? ¡Es usted un tonto!

La pistola automática se aproximó aún más al doctor.

—Venga la anestesia... sin más dilaciones.

Sin contestar, el doctor Blain volvió a cerrar la botella y la dejó en su sitio. Luego, lentamente, moviéndose lo más despacio que pudo, cruzó la habitación hasta llegar a un armario más pequeño, abrió éste y extrajo de él una pequeña botella de éter. Colocó la botella sobre el radiador y empezó a cerrar el armario.

—¡Quítela de ahí! —cacareó la extraña voz en un tono agudo que delataba la mayor impaciencia.

El arma emitió un tintineo de advertencia al tiempo que Blain se apoderaba de nuevo de la botella.

—De modo que esperaba usted que el radiador hiciera que el líquido se evaporase con la suficiente rapidez para que la botella estallase, ¿eh?

El doctor Blain no contestó. Tardando todo lo que le era posible, trasladó el líquido a la mesa. La muchacha, con los ojos muy abiertos por el efecto del miedo, le vio acercarse y lanzó un pequeño gemido. Blain dirigió una mirada al reloj, pero aunque fue una mirada muy rápida, su atormentador captó el pensamiento que había tras ella y sonrió.

—Él está aquí ahora —dijo.

—¿Quién está aquí? —preguntó Blain.

—Su criado, Mercer. Está ahí fuera, a punto de entrar. Percibimos el tonto vagabundeo de su débil mente. Tenía usted razón al pensar sobre la pequeñez de su inteligencia.

La puerta se abrió, confirmando lo que el visitante había dicho. La muchacha intentó levantar la cabeza. En, susojos brilló una luz de esperanza.

—Mantenga la boca de la joven abierta con algo —articuló la voz que obraba bajo el extraño control—. Utilizaremos la boca para entrar.

El visitante hizo una pausa mientras unos pesados pies se posaban sobre el

felpudo de la puerta.

—Llame a ese tonto para que venga aquí. Lo utilizaremos también.

El doctor Blain, a quien se le iban hinchando las venas de la frente, llamó:

—¡Tod! ¡Venga aquí!

Encontró una mordaza dental con la almohadilla puesta. La excitación mantenía tensos los nervios del doctor de los pies a la cabeza. Ningún arma podía disparar en dos direcciones a la vez. Si él lograba hacer que el idiota de Mercer se colocase en la posición adecuada... Si le pudiera advertir... Si él se encontraba en un lado y Tod en el otro...

—No lo intente —le advirtió el resucitado Clegg—. Ni siquiera piense en ello. Si lo hace, acabaremos por posesionarnos de ambos.

Tod Mercer penetró en la habitación. Sus pesadas suelas pisaron la alfombra. Era un hombre corpulento, y su grueso rostro de luna llena, con barba de dos días, surgía muy cerca de sus anchos hombros. Se detuvo cuando vio que en la mesa de operaciones había una muchacha. Sus grandes y estúpidos ojos pasaron de la muchacha al doctor.

—¡Hola, doctor! —dijo con voz insegura—. Tuve un pinchazo y fue necesario cambiar un neumático en la carretera.

—No se preocupe —dijo un gorgoteo irónico detrás de él—. Ha llegado usted muy a tiempo.

Tod se volvió lentamente, moviendo sus botas como si cada una de ellas le pesara una tonelada. Miró a aquello que había sido Clegg y dijo:

—Perdóneme, señor. No sabía que estaba usted aquí.

Sus ojos, parecidos a los de las vacas, recorrieron, sin demostrar el menor interés, al muerto vivo y la pistola automática. Luego se volvieron hacia el anhelante Blain. Tod abrió la boca como para decir algo. Luego la cerró. Una expresión como de ligera sorpresa apareció en su grueso rostro. Sus ojos se volvieron de nuevo para mirar hacia su costado, encontrándose otra vez con la automática.

Esta vez, la mirada no duró ni una décima de segundo. Los ojos de Tod se dieron cuenta de lo que veían, y con asombrosa rapidez, descargó sobre las terribles facciones de lo que había sido Clegg un puño como un jamón, El golpe resultó dinamita, pura dinamita. El cadáver se desplomó con un golpe que hizo retemblar toda la habitación.

—¡Rápido! —gritó el doctor—. Coja el arma.

A continuación, el doctor volcó la mesa de operaciones, con muchacha y todo, haciendo que el mueble diera un fuerte golpe al arma que aún sujetaba una débil mano.

Tod Mercer no salía de su asombro y sus ojos iban de un lado a otro. De la pistola surgió un disparo estruendoso.

La bala rozó el metálico y tubular borde de la mesa y, silbando, fue a incrustarse en la pared, arrancando un trozo de yeso de un pie de ancho.

Blain lanzó un frenético puntapié contra una débil muñeca, pero falló, pues el propietario de la misma la apartó en aquel instante. La pistola se disparó de nuevo. Se oyó un ruido de cristales en el armario más lejano. La muchacha, atada a la mesa, lanzó un agudo chillido.

Aquel grito penetró en el espeso cerebro de Mercer, impulsándole a la acción. Dejando caer una gran bota, aprisionó una muñeca, que pareció de goma bajo su tacón, logrando que los fríos dedos soltaran la pistola. Luego cogió el arma e hizo puntería con ella.

—No, si no puede usted matar eso, así —gritó Blain.

Dio un empujón a Tod Mercer para poner más énfasis a sus palabras.

—Saque a la muchacha de aquí. ¡Apresúrese, hombre por el amor de Dios!

La prisa que había en la voz de Blain no admitía espera. Mercer dejó la automática, llegó hasta la mesa y rompió las ligaduras que aprisionaban a la quejumbrosa joven. Sus enormes brazos la levantaron al fin, sacándola de la habitación.

Tendido en el suelo, aquel cuerpo robado se retorció y luchaba por ponerse en pie. Sus extrañas pupilas habían desaparecido. Las órbitas de sus ojos estaban ahora llenas de movedizos charcos de luminosidad de color de esmeralda. Su boca se abrió como si estuviera vomitando una fosforescencia de color verde brillante. ¡Las huevas procedentes de Glantok abandonaban a su anfitrión!

El cuerpo logró incorporarse, quedando con la espalda apoyada en la pared. Sus miembros se habían retorcido adoptando posturas de pesadilla. Era un terrible disfraz de ser humano. La masa color verde, de una tonalidad brillante y vívida, fluía de sus ojos, de su boca, formando serpenteantes riachuelos y luego charcos en el suelo.

Blain llegó hasta la puerta en un gigantesco salto, cogiendo al pasar la botella de éter, que estaba, sobre la mesa. Al alcanzar el umbral de la puerta se detuvo temblando. Luego arrojó la botella en medio de la verde masa. A continuación encendió su encendedor, que arrojó tras la botella. Toda la habitación se llenó al instante de llamas, formándose una hoguera infernal.

La muchacha se agarró fuertemente al brazo de Blain mientras, desde la carretera, observaban cómo ardía la casa. La joven dijo:

—Vine a buscarle a usted para que fuera a ver a mi hermano menor. Creemos que tiene el sarampión.

—Iré pronto a verle —prometió Blain.

Un «Sedan» subía por la carretera y se detuvo cerca de ellos, aunque manteniendo el motor en marcha. Un policía sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡Qué desastre! Vimos el resplandor desde una milla de distancia. Ya hemos avisado a los bomberos.

—Temo que lleguen demasiado tarde —repuso Blain.

—¿Tenía asegurado el edificio? —preguntó el policía con amabilidad.

—Sí.

—¿Todas las personas están fuera de él?

Blain afirmó con la cabeza. El policía, antes de marcharse, dijo:

—Hemos venido por aquí en busca de un loco que se ha escapado.

El «Sedán» rugió y se puso en marcha.

—¡Eh! —gritó Blain.

El coche se detuvo de nuevo.

—¿No se llamaba ese loco James Winstanley Clegg? —preguntó el doctor.

—¿Clegg? —dijo la voz del conductor desde el otro lado del «Sedán»—. Ese era el individuo cuyo cadáver desapareció del depósito cuando el vigilante volvió la espalda durante un minuto. Lo más curioso es que encontraron un perro muerto precisamente en el sitio donde había estado el cuerpo de Clegg. Los periodistas empezaron a decir que se trataba de un lobo, pero a mí me pareció un perro.

—De todos modos, el loco no es Clegg —dijo el policía que había hablado primero—. El loco se llama Wilson. Es bajito, pero de cuidado.

Alargó un brazo desde el coche y entregó a Blain una fotografía. El doctor observó el retrato a la luz de las crecientes llamas. El hombre que aparecía en él no tenía el menor parecido con su visitante de aquella tarde.

—Recordaré ese rostro —comentó el doctor devolviendo el retrato al policía.

—¿Sabe usted algo sobre el misterio de Clegg? —preguntó el chofer.

—Sólo sé que está muerto —contestó Blain sin faltar un ápice a la verdad.

Con ademán pensativo, el doctor Blain observó cómo las llamas que surgían de lo que había sido su hogar llegaban casi al cielo. Se volvió a Mercer, que estaba con la boca abierta, y dijo:

—Lo que me extraña es cómo se las arregló usted para pegar a ese individuo sin que él se anticipara a adivinar su intención, disparándole un tiro a quemarropa.

—Vi el arma y le pegué —explicó Mercer extendiendo las manos como disculpándose—. Al ver que tenía un arma, le pegué maquinalmente sin pensar en nada.

—¡Sin pensar en nada! —murmuró Blain.

Esto los había salvado.

El doctor Blain se mordió el labio inferior sin dejar de mirar la creciente hoguera. El techo se hundió con un violento crujido y del hueco surgió un haz de chispas.

—Dentro de su mente, pero no en sus oídos, sonaron unos ligeros y extraños gemidos que se fueron haciendo cada vez más débiles hasta que al cabo cesaron.

SECRETO IMPORTANTE

David Grinnell

No puedo decir si soy la víctima de una broma muy ingeniosa por parte de uno de mis amigos más maliciosos, o si accidentalmente me he enterado de un secreto de Estado. Pero lo cierto es que ocurrió, y me ocurrió a mí precisamente, mientras visitaba Washington en plan de turista, para admirar el Capitolio y los demás monumentos nacionales.

Era verano, un verano bastante cálido. El Congreso no se encontraba en periodo de sesiones y las actividades estaban en un nivel bastante bajo; la mayoría de la gente se encontraba de vacaciones. Ese día intentaba visitar el Departamento de Estado, sin saber que no sería posible, ya que no hay nada público que ver, a no ser su imponente y marcial vestíbulo (me dicen que antes era el edificio del Departamento de la Defensa). Esto no lo supe hasta que subí los escalones de mármol de la entrada principal, traspuse las enormes puertas de bronce y atravesé el gran vestíbulo, donde se cruzaban algunas personas, sin duda atendiendo asuntos importantes.

Un guardia, sentado cerca de los ascensores, empezó a moverse en dirección mía, cuando uno de los ascensores bajó y dejó salir a un grupo de personas. Dos hombres, evidentemente comisionados del Departamento de Estado, vestidos sobriamente con trajes cruzados color gris, escoltaban a tres individuos que caminaban con ellos. Estos tres últimos me parecieron bastante extraños; usaban largas capas negras y sombreros con anchas alas cubriéndoles el rostro, y llevaban sendos portafolios. Parecían caricaturistas de espías chapados a la antigua. Me imaginé que eran alguna clase de diplomáticos extranjeros, y ya que venían precisamente en mi dirección, me detuve, determinado a ver quiénes eran.

El piso de mármol estaba recién pulido. Uno de los hombres cercanos a mí pareció perder el equilibrio. Se resbaló; sus pies perdieron el contacto con el piso y cayó. Su portafolio vino a dar directamente a mis pies.

Por estar más cerca, levanté el portafolio y fui el primero en ayudarlo a ponerse en pie. Tomándolo por el brazo lo levanté del piso; parecía tener una notable debilidad de piernas y sentí como si fuera a tropezar de nuevo. Sus compañeros se detuvieron, sin auxiliarlo, con sus rostros curiosamente inexpresivos. Y aunque el hombre que ayudé a levantarse debió haber recibido un severo golpe, su rostro no alteró su gesto.

Fue entonces cuando los dos hombres del Departamento de Estado recobraron la actividad, se acercaron apresuradamente e interponiéndose entre el otro hombre y yo, me hicieron bruscamente a un lado y llevaron a su acompañante hacia la puerta, a toda prisa.

Ahora bien, lo que me preocupa no es la impresión de que el brazo del tipo bajo

la manga de su saco era curiosamente muelle, como si llevara un abrigo de pieles bajo la capa (en pleno verano), y tampoco es la impresión de que llevaba una máscara (cuya banda elástica recuerdo haber visto entre el pelo enhiesto, corto y rojizo de su cabeza). No, no es eso todo, lo cual, además, pudo haber sido una falsa impresión de mi parte. Lo que me impone, es la moneda que recogí del suelo donde cayó el portafolio.

He buscado afanosamente en todos los catálogos de sellos y monedas que he podido encontrar o pedir prestados, he inquirido con una docena de maestros e investigadores especializados en lenguajes, y nadie ha podido identificar la moneda o la inscripción que aparece alrededor de su circunferencia.

Es del tamaño aproximado de un cuarto de dólar, plateada, de peso muy ligero, pero, asimismo, muy dura. Además de la inscripción, la cual ni la Sociedad Bíblica, que conoce un millar de lenguas y dialectos, ha podido descifrar, hay un grabado en un lado y un símbolo en el otro.

El grabado es el rostro de un hombre, pero de un hombre con curiosas facciones de lobo: los dientes caninos y agudos entreabiertos en lo que puede ser una sonrisa; una nariz aplastada, ancha y algo prominente, más bien como la de un perro; ojos como de lobo, agudos y separados, y orejas claramente peludas y puntiagudas.

El símbolo del otro lado es un círculo con líneas de longitud y latitud. Flanqueando el círculo, una de cada lado, aparecen dos lunas en cuarto creciente.

Me gustaría saber hasta dónde han llegado los experimentos de cohetes enviados a Marte y a Venus.

UNA ANGUILA POR LA COLA

Allen Kim Lang

La bailarina exótica se materializó durante el primer periodo de clases de física en la Escuela Secundaria Técnica de Terre Haute.

Todo ocurrió porque el señor Tedder acababa de salir del colegio y ansiaba quedar bien en su primer trabajo de enseñanza. Le señalaron el segundo curso de física, una clase dura para un maestro novato. Sus discípulos, un conjunto de veteranos del segundo año, eran muchachos seguros de sí mismos, así como las pocas chicas de la clase. Con la esperanza de debilitar esa confianza, el señor Tedder empleó un mes de estudios especiales, después de las horas de clase, para estudiar un artículo acerca del Efecto de Ziegler. También esperaba, aunque con más empeño que fe, que una demostración del Efecto de Ziegler sacudiera a la clase lo suficiente como para mantenerlos despiertos. Sobre todo, el señor Tedder sentía que sería muy edificante para los chicos el presenciar un fenómeno eléctrico que aún no era bien entendido por los mejores físicos teóricos de tres planetas.

El señor Tedder deseaba dar un buen espectáculo a la clase. Por tanto, con más sentido dramático que buen sentido común científico, unió los tres solenoides con un alambre pesado de plata, aislado, en vez de usar el alambre ligero de cobre que reportara Ziegler. Con la teoría de que si había que demostrar el efecto de Ziegler, más valía hacer una demostración en gran escala, el señor Tedder añadió una batería de las nuevas células de reacción de litio. La corriente directa de esta poderosa batería era transformada por una bobina de automóvil, antigua, pero en perfectas condiciones de funcionamiento.

Aquella mañana, la campana sonó como de costumbre, marcando el principio de la primera clase. Veinte estudiantes se encaminaron al salón de física y ocuparon sus asientos. Dieciocho de ellos mostraron una actitud que sugería que, aunque estaban preparados a aceptar estoicamente la dura prueba de una hora de duración, no permitirían que se les enseñara nada. Después de todo, el Tecnológico perdió el juego de la noche anterior ante Wabash, por tanto, ¿qué fenómeno físico podría sacudir ese triste recuerdo? Hubo un ruido de papeles cuando los muchachos de los asientos de la parte posterior sacaron de sus cuadernos de apuntes, revistas de historietas cómicas. Guenther y Stetzel, sentados al frente, sacaron hojas de papel y las encabezaron con el título: «El Efecto de Ziegler».

La clase se hundió en un silencio incómodo. El señor Tedder movió una mano, en instructivo ademán, hacia el aparato colocado encima de la cubierta de mármol de la mesa de demostraciones.

—Como ustedes pueden ver, tengo un juego de tres solenoides, o bobinas de alambre aislado, conectadas a una fuente de corriente alterna. Una descarga súbita de

esta corriente, a través del solenoide del exterior, dará a una barra de aleación de hierro y cerio, colocada en el centro del aparato, un impulso hacia un movimiento horizontal. —Stetzel y Guenther tomaban nutridas notas en sus libretas de apuntes. El resto de la clase estaba dividido entre aquellos estudiantes que subrepticamente se sumergían en la lectura de «La Patrulla del Espacio» y los que tranquilamente se dormían.

El señor Tedder continuó:

—Los movimientos iniciales de la barra de aleación serán frustrados por la acción de un segundo solenoide colocado dentro, y en ángulo recto con el primero. Una tercera bobina, dentro y en ángulo recto con los otros dos, completa el proceso.

—La fórmula del embobinado de los tres solenoides es de 476: 9:34. —Stetzel y Guenther anotaron rápidamente los números; Ned Norcross, en la última fila, se agitó entre sueños, y dos miembros de la generación del 96, que compartían un volumen de «La Patrulla del Espacio», estuvieron de acuerdo en volver la hoja.

—Lo que ocurre a la barra de hierro-cerium en este punto, es cuestión de conjeturas. Todos los observadores están de acuerdo en que desaparece. Quizá se desprende de las bobinas tan rápidamente, que ni afecta los alambres ni puede ser vista. Quizá la barra pasa a través de una fisura temporal en el sistema tridimensional que percibimos, cayendo en otra dimensión aún inconcebible. El doctor Ziegler, quien observó primeramente este efecto, se inclina hacia esta última creencia. —El señor Tedder puso sus dedos en la llave telegráfica que preparó para cerrar el circuito a través de su aparato—. Miren con cuidado —advirtió, haciendo funcionar la llave.

En el planeta vigésimo tercero de un distante sol —un planeta denominado por sus habitantes con un nombre sin equivalencia en la fonética humana—, un Joven Ser, en las etapas más tempranas de la premadurez, llenó las mentes de sus superiores con sentimientos de angustia. ¡Su maestro había desaparecido!

Ned Norcross, que asistía al segundo curso de física, por tercera vez, no tenía en su mente ni el Efecto Ziegler ni los resultados trágicos del juego de básquetbol de la noche anterior. Estaba arrellanado en su banca, repasando en sueños la topografía de una tal Honey LaRue, una bailarina desnudista que practicaba su arte noche a noche en el Club Innuendo. Norcross se enderezó sobre un codo para ver el reloj que estaba encima de la mesa de demostraciones, y abrió la boca sin dar crédito a sus ojos. Encima de la cubierta de la mesa, quitándose un guante de seda al ritmo perezoso de un tambor con sordina, danzaba Honey LaRue. El señor Tedder dejó escapar una exclamación, arrepintiéndose de inmediato por haberlo hecho. Tres días antes tomó un par de cervezas; (¿podiera ser eso la causa de una tardía alucinación?). Pero ya Honey desaparecía, llevándose consigo las bobinas de Ziegler. Una terminal de la llave telegráfica aún estaba conectada a la placa de la bobina de inducción, con el

otro alambre terminando en un pequeño nudo de plata fundida. ¡No, éste no era el efecto reportado por el doctor Ziegler, de ningún modo!

Para ocultar su confusión, el señor Tedder empezó a hablar:

—Acaban de ver ustedes el Efecto de Ziegler, en acción. Expliquen lo que han visto y serán famosos. —Ciertamente, desapareció la barra de acero-cerium y también 20,000 centímetros de alambre de plata del número 40, aislados con seda. Pero los muchachos, desde luego a excepción de Stetzel y Guenther, no lo notaron. El señor Tedder miró por sobre el hombro hacia el reloj, vio que aún faltaban quince minutos para que terminara la clase, y tomó una decisión, en interés de su cordura.

—¡Terminó la clase!

Hubo un minuto de estupefacción, mientras la noticia penetraba los sistemas nerviosos de los durmientes. Un momento más tarde, los muchachos atravesaban el salón de clases, llevando sus libros y apresurándose a salir al vestíbulo para tomar bulliciosa ventaja de su prematura libertad. Stetzel y Guenther, confirmando su posición como los alumnos más destacados de la generación del 95, se apresuraron a acercarse al señor Tedder para comprobar sus notas.

—El símbolo del cerio es Ce, ¿no es así? —preguntó Stetzel.

—Sí. Pero ahora...

—¿Cómo hizo eso, señor Tedder? —interrumpió Guenther.

—¿Qué cosa? —preguntó el señor Tedder mirando suspicazmente a Guenther. Quizá no fueron sólo las dos cervezas.

—La mujer que danzaba donde estaban los solenoides —indicó Guenther.

—Eso es lo que vi —respaldó Stetzel—. ¡Qué figura! Ciertamente, me pareció tridimensional. ¡Wow!

—Sí —aceptó el señor Tedder, cancelando su decisión de un momento antes, de renunciar a la cerveza—. Fue un pequeño truco para ver cuántos de ustedes prestaban realmente atención. Un nuevo principio óptico, ustedes saben. Ahora, si me lo permiten, tengo que preparar las cosas para la siguiente clase. Y de paso, despierten a Norcross, ¿quieren hacer el favor, antes de salir?

Stetzel sacudió de su marasmo a Norcross y salió al vestíbulo, hablando y gesticulando animadamente con Guenther. Norcross se desperezó lentamente, echó una furtiva ojeada al señor Tedder y a la ahora vacía cubierta de la mesa, y salió rápidamente del salón de clase, bajó las escaleras y se encaminó a la oficina del servicio médico.

A solas, el señor Tedder frunció el ceño ante la llave telegráfica y la batería de litio. Oprimió la llave, cerrando el circuito, y saltó una chispa. Una extraña chica apareció, bailando encima de la cubierta de mármol de la mesa de demostraciones. Nunca vio antes a esa mujer, una rubia alta, escasamente vestida... ¡Qué demonios! Allí estaba ella nuevamente.

El señor Coar, director del Tecnológico, caminaba hacia la puerta del salón de clases de física, ensayando el discurso que endilgaría a Tedder. «Joven, el

Tecnológico no aprueba la práctica de permitir a los estudiantes que salgan de las clases antes de que termine el periodo. Su estampida ha sacudido los muros de los tres pisos del edificio. ¿Qué tiene que decir a esto, señor Tedder?». Sí, eso estaría bien. El señor Coar abrió la puerta.

El señor Tedder estaba recargado en una banca de primera fila, contemplando apreciativamente a una joven precariamente vestida, que bailaba para él.

—¡TEDDER! —aulló el director—. ¡Detenga eso!

Honey LaRue se desvaneció, y el espacio entre la llave telegráfica y la batería de Litio quedó vacío nuevamente.

—¿Detener, qué? —preguntó el señor Tedder, con aire inocente.

—La práctica de permitir que la clase termine temprano a fin de que usted pueda dedicar el tiempo mirando sus... sus... —El señor Coar buscó un adjetivo apropiado, no lo encontró y terminó débilmente—: ¡sus películas!

—¿La vio usted también?

—Ciertamente que la vi. Usted vino aquí recomendado por la Universidad de Indiana, Tedder; y, francamente, no esperaba de usted estas cosas.

—Señor Coar, creo que he encontrado un nuevo fenómeno físico.

—La anatomía ya se estudiaba en el año 1600 antes de Cristo —observó el señor Coar, con la voz destilando sarcasmo—, y difícilmente puede considerarse todavía un fenómeno físico novedoso.

—Tome asiento por favor, señor. —El señor Tedder ofreció al director la cubierta de una de las bancas de la fila delantera—. Dígame, qué esperaba ver cuando entró aquí.

—Los aparatos del laboratorio de física, los tubos, alambres, bobinas y... esas cosas —enumeró vagamente el señor Coar—. Desde luego, no una... —se dejó caer pesadamente encima de la banca, con los ojos muy abiertos. En la cubierta de mármol apareció una maraña de maquinaria, una perfecta reproducción de las inciertas nociones del director en lo concerniente a los utensilios científicos.

—¿Cómo diablos hace eso, Tedder?

—Todos me preguntan eso. No lo sé. No creo que sea yo el responsable.

—Aquella chica... —Honey LaRue reapareció sobre la mesa, y el aire vibró con el ritmo seductor de los tambores— ¿...ha estado aquí antes?

—Sí, señor. Un par de chicos de la clase la vieron también.

—¿Dónde están ellos ahora?

El señor Tedder miró el reloj.

—Stetzel está en el Tercero de Latín, creo, y Guenther en la clase de Microbiología.

El señor Coar fue al aparato de intercomunicación instalado en un rincón del salón, oprimió un botón y habló a su secretaria, en la oficina.

—Ann, envíeme a los estudiantes Stetzel y Guenther. Salones 103 y 309.

—Después se volvió hacia la mesa de demostraciones concentrándose en sus

pensamientos. Una maceta de geranios apareció sobre la mesa.

—¡Cielos! ¡En eso estoy pensando!

—Extraño, ¿no es así?

—Pero no puede ser. Nada puede causarlo, ni la electricidad, ni la electrónica, ni la cibernética.

—Nada de lo que conocemos puede hacerlo, señor. ¿Qué sugiere que haga yo con esto?

El señor Coar, cogido fuera de guardia, hizo una sugestión que fue más bien intencionada que útil. Las puertas del salón se abrieron y los estudiantes Stetzel y Guenther entraron.

—Buenos días, señor Coar. ¿Deseaba vernos? —preguntó Stetzel.

—¿Vieron a una mujer aquí? —preguntó el director.

—Sí, señor —dijo Guenther—. La película, quiere usted decir.

—Así que también la vieron. Eso elimina la hipnosis colectiva —decidió ilógicamente el señor Coar, mirando de reojo al joven profesor de física.

Las puertas del salón se abrieron nuevamente, admitiendo a dos profesores. El señor Percy N. Formeller, conocido por dos generaciones de estudiantes de biología como el Viejo Preservado en Formaldehído, estaba lleno de indignación por el retiro de Guenther de su clase de Microbiología. La señorita McIntire, de la clase de latín, venía, igualmente indignada, por la defección de Stetzel, de Marcus Porcius Catón.

—Señor Coar —demandó el señor Formeller—, ¿qué significa esto? Guenther salió a la mitad de una película de *Typanosoma gambiense*, turbando a toda la clase. Era a colores —terminó acusadoramente.

—¡Y qué me dice de llamar a Stetzel durante la Tercera Guerra Púnica! —protestó la señorita McIntire.

El señor Coar se defendió:

—Tenemos aquí algo único, de posible gran valor para la ciencia. —La señorita McIntire lo miró con desprecio. Los estudiantes abandonaban el latín para dedicarse a las ciencias—. Me alegra que haya dos maestros aquí. Ustedes serán capaces de ayudarnos a arrojar alguna luz sobre nuestro problema. Espero que hayan tenido la precaución de dejar la clase en manos de monitores responsables.

—¡Por supuesto! —Disparó la señorita McIntire.

—¿De qué naturaleza es esta cosa única que mencionó el señor Coar, señor Tedder? —preguntó el viejo maestro de biología, como alguien que trata de calmar las aguas encrespadas.

—Francamente, creo que se trata de una forma de vida no terrestre —explicó el señor Tedder—. Telepática y alucinante, según parece, y definitivamente no perteneciente a este mundo.

El señor Formeller, que mantenía su suscripción de tres años de *Historias Fantásticas* como un secreto celosamente guardado, miró a su alrededor para buscar a la forma de vida ultraterrestre. Gritó. Sobre la mesa estaba un monstruo de piel

verdosa, una caricatura de ocho pies de altura del *Tyrantosaurus rex*, sosteniendo con una de sus patas delanteras a una joven núbil y poco vestida. Hubo un ruido al lado del maestro de biología, cuando la señorita McIntire cayó desmayada. Inclínándose galantemente para poner en pie a su colega, el señor Formeller dejó de pensar en el verde, alucinante y telepático *Tyrantosaurus rex*, el cual desapareció gesticulando.

El señor Coar miró hacia la desierta mesa, arrugó la frente al concentrarse y nuevamente fue gratificado con la maceta de geranios.

—¿Ven? —preguntó retóricamente—. Se convierte en cualquier cosa que se desee.

—Curioso —el señor Formeller miró hacia la mesa. Un pequeño insecto color naranja apareció. El maestro de biología se adelantó y contó los puntos de las alas anteriores.

»Seis puntos. Una real *Bipunctata* de una variedad común local, o no conozco a mis coleópteros. —Una idea le asaltó, y retrocedió volviéndose hacia el señor Tedder—. Si yo fuera usted, no me acercaría a esa cosa. Crea cosas con un propósito. Creo que este poder alucinante, como usted lo llama, es el desarrollo lógico de la coloración protectora, imitación y actitudes similares empleadas por las criaturas terrestres para eludir a sus enemigos y atrapar a su presa.

—¿Quiere usted decir que esa bestia sobre la mesa imita lo que pensamos, con la esperanza de atraernos para devorarnos? —preguntó la señorita McIntire.

—En general, sí —afirmó el señor Formeller—. No tenemos manera de saber su proceso metabólico, los patrones de pensamiento o la verdadera forma de la criatura. Su acción de crear una imagen agradable puede ser tan automática como la del *Starrkrampf reflex*, o la de la zorra al fingirse muerta.

El señor Formeller hizo una pausa, después de demostrar su erudición, y la señorita McIntire, quien se había sentado tras de una banca de la tercera fila, afirmó:

—Desearía que esa bestia fuera una criatura racional.

Hubo un remolino en el aire, encima de la mesa de demostraciones, y apareció un caballero griego, entogado. Levantó un portentoso dedo índice, declamó un breve párrafo en griego, y desapareció.

—¡Puede hablar! —Se maravilló el señor Coar.

—Dijo en griego: «Tienen una anguila por la cola» —informó la señorita McIntire.

—Algo así como agarrar a un toro por los cuernos —comentó Stetzel.

—Si me permiten —intervino Guenther— me parece que esa cosa tiene una voluntad propia. Cualquier forma que adopte, no es ambigua, como sería una imagen mental.

—Además —continuó Stetzel, con el argumento de su amigo—, puede decir cosas que no están en la mente que la hizo aparecer. Por ejemplo, el hecho de emplear el griego para expresarse demuestra que la criatura tiene poder imaginativo, así como la habilidad para leer nuestras mentes.

Percy Formeller no escuchaba. Las investigaciones psicológicas podían esperar hasta que hubiera una base buena y sólida de hechos físicos, sobre la cual descansar.

—¿Me pregunto si será carnívoro? —murmuró.

El señor Tedder asintió. Aprobaba el método del señor Formeller. Estrictamente científico.

—Tengo alguna carne en mi almuerzo —explicó el señor Tedder. Caminó cautelosamente alrededor de la mesa, permaneciendo por lo menos a cinco metros del potencial carnívoro. Si la criatura era comedora de carne, no deseaba el señor Tedder que demostrara sus hábitos alimenticios en la persona de un joven profesor de física. De vuelta a la bodega, el señor Tedder abrió la bolsa que contenía su almuerzo, quitó el papel encerado que envolvía uno de los emparedados, y sacó una rebanada de salami. Hubiera deseado que fuera un almuerzo menos plebeyo. Tal vez costillas de cerdo. En fin, el señor Tedder retornó al salón de clases, sosteniendo por una esquina la rebanada de carne, húmeda de salsa de tomate.

El señor Formeller empaló la rebanada de salami en un trozo de alambre galvanizado del número 8, que le proporcionara el maestro de física. Como un domador metiendo un trozo de carne de caballo en una jaula de leones, el maestro de biología acercó el alambre, cebado con la carne, al espacio vacío por encima de la mesa de demostraciones.

La rebanada de salami desapareció.

—Carnívoro —afirmó con satisfacción el señor Formeller.

—¿Cree usted que la criatura pueda bajar de esa mesa y... caminar a nuestro alrededor? —La señorita McIntire esperó que sus precauciones no fueran tomadas como temores de solterona.

—Si pudiera movilizarse con facilidad, no hubiera desarrollado un mecanismo tan complejo para atrapar a su presa —alegó el señor Formeller—. Sus diversos... ¿cuál es la raíz adecuada, señorita McIntire?

—Proteano.

—Sí, gracias. Sus manifestaciones proteanas son la clave de sus hábitos. Está enraizada en el sitio, como una planta.

—¿Como la planta carnívora de Venus? —sugirió Guenther.

—Sí —aprobó el maestro de biología—. La *Dionaeamuscipula* es un ejemplo adecuado de la clase de planta a que me refiero. A propósito, ¿no creen que debemos bautizar a esta cosa? La hemos estado llamando monstruo, criatura y toda clase de cosas. No es nada científico.

—Podemos llamarla *Rete proteanum* —sugirió la señorita McIntire desde su asiento en la tercera fila—. Una trampa de muchas formas, ¿saben ustedes?

—No deseamos un nombre que sugiera su origen, así como sus hábitos.

—No es de este mundo ni del sistema solar conocido —comentó el señor Tedder.

—Eso es: un ser extrasolar. No; un ser extragaláctico, de muchas formas.

—*Polymorph metagalaticus* —sentenció la señorita McIntire—. No es un nombre

inspirado, pero servirá.

El señor Coar miró al espacio vacío entre la llave telegráfica y las celdas de reacción de litio. Su maceta de geranios apareció de nuevo, y después las flores escarlatas se desvanecieron y se convirtieron en pensamientos color púrpura y oro.

—El Polimorfo —aclaró el director. Su actitud era la de un obispo confirmando la interpretación de un hermano lego, acerca de un pasaje del evangelio.

La maceta de pensamientos desapareció, dando lugar a Honey LaRue. Los tambores en sordina redoblaron, y Honey, que se liberó de bastante más que de sus guantes, guiñó maliciosamente a la señorita McIntire. Viendo a Stetzel, Honey impulsó su pelvis varios centímetros en dirección horizontal, un movimiento conocido en el oficio como un *bump*. La maestra de latín dejó escapar un grito poco clásico de modestia ofendida y volvió la cabeza. Stetzel enrojeció hasta la punta de las orejas. ¡El Polimorfo extra-galáctico no tenía ningún tacto! Honey desapareció con un estremecimiento, y cesó el lascivo sonido de los tambores.

—Estas cosas pudieran ser peligrosas —comentó el señor Tedder.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el señor Coar—. No podemos poner una jaula alrededor. No se puede mover más que una... maceta de geranios. ¿Y cómo la alimentaremos?

—Con salami —sugirió el instructor de física.

—¡Piensen en el valor que puede tener esa cosa! —exclamó Stetzel, con entusiasmo—. Los siquiátras pueden ver las imágenes mórbidas de sus pacientes, como los paranoicos y demás, y determinar técnicas de curación.

—Y estudiando el metabolismo de este polimorfo, podemos deducir las condiciones físicas del mundo de donde procede —observó el señor Formeller, con el instinto del cazador brillando en sus ojos.

—¡Quizá podamos preguntarle acerca de su mundo nativo! —propuso Guenther—. Quizá nos muestre su verdadera forma, y nos hable. Ha mostrado bastante iniciativa.

La señorita McIntire, recuperada del choque de Honey LaRue, habló:

—Tenemos una anguila por la cola, como ha dicho. No podemos con ella, ni podemos dejarla ir. Tendremos que llamar a expertos en zoología y física... El señor Formeller intercambió miradas de dignidad ofendida, con Tedder... y haremos que estudien al Polimorfo con los mejores instrumentos disponibles.

—Todo está muy bien —expresó el señor Formeller—, pero me gustaría saber cómo llegó este polimorfo a su salón de clases, Tedder.

El señor Tedder se aproximó cautelosamente a la mesa de demostraciones y tomó entre sus dedos la llave telegráfica.

—Éste era el apagador en un aparato del Efecto de Ziegler, que preparé para una demostración. Solamente lo toqué así... —El señor Tedder oprimió la llave.

Hubo un súbito resplandor verde y el aire emitió un sonido silbante como el que se escucha cuando se rompe un tubo al vacío y el aire llena el espacio resultante.

El Polimorfo extragaláctico se había ido. El señor Coar frunció el ceño y pensó furiosamente en macetas de geranios, sin ningún resultado. La señorita McIntire pensó en el atractivo caballero griego que se dirigió a ella con su enigmática oración. El señor Tedder, Stetzel y Guenther llevaron combinadamente sus cerebros hacia una firme consideración de los encantos de Honey LaRue, y por un momento creyeron escuchar el mórbido gemido de un saxofón sobrenatural, pero Honey no apareció.

—¡Si tan sólo hubiésemos tomado fotografías! —se lamentó el señor Formeller—. Quizá las cosas que creímos ver, las vimos únicamente en nuestras mentes. La forma real del Polimorfo hubiera aparecido en la película.

—Si acaso el señor Tedder duplicara el aparato... —insinuó la señorita MacIntire, tras una pausa de incertidumbre. El arcano de la física le era tan desconocido como el ablativo griego lo era para el señor Tedder—. Bueno, haga lo mismo que hizo anteriormente. Quizá regrese.

—No —negó el señor Tedder, abrumado—. No regresará. Cuando se piensa que todos los objetos están cambiando constantemente en el tiempo y el espacio, uno se pregunta lo maravilloso que resulta que algo llegue a ser. El Polimorfo extragaláctico no regresará. Su aparición fue un accidente; una increíble enorme y única coincidencia.

En el vigésimo tercer planeta de un sol de una galaxia que está fuera del alcance incluso del telescopio de doscientas pulgadas y los gigantes refractores de la Luna, un planeta cuyo nombre no tiene cabida en la fonética humana, un Joven Ser en las primeras etapas de la premadurez, chirleó con su Id. ¡Su maestro estaba de regreso! Rápidamente, el joven arrojó a un lado la rebanada de salami que aparecía atravesada en el cubo plateado, y ordenó:

¡Zzzrf un Klompfr!

Apareció un Klompfr, y el Joven Ser volcó su deleite en la mente de sus mayores.

AVISO DE TEMPESTAD

Donald A. Wollheim

No tuvimos ninguna indicación de las extrañas cosas que iban a ocurrir. Los muchachos del Servicio Meteorológico aún creen que fueron ellos quienes tuvieron toda la diversión. Piensan que estar fuera no fue tan bueno como estar sentado en la estación, observando todo lo que ocurría. Solo que hay algunas cosas que nunca entenderán sobre el tiempo, algunas cosas que creo que solo Ed y yo sabremos, porque estábamos en medio de todo aquello.

Estábamos cabalgando por Rock Springs en el amanecer de unas vacaciones de tres días, pero el Jefe Meteorólogo nos había pedido que nos hiciéramos cargo del turno nocturno hasta entonces. Nos iba bien, porque el Servicio estaba al borde del desierto y teníamos nuestro equipo y caballos justo en el exterior. La caída del meteoro, dos días antes, fue una excusa maravillosa para ir a las tierras incultivables de la Gran Laguna Dividida. Siempre me ha gustado cabalgar en la gloriosa, amplia y vacía comarca de Wyoming, y cualquier excusa para pasar tres días allí era buena.

Asimismo, también estábamos libres de la rutina y la monotonía del Servicio Meteorológico. Desde luego, me gusta el trabajo, pero aún así el aire libre y los espacios abiertos son algo que uno lleva en la sangre al nacer y ser criado allí, en el Oeste. Ya sé que hoy día está domado y civilizado, pero aún así el trotar por ahí con un ánimo de buscador nos iba realmente bien.

El objetivo era desde luego tratar de localizar los fragmentos del gran meteoro que había caído allí dos noches antes. Una buena cantidad de gente lo había visto, yo entre ellos, porque ocurrió que estaba en el tejado tomando lecturas. Se había producido un brillante trazo de luz blancoazulada a través del cielo del norte, y un violento resplandor a lo lejos similar a una explosión. He oído que algunas gentes en Superior dicen haber notado una sacudida como si algo grande hubiera chocado allá arriba, en el polvo y las dunas que se extienden entre el Lago Barro, el Cañón de Morror y la ciudad. Esto es bastante territorio vacío, y Ed y yo teníamos tantas posibilidades de hallar el meteoro como la tradicional aguja en un pajar. Pero era una bonita excusa a la cual no pusimos objeción alguna.

—Viene un frente frío del Saskatchewan —había dicho el Jefe, acercándose y mirando sobre nuestros mapas. Estábamos preparándonos para partir—. Es bastante raro en esta época del año.

Asentí, sin preocuparme. Teníamos las montañas entre nosotros y cualquier ola fría que viniese de aquella dirección. No nos congelaríamos por la noche aunque el frío llegase tan abajo como Casper, lo cual sería bastante improbable. El Jefe se estaba inclinando sobre el mapa, siguiendo los diversos altos y bajos. Frunció un poco el entrecejo cuando llegó al nuevo pequeño bajo que yo había trazado a partir de

los primeros informes de aquel día.

—Un bajo no informado que está apareciendo justamente en la línea del estado de Washington. Esto sí que es extraño. ¿Desde cuando se forman tan cerca las tormentas?

—Además, viene hacia el este, y según el telegrama de Seattle está creciendo — dijo Ed.

El Jefe se sentó y contempló el mapa.

—No me gusta, todo está fuera de lugar —dijo. Luego se puso en pie y extendió la mano en mi dirección—. Bueno adiós, muchachos. Que lo paséis bien. Si encontráis ese meteoro, traedme un trozo.

—Seguro —le dije. Y nos estrechamos las manos, dimos un grito de despedida a los demás chicos y salimos.

Los primeros rayos de sol estaban apareciendo en el mismo momento en que partíamos. Ibamos a buen paso, dejando rápidamente atrás la ciudad y la civilización, a medida que nos introducíamos en el brillo dorado de la Laguna Agua Dulce.

Aquel día recorrimos un buen trecho, aunque no nos apresuramos. Mantuvimos un trote regular, descansando de vez en cuando. No hablábamos mucho, porque ya teníamos bastante con respirar el limpio aire y gozar la sensación de libertad. Los únicos signos de vida que vimos fueron algún raro sapo del desierto o el relámpago de una serpiente asustada, así como las múltiples formas de los cactus y las salvias, que eran nuestro único jardín. Ya era bastante.

Hacia el atardecer, en la Oficina, el Jefe notó un ligero crecimiento del Frente Cálido del Sur. Un informe de Utah lo puso en antecedentes. El Frente Frío había alcanzado en aquel momento las fronteras de Wyoming y continuaba hacia adelante. La pequeña tormenta que había nacido en un lugar en el que no debiera estaba aún creciendo, y ahora ocupaba una gran área sobre Oregón e Idaho. El Jefe hizo el comentario de que todo ese conjunto de cosas parecía predecir un tiempo bastante malo para el sudoeste de Wyoming. Comenzó a preocuparse algo de nosotros dos.

Nosotros no estábamos preocupados. No teníamos ninguna señal cierta, aunque nuestros sentidos de meteorólogos algo nos indicaron. Notábamos una especie de sensación rara en el aire mientras acampábamos. Nada definido, una especie de tranquilidad suplementaria en la atmósfera, como si por todos lados estuviesen empujando fuerzas, fuerzas que todavía se hallaban lejos y que aún eran vagas e inconcretas.

Hablamos algo, en torno al fuego, acerca de la tormenta que el Jefe había observado cuando partimos. Ed pensaba que se disolvería. Creo que yo tuve entonces una sensación de que no se trataba simplemente de un fenómeno de corta duración. Creo que tuve la idea de que íbamos a saber algo más de ella.

A la mañana siguiente había un débil indicio de frialdad especial en el aire. Estoy acostumbrado a las mañanas de Wyoming, y sé el frío o el calor que debe hacer al salir el sol. Aquella mañana era un poco más fría de lo debido.

—Ese Frente Frío Canadiense debe haber llegado al otro lado de las montañas — dije, señalando hacia la gran masa de las Rocosas en el este—. Probablemente estamos notando el poco frío que ha logrado superarlas.

—Es bastante extraño —dijo Ed—. No debería pasar en lo más mínimo. Debe ser un frente muy poderoso.

Asentí con la cabeza, y me pregunté qué era lo que estarían haciendo los chicos en la oficina. Probablemente deberían informar de nevadas en la parte norte del estado. Si hubiéramos sabido lo que conocía aquella mañana el Jefe, posiblemente hubiéramos regresado a la carrera. Pero no sabíamos nada, y supongo que a consecuencia de ello vimos algo que nadie más vio.

Pues en la Oficina el Jefe sabía aquella mañana que nos íbamos en enfrentar con un tiempo extraordinario. Predijo para el periódico de Rock Springs la más terrible tormenta de los últimos tiempos. Compréndanlo: el Frente Cálido del Sur se extendía en aquel momento en un saliente definido. Ya estaba haciendo que en Salt Lake City tuvieran uno de los días más cálidos de los que se tenía recuerdo. Y, lo que es más, esa ola cálida estaba yendo en nuestra dirección.

La siguiente cosa era aquella tormenta del oeste. Se estaba haciendo más pequeña y más densa, y había pasado las cataratas de Idaho hacía dos horas, rugiendo y aullando. Se dirigía en nuestra dirección, recta como una flecha disparada por un arco. Y, finalmente, el Frente Frío había logrado lo imposible. Estaba comenzando a sobrepasar las montañas y a descender hacia la Laguna Dividida, dirigiéndose en línea recta hacia el Frente Cálido que venía del norte.

Y allí estábamos Ed y yo, con un presentimiento y nada más. Estábamos cabalgando justo en la confluencia de todo aquel lío, buscando meteoros. Estábamos explorando en busca de grandes cráteres o huellas en el terreno, y un montón de rocas férricas desparramadas por un área de varios kilómetros.

Hacia las diez de aquella mañana llegamos a una pequeña altura y comenzamos a descender hacia la región cóncava. Me detuve y miré a mi alrededor. Ed dio la vuelta y regresó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿No notas nada raro en el aire? —le pregunté, inhalando profundamente.

Ed hizo lo mismo y contempló el lugar.

—Sí, hay algo extraño —admitió finalmente—. Nada de lo que pueda estar seguro, pero algo extraño.

—Sí —dije—. Extraño es la palabra. No veo nada que esté mal, pero me parece que el aire huele distinto de como lo hacía hace unos minutos.

Di una ojeada en torno y fruncí el ceño.

—Creo que ya lo sé —dije finalmente—. En alguna forma ha cambiado la temperatura. Es más cálida.

Ed arrugó también la frente.

—Más fría, diría yo.

Me quedé asombrado. Agité las manos en el aire durante un momento.

—Creo que tienes razón; debo estar equivocado. Ahora se nota un poco más fría.

Ed hizo caminar un poco a su caballo. Comencé a seguirlo lentamente.

—¿Sabes? —le dije al fin—, creo que ya sé lo que es. Hace más frío, pero huele a aire caliente. No sé si puedes entender lo que quiero decir. Huele como si tuviera que hacer una temperatura alta, pero en realidad hace algo de frío. No huele como debiera.

Ed asintió. Estaba tan asombrado como yo. Allí había algo que iba mal. Algo que nos ponía nerviosos.

Muy hacia adelante, vi algo que brillaba. Lo contemplé y luego se lo mencioné a Ed. Él también lo vio.

Había algo, no, algunas cosas que brillaban muy a lo lejos en el borde de la concavidad cerca de la siguiente elevación. Parecían trozos de cristal.

—¿No será el meteoro? —se preguntó Ed.

Yo me encogí de hombros. Fuimos en aquella dirección.

—Oye, algo huele raro aquí —señaló Ed.

Me acerqué. Tenía razón. La extrañeza del aire se incrementaba a medida que nos acercábamos a las cosas brillantes. Seguía siendo el mismo frío-cálido, pero había algo más. Algo como si hubiera vegetación en el aire, como si algo creciera, solo que en los alrededores no crecían más que los habituales cactus y salvias. Olía diferente de cualquier otra cosa que conociéramos, y sin embargo olía a vegetación.

Aquel aire era ultraterreno. No puedo describirlo de otra forma. Era ultraterreno. Olores vegetales que no podían provenir de ninguna planta o bosque con los que yo jamás me hubiera encontrado, y una cálida frialdad distinta a todo lo que conoce la meteorología.

Y sin embargo no era malo, no era aterrador. Simplemente era peculiar. Era misterioso.

Ahora ya podíamos ver las cosas brillantes. Eran como burbujas de vidrio. Grandes, cristalinas e iridiscentes, que yacían en el desierto como las canicas de algún niño gigante.

Supimos entonces que, si eran los meteoros, no se parecían a ningún otro conocido hasta entonces. Sabíamos que habíamos efectuado un hallazgo que pasaría a la historia, y sin embargo no nos sentíamos dichosos. Estábamos incómodos.

Era a causa del raro tiempo.

Entonces me di cuenta por primera vez de que a lo lejos, hacia el oeste, se empezaban a ver negros nubarrones. Era la primera oleada de la tormenta.

Cabalgamos más cerca de las extrañas burbujas. Las podíamos ver claramente. Parecían un tanto agrietadas, como si se hubieran roto. Una tenía un agujero en un lado. Debía de haber estado vacía, una simple cascara vitrea.

Ed y yo nos detuvimos al mismo tiempo. O, mejor dicho, nuestros caballos lo hicieron. Nosotros también lo hubiéramos deseado, pero los caballos lo pensaron

antes. Era a causa del olor.

Había un nuevo olor en el aire. Uno repentino.

En aquel mismo instante había golpeado nuestros olfatos. Al principio era repelente. Fue por esto por lo que nos detuvimos. Pero, al seguirlo oliendo, desaparecía parte de la repulsión. No era tan malo como todo eso.

En realidad no era ni siquiera malo. Era difícil de describir. No se parecía a nada que yo hubiera olido antes. En una forma vaga era acre, y también vagamente era seco. Aproximadamente, yo diría que olía como una curiosa mezcla de goma quemada y ungüento de cinc.

Se fue haciendo más fuerte mientras permanecíamos quietos, y comenzó a desaparecer cuando sopló una ligera brisa. Los dos tuvimos la impresión de que había surgido de una de las esferas rotas.

Cabalgamos con cautela.

—Tal vez los meteoros cayeron en una charca alcalina y se esté produciendo algún tipo de reacción química —le di a Ed mi opinión.

—Puede ser —me contestó. Y nos acercamos.

Los nubarrones se estaban amontonando en el oeste, y comenzó a soplar una débil brisa. Ed y yo desmontamos para mirar los extraños meteoros.

—Creo que sería mejor que buscásemos donde ponernos a cubierto hasta que pase la tormenta —señaló.

—Aún tenemos unos minutos —le repliqué—. Además, aquella altura de allí es la mejor protección que tenemos por los alrededores.

En la Estación Meteorológica la temperatura estaba subiendo gradualmente, y el Jefe estaba juntando todos los datos. La tormenta se estaba acercando y, al encontrarse con el borde del Frente Cálido que ahora estaba atravesando Rock Springs, estallaría con toda su violencia. Entonces quizá la ola fría llegase hasta allí, porque ya había pasado la Laguna Dividida y se estaba dirigiendo hacia los otros dos. En algunos minutos, aquello sería un infierno. El Jefe se preguntó donde estaríamos.

Estábamos mirando por el agujero de la burbuja más cercana. Aquellas cosas, que debían de ser los meteoros que estábamos buscando, tenían unos tres metros y medio de diámetro, y eran esferas casi perfectas. Eran gruesas, suaves, muy vítreas e iridiscentes, pareciendo anacaradas en su interior. Estaban vacías, y no nos podíamos imaginar ni de qué estaban hechas ni lo qué podían ser. Nada que yo hubiera leído o estudiado podía explicar aquellas cosas. Estaba seguro de que su origen era meteórico, porque se veían evidencias de la tierra desparramada y las rocas rotas que indicaban el impacto. Y no obstante, debían de haber sido terriblemente duras porque, excepto por las escasas grietas y el agujero en una de ellas, estaban intactas.

En su interior hedían, con el hedor de goma y cinc. Era potente, muy potente.

El hedor había provenido obviamente del interior de las burbujas: no había ninguna charca en los alrededores.

Repentinamente, se me ocurrió que habíamos respirado aire de otro mundo.

Porque si estas cosas eran meteóricas y el olor había venido de su interior, entonces estaba completamente seguro de que no había ningún aire en la Tierra que oliese como goma ardiendo y unguento de cinc. Era el aire de alguna parte, no sé de donde, de alguna parte de entre las inmensas extensiones de las estrellas. De alguna parte más allá del Sol.

Se me ocurrió otra idea.

—¿Crees que esas cosas pueden haber transportado algún ser? —pregunté.

Ed me contempló durante un instante, se mordió el labio, y miró lentamente a su alrededor. Se alzó de hombros sin decir nada.

—Lo raro del aire —proseguí— es que tal vez era el aire de otro mundo. Quizá estaban tratando de hacer nuestro propio aire más respirable para ellos.

Ed tampoco me contestó. Yo no le pedí ninguna respuesta. Y no me preguntó a quién me refería con ese «ellos».

—¿Y qué es lo que produce el hedor? —comentó finalmente Ed.

Esta vez fui yo el que alzó de hombros.

A nuestro alrededor, el hedor aumentaba y disminuía. Era como si las brisas estuviesen dispersando un chorro de vapores nocivos. Y, no obstante, me di cuenta de pronto de que no soplaba ninguna brisa. El aire estaba bastante quieto. Pero, a pesar de ello, el hedor se hacía más fuerte en un momento y más débil al siguiente.

Era como si algún ser se estuviera moviendo silenciosamente por allí, sin dejar más señal de sí mismo que el hedor.

—¡Mira! —dijo Ed repentinamente. Apuntaba hacia el oeste.

Miré hacia donde señalaba. Todo el cielo del oeste era una masa de apelotonados nubarrones negros. Pero era una masa curiosamente inerte. Se veía un borde claramente definido en el área: un borde de azul contra el cual se amontonaban en vano las nubes negras, y tras el cual podíamos ver saltar el rayo y el relámpago de la tormenta. No obstante, ningún viento llegaba hasta nosotros, ni tampoco el sonido de los truenos, y el cielo sobre nosotros estaba sereno y azul.

Parecía como si la tormenta se hubiera encontrado con un obstáculo sólido que no pudiera atravesar. Pero no se veía ningún tipo de obstáculo.

Como meteorólogo, sabía que aquello significaba que debía de haber un poderoso banco de aire que nos escudaba. No lo podíamos ver, pues el aire es invisible, pero debía estar allí, enfrentándose con la masa de nubes.

Me di cuenta de que mis oídos registraban un aumento de la presión. Algo se estaba concentrando en aquella área. Lo íbamos a pasar mal si las fuerzas en el aire lograban abrirse paso.

Repentinamente, el hedor se incrementó de nuevo. Mucho más que antes. Parecía pasar al lado nuestro, y a través nuestro, y a nuestro alrededor. Luego había desaparecido de nuevo. Casi desaparecía del todo. No podíamos detectar sino las más remotas trazas tras su paso.

Ed y yo cabalgamos hacia un peñón rocoso. Desmontamos, nos protegimos bajo

la roca y esperamos. No pasaría mucho antes de que el banco de aire protector cediese.

Y entonces, hacia el sur, se materializaron nubes de tormenta, y finalmente también hacia el este y el norte. Como supe después, la oleada de frío había pasado a nuestro alrededor y se había encontrado al fin con el Frente Ecuatorial. Y ahora nos hallábamos junto con algunos inexplicables globos del espacio desconocido y unos ciertos olores extraños y una atmósfera, rodeados por el mar embravecido que era la tormenta. Y, a pesar de todo, el cielo sobre nosotros seguía siendo azul y claro.

Estábamos en medio de un punto muerto, en el centro de una inexplicable área de altas presiones, y gran parte del aire que la originaba no era nativo de la Tierra, y los poderes de la atmósfera de nuestro planeta se estaban abalanzando contra nosotros desde todas las direcciones.

Vi que el área tranquila se estaba contrayendo lenta pero inexorablemente. Una gélida brisa nos envolvió de pronto. Se había abierto camino desde el norte. Pero parecía llegar curiosamente embotada y rota por innumerables golpes del extrañamente fétido aire. Cuando el chorro de aire frío llegó a mis pulmones, me di cuenta de cuan diferente era la atmósfera de este embolsamiento de la que estábamos acostumbrados a respirar. Era realmente ultraterrena.

Pero aquel extraño aire continuaba resistiendo los avances del normal. Otra ligera brisa, esta húmeda y cálida, llegó del sur, y de nuevo una bocanada del aire con olor a goma la dispersó.

Entonces transcurrió un intolerable momento. Hubo un instante de terrorífica comprensión y elevación, y las negras nubes de tormenta se abrieron camino en locas ráfagas por encima, tejiendo una tela de araña sobre nosotros que pronto nos envolvió en una total oscuridad. El área de tranquilidad se hizo más pequeña, se restringió, rodeada por paredes de la relampagueante tormenta.

Tuve una impresión. De que había una batalla. De que las fuerzas de la naturaleza estaban determinadas a aniquilar y despedazar nuestra pequeña región de extraño aire invasor, que los gases meteóricos estaban determinados a resistir hasta lo último, ¡determinados a mantener intactos sus curiosos hedores!

Los relámpagos brillaron y brillaron. Interminables rayos gigantescos, siempre fuera de nuestra región. Y tan solo los oíamos cuando una lanzada de la tormenta fría o cálida atravesaba hasta nosotros. Claramente, se veía que el aire extraño no transmitía los sonidos: se estaba enfrentando contra las vibraciones intrusas.

Ed y yo hemos hablado más tarde de ello. Ambos estamos de acuerdo en que tuvimos las mismas impresiones. De que realmente se estaba llevando a cabo una lucha a vida o muerte. De que aquella bolsa de aire de otro mundo estaba luchando conscientemente para impedir ser absorbida por la tormenta, ser difuminada hasta su destrucción total, en tal forma que ningún átomo de los gases ultraterrenos pudieran existir excepto como elementos increíblemente extraños en la atmósfera total de la Tierra. Parecía estar tratando de mantener su identidad, su individualidad.

Fue en el último período cuando Ed y yo vimos las cosas inexplicables. Vimos las cosas que no tienen sentido. Porque vimos como un sector del área clara se contraía repentinamente como si parte de la fuerza defensora se hubiera retirado, y entonces vimos como uno de los globos de cristal, uno de los menos agrietados, se alzaba del suelo y se elevaba hacia la tormenta, ¡se alzaba en línea recta!

Se movía a través del aire claro sin ningún medio visible de propulsión. Entonces creímos que tal vez un chorro de aire de la tormenta se hubiera abierto camino y lo estuviera elevando tal y como una pelota flota sobre un chorro de agua. Pero no, pues el globo se abalanzó contra la tormenta, en sentido contrario a la dirección de los vientos, en contra de las fuerzas de la tormenta.

El globo estaba tratando de abrirse camino a través del techo de oscuridad hacia el aire tranquilo de lo alto. Pero los constantes relámpagos que brillaban a su alrededor lo mantenían visible. Una y otra vez se abalanzó contra la masa de nubes, y fue zarandeado loca y furiosamente de uno a otro lado. Por un momento pensamos que se abriría camino hasta desaparecer de nuestra vista. Pero entonces se produjo un destello repentino y una detonación violenta que logramos oír, y algunos fragmentos de sustancia vitrea cayeron de lo alto.

Me di cuenta de que la tormenta había abatido su furia mientras se estaba produciendo aquella extraña cosa. Era como si los mismos elementos hubieran estado contemplando el resultado del vuelo de la esfera. Y ahora la tormenta hervía de nuevo con un vigor renovado, como triunfal.

Y llegó el último momento. Una especie de terrible *crescendo* en la tormenta, y el hedor se derrumbó por fin. Lo vi, y lo que vi es inexplicable excepto por algunas hipótesis realmente fantásticas que tan solo creo porque debo hacerlo.

Tras aquellos momentos reveladores, los últimos torbellinos del aire estelar se desparramaron. La tormenta rugió tan solo un breve instante más, un instante en el cual, por primera y única vez, Ed y yo nos vimos calados y zarandeados por el viento y la lluvia, mientras los caballos casi lograron romper sus ataduras. Luego se terminó.

Las nubes negras se alzaron rápidamente. En unos pocos minutos se habían difuminado increíblemente, tan solo caía una ligera llovizna, y pasados diez minutos el sol estaba brillando, el cielo era azul y todo estaba casi seco. En el horizonte del norte permanecían algunas nubéculas, pero eso era todo.

De los globos meteóricos tan solo quedaban algunos fragmentos.

Como ya he dicho, he pensado mucho en el asunto, y realmente no hay una respuesta aceptable a aquel curioso hecho. Sabemos que en realidad no sabemos mucho de las cosas. Como meteorólogo, les puedo asegurar eso. En nuestro caso, hemos estado hablando del tiempo desde la época de las cavernas, y sin embargo tan solo hace veinte años que se formuló la teoría de los Frentes del tiempo con la que por primera vez pudimos efectuar predicciones realmente decentes. La teoría de los Frentes, que es la que usamos los actuales hombres del tiempo, tiene en su formulación numerosas imperfecciones. Por ejemplo, seguimos sin saber nada acerca

del porqué de las cosas. ¿Por qué se forman las tormentas? Sabemos como crecen, seguro, pero ¿por qué se originan, y cómo?

No sabemos cómo. No sabemos el cómo de la mayor parte de las cosas. Respiramos el aire y tan solo en el siglo pasado empezamos al fin a averiguar cuantos elementos distintos y cuantos gases lo componen, y aún no estamos totalmente seguros.

Creo que es posible que existan cosas vivas que estén únicamente compuestas de gases. Nosotros somos protoplasmáticos, ya lo saben, pero ¿sabían ustedes que no somos materia sólida... sino líquida? El protoplasma es líquido. La carne es líquido en suspensión dentro de células de sustancias muertas. Y la mayor parte de nosotros es agua, y el agua es el origen de toda la vida. Y el agua está compuesta por dos gases comunes: el hidrógeno y el oxígeno, y esos gases se encuentran en todas partes del universo, según dicen los astrónomos.

Así que les digo que, si todos los elementos de nuestra vida pueden ser reducidos a gases, entonces ¿por qué no pueden los gases combinarse como tales y constituir también los elementos de la vida? El agua está siempre presente en la atmósfera como vapor. Entonces, ¿por qué no puede existir una vida que sea una variante del vapor de agua?

Creo que todo esto tiene sentido. Creo que si, accidentalmente, inhalásemos una tal vida gaseosa, olería raro. Porque la inhalaríamos tal y como lo hacemos con el vapor de agua. Quizá oliese como, digamos, goma quemada y unguento de cinc.

Porque en aquel momento, cuando la tormenta estaba en su punto álgido y el área del aire ultraterreno estaba comprimida al máximo, me di cuenta de que en un punto se podía ver, contra las negras nubes y el resplandor blancoazulado de los relámpagos, una silueta definida. Una sección del aire ultraterreno había sido atrapada y separada de la masa principal. Y tenía una forma definida bajo aquella terrible presión atmosférica.

No puedo decir cómo era porque no se parecía exactamente a nada, excepto quizá a una gran ameba que estuviera siendo aplastada contra el suelo. Se veían salir de ella una buena cantidad de brazos y cosas tentaculares, y su masa central era gruesa y compacta. Y se deslizaba por el suelo como una babosa, parecía estar estremeciéndose y tratando de escabullirse.

No pudo hacerlo, porque la tormenta estaba golpeándola. Y vi cómo una gran masa negra, redondeada como un puño, martilleaba una sección de la base de la cosa mientras esta trataba de escapar.

Entonces, la tormenta se desplomó pesadamente sobre la rara silueta, la aplastó, y desapareció.

Me imagino que debía de haber otras, y creo que cuando no están comprimidas deben de extenderse por un centenar de metros sobre el terreno y hacia arriba, y creo que tenemos ya cosas como esa, aunque de origen terrestre, en nuestra atmósfera. Y no creo que nuestro respirar y caminar y vivir entre ellas les signifique nada. Pero se

rebelaron contra los invasores del espacio. Olían distinto, eran distinto, debían provenir de un planeta distinto, un planeta más frío que el nuestro y con desiertos y vegetación distintos a los nuestros. Y habrían tratado de rehacer nuestra atmósfera para que se asemejase a la suya, y nuestros seres aéreos nativos se lo impidieron.

Eso es lo que creo.

TINY Y EL MONSTRUO

Theodore Sturgeon

Ella tenía que estudiar a Tiny... descubrir los secretos de Tiny.

Estaban condenados a llamarlo Tiny. El nombre los había hecho reír cuando Tiny era cachorro, y luego muchas veces.

Era un gran danés, de cola demasiado larga, y pelo castaño, lustroso y liso, ajustado al pecho y los pesados músculos del lomo. Los ojos eran grandes y marrones, y los pies, grandes y negros. Tenía una voz de trueno y un corazón diez veces más grande que él mismo.

Había nacido en las islas Vírgenes, en St. Croix, una región de palmeras y azúcar, de vientos suaves y espesos matorrales que susurraban con el paso furtivo de los faisanes y las mangostas. Había ratas al pie de las lomas, en las ruinas de las antiguas fincas, con paredes levantadas por esclavos, de un metro de ancho, y grandes arcos de piedra gastada por el tiempo. Había praderas por donde corrían los ratones campesinos, y arroyos donde centelleaban unos brillantes pececitos azules.

Pero ¿dónde había aprendido en St. Croix a ser tan raro?

Cuando Tiny era cachorro, todo pies y orejas, aprendió muchas cosas. En su mayor parte estas cosas tenían relación con el respeto. Tiny aprendió a respetar esa rápida y vengativa pieza de ingeniería llamada escorpión cuando le clavaron una cola puntiaguda en la inquisitiva nariz. Aprendió a respetar la pesada calma del aire que precede al huracán, pues advirtió que todas las criaturas del estado respondían a esa calma con prisas, ajeteos y una total obediencia. Aprendió a respetar la justicia de compartir algo, pues era apartado de la ubre y el plato cada vez que aplastaba a sus hermanos. Era el más grande.

Aprendió estas cosas, todas, como cuestiones de respeto. Nunca lo golpearon, y aunque aprendió a tener cuidado, nunca aprendió a tener miedo. El dolor que le provocó el escorpión —ocurrió sólo una vez—, las manos fuertes, pero suaves, que reprimían su codicia, la terrible violencia del huracán que seguía a los nerviosos preparativos... todo esto y mucho más le enseñó la justicia del respeto. Había entendido de algún modo una moral básica: que nunca se le pediría algo, o se le impediría algo, sin algún motivo justo. Su obediencia, por lo tanto, era absoluta, pues entraba en ella un elemento de razón, y como no estaba fundada en el miedo, sino en la justicia, no impedía el ejercicio de sus propios recursos.

Todo esto, junto con su sangre, explicaba que fuese un animal tan magnífico. No explicaba cómo había aprendido a leer. No explicaba que Alee se hubiese visto obligado a venderlo... no sólo a venderlo, sino a buscar también a Alistair Forsythe y a vendérselo a ella.

Ella tenía que descubrirlo. Todo el asunto era una locura. Ella no quería un perro.

Si lo hubiese querido, no habría sido un gran danés. Y si hubiese sido un gran danés, no habría sido Tiny, pues era un perro cruceño y hubo que llevarlo en avión hasta Scardale, Nueva York.

En las series de cartas que le envió Alee había una tan maravillada persuasión como la que había mostrado el mismo Alee cuando le vendió a ella el perro. A través de estas cartas supo ella del escorpión y el huracán, la vida de cachorro de Tiny y el modo como Alee entrenaba sus perros. Era comprensible que aprendiera a la vez algo de Alee. Alee y Alistair Forsythe nunca se habían visto, pero merced a Tiny compartieron una vida más secreta que la de muchas personas que han crecido juntas.

En cuanto a por qué le he escrito a usted y no a algún otro, escribió Alee en respuesta a una pregunta directa de ella, no puedo decir que yo la haya elegido. Fue Tiny. Alguien en el barco mencionó su nombre, una tarde, mientras tomábamos unos cócteles. Era, recuerdo, un tal doctor Schwellenbach. Viejo simpático. Tan pronto como el doctor la mencionó a usted, Tiny alzó la cabeza como si yo lo hubiese llamado. Estaba echado junto a la puerta y se incorporó y fue hacia el doctor con las orejas erguidas y olfateando. Pensé primero que el viejo le había ofrecido comida, pero no... debió de haber querido oír otra vez su nombre. Así que pregunté algo de usted. Al día siguiente le conté la escena a un par de amigos, y cuando mencioné su nombre, Tiny se acercó con un gañido y hundió la nariz en mi mano. Temblaba. Eso me decidió. Le escribí a un amigo en Nueva York, que encontró su nombre y su dirección en la guía telefónica. Conoce usted el resto. Quise contarle esto al principio, pero algo me hizo sugerir una venta. De algún modo no parecía correcto esperar que se decidiera usted sin haber conocido a Tiny. Cuando me escribió usted que no podía dejar Nueva York, no parecía quedar otra solución que enviarle a Tiny. Y ahora... no sé si esto me hace demasiado feliz. De acuerdo con estas páginas y páginas de preguntas que usted me envía, me parece que se siente usted algo más que un poco perturbada por este disparatado asunto.

Por favor, no piense que estoy perturbada, respondió ella. No lo estoy. Estoy interesada, y tengo curiosidad, y siento una cierta excitación. Pero no hay nada en esta solución que pueda asustarme. Puedo aguantar esto y mucho más. Hay algo en Tiny —a veces me parece que estuviese fuera de Tiny— que es infinitamente consolador. Me siento protegida, de un modo raro, y es algo distinto y más grande que la protección que pudiera esperar de un perro fuerte e inteligente. Es raro, y también bastante misterioso; pero no tengo miedo.

Quisiera hacerle otras preguntas. ¿No recuerda qué dijo exactamente el doctor Schwellenbach la primera vez que mencionó mi nombre y Tiny actuó de un modo tan raro? ¿Recuerda usted alguna época en que algún extraño haya podido influir en Tiny, algo que haya podido darle estas raras características? ¿Qué puede decirme de su dieta de cachorro? ¿Cuántas veces...?

La carta seguía en este tenor. Y Alee respondió, en parte:

Hace tanto tiempo ahora que no puedo recordarlo con exactitud, pero me parece

que el doctor Schwellenbach hablaba en ese momento de su trabajo. Como usted sabe, el doctor es profesor de metalurgia. Mencionó al profesor Nowland como el más grande especialista en aleaciones de su tiempo; dijo que Nowland podía alear cualquier cosa con cualquier cosa. Luego citó a la asistente de Nowland. Dijo que la asistente era de una notable capacidad, producto de una verdadera investigación científica y algo así como un prodigio; y a pesar de todo esto era también absolutamente femenina y más hermosa que cualquier pelirroja que haya bajado alguna vez del cielo a la tierra. Luego dijo que se llamaba Alistair Forsythe. (Espero que no se ruborice usted, señorita Forsythe; usted lo pidió). Y fue entonces cuando Tiny corrió hacia el doctor de aquel modo extraordinario.

Sólo una vez, creo recordar, salió Tiny del fundo, y pudo haber sido influido por algún otro: el día que el viejo Debbil desapareció con el cachorro, que tenía entonces unos tres meses. Debbil es un personaje que anda de un lado a otro por la región; es un cruceño de unos sesenta años de edad, de aspecto de pirata, tuerto, y con elefantiasis. El viejo se arrastra por los campos cumpliendo pequeñas diligencias para cualquiera que le dé un poco de tabaco o un trago de ron. Bueno, una mañana lo mandé a la loma para ver si había alguna avería en la cañería que trae agua de la reserva. No podía tardar más de dos horas, y le dije que se llevara a Tiny para un paseíto.

Desaparecieron todo el día. Yo estaba solo y ocupado como una ardilla en un depósito de nueces y no tuve oportunidad de enviar a nadie a buscarlos. Pero aparecieron al caer la tarde. Los recibí a gritos. Era inútil preguntarle a Debbil dónde había estado; al fin y al cabo no es de muchas entendederas. Sólo me respondió que no podía acordarse, cosa en él bastante común. Pero en los siguientes tres días Tiny me preocupó realmente. No comía, y dormía apenas. Se pasaba las horas mirando por sobre los campos de caña hacia la loma. No parecía querer ir allí. Fui a echar una ojeada. No hay nada en la loma sino la reserva y las ruinas del viejo palacio del gobernador, que ha estado pudriéndose al sol durante el último siglo y medio. No queda casi nada ahora, salvo unos matorrales y un par de arcos, pero se dice que el sitio está encantado. Al fin me olvidé del asunto, pues Tiny volvió a la normalidad. En realidad, parecía mejor que nunca, aunque desde entonces se quedaba petrificado a veces y miraba la loma como si estuviese escuchando algo. No le di mucha importancia hasta ahora. Y aún no se la doy. Quizá la madre de alguna mangosta persiguió a Tiny. Quizá masticó unas hierbas de ganja... marihuana la llamaría usted. Pero dudo que tenga alguna relación con su conducta actual, tanta por lo menos como pueden tenerla esas brújulas que apuntaran al oeste. ¿Se enteró usted? No conocí nada más raro. Ocurrió el mismo día que embarqué a Tiny, el último otoño, recuerdo. Todos los barcos y veleros y aviones de aquí a Sandy Hook informaron que sus brújulas empezaban a señalar el oeste en vez del norte magnético. Afortunadamente el efecto no duró más de dos horas, así que no hubo dificultades serias. Un crucero de vapor enfiló hacia la costa, y hubo un par de accidentes entre los pesqueros de Miami.

Sólo le cito esto para recordarle que la conducta de Tiny puede ser rara, pero no es nada excepcional en un mundo donde las brújulas enloquecen.

Y ella escribió, como respuesta:

Es usted un verdadero filósofo, ¿no es cierto? Cuide esa actitud fortiana, mi tropical amigo. Tiende a aceptar la idea de lo inexplicable hasta un extremo tal que las explicaciones, o aun las investigaciones, parecen inútiles. En cuanto al episodio de las brújulas, lo recuerdo muy bien, ciertamente. Mi jefe, el doctor Nowland —sí, es cierto, puede alear cualquier cosa—, estuvo realmente obsesionado con el fantástico suceso. Lo mismo le ocurrió a la mayoría de sus colegas en media docena de ciencias. Estos colegas encontraron pronto una explicación satisfactoria. Simplemente, algún fenómeno cuasimagnético había creado un campo resultante en ángulo recto con las influencias magnéticas de la misma tierra. La solución colmó de felicidad a los teóricos. Por supuesto, los prácticos —Nowland y sus asociados en metalurgia, por ejemplo— sólo tenían que descubrir el origen del campo. La ciencia es algo maravilloso.

Pasando a otro asunto. Habrá notado mi cambio de dirección. Durante mucho tiempo quise tener una casita propia, y tuve bastante suerte en conseguir que una amiga me ofreciera ésta. Está aguas arriba del Hudson, algo lejos de Nueva York, pero no demasiado como para que no sea práctica. Traeré aquí a mi madre. Quedará encantada. Y además —y es una razón muy importante cuando uno lo piensa un poco— Tiny tiene aquí sitio para correr. No es un perro de ciudad... Casi podría decirle que Tiny encontró la casa para mí, aunque pienso a veces que estoy atribuyéndole nuevos notables poderes. Gregg y Mane Weems, la pareja que ocupaba antes la casa, empezaron a sentirse perseguidos. Así dijeron, por lo menos. Algún monstruo indescriptiblemente horrible que los dos alcanzaban a vislumbrar a veces, andaba por dentro o fuera de la casa. Mane al fin no aguantó más y le suplicó a Gregg que vendieran la casa, con hipoteca o sin ella. Vinieron directamente a mí. ¿Por qué? Porque ellos —o al menos Mane, que es en cierto modo una mujer con facultades supersensibles— tenía la idea de que alguien con un perro grande estaría a salvo en la casa. Lo más raro era que ninguno de los dos sabía que yo había comprado recientemente un gran danés. Tan pronto como vieron a Tiny se me arrojaron al cuello y me rogaron que aceptara la oferta. Mane no podía explicarse claramente; ella y Gregg habían ido a mi casa a pedirme que comprara un perro y tomara la casa. ¿Por qué yo? Bueno, ella había pensado que la casa me gustaría, eso era todo. Parecía un sitio realmente adecuado para mí. Y ya que yo tenía un perro, no podía haber más dudas. En fin, puede anotarlo en su cuaderno de cosas inexplicables.

Las cartas siguieron así la mayor parte del año. Eran largas y frecuentes, y, como ocurre a veces, Alee y Alistair intimaron de veras. Casi por accidente se descubrieron escribiendo cartas donde no se mencionaba a Tiny, aunque muchas no trataban otro tema. Y, por supuesto, Tiny no desempeñaba siempre el papel de canis superior. Era un perro —totalmente perro— y actuaba de acuerdo. Sus rarezas aparecían sólo a

intervalos. Al principio sólo cuando Alistair parecía estar preparada para quedarse muda de asombro... En otras palabras, cuando ella menos lo esperaba. Luego Tiny cumplía sus curiosas hazañas exactamente en las circunstancias adecuadas. Más tarde aún, se transformaba en el superperro sólo cuando ella se lo pedía...

La casa estaba en la falda de la loma, una falda tan empinada que se veía el río, y no el ferrocarril, más cercano, y los trenes retumbaban secretamente, nunca visibles. El aire era allí nuevo y limpio, y parecía respirarse una perpetua expectación, como si alguien que hubiera llegado a Nueva York por primera vez en uno de los trenes hubiera bañado el aire con su gozo anticipado, y la casa lo hubiera recogido, respirándolo, guardándolo para siempre.

Una tarde de primavera, un autodiminuto subió trabajosamente hacia la casa por el camino de horquilla. El motorcito gruñó y se quejó en los últimos empinados tramos, y una nubecita de vapor envolvió la tapa del radiador. El coche se detuvo al pie de los escalones de color parduzco del porche, y una dama diminuta apareció deslizándose entre el asiento y el volante. Si no fuera porque llevaba un traje de mecánico de aviación, y que su primera frase —unos terrestres epítetos dirigidos al motor humeante— no fue propia de una dama ni tampoco diminuta, la mujer podía haber servido de modelo para alguna bonita tarjeta del día de la madre.

Acalorada, la mujer metió medio cuerpo dentro del coche e hizo sonar el claxon. El lastimero quejido que se oyó entonces dio el resultado esperado. Fue contestado instantáneamente por el poderoso ladrido de un gran danés en la cima de una audible agonía. La puerta de la casa se abrió bruscamente y una muchacha con pantalones cortos y chaleco tejido salió corriendo al porche. Allí se detuvo con el pelo rojo encendido a la luz del sol, la boca entreabierta y los grandes ojos de avellana ligeramente entornados, protegiéndose de la luz que reflejaba el río.

—Qué... ¡Mamá! ¡Mamá querida! ¿Eres tú? ¿Ya? ¡Tiny! —exclamó la muchacha cuando el perro salió como un bólido por la puerta abierta y se lanzó escalones abajo—. ¡Ven aquí!

El perro se detuvo. La señora Forsythe extrajo una llave inglesa de detrás del asiento del conductor y la blandió en el aire.

—Déjalo que se acerque, Alistair —dijo ceñuda—. En nombre de la razón, muchacha, ¿qué haces con semejante monstruo? Me habías dicho que tenías un perro, no un *pony* Shetland con garras. Si se mete conmigo le sacaré una de esas patazas de doce libras y peharemos con el mismo peso. ¿Dónde guardas la montura? Creía que había escasez de carne en esta parte de la región. Pero ¿cómo se te ocurrió compartir tu morada con este dromedario carnívoro? ¿Y qué es esto de comprar semejante granero, a cincuenta kilómetros de ninguna parte, colgado de un precipicio, con un camino escalonado y a una altura como para hervir agua a ochenta grados centígrados? Debes de tardar años en prepararte el desayuno. Veinte minutos para unos huevos, y siguen crudos. Tengo hambre. Si ese basilisco danés no se lo ha comido todo, me devoraría unos ocho sandwiches. Salami y trigo entero. Tus flores

están espléndidas, criatura. Lo mismo que tú. Aunque esto no es una novedad. Lástima que tengas seso. Si no fuera así, ya te habrías casado. Una vista encantadora, querida, encantadora. Me gusta esto. Me alegra que hayas comprado la casa. Tú, ven aquí —le dijo a Tiny.

Tiny se acercó a aquel menudo y voluble espécimen con la cabeza inclinada y la cola baja. La señora Forsythe extendió una mano y dejó que Tiny se la oliera antes de golpearle levemente el lomo. Tiny movió la poco elegante cola y fue a reunirse con Alistair, que bajó corriendo los escalones.

—Mamá, eres maravillosa. —Se inclinó y besó a su madre.

—¿Qué era ese ruido horrible?

—¿Ruido? Oh, el claxon. —La señora Forsythe estaba ahora muy ocupada en levantar la capota del coche.

—Tengo un amigo en la industria del calzado. Quise ayudarlo a estimular las ventas. Preparé esto para hacer saltar a la gente. Cuando saltan se rompen los cordones. Dejan los zapatos en la calle. Miles de peatones caminando por la calle en calcetines. La gente tendría que caminar así, por otra parte. Es bueno para el arco del pie. —La mujer señaló con un ademán. Encima y alrededor del motor había cuatro grandes bocinas. Sobre la boca de cada una había un obturador, dispuesto de tal modo que giraba alrededor de su eje en ángulo recto con la bocina. Cuatro motorcitos DC abrían y cerraban los obturadores. Así obtengo los gorjeos. En cuanto a la nota principal los cuatro suenan con intervalos de dieciséis octavos de tono. Bonito, ¿eh?

—Bonito —reconoció Alistair sinceramente—. ¡No, por favor, no hagas otra demostración! Casi le rompiste los tímpanos al pobre Tiny la primera vez.

—Oh, ¿sí? —La mujer se acercó contrita al perro.

—No lo hice a propósito, mi querido perrito, no, de veras.

El querido perrito alzó hacia ella unos oscuros ojos castaños y golpeó el suelo con la cola.

—Me gustas —dijo la señora Forsythe con decisión. Extendió valientemente una mano y tiró con cariño del flojo labio superior de Tiny—. ¡Pero mira qué colmillos! Bueno, perro, mete adentro un poco de esa lengua, o te volverás del revés, como un guante. ¿Cómo no te casaste aún, chiquilla?

—¿Y por qué no te casaste tú? —replicó Alistair.

La señora Forsythe se estiró.

—He estado casada —dijo, y Alistair advirtió que el tono casual era forzado—. De una temporada matrimonial con los caracteres de Dan Forsythe saliste tú como resultado. —La voz se hizo más suave—. Tu padre era muchas personas de calidad a la vez, nena. —La mujer se sacudió—. Vamos a comer. Quiero oír acerca de Tiny. Tus gotitas de información acerca de este perro eran más atormentadoras que el capítulo nueve de una película en serie. ¿Quién es esa criatura Alee de St. Croix? ¿Una especie de nativo... caníbal, o algo semejante? Parece simpático. Me pregunto si notaste qué simpático te parece. ¡Cielo santo, la muchacha se ruboriza! Sólo sé lo

que leí en tus cartas, querida, y nunca citaste a nadie al pie de la letra salvo a Nowland, y siempre acerca de ductilidad, permeabilidad y puntos de fusión. ¡Metalurgia! ¡Una niña como tú ocupada con molibdenos y duraluminios en vez de corazones y ajuares!

—Mamá, querida, ¿no se te ocurrió nunca que quizá yo no quiera casarme? No todavía, por lo menos.

—Claro que sí. Eso no altera el hecho de que una mujer es sólo cuarenta por ciento mujer antes que alguien la quiera, y sólo ochenta por ciento mujer hasta que tiene hijos. En cuanto a ti y tu preciosa carrera, creo recordar a una cierta Marie Sklodowska a quien no le importó casarse con un tal Curie, con ciencia o sin ella.

—Querida —dijo Alistair algo exasperada mientras subían los escalones y entraban en la fresca casa—, te lo explicaré de una vez por todas. La carrera no tiene importancia. Pero sí el trabajo. Me gusta. No le encuentro sentido a casarse por el gusto de estar casada.

—Oh, por favor, criatura, yo tampoco —dijo rápidamente la señora Forsythe. En seguida, lanzándole una crítica ojeada a su hija, suspiró—. Pero es una lástima.

—¿Qué quieres decir?

La señora Forsythe sacudió la cabeza.

—Si no me entiendes, significa que algo anda mal en tu sistema de valores, y en ese caso es inútil discutir. Me gustan tus muebles. Ahora, por piedad, aliméntame y háblame de tu Hércules canino.

Moviéndose hábilmente por la cocina mientras su madre se posaba como un pájaro de ojos brillantes en una escalinata al pie de la alacena, Alistair contó la historia de las cartas de Alee y la llegada de Tiny.

—Al principio era sólo un perro. Un perro maravilloso, por supuesto, y muy bien entrenado. Nos entendimos perfectamente. No había nada notable en él fuera de su historia, o por lo menos así me parecía, y ciertamente nada indicaba... algo. Quiero decir que podía haber respondido de aquel modo a mi nombre sólo porque le gustaba el sonido.

—Es posible —dijo su madre, complacida—. Dan y yo nos pasamos semanas en un laboratorio de sonido buscándote un nombre conveniente. Alistair Forsythe. Es un hallazgo. Recuérdalo cuando lo cambies.

—¡Mamá!

—Bueno, querida, sigue con la historia.

—Pensé entonces que todo era una disparatada coincidencia. Una vez aquí, Tiny no respondió particularmente al sonido de mi nombre. Parecía tener un placer canino perfectamente normal en andar alrededor de mí, y eso era todo.

»Entonces, una noche, luego de haber pasado conmigo un mes, descubrí que Tiny podía leer.

La señora Forsythe trastabilló, se tomó del borde del vertedero y se enderezó.

—¡Leer!

—Bueno, prácticamente. Yo tenía la costumbre de estudiar de noche, y Tiny se tendía frente al fuego, con el hocico entre las patas, mirándome. El asunto me divertía. Hasta tomé la costumbre de hablarle mientras estudiaba. Quiero decir, acerca del trabajo. Parecía siempre como si prestase mucha atención. Tonterías, por supuesto. O quizás era mi imaginación, pero me pareció notar que cada vez que yo me distraía o dejaba el trabajo para hacer otra cosa, Tiny se incorporaba y se acercaba a mí.

»Aquella noche particular yo trabajaba en la matemática de la permeabilidad de cierto grupo de las tierras raras. Dejé el lápiz y busqué mi Manual de física y química y sólo encontré un gran hueco en la biblioteca. El libro no estaba tampoco sobre el escritorio. Así que me volví hacia Tiny y dije, por decir algo: “Tiny, ¿qué has hecho con mi manual?”.

»Tiny lanzó un gruñido sordo, como si se sintiese muy sorprendido, y fue hacia su cama. Levantó el jergón y sacó el libro. Lo tomó con los dientes —me pregunto cómo se las hubiera arreglado si fuera un scotty; es una obra bastante voluminosa— y me lo trajo.

»Yo no sabía qué hacer. Tomé el libro y lo examiné rápidamente. Estaba bastante estropeado. Aparentemente, había tratado de hojearlo con sus grandes patas. Dejé el libro y tomé a Tiny por el hocico. Lo llamé sinvergüenza de nueve modos distintos y le pregunté qué había estado buscando.

La muchacha hizo una pausa, mientras preparaba un sándwich.

—¿Y?

—Oh —dijo Alistair como si volviera de muy lejos—. No me lo dijo.

Hubo un pensativo silencio. Al fin la señora Forsythe miró hacia arriba con sus raros ojos de pájaro y dijo:

—Bromeas. Tiny no es tan inteligente.

—No me crees.

No era una pregunta.

La mujer mayor se incorporó y puso una mano en el hombro de la muchacha.

—Corderito, tu papá acostumbraba decir que sólo una cosa merecía creerse: lo que aprendes de la gente en quien confías. Te creo, por supuesto. Pero... ¿te crees tú?

—No estoy... enferma, mamá, si eso es lo que quieres decir. Deja que te cuente el resto.

—¿Pero hay más?

—Mucho más. —Alistair puso la pila de sándwiches en el aparador, al alcance de su madre. La señora Forsythe se lanzó sobre ellos con entusiasmo—. Tiny me ha estado incitando a hacer una investigación. Una investigación especial.

—¿Guiegue gasarte?

—¡Mamá! No te di esos sándwiches sólo para alimentarte. La idea era hacerte callar un poco, mientras yo hablaba.

—¡Huga! —dijo la señora alegremente.

—Bueno, Tiny no me deja trabajar en otro proyecto que no sea el que le interesa. Mamá, ¡no podré hablar si te quedas así, con la boca abierta! No... No puedo decir que no me deje hacer ningún trabajo. Pero sólo aprueba una cierta línea. Si tomo otro camino, da vueltas alrededor, me golpea el codo con el hocico, gruñe, lloriquea, y generalmente sigue así hasta que pierdo la cabeza y le digo que se vaya. Entonces va hacia la chimenea y se deja caer en el suelo. No me saca los ojos de encima. Por supuesto, se me ablanda el corazón, me arrepiento, le pido mil perdones, y luego hago lo que quiere.

La señora Forsythe tragó saliva, tosió, bebió un poco de leche y estalló.

—¡Espera un minuto, vas demasiado rápido! ¿Qué quiere que haga? ¿Cómo sabes que él lo quiere? ¿Puede leer, o no? ¡Habla claro, criatura!

Alistair rió alegremente.

—Pobre mamá. No te acuso, querida. No, no creo que pueda leer realmente. No muestra ningún interés por los libros o las ilustraciones. El episodio con el manual fue aparentemente un experimento que no dio resultado. Pero... distingue las diferencias entre mis libros, aun libros con la misma encuadernación, aun cuando los cambie de sitio en la biblioteca. ¡Tiny!

El gran danés se incorporó pesadamente en el rincón de la cocina, resbalando sobre el linóleo encerado.

—Tráeme el Radio básica de Hoag, ¿quieres, jovencito?

Tiny se volvió y dejó la cocina, pisando con cuidado. Le oyeron subir las escaleras.

—Temía que no lo hiciera delante de ti —dijo Alistair—. Por lo general me advierte que no diga nada de sus poderes. Gruñe. Un sábado vino a almorzar conmigo el doctor Nowland. Yo empecé a hablar de Tiny y no pude seguir. Tiny estuvo horrible. Primero gruñó y luego ladró. Fue la primera vez que lo oí ladrar dentro de la casa. Pobre doctor Nowland. Estaba asustado de veras.

Se oyó el ruido blando de las patas de Tiny en la escalera y el perro entró en la cocina.

—Dáselo a mamá —dijo Alistair.

Tiny caminó lentamente hasta el banquillo y se paró frente a la asombrada señora Forsythe. La mujer le sacó el volumen de las mandíbulas.

—Radio básica —murmuró.

—Le pedí eso porque tengo un estante entero de libros técnicos arriba, todos del mismo editor, todos del mismo color, y aproximadamente del mismo tamaño —dijo Alistair con calma.

—Pero... pero... ¿cómo lo hace?

Alistair se encogió de hombros.

—No sé. No lee los títulos. Estoy segura. No puede leer nada. He tratado de que lea de doce modos diferentes. Le he escrito instrucciones en trozos de papel y se los he mostrado... Cosas como «Ve a la puerta» y «Dame un beso». Mira los papeles y

mueve la cola. Pero si yo leo los papeles antes...

—¿Si los lees en voz alta?

—No. Oh, hará cualquier cosa que yo le pida, es cierto. Pero no tengo que decírselo. Basta que yo lo lea. Así me hace estudiar lo que quiere que yo estudie.

—¿Me estás diciendo que este behemot puede leerte el pensamiento?

—¿Qué crees tú? Te mostraré. Dame el libro.

Tiny alzó las orejas.

—Hay algo aquí acerca de las corrientes eléctricas en cobre superenfriado que no recuerdo muy bien. Veamos si a Tiny le interesa.

Alistair se sentó ante la mesa de la cocina y empezó a hojear el libro. Tiny se acercó y se sentó enfrente, con la lengua fuera, y los grandes ojos castaños fijos en la muchacha. Hubo un silencio, mientras Alistair volvía las páginas, leyendo de cuando en cuando, volviendo otras páginas. Y de pronto Tiny gimió.

—¿Entiendes ahora lo que quería decirte, mamá? Muy bien, Tiny. Lo leeré.

Silencio otra vez mientras los almendrados ojos verdes de Alistair recorrían la página. De repente Tiny se incorporó y tocó con el hocico la pierna de la muchacha.

—¿Hmmm? ¿La referencia? ¿Quieres que vuelva atrás?

Tiny se sentó otra vez, expectante.

—La referencia cita una parte de la primera sección sobre teoría de la electricidad —explicó Alistair. Alzó los ojos—. Mamá, léeselo tú. —La muchacha dejó la mesa y le alcanzó el libro a su madre—. Aquí. Sección cuarenta y cinco. ¡Tiny! Escucha a mamá. Adelante.

Empujó a Tiny hacia la señora Forsythe, que dijo con voz apagada:

—Cuando yo era niña le acostumbraba a leer cuentos de hadas a mis muñecas. Pensé que ya nunca volvería a eso, y aquí estoy, leyéndole un libro técnico a esta... esta catástrofe canina. ¿Leo en voz alta?

—No, no. Veamos si él entiende.

Pero la señora Forsythe no tuvo oportunidad de comprobarlo. Antes que hubiese leído dos líneas, Tiny se puso frenético. Corrió hacia la señora Forsythe y luego hacia Alistair. Se alzaba en dos patas como un caballo asustado, ponía los ojos en blanco, jadeaba, gemía. Hasta gruñó un poco.

—Pero ¿qué demonios pasa?

—Me parece que no puede comunicarse contigo —dijo Alistair—. Yo había pensado ya que está unido a mí de más de un modo, y esto es la prueba. Bueno, devuélveme el...

Pero antes que Alistair pudiera pedírselo, Tiny había saltado hacia la señora Forsythe, sacándole suavemente el libro de las manos, y se lo había llevado de vuelta a su dueña. Alistair le sonrió a su pálida madre, tomó el libro y leyó hasta que Tiny pareció perder todo interés. El perro volvió a su rincón junto al armario de la cocina y se echó bostezando.

—Fin —dijo Alistair cerrando el libro—. En otras palabras, la clase ha terminado.

¿Bueno, mamá?

La señora Forsythe abrió la boca, la cerró otra vez y meneó la cabeza. Alistair estalló en una carcajada.

—Oh, mamá —farfulló a través de la risa—. Hoy es un día histórico. ¡Te quedaste sin habla!

—No —dijo la señora Forsythe de mal humor—. Pienso... pienso que... bueno, ¡tienes razón! ¡Sí!

Cuando recobraron el aliento —pues la señora Forsythe se unió a las risas de su hija—, Alistair recogió el libro y dijo:

—Bueno, mamá, es casi la hora de mi sesión con Tiny. Oh, sí; es algo regular, y puedo asegurarte que Tiny me está llevando por sendas fascinadoras.

—¿Como por ejemplo?

—Como el viejo e imposible problema de moldear el tungsteno. Hay un modo.

—¡No digas! ¿Y vas a moldearlo... como se moldea un carácter?

Alistair arrugó la recta nariz.

—¿Has oído hablar alguna vez del hielo comprimido? ¿Agua comprimida hasta que forma un sólido a lo que es comúnmente su punto de ebullición?

—Algo recuerdo.

—Bueno, sólo necesitas bastante presión, y una cámara que pueda resistir esa presión, y un par de menudencias como un campo de alta intensidad de ene megaciclos en fase con... No me acuerdo de las cifras; de todos modos, ésa es la solución.

—«Si tuviésemos unos huevos podríamos preparar jamón con huevos, si tuviésemos jamón» —citó la señora Forsythe—. Y además recuerdo que ese hielo comprimido se funde bastante rápidamente, así —y la mujer castañeteó los dedos—. ¿Cómo sabes que tu tungsteno moldeado, pues no podría ser tungsteno fundido, no cambiaría de estado del mismo modo?

—En eso trabajo ahora —dijo Alistair serenamente—. Vamos, Tiny. Mamá, tú puedes encontrar sola el camino, ¿no es cierto? Si necesitas algo, grita sin miedo. Esto no es una sesión espiritista.

—¿No? —murmuró la señora Forsythe mientras su hija y el perro subían las escaleras.

Sacudió la cabeza, entró otra vez en la cocina, llenó de agua un cubo y lo llevó hasta el coche, que ahora hervía a fuego lento. Rociaba cuidadosamente el radiador antes de empezar a verter el agua cuando oyó de pronto las pisadas de unas botas en el empinado camino.

Alzó los ojos y vio a un joven que subía trabajosamente en la tarde calurosa. Llevaba un viejo traje de piel de tiburón, y la chaqueta le colgaba de un brazo. A pesar de su ajada apariencia, caminaba firmemente, y el pelo rubio y rizado le brillaba a la luz del sol. Se acercó a la señora Forsythe y le echó una sonrisa que era todos ojos azules y dientes blancos.

—¿La casa de los Forsythe? —preguntó con una resonante voz de barítono.

—Eso es —dijo la señora Forsythe, descubriendo que tenía que volver la cabeza de un lado a otro para ver los hombros del desconocido. Sin embargo podían haberse intercambiado los cinturones.

—Debe de sentirse como este Canguro Azul —dijo ella, palmeteando el flanco asado de su menuda cabalgadura—. Se coció en seco.

—¿Llama al coche Canguro Azul? —dijo el hombre. Colgó la chaqueta en la portezuela y se secó la frente con un pañuelo que para el experimentado ojo de la señora Forsythe era de puro hilo.

—Así es —dijo ella, dominándose para no hacer un comentario sobre el leve pero extraño acento del joven—. Es estrictamente un asunto de embrague. Suelta usted el pedal y el coche echa a correr. Lo suelta una fracción de centímetro más y se lanza adelante como un rayo. Retrocede usted a cada momento para recobrar la cabeza, que ha quedado atrás. Hay que llevar una botella de colodión y un par de tablillas para poner la cabeza en su sitio. Se muere usted de hambre y no puede comer porque le falta la cabeza. ¿Qué lo trae por aquí?

El joven sacó como respuesta un sobre amarillo, mirando solemnemente el cuello y la cabeza de la mujer, y luego el coche, con la cara inmóvil y los ojos entornados de placer.

La señora Forsythe echó una ojeada al sobre.

—Oh. Telegrama. Ella está adentro. Se lo daré. Entre y le serviré algo. No se aguanta el calor. ¡No se limpie así los zapatos! ¡Es suficiente para desarrollarle a usted un complejo de inferioridad! Invite usted a un hombre, pero con el polvo que trae en los zapatos. Es un polvo bueno y honesto y aquí no cultivamos pisos relucientes. ¿Le tiene usted miedo a los perros?

El joven rió.

—Los perros me hablan, señora.

La mujer lo miró rápidamente; iba a decir que allí por lo menos eso podía ser cierto, pero lo pensó mejor.

—Siéntese —ordenó. Trajo un espumoso vaso de cerveza y lo puso junto a él—. La haré bajar para que firme el recibo. —El hombre dejó el vaso que había llevado a la boca, empezó a hablar, descubrió que estaba solo en el cuarto, se rió francamente, se enjugó el bigote y se hundió otra vez en el vaso.

La señora Forsythe oyó la risa, sonrió con una mueca meneando la cabeza y fue directamente hacia el estudio de Alistair.

—¡Alistair!

—¡Dejemos esto de la ductilidad del tungsteno, Tiny! No seas terco. Los números son números y los hechos son hechos. Creo entender adonde quieres llevarme. Sólo puedo decirte que si esto es posible, no creo que exista el equipo necesario. Espera unos años y te alquilaré una fábrica de energía nuclear. Temo que hasta entonces...

—¡Alistair!

—... no haya simplemente... ¿Eh? ¿Sí, mamá?

—Telegrama.

—Oh. ¿De quién?

—No sé, pues mis poderes de adivinación son un cuarenta y uno por ciento menores que los de ese perro que tienes ahí. En otras palabras, no abrí el telegrama.

—Oh, mamá, eres tonta. Por supuesto que podías... Oh, bueno, dámelo.

—No lo tengo. Está abajo con el hijo del Discóbolo, que fue quien lo trajo. Nadie —dijo en éxtasis— tiene derecho a estar quemado con pelo de ese color.

—¿De qué estás hablando?

—Baja y firma el telegrama y compruébalo tú misma. Descubrirás el sueño de una doncella con la cabeza dorada metida en un vaso de cerveza, acalorado y sudoroso luego de sus nobles esfuerzos por alcanzar esta cima sin cuerdas ni picos, sin otra guía que su corazón puro y la Western Union.

—Ocurre que el sueño de esta doncella es el tratamiento del tungsteno —dijo Alistair con cierta irritación. Miró tristemente su hoja de trabajo, dejó el lápiz, y se puso de pie—. Quédate aquí, Tiny. Volveré tan pronto como triunfe sobre el último esquema de mi madre. Pretende que le salga al paso en el camino hacia el matrimonio a algún joven macho. —Se detuvo en la puerta.

—¿No te quedas aquí, mamá?

—Sácate ese pelo de la cara —dijo su madre, ceñuda

—No. No me perderé esto por nada del mundo. Y no hagas juegos de palabras delante de ese joven. Eso es prácticamente lo único en el mundo que considero vulgar.

Alistair bajó las escaleras y caminó por el corredor que llevaba a la cocina. Su madre la seguía pisándole los talones, arreglándole el pelo, tironeándole la chaqueta. Cruzaron la puerta casi juntas. Alistair se detuvo y se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos.

Pues el joven se había incorporado y, aún con las huellas de espuma en los labios, la miraba con la mandíbula inferior estúpidamente caída, la cabeza un poco echada hacia atrás, los ojos entornados como ante una luz demasiado brillante. Y durante un rato pareció como si todos en el cuarto se hubiesen olvidado de respirar.

—¡Bueno! —estalló al fin la señora Forsythe—. Querida, has hecho una conquista. Eh, vamos, el pecho adelante, la barbilla levantada.

—Le ruego que me disculpe —dijo el joven, y la frase pareció más una expresión familiar que una afectación.

—Por favor, mamá —dijo Alistair recobrándose con rapidez.

Se adelantó y recogió el telegrama de la mesa de la cocina. Su madre la conocía bastante y advertía que a Alistair no le temblaban las manos sólo gracias a un notable esfuerzo. Saber si ese esfuerzo pretendía ocultar fastidio, embarazo o algo enteramente bioquímico podía dejarse para más tarde. Mientras tanto la señora Forsythe disfrutaba tremendamente de la situación.

—Espere, por favor —dijo Alistair fríamente—. Puede haber una respuesta.

El joven meneó simplemente la cabeza. Estaba aún un poco aturdido por la aparición de Alistair, como muchos otros jóvenes lo habían estado antes. Pero mientras miraba cómo Alistair abría el telegrama, le asomó otra vez a los labios aquella asombrosa sonrisa.

—¡Mamá! ¡Escucha! «Llegué esta mañana y espero encontrarla en su casa. El viejo Debbil murió en accidente, pero recobró memoria antes de morir. Tengo información que puede aclarar misterio... o agravarlo. Espero verla, pues no sé qué pensar. Alee».

—¿Cuántos años tiene ese salvaje tropical? —preguntó la señora Forsythe.

—No es un salvaje y no sé cuántos años tiene y no entiendo a qué viene esto. Creo que tiene mi edad, o un poco más.

Alistair alzó unos ojos brillantes.

—Terrible rival —le dijo la señora Forsythe al mensajero, consolándolo—. No ha llegado en buena hora.

—Yo... —dijo el joven.

—Mamá, tenemos que preparar algo para comer. ¿Crees que podrá quedarse? ¿Dónde está mi vestido verde con...? Oh, no sabes. Es nuevo.

—Oh, entonces las cartas no trataban sólo del perro —dijo la señora Forsythe sonriendo y mostrando los dientes.

—Mamá, eres imposible. Esto es... es importante.

Alee... es...

La señora Forsythe asintió.

—Importante. Es lo que yo quería decir.

—Yo... —dijo el joven.

Alistair se volvió hacia él.

—Espero que no piense que estamos totalmente locas. Siento que haya tenido que subir hasta aquí —dijo.

Fue hasta el aparador y sacó una moneda de un azucarero. El joven la tomó gravemente.

—Gracias, señora. Si no le importa, guardaré esta moneda de plata hasta el día de mi muerte.

—Es usted bien... ¿Qué?

El joven pareció todavía más alto.

—Agradezco de veras su hospitalidad, señora Forsythe. Pero está usted en desventaja y debo corregir la situación.

Se puso entre los labios un índice doblado y emitió un increíble silbido.

—¡Tiny! —rugió—. ¡Ven aquí y preséntame!

Del piso alto vino la respuesta de un rugido, y Tiny bajó atropellándose, pataleó desordenadamente al girar al pie de las escaleras y se precipitó por el piso pulido para caer alegremente sobre el joven.

—Ah, bestia —canturreó él, sacudiendo feliz la cabeza del perro, y añadió con una voz más grave

—Has prosperado aquí con las señoras, estúpido caballo. Me alegro, me alegro de veras. —Sonrió con una mueca a las dos asombradas mujeres—. Perdónenme —dijo mientras aporreaba a Tiny, le tiraba de las orejas, lo apartaba, le apretaba las mandíbulas—. Ante todo, la señora Forsythe no me dio oportunidad de hablar al principio, y luego me dejé arrastrar por el equívoco. Alee es mi nombre, y el telegrama me lo dio el verdadero mensajero, a quien encontré al pie de la loma, sudoroso y suspirando.

Alistair se cubrió la cara con las manos.

—Oh —dijo.

La señora Forsythe chillaba de risa. Cuando recobró la voz preguntó:

—¿Cuál es su apellido, joven?

—Sandersen, señora.

—¡Mamá! ¿Por qué le preguntaste eso?

—Por razones de eufonía —dijo la señora Forsythe guiñando un ojo—. Alexander Sandersen. Muy bien, Alistair...

—¡Basta! Mamá, no te atreverás...

—Iba a decir, Alistair, que si tú y tu huésped me disculpan, volveré a mi tejido.

La mujer fue hacia la puerta. Alistair lanzó a Alee una mirada aterrada y exclamó:

—¡Mamá! ¿Qué estás tejiendo?

—Mis planes, querida. Te veré luego.

La señora Forsythe rió entre dientes y desapareció.

Alee tardó casi una semana en enterarse de las últimas hazañas de Tiny, pues Alistair le contó todo muy minuciosamente. Nunca parecía haber bastante tiempo para explicaciones y anécdotas, tan rápidas volaban las horas cuando él y Alistair estaban juntos. Algunos días iba a la ciudad, y salía con Alistair por la mañana y se pasaban el día comprando herramientas y equipos para la plantación. Nueva York le parecía una ciudad maravillosa —había estado allí sólo una vez— y Alistair descubrió que se sentía como dueña del lugar, y le mostraba todo como si sacase tesoros de un cofre. Después de estas salidas Alee se quedaba en la casa un par de días. Se ganó para siempre el cariño de la señora Forsythe quitando, limpiando y arreglando el embrague del Canguro Azul, simplificando los controles del refrigerador de gasolina de modo que se lo pudiese calentar sin complicadas operaciones, y poniendo una viga bajo el rincón del porche que amenazaba derrumbarse.

Y las sesiones con Tiny fueron recomenzadas e intensificadas. Alee asistió a una y al principio el perro pareció algo incómodo, pero antes de media hora ya se había tranquilizado. Desde entonces interrumpió cada vez más a Alistair para volverse hacia Alee. Aunque aparentemente no podía leerle los pensamientos a Alee, daba muestras de entender perfectamente cuando Alee hablaba con Alistair. Y al cabo de

unos pocos días ella aprendió a aceptar estas interrupciones, pues aceleraban evidentemente la investigación. Alee ignoraba casi totalmente la teoría con que trabajaba Alistair, pero tenía una mente clara, rápida y eficiente. No era un teórico, y eso ayudaba. Era en verdad uno de esos raros ingenios que parecen intuir certeramente las leyes de causa y efecto. La reacción de Tiny era de aprobación. Por lo menos las ocasiones en que Alistair perdía el rastro de las intenciones de Tiny eran cada vez más raras. Alee sabía instintivamente hasta qué punto debían retroceder, y luego cómo localizar el punto donde se habían extraviado. Y poco a poco empezaron a entender qué buscaba Tiny. Y también el porqué y el cómo de esa búsqueda. La experiencia de Alee con el viejo Debbil fue una buena pista. Fue por lo menos suficiente para que Alee siguiese buscando una posible solución a la extraña necesidad del extraño animal.

—Ocurrió junto al molino de azúcar —le dijo a Alistair, luego de haberse enterado de la increíble conducta del perro y mientras intentaban determinar el porqué y el cómo—. Debbil me llamó desde el canal que lleva la caña a los transportadores.

—Patrón —me dijo—, eso no es nada seguro. —Y me señaló los engranajes que mueven el transportador. La máquina tiene unos dientes bastante largos, señorita Alistair, de unos veinticinco centímetros, que trabajan con unos piñones. Es una máquina vieja, pero fuerte y adecuada. Debbil había notado que el eje de los piñones oscilaba un poco.

—Eres un viejo maniático, Debbil —le dije.

—No, patrón —me contestó—. Mire, esa cosa de los dientes. No es nada seguro. Le mostraré. —Y antes que pudiera moverme, o pensar, alzó la cubierta y metió la mano. Los engranajes le arrastraron el brazo y se lo arrancaron casi, a la altura del hombro. Le pido humildemente perdón, señorita Alistair.

—S-siga —dijo Alistair, a través de su pañuelo.

—Bueno, Debbil era un viejo idiota, ciertamente, y murió como había vivido, en paz descanse. Era viejo y lo habían devorado la malaria y la elefantiasis y otras cosas parecidas, y ni siquiera el doctor Thetford pudo salvarlo. Pero ocurrió algo extraño. Agonizaba, y toda la aldea se había reunido en la puerta haciendo planes para el velatorio, cuando me mandó llamar. Corrí, y debería haber visto usted cómo me sonrió cuando crucé el umbral.

Alee se vio otra vez en la casa de paredes de adobe, con el aire enrarecido bajo el techo de hojas de palmera, y el resplandor de la lámpara de petróleo que habían puesto en el alféizar para que el viejo muriese junto a la luz. Alee continuó con una voz grave:

—¿Cómo se siente, Debbil? —le pregunté.

—Patrón, estoy perdido —me dijo—, pero se me iluminó la cabeza.

—Bueno, cuénteme, Debbil.

—Patrón, la gente dice que el viejo Debbil no puede recordar el sabor de un

mango mientras lo pela. Dicen que ni recuerda su propia casa si falta de ella tres días.

—Chismes, Debbil.

—Verdades, patrón. Nadie da un centavo por mi cabeza. Pero, patrón, recuerdo algo ahora, muy claro, y usted tiene que saberlo. Patrón, el día que fui al agua vi un aparecido en las piedras del palacio del gobernador.

—¿Un aparecido? —preguntó la señora Forsythe.

—Sí, un fantasma, señora. Los crúcenos son muy supersticiosos. ¡Tiny! ¿Qué te pasa, chico?

Tiny gruñó otra vez. Alee y Alistair se miraron.

—No quiere que usted siga hablando.

—Escúcheme. Quiero que Tiny entienda esto. Soy su amigo. Quiero ayudarla a usted a que lo ayude. Tiny quiere que se entere tan poca gente como sea posible. No le diré nada a nadie sin su permiso.

—¿Y bien, Tiny?

El perro, de pie, movía inquieto la cabeza, mirando primero a Alistair y luego a Alee. Al fin emitió un sonido, que podía ser la traducción sonora de un encogerse de hombros, y se volvió hacia la señora Forsythe.

—Mamá es parte de mí —dijo Alistair firmemente—. Y así ha de ser. No hay otra alternativa. —Se inclinó hacia adelante.

—No puedes hablar con nosotros. Sólo puedes indicarnos lo que quieres decir y hacer. Creo que la historia de Alee nos ayudará a saber lo que quieres y a conseguirlo más rápidamente. ¿Entiendes?

Tiny la miró largo rato, dijo: «Guff» y se echó en el suelo con el hocico entre las patas y los ojos clavados en Alee.

—Creo que al fin vamos a alguna parte —dijo la señora Forsythe—. Y debo añadir que esto se debe principalmente a la convicción que tiene mi hija de que es usted un hombre maravilloso.

—¡Mamá!

—Bueno, atrévete a negarlo. ¡Están ruborizados los dos! —exclamó la señora Forsythe.

—Continúe, Alee —dijo Alistair con voz ahogada.

—Gracias. El viejo Debbil me contó una hermosa historia de las cosas que había visto en las ruinas. Una gran bestia, sí, y sin forma, y con una cara tan fea como para enloquecerlo a uno. Pero por algún motivo uno se «sentía bien» junto a la bestia. Debbil dijo que fue un milagro, pero no tuvo miedo. «Era todo húmedo, patrón», me dijo Debbil, «como una babosa, y el ojo que tenía daba vueltas y temblaba, y yo estaba allí sintiéndome como una novia en el altar, sin ningún miedo». Bueno, pensé que el viejo deliraba, y además siempre lo habíamos considerado un poco loco. Pero la historia era muy clara, y en ningún momento se detuvo a pensar. Me pareció que todo era cierto.

»Debbil dijo que Tiny se acercó a la bestia y que la bestia se dobló sobre él como

una gran ola marina. Se cerró sobre él, y Debbil se quedó allí como clavado a la tierra todo el día, sin miedo, y sin sentir ningún deseo de irse. Ni siquiera aquella cosa que estaba en los matorrales entre las piedras lo sorprendía.

»Dijo que era un submarino, grande como la casa de la plantación, y sin ninguna marca en la superficie salvo la parte de vidrio, en el sitio donde tienen la boca los tiburones.

»Y cuando el sol empezó a caer la bestia se estremeció y retrocedió, y apareció Tiny. Se acercó a Debbil, y la bestia se sacudió, y el aire pesaba con los esfuerzos del monstruo, que trataba de hablar. Una nube se le formó en el cerebro a Debbil y oyó una voz. “Una voz sin palabras, patrón, sin sonidos, pero decía que me olvidase. Decía que me fuera y olvidase”. Y lo último que vio el viejo Debbil mientras se volvía para irse fue que la bestia se derrumbaba, como muerta por el esfuerzo que había hecho. “Y la nube me siguió en la cabeza, patrón, desde ese día. Estoy perdido ahora, pero la nube se fue y Debbil recuerda la historia”. —Alee se reclinó en la silla y se miró las manos—. Eso fue todo. Debió de haber ocurrido hace unos quince meses, poco antes que Tiny empezara a mostrarse raro. —Respiró con fuerza y alzó los ojos—. Quizá yo sea muy crédulo. Pero conocía muy bien al viejo Debbil. Nunca en su vida pudo inventar una historia semejante. Me molesté en ir yo mismo hasta el palacio del gobernador, después del entierro. Puedo haberme equivocado, pero algo grande estuvo posado en aquellos matorrales, pues estaban aplastados en un diámetro de unos treinta metros. Bueno, ésta es la historia. La historia de un hombre supersticioso e ignorante, que murió a causa de un terrible accidente y de muchos años de enfermedad.

Hubo un largo silencio, y al fin Alistair se echó hacia atrás el rojo pelo brillante y dijo:

—No es Tiny, de ningún modo. Es... es algo fuera de Tiny. —Miró al perro, con los ojos muy abiertos—. Y no me importa.

—Tampoco le importó a Debbil, cuando lo vio —le dijo Alee gravemente.

La señora Forsythe estalló.

—¿Qué hacemos aquí sentados mirándonos como tontos? No me contesten; yo les explicaré. Todos nosotros podemos imaginar una historia que ordene los hechos, y todos callamos por miedo al ridículo. Una historia que se acomodase a estos hechos sería realmente una sorpresa.

—Bien dicho —dijo Alee con una sonrisa—. ¿Quiere explicarnos su idea?

—Pobre víctima —murmuró Alistair.

—Niña, no seas impertinente. Por supuesto, me complacerá mucho explicársela, Alee. Pienso que el buen Señor, en su infinita misericordia, ha decidido que es hora de que Alistair recobre el sentido, y sabiendo que sería necesario un milagro cuasicientífico, preparó éste...

—Un día —dijo Alistair fríamente—, barreré tu verbosidad y tu sentido del humor de un solo golpe.

La señora Forsythe sonrió con una mueca.

—Hay momentos buenos para chistes, querida, y éste es uno. Odio ver a gente solemne solemnemente sentada y abrumada. ¿Qué piensa de todo esto, Alee?

Alee se tironeó una oreja y dijo:

—Sugiero que Tiny decida. Es asunto suyo. Sigamos trabajando y no olvidemos lo que hemos aprendido.

Ante el asombro de todos, Tiny se precipitó sobre Alee y le lamió la mano.

La explosión llegó seis semanas después de la llegada de Alee. (Oh, sí, se quedó seis semanas y aún más. Tardó bastante en idear algunos trámites que debía hacer en Nueva York para quedarse tanto tiempo, pero después de seis semanas era casi un miembro de la familia y no necesitaba excusas). Había inventado un código de señales para Tiny, de modo que el perro pudiese añadir algo a las conversaciones. «Ahí está, señora —explicó—. Como una mosca en la pared viéndolo todo y oyéndolo todo, y sin decir una palabra. Imagínese en esa situación, tan interesada como está usted en la charla». Para la señora Forsythe realmente la imagen mental era demasiado vivida. De modo que la investigación propiciada por Tiny quedó postergada cuatro días mientras buscaban un código. Pronto abandonaron la idea de un guante con un lápiz de bolsillo, para que Tiny pudiese escribir un poco, y otros dispositivos similares. El perro no estaba organizado simplemente para esos trabajos minuciosos; y además no daba muestras de entender los símbolos escritos o impresos. Sólo los entendía a través del pensamiento de Alistair.

El plan de Alee era más simple. Cortó algunas formas de madera: un disco, un cuadrado, un triángulo. El disco significaba «sí», o cualquier otra afirmación, según el contexto. El cuadrado era «no», o cualquier negación. El triángulo indicaba una pregunta o un cambio de tema. La cantidad de información que Tiny podía proporcionar moviendo una u otra de estas formas era asombrosa. Una vez determinado el tema de discusión, Tiny se instalaba entre el disco y el cuadrado de modo que bastaba que moviera la cabeza a un lado o a otro para indicar «sí» o «no». Se habían acabado las exasperantes sesiones en que perdían la pista de la investigación y había que volver atrás. Las conversaciones eran ahora así:

—Tiny, quiero hacerte una pregunta. Espero que no la juzgues demasiado personal. ¿Puedo?

Así hablaba Alee, infinitamente cortés con los perros. Siempre había reconocido la innata dignidad de estos animales.

Tiny respondía sí moviendo la cabeza hacia el disco.

—¿Tenemos razón al suponer que tú, el perro, no eres quien se comunica con nosotros, que eres sólo un médium?

Tiny señaló el triángulo.

—¿Quieres cambiar de tema?

Tiny titubeó, luego fue hacia el cuadrado. No.

—Indudablemente, quiere algo de nosotros antes de discutir el asunto. ¿No es así,

Tiny? —dijo Alee.

Sí.

—Ya le dimos de cenar, y no fuma —dijo la señora Forsythe—. Pienso que quiere asegurarse de que guardaremos el secreto.

Sí.

—Bien, Alee, es usted maravilloso —dijo Alistair—. Mamá, deja de sonreír. Sólo quería decir...

—No digas más, criatura. Cualquier explicación será una desilusión para Alee.

—Gracias, señora —respondió Alee gravemente, con aquella expresión divertida en los ojos. Se volvió hacia Tiny—. Bueno, ¿qué dices? ¿Eres un superperro?

No.

—¿Quién...? No, no contestará a eso. Retrocedamos un poco. ¿Es cierta la historia del viejo Debbil?

Sí.

—Ah. —Alee, Alistair y su madre se miraron—. ¿Dónde está ese... monstruo? ¿Aún en St. Croix?

No.

—¿Aquí?

Sí.

—¿Quieres decir aquí, en la casa?

No.

—¿Cerca?

Sí.

—¿Cómo podemos descubrir dónde sin nombrar todos los lugares de los alrededores? —preguntó Alistair.

—Ya sé —dijo la señora Forsythe—. Alee, de acuerdo con Debbil, ese «submarino» era bastante grande, ¿no es cierto?

—Sí, señora.

—Bien. Tiny, ¿tiene él... eso... la nave aquí también?

Sí.

La señora Forsythe extendió las manos.

—No hay dudas, entonces. Sólo hay un lugar donde puede ocultarse un objeto como ése.

Señaló con la cabeza la pared oeste de la casa.

—¡El río! —exclamó Alistair—. ¿Es así, Tiny?

Sí. Y Tiny señaló inmediatamente el triángulo.

—¡Espera! —dijo Alee—. Tiny, perdón, pero quiero hacerte otra pregunta. Poco después de que salieras para Nueva York, ocurrió algo con las brújulas, todas apuntaron al oeste. ¿Fue a causa de la nave?

Sí.

—¿En el agua?

No.

—¡Pero esto es pura ciencia ficción! —dijo Alistair—. Alee, ¿la ciencia ficción llega a los trópicos?

—Ah, señorita Alistair, no bastante a menudo, ciertamente. Pero la conozco bien. Las naves del espacio son como un cuento de Mi madre la Oca para mí. Pero hay aquí una diferencia. En todas las historias que he leído, cuando una bestia viene del espacio, es para matar y conquistar; y sin embargo... no sé por qué, pero sé que esta criatura no intenta nada parecido. Más aún, nos desea bien.

—Siento lo mismo —dijo la señora Forsythe pensativamente—. Hay algo así como una nube protectora que parece rodearnos. ¿Tiene esto sentido para ti, Alistair?

—Sí, y desde hace tiempo —dijo Alistair con convicción. Miró reflexivamente a Tiny—. Me pregunto por qué... no se muestra. Y por qué sólo puede comunicarse por mi intermedio. ¿Y por qué yo?

—Diría, señorita Alistair, que usted fue elegida a causa de la metalurgia. En cuanto a por qué nunca vemos a la bestia, bueno, ella tendrá sus razones. Y éstas deben de ser bastante buenas.

Día tras día, y fragmento tras fragmento, consiguieron y dieron información. Muchas cosas siguieron siendo un misterio, pero, extrañamente, no parecía haber mucha necesidad de hacerle a Tiny demasiadas preguntas. La atmósfera de confianza y buena voluntad que los rodeaba no sólo hacía que las preguntas pareciesen innecesarias, sino hasta rudas.

Y día tras días, poco a poco, una imagen empezó a formarse entre las hábiles manos de Alee. Era una pieza metálica, de forma bastante simple, pero con unos conductos y una cámara en su interior. Había sido diseñada aparentemente para sostener y proteger un eje metálico. No había ninguna abertura en la cámara central; sólo la del eje. El eje giraba; lo movía algo que había dentro de la cámara. Este punto fue muy discutido, una y otra vez.

—¿Por qué los conductos? —se quejó Alistair, mesándose los cabellos llameantes—. ¿Por qué carboloy? ¿Y por qué, en nombre de Nemo, tungsteno?

Alee se quedó mirando largo rato el dibujo. De pronto se golpeó la frente.

—Tiny, ¿hay radiación dentro de la cámara? Quiero decir: ¿material peligroso?

Sí.

—Ésa es la solución entonces —dijo Alee—. Tungsteno para proteger la radiación. Metal fundido, uniforme. Los conductos en las aberturas del eje... Mire, hay unas placas en el eje que deben de insertarse entre los conductos.

—Y nada que vaya a ninguna parte, y ninguna parte a donde pueda ir algo, excepto el eje por supuesto. ¡Y además es imposible moldear de ese modo el tungsteno! Quizá pueda hacerlo el monstruo de Tiny, pero no nosotros. Quizá con un fundente adecuado y suficiente energía... pero es absurdo. El tungsteno no se funde.

—Y no podemos construir una nave del espacio. ¡Debe de haber un modo!

—No con la técnica de hoy, y no con el tungsteno —dijo Alistair—. Tiny nos da

simplemente indicaciones como las que daríamos nosotros a la panadería de la esquina si quisiésemos una tarta de boda.

—¿Por qué dijo «una tarta de boda»?

—¿Usted también, Alee? ¿No basta con mamá? —Pero Alistair no dejó de sonreír—. En cuanto al fundido... me parece que nuestro misterioso amigo está en la situación de un aficionado a la radio que conoce todas las partes de su aparato, cómo está hecho, cómo y por qué funciona. De pronto una lámpara estalla, y descubre que no puede comprar otra. Y la única solución es fabricarla él mismo. Aparentemente la bestia de Tiny se encuentra ante ese problema. ¿Qué dices, Tiny? ¿Le falta a tu amigo una parte que él nunca fabricó?

Sí

—¿Y la necesita para salir de la Tierra?

Sí.

—¿Cuál es la dificultad? —preguntó Alee—. ¿No puede alcanzar la velocidad necesaria?

Tiny titubeó, y señaló el triángulo.

—O no quiere hablar de eso, o no tiene relación con el asunto —dijo Alistair—. No importa. Nuestro problema principal es el fundido. No puede hacerse. Nadie puede hacerlo, por lo menos en este planeta, me parece, y estoy bastante informada. ¿Tiene que ser tungsteno, Tiny?

Sí

—¿Tungsteno para qué? —preguntó Alee—. ¿Cómo coraza para la radiación?

Sí.

Alee se volvió a Alistair.

—¿No hay algo con qué reemplazarlo?

Alistair meditó un rato mirando el dibujo.

—Sí, varias cosas —dijo pensativamente. Tiny la miraba, inmóvil. Pareció derrumbarse cuando la muchacha se encogió de hombros y dijo—: Pero no nada con paredes tan delgadas. Una pared de plomo de un metro de ancho podría servir, y tendría la resistencia mecánica necesaria. Pero sería indudablemente demasiado grande. Berilio...

Al oír la palabra Tiny se incorporó y pisó el cuadrado. Un enfático no.

—¿Y alguna aleación? —preguntó Alee.

—¿Bueno, Tiny?

Tiny fue hacia el triángulo. Alistair meneó la cabeza.

—No sé. No se me ocurre ninguna. Le preguntaré al doctor Nowland. Quizás...

Al día siguiente, Alee se quedó en la casa y se pasó el día discutiendo alegremente con la señora Forsythe y construyendo un emparrado. Fue una radiante Alistair la que volvió a la casa aquel atardecer.

—¡Lo conseguimos! ¡Lo conseguimos! —canturreó mientras entraba bailando en la casa—. ¡Alee! ¡Tiny! ¡Vengan!

Corrieron al estudio. Sin quitarse la boina verde con la pluma anaranjada casi del color de su pelo, Alistair amontonó cuatro libros y se puso a hablar animadamente.

—Molibdeno áureo. Tiny, ¿qué te parece? ¡Oro y molibdeno III pueden ser la solución! ¡Escucha!

Y se puso a enumerar datos espectrales, fórmulas en letras griegas y comparaciones de resistencias de material. Alee, mareado, se quedó mirándola, sin escuchar. Mirarla era un placer cada vez mayor.

Cuando Alistair calló, Tiny se alejó de ella y se echó en el piso con la mirada clavada en el espacio.

—¡Bueno! —dijo Alee—. Mire, señorita Alistair. La primera vez que lo veo pensar algo.

—Calle. No lo molestemos entonces. Si ésta es la respuesta, y nunca lo pensó antes, tiene bastante trabajo. Vaya a saber con qué ciencia fantástica tendrá que comparar mis datos.

—Comprendo. Por ejemplo... bueno, suponga que destrozamos un avión en la selva brasileña y necesitamos un nuevo cilindro hidráulico para el tren de aterrizaje. Entonces uno de los nativos nos muestra un trozo de palo hacha y tenemos que averiguar si puede servirnos.

—Algo parecido —susurró Alistair—. Yo...

Tiny la interrumpió. Saltó de pronto y corrió hacia ella, y le besó las manos, cometiendo luego la prohibida enormidad de ponerle las patas en los hombros, volviendo de prisa a las formas de madera y moviendo el disco con el hocico, el símbolo de sí. Movía la cola como un metrónomo.

La señora Forsythe entró en pleno alboroto y preguntó:

—¿Qué pasa aquí? ¿Quién transformó a Tiny en un derviche? ¿Qué le dieron de comer? No me lo digan. Déjenme... No le habrán solucionado el problema. ¿Qué van a hacer? ¿Le comprarán una varita mágica?

—Oh, mamá. ¡Lo conseguimos! Una aleación de molibdeno y oro. Puedo encargarme de la aleación y hacerla fundir en poco tiempo.

—Bueno, criatura, bueno. ¿Vas a fundir todo? —preguntó la mujer señalando el dibujo.

—Claro, sí.

—Hum.

—¡Mamá! ¿Puedo preguntarte por qué dijiste «hum» en ese tono?

—Puedes preguntarlo, querida. ¿Quién va a pagar?

—Pero eso... yo... oh. ¡Oh! —dijo horrorizada, y corrió hacia el dibujo.

Alee se acercó y miró por encima del hombro de Alistair. La muchacha hizo unas cuentas en un rincón del dibujo, emitió otro «oh» y se sentó compungida.

—¿Cuánto? —preguntó Alee.

—Lo sabré mañana —respondió Alistair con un suspiro—. Conozco mucha gente. Puedo obtenerlo al costo... quizá. —Miró tristemente a Tiny. El perro se

acercó y le puso la cabeza sobre las rodillas y ella le tironeó las orejas—. No te abandonaré, mi querido —murmuró.

Averiguó el precio a la mañana siguiente. Algo más de trece mil dólares.

—Quizá puedas indicarnos dónde conseguir el dinero —dijo Alistair como si esperara que el perro extrajera una billetera.

Tiny gimió, lamió la mano de Alistair, miró a Alee, y se echó en el suelo.

—¿Y ahora? —preguntó Alee.

—Ahora prepararemos algo de comer —dijo la señora Forsythe alejándose hacia la puerta.

Los otros iban a seguirla cuando Tiny se incorporó de un salto y corrió ante ellos. Se detuvo en el umbral y lloriqueó. Cuando Alistair se acercó, se puso a ladrar.

—Calla, ¿qué pasa, Tiny? ¿Quieres que nos quedemos aquí un rato?

—Eh, ¿quien manda aquí? —quiso saber la señora Forsythe.

—Él manda —dijo Alee, y supo que había hablado por todos.

Se sentaron. La señora Forsythe en el sofá del estudio, Alistair a su escritorio, Alee ante la mesa de dibujo. Pero Tiny no aprobaba aparentemente la distribución. Sumamente excitado corrió hacia Alee, lo empujó con la cabeza, se precipitó hacia Alistair, tomándola suavemente por la muñeca y tironeando de ella hacia Alee.

—¿Qué ocurre, amigo?

—Parece un casamentero —señaló la señora Forsythe.

—Tonterías, mamá —dijo Alistair ruborizándose—. Quiere que Alee y yo cambiemos de lugar. Eso es todo.

—Oh —dijo Alee y fue a sentarse junto a la señora Forsythe. Alistair se sentó a la mesa de dibujo. Tiny puso una pata sobre la mesa señalando el bloc de papel. Alistair miró al perro con curiosidad, y arrancó la hoja superior. Tiny tomó un lápiz con la boca.

Los otros esperaron. De algún modo nadie quería hablar. Quizá ninguno podía, pero no había por qué hacerlo. Y gradualmente la tensión fue subiendo en la habitación. Tiny estaba de pie muy tieso, en el centro. Le brillaban los ojos, y cuando cayó flojamente nadie fue a auxiliarlo.

Alistair tomó el lápiz lentamente. Mirándole la mano, Alee recordó el movimiento del punzón en las tablillas de los espiritistas. El lápiz se movió firmemente, con pequeños impulsos, hasta alcanzar la hoja blanca, y quedó suspendido sobre ella. Alistair estaba muy pálida.

Luego, nadie supo qué ocurrió exactamente. Podían ver, pero no les importaba. Y el lápiz de Alistair empezó a moverse. Algo, en alguna parte, estaba dirigiendo su mente... no su mano. El lápiz corrió más y más rápidamente, y escribió lo que más tarde se llamaría la fórmula Forsythe.

No hubo señal entonces, por supuesto, del furor que causaría esa fórmula, de los millones de conjeturas que se plantearían al descubrirse que la muchacha que había escrito la fórmula no podía tener, de ningún modo, los necesarios conocimientos

matemáticos. Nadie la entendió al principio, y muy pocos después. Alistair ciertamente no sabía qué significaba.

El editor de una revista popular explicó de un modo asombrosamente cercano la verdadera naturaleza de la fórmula cuando escribió: «La fórmula Forsythe, que describe lo que los suplementos dominicales llaman “algo por nada”, y el dibujo que la acompaña, significan poco para el hombre común. Pero hasta donde puede determinarse, la fórmula es la descripción de un dispositivo y sus principios de funcionamiento. El dispositivo parece poder fabricar energía de alguna naturaleza, y si alguna vez se lo entiende, la energía atómica irá a parar al desván con las lámparas de gas.

»El dispositivo consistiría esencialmente en una esfera de energía encerrada en una cápsula que absorbe neutrones. La esfera tiene “capas” internas y externas. La atraviesa un eje. Aparentemente un campo magnético se mueve alrededor de la cubierta exterior del dispositivo. La esfera de energía se alinea a su vez en este campo. La esfera interior gira con la exterior y mueve el eje. Si la heterodoxa matemática de la fórmula no es falsa —y nadie parece haber intentado probarlo— el efecto de alineación entre el campo rotativo y las dos esferas concéntricas, como también el eje, es totalmente independiente de la carga. En otras palabras, si el original campo magnético gira a 3.000 r.p.m., el eje girará a 3.000 r.p.m., aunque no se emplee más de 1/16 caballo de fuerza en hacer rotar el campo y la potencia del eje sea de 10.000 caballos.

»¿Ridículo? Quizá. Y quizá no es más ridículo que la aparente imposibilidad de que 15 vatios de energía entren en la antena de una estación de radio y nada baje. La clave de todo el problema reside en la naturaleza de esas esferas encerradas unas en otras dentro de una cápsula. Su energía es aparentemente inherente y consiste en la capacidad de alineamiento, así como la utilidad del vapor depende de su capacidad de expansión. Si, como sugiere Reinhardt en El empleo del símbolo ϕ en la fórmula Forsythe, estas esferas no son más que concentraciones estables de energía de cohesión nuclear, tenemos aquí una fuente de energía que la humanidad nunca soñó. Tengamos o no éxito en construir tal dispositivo, no puede negarse que cualquiera que sea su misterioso origen, la fórmula Forsythe señala una época para varias ciencias, incluso la filosofía».

Cuando Alistair acabó de escribir la fórmula, la terrible tensión empezó a desaparecer. Los tres seres humanos siguieron un rato en feliz estado de coma, y Tiny, desmayado en el piso. La primera que se movió fue la señora Forsythe, que se incorporó bruscamente.

—¡Bueno! —dijo.

Pareció como si la exclamación rompiera un encantamiento. Todo fue de pronto normal. Nada de dolores de cabeza, ninguna impresión extraña, ningún temor. Se quedaron mirando las columnas de minúsculos símbolos.

—No sé —murmuró Alistair, y la frase tuvo muchos significados. En seguida

añadió—: Alee... esa aleación. Tenemos que conseguirla. Estamos obligados, ¡no importa lo que nos cueste!

—Me gustaría —dijo Alee—. Pero ¿por qué estamos obligados?

Alistair señaló con un ademán la mesa de dibujo.

—Nos dieron eso.

—¡Caramba! —dijo la señora Forsythe—. ¿Y qué es eso?

Alistair se llevó la mano a la cabeza, y miró la pared con unos ojos raros y nublados. Esa mirada fue lo único de todo el asunto que preocupó realmente a Alee. Alistair había alcanzado algún otro mundo, en parte al menos, y él supo que podían ocurrir muchas cosas, pero que nunca podría ir allá con ella.

—Me... ha estado hablando —dijo Alistair—. No puede discutirse, ¿verdad? No me engaño. Alee... Mamá.

—Te creo, criatura —dijo su madre suavemente—. ¿Qué quieres decirnos?

—Me llegó en conceptos. No es algo que pueda realmente repetirse. Pero la idea es que él no podía darnos nada. Su nave es enteramente funcional, y no hay nada allí que pueda ofrecernos por lo que quiere que hagamos. Pero nos dio algo de gran valor... —La voz de Alistair murió arrastrándose. Pareció escuchar un rato, y al fin dijo—: De valor en varios sentidos. Una nueva ciencia, un nuevo modo de entender la ciencia. Nuevas herramientas, una nueva matemática.

—¿Pero qué es? ¿Qué puede hacer? ¿Y cómo va a ayudarnos a pagar la aleación? —preguntó la señora Forsythe.

—No puede, de momento —dijo Alistair sin titubear—. Es algo demasiado grande. Ni siquiera sabemos qué es. ¿Por qué argumentar? ¿No entiendes que no podía darnos ningún aparato? ¿Que no tenemos sus técnicas, sus materiales, sus herramientas, y que no podríamos fabricar ninguna de sus máquinas? Nos ha dado lo único que podía darnos: una nueva ciencia, y los medios para investigarla.

—Es cierto —dijo Alee gravemente—. O por lo menos lo siento así. Y yo... confío en él. ¿Usted, señora?

—Sí, por supuesto. Creo que es... buena gente. Creo que tiene sentido del humor y sentido de la justicia —dijo firmemente la señora Forsythe—. Trabajemos juntos. Tiene que haber una solución. ¿Y por qué no hacerlo realmente? ¿No tendremos algo de que hablar el resto de nuestras vidas?

Trabajaron juntos.

Ésta es la carta que llegó dos meses más tarde a St. Croix:

Mi querida:

Quédate tranquila. Todo ha terminado. Llegó la aleación. Te extrañé más que nunca, pero tenías que irte... y sabes que me alegró. De todos modos hice como me indicaste. Los hombres que me alquilaron la barca y me llevaron allá pensaron que estaba loca, y así me lo dijeron. ¿Sabes que ya en el río, con la pieza de metal, cuando Tiny se puso a gruñir y lloriquear para indicarme el lugar exacto, y yo les dije a los hombres que arrojaran la carga por encima de la borda, tuvieron el atrevimiento

colosal de insistir en que abriéramos el cajón? Estuvieron realmente impertinentes. No querían ser cómplices de nada sucio. Era contra mis principios, pero les dejé hacer, sólo para apresurar las cosas. ¡Estaban seguros de que había un cadáver en el cajón! Cuando vieron qué era, yo ya estaba apunto de romperles mi sombrilla en las tontas cabezas, pero tenían una expresión tan graciosa que me eché a reír. Fue entonces cuando el hombre me dijo que yo estaba loca.

De todos modos, allá fue por sobre la borda, al río. Un bonito chapuzón. Aproximadamente un minuto más tarde sentí algo... me gustaría poder describírtelo. Estaba como abrumada por una sensación de total satisfacción y gratitud, y, oh, no sé, era simplemente algo bueno. Miré a Tiny y estaba temblando. Creo que él también lo sintió. Yo lo llamaría ungracias, en gran escala mental. Pienso que puedes estar segura de que el monstruo de Tiny recibió lo que deseaba.

Pero eso no fue el fin. Pagé a los barqueros y eché a caminar orilla arriba. Algo me detuvo entonces, y volvía la orilla.

Era ya la tarde, una tarde muy serena. Yo me sentía como dominada por algo, pero no era nada desagradable, sólo un lazo indestructible. Me senté en la arena y miré el agua. No había nadie alrededor —la barca se había ido— excepto uno de esos veleros de paseo anclado unos pocos metros río arriba. Recuerdo lo tranquila que era la tarde porque una niña estaba jugando en la cubierta del velero, y yo podía oír el ruido de sus pisadas cuando corría de un lado a otro.

De pronto noté algo en el agua. No sé por qué, pero no sentí miedo. La criatura, o lo que fuese, era grande, gris, viscosa e informe. Y de algún modo me pareció que era la fuente de esa aura de bienestar y protección que yo sentía entonces. Me miraba. Supe qué era antes de ver que tenía un ojo... un ojo grande, con algo que giraba en el interior. No sé. Me gustaría escribir mejor, y poder describirte cómo era. Sé que de acuerdo con las normas humanas era inmensamente repulsivo. Si aquél era el monstruo de Tiny, puedo entender que temiera desagradarnos. Erróneamente, pues yo podía sentir en mi interior que la criatura era buena.

Me guiñó el ojo, sí, no parpadeó, me guiñó el ojo. Y luego todo ocurrió muy rápidamente.

La criatura desapareció, y segundos más tarde el agua se agitó junto al velero. Algo gris y húmedo salió del río, y vi que se acercaba a la niña, una mocosa de no más de tres años. Pelirroja, como tú. Y la cosa que había salido del río tocó la espalda de la niña y la empujó con suavidad, lo suficiente para hacerla caer al agua.

¿Y puedes creerlo? Yo estaba allí mirando y no dije una palabra. No pensé que aquella niña pudiera salvarse, ¡pero sin embargo no me pareció mal!

Bueno, antes de que yo recuperara el buen sentido, Tiny se había lanzado al agua como una bala peluda. Yo me había preguntado muchas veces por qué tiene unos pies tan grandes; ahora lo sé. ¡La mitad inferior de Tiny es una rueda de paletas! En un instante estaba junto a la niña y la tomaba por el cuello del vestido y la traía a la orilla. ¡Nadie había visto cómo habían empujado a la niña, Alistair! Nadie sino yo.

Pero un hombre en el velero debió de haberla visto caer. Subió corriendo a la cubierta dando órdenes y tropezando con las cosas, y cuando al fin logró bajar un bote al agua, Tiny ya estaba a mi lado. La niña no parecía asustada, ¡pensaba que todo había sido muy divertido! Un criatura maravillosa.

El hombre llegó a la costa, todo agradecimiento y lágrimas, y quiso bañar en oro a Tiny o algo parecido. Entonees me vio. «¿Es su perro?», me preguntó. Le dije que era de mi hija, que estaba en St. Croix en luna de miel. Antes que pudiera detenerlo, había sacado una libreta de cheques y escribía algo. Dijo que sabía qué clase de persona era yo. Que nunca aceptaría nada para mí, pero que no rechazaría nada que fuese para mi hija. Me guardé el cheque. Nunca sabré por qué el hombre escribió trece mil dólares. De todos modos, será para ti una ayuda. Y como en realidad el dinero viene del monstruo de Tiny, sé que lo usarás. Supongo que ahora puedo confesar. La idea de permitir que Alee aportase el dinero sólo si era miembro de la familia fue sólo mía. Pues aunque tuviese que recurrir a sus ahorros e hipotecar la plantación te tendría a ti. A veces, sin embargo, pienso si yo tenía realmente que haber trabajado tanto para veros casados.

Bueno, imagino que esto cierra la historia del monstruo de Tiny. Hay muchas cosas que quizá no sepamos nunca. Puedo imaginar algunas sin embargo. El monstruo podía comunicarse con un perro, pero no con un ser humano. Los perros, en apariencia, les leen el pensamiento a los hombres, hasta cierto punto, aunque probablemente no entienden la mitad de lo que reciben. Yo no hablo francés, pero probablemente podría transcribir francés frenéticamente bastante bien como para que un francés pudiese leerlo. Tiny transcribía nuestros pensamientos de ese modo. El monstruo podía transmitir a través de él, y dominaba totalmente su mente. Sin duda había adoctrinado al perro —si puedo usar esa palabra— el día que el viejo Debbil lo llevó a la represa. Y cuando el monstruo, tuvo una imagen mental de ti, a través de Tiny cuando te nombró el doctor Schwellenbach, trató, a través del perro, de hacerte trabajar en su problema. Imágenes mentales... eso es quizá lo que empleaba el monstruo. Así distinguía Tiny un libro de otro sin poder leer. Uno visualiza todo lo que piensa. ¿Qué te parece? Creo que mi explicación es tan buena como cualquiera.

Te divertirá saber que anoche todas las brújulas de la vecindad apuntaron al oeste durante un par de horas. Hasta luego, hija. Sigue siendo feliz.

Todo mi cariño y un beso para Alee,

Mamá

P. S. St. Croix es realmente un buen sitio para una luna de miel, el que firmó el cheque, se está poniendo muy sentimental. Se parece mucho a tu padre. Una viuda y un... bueno, no sé. Dice que nos unió el destino, o algo. Dice que no había planeado hacer ese viaje río arriba con su nieta, pero algo lo impulsó. No puede imaginar por qué ancló justo allí. Le pareció una buena idea. Quizá fue el destino. Es un hombre

muy amable. Quisiera poder olvidar aquel guiño que vi en el agua.

LOS PROMOTORES DE DISCORDIA

Mack Reynolds

Harvey Todd, director del Departamento de Seguridad, puso sus iniciales en dos documentos, los dejó a un lado y tomó otro reporte. No se molestó en levantar la vista.

—Desearía que fueras lo más breve posible, Ross. Estoy lleno de trabajo.

—Jefe —empezó con vacilación Ross Wooley—, supongamos que deseo investigar algo por cuenta propia, siguiendo una corazonada.

Todd dirigió una mirada inquisitiva a su subordinado.

—¿Qué traes entre manos?

—Es algo bastante raro —respondió el otro—. Algo que le hará pensar si estoy en mis cabales.

Harvey Todd descansó la pluma y sonrió a su mejor agente.

—Debe tratarse de algo gordo, Ross. Pero tu reputación es buena y tus presentimientos han sido acertados hasta ahora. ¿De qué se trata?

Wooley se rascó la barbilla con la uña del pulgar.

—Jefe —murmuró lentamente, sin estar seguro de cómo serían recibidas sus palabras—, tengo razones para sospechar que hay visitantes indeseables en los Estados Unidos.

El jefe del departamento lo miró con recelo.

—Por supuesto que hay visitantes indeseables. ¿Y qué hay de eso? No es nuestra jurisdicción.

—Quiero decir visitantes del espacio, de otro planeta tal vez.

—¿Has bebido?

—No, señor.

Harvey Todd lo miró largamente, sin decir nada. Por fin murmuró:

—Oigamos.

—Me gustaría tener su permiso para investigar. Si no me lo concede, le pediré una licencia para investigar por mi cuenta. Y si no es posible, presentaré mi renuncia para tener libertad de hacerlo como simple ciudadano. —Los ojos del agente parpadearon con rapidez tras los anteojos de arillos de concha.

Todd miró el montón de cartas que estaba sobre su escritorio y suspiró. Los hizo a un lado, metió la mano al cajón de su escritorio y sacó una vieja pipa y una lata de tabaco. No habló hasta que la pipa estuvo llena y encendida y él se reclinó en el respaldo de su sillón, aspirando el aromático humo.

—Parece ser de mucha importancia para ti. ¿Qué sabes de eso?

El agente se agitó, incómodo.

—No lo suficiente para que tenga sentido, jefe. Un artículo aquí, una observación

allá, algún comentario de un oscuro científico; es más un presentimiento que otra cosa. Lo que deseo es disponer del tiempo necesario para llevar a cabo una investigación preliminar. Si obtengo algo definido, lo reportaré de inmediato. Entonces, será cuenta suya.

Harvey Todd dejó que el humo escapara por su nariz y miró con preocupación a Ross.

—Necesito algo más que eso. No puedo asignar a un agente para que ande por ahí buscando personajes al estilo de Buck Rogers, sin tener una idea de qué se trata exactamente.

—Usted dijo que mi reputación era buena —le recordó Ross.

Todd tomó su pluma y dibujó abstraídamente sobre un papel.

—Sería terrible para el departamento quedar expuesto al ridículo, Ross. El año pasado estuvimos varias veces bajo el fuego. Conozco a algunos miembros del Congreso que gozarían si supieran que he asignado a un agente para perseguir marcianos.

—¿Prefiere entonces mi renuncia? —La voz del dinámico agente se hizo tensa.

Su jefe gruñó con disgusto; finalmente se decidió.

—¡No, maldita sea! Haz tus investigaciones. Pero, por el amor del cielo, ten discreción. Si esto llega a los periódicos, la prisión de Alcatraz será poco para ti.

Ross Wooley sonrió al decir:

—Gracias... eh... tendré que hacer algunos viajes.

—Ve a Smith cuando salgas. Ahora, vete. Creo que estás loco. —Harvey Todd tomó su pluma y otro rimerero de cartas, suspiró, y continuó su trabajo.

La sirvienta lo condujo al estudio. Miró rápidamente a su alrededor y recibió la impresión de interminables estantes de libros, algunos sillones bastante cómodos, buena iluminación, dos pinturas al óleo, de cierta calidad, en los muros, y un pequeño bar portátil. Un cuarto de hombre de estudio.

El profesor André Dumar levantó la vista con un fruncimiento de ceño y miró nuevamente la tarjeta que tenía en su mano.

—¿El señor Ross Wooley?

—Así es. —El agente se volvió hacia la sirvienta. Ésta abandonó la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Tome asiento, señor Wooley —ofreció el profesor—. No tiene usted el aspecto que Hollywood atribuye a los agentes de seguridad.

Ross Wooley no sonrió. Muchas veces antes escuchó las mismas palabras.

—Eso es una ventaja para mi trabajo, profesor.

—Hace unos treinta años, mientras aún estudiaba, recuerdo haber escrito un ensayo para mi clase de antropología, titulado «Comunismo primitivo entre los amerindios». Aparte de eso, no puedo pensar en nada de mi vida que motive la visita de un hombre del Departamento de Seguridad.

—Vengo por información, profesor —indicó Ross, tomando asiento—. Usted

parece ser una autoridad en algunas materias oscuras; algo así como un especialista en desviaciones.

—Parece que necesita ser más explícito, joven.

—Usted limitó sus investigaciones a materias que muchos hombres de ciencia, por temor al ridículo, deliberadamente evitan. Telepatía, clarividencia, por ejemplo; usted ha sido un precursor en sus estudios iniciales.

—Actualmente eso cae fuera de mi línea de trabajo, pero es una investigación fascinante —explicó el profesor—. Ahora que el hielo está roto, le diré que diversos especialistas más capaces que yo están trabajando activamente en ESP.

Ross Wooley pasó nerviosamente la mano por su barbilla.

—Antes de seguir adelante, profesor, me gustaría que comprendiera que no importa cuán extrañas sean las cosas que le pregunte, mi departamento le suplica que no las comente, ni siquiera con miembros de su familia.

El profesor Dumar frunció el ceño y miró nuevamente la tarjeta.

—Aquí dice que usted es un agente del gobierno. ¿Puede probarlo?

Wooley sonrió.

—Una precaución natural, profesor —sonrió Wooley. Sacó su cartera del bolsillo y se la tendió al otro, para su inspección.

El profesor examinó cuidadosamente las credenciales, descolgó el teléfono y pidió al operador.

—Déme el Departamento de Seguridad, por favor... Hola, habla el profesor André Dumar. Aquí en mi estudio hay un hombre que pretende llamarse Ross Wooley. ¿Tienen ustedes un agente que responda a ese nombre?... Gracias. ¿Pudiera describirlo? Muchas gracias. Adiós.

El profesor regresó las credenciales y descansó en su sillón.

—Parece ser que usted es realmente quien pretende. ¿Cuáles son las preguntas? Ross Wooley enmarcó cuidadosamente la primera.

—Profesor, ¿hay vida en el Universo, además de la que se encuentra en la Tierra?

Dumar se quitó los anteojos y lo miró.

—¿Vida?

—Sí. Vida diferente.

El científico pensó un momento, y después dijo con lentitud:

—Estamos positivamente seguros de que existe vegetación, por lo menos en Marte; pero es muy improbable que los demás planetas tengan formas de vida.

—¿Y qué hay de otros sistemas estelares?

—Por supuesto, las autoridades difieren considerablemente...

—Le pregunto *su* opinión, profesor —lo interrumpió Wooley.

El otro se movió como si la pregunta del agente lo irritara.

—Dada la multitud de estrellas en nuestro Universo, es posible que las condiciones aplicables a nuestro sistema solar se dupliquen en otra parte. En tal caso, diría que la vida también se duplicaría.

—¿Vida inteligente?

—Posiblemente.

—Ahora bien, esta pregunta es importante, profesor. Suponiendo que la vida exista en otros sitios, ¿podrían sus representantes venir a la Tierra?

El profesor Dumar golpeó el arillo de oro de sus anteojos, con la una.

—¿Quién le ha informado de mis investigaciones en ese campo? —indagó.

Acerté, pensó el agente, sin aliento. Y dijo con calma:

—Nadie, profesor, fue un golpe a ciegas. Dígame, por favor, lo que pueda.

Dumar se puso en pie y fue a su bar portátil.

—¿Bebe? —preguntó por sobre su hombro.

—No, gracias. —Fue la primera pista en la investigación. El agente estaba bastante estimulado, sin necesidad de alcohol.

—Si no le importa, yo tomaré un trago. —El profesor se sirvió *whisky* con agua y volvió a su sillón. De un trago se bebió la mitad y se extendió en la materia.

—Hace unos tres años me di cuenta de que en la Tierra habían formas extrañas de vida. Aparentemente han estado aquí por un largo periodo, pero algo andaba mal con ellas. Mi primera pista fue el hecho de que parecían causar repulsión a los demás animales, incluyendo al hombre.

—¿Cómo es eso? —interrumpió Wooley. El profesor se pasó una mano entre los cabellos, con irritación, como si fuera difícil de explicar.

—Tome a la araña, por ejemplo, o a la serpiente; nueve de cada diez personas sienten una instintiva aversión a la vista de aquéllas. Creo que eso es porque sabemos que no pertenecen al mundo nuestro. Son ajenas a la Tierra y, subconscientemente, nos damos cuenta y se nos pone la carne de gallina. A esta lista se pueden añadir la rata y la cucaracha.

—Siempre he pensado que el temor a la serpiente y la araña es instintivo, heredado del hombre primitivo. Después de todo, son venenosas.

El profesor movió la cabeza.

—Eso no es una respuesta. Pocas arañas y serpientes son ponzoñosas. Además, no es sólo temor, es una absoluta repulsión la que sentimos. Por otra parte, los animales de presa mataron más hombres primitivos que las arañas o las serpientes. ¿Por qué no sentimos esa instintiva aversión cuando vemos a los leones, osos o lobos? Y finalmente, tendrá usted que aceptar que la repugnancia es semejante, aun cuando no tan fuerte, por las ratas y las cucarachas, aunque ciertamente no son venenosas.

El agente hizo un gesto.

—Pero ¿cómo llegaron aquí? No sugeriré usted que las serpientes, las arañas o las ratas tengan habilidad de construir naves espaciales.

—Con toda franqueza, ése ha sido el mayor obstáculo de mi teoría. Tengo dos respuestas posibles, y ninguna de las dos me satisface.

—¿Tiene algún inconveniente en explicarlas?

—Una posibilidad es que hace mucho tiempo llegó una nave espacial y se estrelló. Las formas de vida que, la tripulaban se vieron forzadas a permanecer aquí. Sin embargo, las condiciones en la Tierra eran diferentes de las de su planeta original y no tuvieron éxito en adaptarse. Degeneraron hasta quedar al mismo nivel de las formas de vida no inteligentes en la actualidad.

Ross Wooley no quedó satisfecho.

—¿Qué lo llevó a esa teoría?

—Me pareció notar que la rata ocupó, en alguna oportunidad, un escalón más alto en la escala de la evolución. Notará que la rata, a veces decora su nido con trozos de vidrio de colores o fragmentos brillantes de metal. ¿Puede ser eso el vestigio de un sentido estético?

—¿O los principios? —sugirió Wooley.

—Posiblemente. No siento muy fuerte esta teoría. La que prefiero es la de que son conejillos de indias —dijo el profesor.

—¿Conejillos de indias?

—Así es. Supongamos que otro planeta deseaba sitio para expandirse y vio en la Tierra una posible colonia. Antes de arriesgarse a enfermedades desconocidas, y otras posibilidades letales, simplemente desembarcarían cierto número de especies inferiores de su propio planeta. Si la serpiente, araña, rata y cucaracha pudieran adaptarse a la Tierra sin sufrir daños, entonces los invasores estarían en posibilidad de apoderarse del planeta, sin temor.

Ross Wooley parpadeó.

—Profesor, me parece que el punto más débil de sus teorías es el hecho de que esas formas de vida han estado en la Tierra indefinidamente. La cucaracha, por ejemplo; me parece haber leído que es uno de los habitantes más antiguos de la Tierra. Y todos ellos, serpiente, araña y rata, han estado desde los periodos más antiguos.

Dumar tomó un sorbo de su bebida, pensativamente.

—No sabemos que los extraños tengan ninguna prisa. Quizá estén dispuestos a esperar cientos de miles de años para estar seguros de que la Tierra es apropiada para su especie. Para una civilización joven como la nuestra, unos cuantos millares de años parecen un periodo interminable, pero para una cultura que puede tener una edad de millones de años, es ciertamente muy poco tiempo.

—Entonces, para resumir, usted cree que hay otra vida inteligente en el Universo y que, por una razón o por otra, han desembarcado extrañas formas de vida, en la Tierra.

El profesor asintió:

—Más o menos, así es.

El siguiente nombre lo llevó hasta el otro extremo del continente, en San Francisco;

hubiera vacilado en gastar el tiempo y dinero necesarios, a no ser por el renovado interés que le inspirara Dumar.

—Esto forma parte de una de sus recientes conferencias —empezó el agente, sacando un recorte de un sobre y leyendo en voz alta—: «... de hecho, son tan caóticos los asuntos humanos, es tan increíble que él mismo sea su peor enemigo, que se pudiera creer que seres extraños del espacio, enemigos debido a alguna razón ignota, se encuentran entre nosotros saboteando nuestros esfuerzos hacia el progreso...».

«¿Es correcta la referencia?» —preguntó Wooley alzando la vista.

El conferencista de fama nacional, en cuya oficina se encontraban, frunció el ceño, pero asintió:

—Sustancialmente.

—¿Qué quiso decir con eso?

Morton Harrison hizo un gesto de impaciencia.

—No quise decir nada en particular. ¿A qué conclusión quiere llegar?

Ross Wooley regresó el recorte a su bolsillo.

—¿De dónde sacó la idea de que existe la posibilidad de que haya visitantes del espacio entre nosotros? El otro empezó a reír.

—¡Cielo santo, joven! ¿Ha llegado el Departamento de Seguridad al extremo de investigar a personajes de ficción científica? Esa idea no significa nada; sólo intenté acentuar que el hombre es enemigo de sí mismo hasta un extremo que parece imposible.

—¿Puede citar un ejemplo?

—Puedo citar muchos, pero me conformaré con uno o dos. ¿Ha notado usted que las personas y organizaciones que pugnan por el avance del hombre son habitualmente ignoradas o escarnecidas? Tomemos a los pacifistas, por ejemplo. La mayor parte de la gente los clasifica como chiflados. En tiempo de paz, se les ridiculiza, y en tiempo de guerra, son arrojados a la cárcel o a campos de concentración. Todos pretenden estar contra la guerra; ¿por qué entonces ese desprecio para quienes más enérgicamente trabajan para acabar con ella?

—Nunca se me ocurrió —confesó Ross, pensativamente.

—Permítame otro ejemplo —continuó Harrison—. En este país nos gusta hablar de nuestras libertades, pero realmente hay pocos sitios donde se pueda encontrar más intolerancia y persecución. En nuestros Estados sureños, el ejemplo es obvio; y el antisemitismo existe en muchos lugares de la nación. Pero eso es sólo el principio. En la costa del Pacífico tenemos discriminación contra los descendientes de japoneses, en ciertas áreas; y en contra de los de ascendencia mexicana, en otras. En California central existe la discriminación contra los descendientes de portugueses. En la región de los grandes lagos, contra los finlandeses; en el suroeste, contra el indio americano.

»No está limitada esta práctica a nuestro país. Cuando los americanos viajamos, a menudo encontramos indicaciones de que se mofan de nosotros, que se nos considera

advenedizos y metalizados, por los miembros de otras naciones. Es divertido ver cómo los norteamericanos, ingleses, franceses y otros miembros de las Naciones Unidas se encrespan ante la actitud de alemanes y japoneses que claman ser superhombres; pero, en realidad, nosotros practicamos la misma doctrina.

Wooley se agitó inquieto, como si fuera a protestar por la última parte de la conferencia, pero Harrison lo contuvo con un ademán y continuó:

—Lo importante es que en vez de apoyar y luchar por causas tales como la abolición de las guerras, un mejor sistema social, la terminación de la intolerancia y la discriminación racial, el promedio de los seres humanos son llevados a atacar, o al menos a sentir disgusto contra aquellos que trabajan para llegar a obtener esos medios. Parece que deliberadamente luchamos contra las cosas que más deseamos.

Ross Wooley guardó su cuaderno y se puso de pie.

—Creo que ahora lo entiendo. No estoy totalmente de acuerdo con usted; pero, por lo menos, entiendo su referencia en cuanto a los visitantes del espacio.

La entrevista con Harrison fue desalentadora, y sólo quedaba otro nombre en la lista. Era el de un médico vecindado en Los Ángeles. La ciudad de los chiflados, pensó. El tipo, probablemente pretendería tener a un marciano encerrado en el sótano.

Sin embargo, el doctor Kenneth Keith, presidente de la Asociación Astronáutica Occidental y miembro destacado de un grupo forteano, estaba demasiado cerca para no verlo. Ross tomó el avión de Los Ángeles y un taxi para ir a la casa del hombre que escribiera un libro sobre las posibilidades de los viajes espaciales.

Le tomó cinco minutos convencer a la señora Keith de que no era un fanático de la ficción científica, tratando de entrevistar al presidente de la Sociedad Astronáutica, para discutir sobre las ventajas de emplear ácido nítrico y anilina como combustible, en lugar de ácido nítrico y ethyl vinílico, en el primer cohete lunar.

Cuando se encontró finalmente en el estudio del doctor, vaciló antes de empezar. Tantas veces había sido rechazado...

El doctor tomó la iniciativa.

—Probablemente está usted aquí debido a mi artículo acerca de la presencia de seres de otros planetas aquí en la Tierra...

—¿Cómo...? —Parpadeó Ross.

El doctor Keith se encogió de hombros.

—Se ha sugerido, casi probado, una veintena de veces. Sólo recientemente me di cuenta de por qué se ha ignorado la prueba de esto, y creo que ya es tiempo de aclarar la situación. Por eso es que puse énfasis en el hecho de que aunque el hombre esté en los umbrales de los viajes espaciales, no ha sido el primero en utilizarlos.

Wooley se animó visiblemente.

—Antes de seguir adelante, usted dice que el hecho de que han existido los viajes espaciales ha sido probado veintenas de veces. Mencione una.

Kenneth Keith se levantó y fue hacia uno de los libreros que llenaban las paredes. Regresó con un volumen que arrojó al regazo del agente.

—Ahí está una prueba —señaló. Ross lo tomó ávidamente, leyó el título y frunció el ceño.

—¡*Lo!*, de Charles Fort.

Keith lo amenazó con un dedo.

—A eso me refiero. ¿Por qué se disgusta cuando ve la *prueba* que le ofrezco?

El agente arrojó despectivamente el libro a una mesita cercana a su asiento.

—Me temo que Fort no es exactamente aceptable como prueba. Por lo general se le clasifica como un chiflado... —Se detuvo, recordando súbitamente lo que Morton Harrison le dijera. Aquellas personas que destacan en la lucha por el progreso del hombre, son escarnecidas como locos, fanáticos y desequilibrados. Tal es el caso de Fort.

—Muy bien —aceptó—. Lo escucho. Diga.

El doctor Keith se lanzó animadamente a convencerlo.

—En el siglo pasado se estableció, en diversas ocasiones, que se han efectuado viajes de otros planetas al nuestro. Fort, entre otros, lo prueba en sus libros. Yo he sabido esto durante varios años y me asombra que el hecho no sea aceptado generalmente. Hace poco encontré la razón.

—¿Y cuál es esa razón? —preguntó ansiosamente Wooley.

—Los que hemos sospechado la existencia de estos visitantes, siempre pensábamos en ellos sólo como *visitantes*. Los más, suponemos que no se revelan abiertamente ante nosotros, porque piensan en el hombre como una criatura atrasada y no preparada aún para el intercambio con formas de vida más avanzadas.

Ross se movió intranquilo.

—Pero ¿qué ha descubierto?

La autoridad en cohetes lo miró fijamente.

—No son *visitantes*, son *conquistadores*. Posiblemente ya seamos propiedad, como lo sugirió Charles Fort, pero me atrevo a pensar que nuestros potenciales amos aún no han asimilado a la Tierra.

Ross Wooley se pasó la mano por la barbilla.

—Me temo que no le entiendo.

—Ningún conquistador se ha molestado jamás en apoderarse de un desierto sin valor o de una montaña sin habitantes. Antes de adquirir un territorio, tiene éste que poblarse con alguien a quién explotar. Durante cientos y miles de años, estos extraños han estado visitando la Tierra. Aún no estamos listos para ser conquistados, pero les interesa vigilar que nuestro desarrollo se lleve a cabo a lo largo de la línea que les conviene; algunas veces hasta nos ayudan.

»Al acercamos finalmente a un grado de civilización, aumentan el control de nuestro destino. Desean que progreseemos siguiendo ciertas normas y se aseguran que así lo hagamos. Entre otras cosas, no obstante que las guerras ya resultan ridículas,

ellos se encargan de que conservemos el espíritu guerrero; nutren nuestras supersticiones y nuestras intolerancias; nos mantienen divididos en naciones, clases, razas y diferentes grupos religiosos.

«Cuando al fin llegemos a tener el secreto de los viajes espaciales, y es evidente que estamos a punto de lograrlo, obviamente habrá llegado el momento en que asuman su papel como gobernantes.

—Pero ¿por qué...?

Keith se puso en pie y se paseó por la habitación, con impaciencia.

—Tal vez nos han educado para ser soldados en sus guerras interplanetarias o interestelares; tal vez para ser esclavos. Todo lo que sé es que empiezan a hacerse cargo de todo. Están tomando posiciones de control en nuestros gobiernos, nuestros centros de comunicaciones, nuestros sistemas educativos. De este modo han sido capaces de reírse de Fort y de escarnecer a otros seres humanos de visión más clara que los demás.

Interrumpió su explosión verbal y se sentó de nuevo frente al agente.

—Las pruebas, señor Wooley, son incontables. Tomo por ejemplo los platos voladores...

Harvey Todd, director del Departamento de Seguridad, levantó finalmente la vista de los papeles que leía, se quitó la pipa, apagada largo rato, y dijo:

—Es un reporte asombroso, Ross. —Su expresión era inquisitiva.

El agente había permanecido sentado a un lado, mientras su jefe leía la veintena de páginas que resumían su informe.

—Sí, señor —expresó.

—Me gustaría conocer tu propia opinión, ya que tú fuiste el que reunió el material. ¿Qué piensas de esto?

Ross Wooley se frotó la barbilla, con su gesto característico

—Brevemente, señor. Muchos años atrás, cuando la Tierra estaba en su infancia, llegaron los primeros exploradores de otros planetas. Dejaron aquí algunas de las formas de vida de sus propios mundos, para ver si sobrevivían. La serpiente y la araña son ejemplos de ello. Entonces, al evolucionar el hombre asumieron cierto control de su desarrollo. La manera en que lo han hecho demuestra que no son exactamente benévolos. Nadie puede pensarlo. Nunca.

»Cuando finalmente llegemos al punto en que les interese tomar una parte más activa en nuestros asuntos, ellos tratarán de asimilarnos. Se ha sugerido que algunos de ellos ya se han infiltrado en altos puestos de los sistemas educativos del hombre, sus gobiernos, y así por el estilo.

—¿Y usted cree realmente eso? —sonrió el jefe.

Ross Wooley enrojeció, y dijo con terquedad:

—Sí, señor.

—Entonces, ¿hay un movimiento secreto de seres extra-terrestres que operan dentro de la estructura de nuestro gobierno?

Ross Wooley parpadeó tras los gruesos cristales de sus anteojos, y asintió:

—Sí, señor. Y creo que lo más importante en el mundo es desenmascarar a esos enemigos de la raza humana; desarraigarlos, destru...

Harvey Todd lo interrumpió:

—Supongamos que le ordeno abandonar esto, que me parece una tontería...

—En ese caso, señor, renunciaría a mi trabajo, para continuar las investigaciones por mi cuenta.

El jefe del Departamento de Seguridad lo miró largamente.

—Está bien, Ross —aceptó al fin oprimiendo un botón en su escritorio.

Una sección del muro se deslizó en silencio. Dos figuras extrañamente vestidas salieron del pasadizo secreto. No eran, humanas, no precisamente.

Los ojos del jefe contemplaron al agente.

—Tienes razón al creer que los de Aldebaran —no precisamente los de Marte o Venus— hemos asumido posiciones en vuestros fantásticos gobiernos terrestres.

Se volvió al primero de los desconocidos, quien apuntaba en dirección de Wooley con una arma de aspecto letal.

—Dispongan de él del modo habitual.

Ross Wooley llevó la mano a su pistola. Una luz pálida brilló momentáneamente; dejó caer su arma, paralizado, y se derrumbó hacia adelante. Los dos extraños lo cogieron antes de que llegara al suelo y arrastraron su cuerpo hacia el pasadizo.

—Un momento —llamó Harvey Todd—. Llévense también su informe. Contiene varios nombres que requieren una visita. El profesor Dumar y el doctor Keith, en particular.

Miró el montón de papeles sobre su escritorio y suspiró:

—Ahora, váyanse. Tengo mucho trabajo que hacer.

CORRESPONSAL

Milton Lesser

Lo mejor que podía decirse de Matilde Peshaws era su calidad paradójica. Tenía treinta y tres años de edad, la cual no era excesiva si se considera el hecho de que el promedio de vida de las mujeres de la actualidad es de más de sesenta años, pero ya algunas líneas marcaban trazos permanentes a través de su rostro, y necesitaba de ciertos adminículos de ajuste en sus ropas interiores, que hubiera despreciado algunos años antes. Matilde también buscaba un marido.

Esto, en sí mismo, no era poco usual, pero Matilde estaba completamente envuelta en la falacia romántica de buscar un príncipe encantado, un fiel Don Juan, un hombre que hubiera estado en todos lados y probado todos los placeres terrenales y que deseara ahora sentarse a contar sus aventuras a Matilde.

El hecho de que con toda probabilidad no existía tal hombre, no molestaba a Matilde en lo más mínimo. Se sabía que ella opinaba que del billón de hombres que habitan la Tierra, un buen porcentaje de ellos serían solteros apetecibles, y que el hombre adecuado vendría simplemente porque ella lo esperaba.

Como ustedes ven, Matilde tenía paciencia.

También tenía un fetiche. Recibió su grado de bachillerato en el exclusivo Ursula Johns College, y su título profesional lo debía a Radcliffe; pero, a pesar de ello, Matilde era una ávida lectora de las columnas de intercambio sentimental de las revistas. Las leía cuidadosamente una y otra vez, buscando los nombres masculinos que, según un sistema sólo conocido por ella, tuvieran afinidad con el suyo propio. Matilde escribía a los caballeros que ostentaban esos nombres, y a menudo decía a su madre, la viuda Peshaws, que mediante ese sistema encontraría marido. La viuda Peshaws le respondía, impacientemente, que saliera e hiciera cita con algunos amigos.

Esa noche en particular, Matilde metió su viejo sedán al garaje y caminó en dirección al pórtico. La viuda Peshaws descansaba en la silla-mecedora.

Lo primero que hizo la viuda fue tomar entre las suyas la mano izquierda de Matilde y examinar el penúltimo dedo.

—Así lo pensé —aseguró—. Sabía que esto se aproximaba cuando vi esa expresión en tu mirada, durante la comida. ¿Dónde está el anillo de compromiso de Herman?

—No hubiera resultado, má —sonrió Matilde—. Era demasiado estirado. Le devolví su anillo, le di las gracias y él sonrió amablemente y me dijo que le hubiese gustado que se lo dijera antes, porque la reunión de sus compañeros de colegio sería este fin de semana y ya había rehusado la invitación.

La viuda movió la cabeza, con pesar.

—Fue muy delicado de Herman el ocultar así sus sentimientos.

—¡Narices! —saltó su hija—. Él no tiene verdaderos sentimientos. Le apena perder la reunión de sus condiscípulos. Eso es todo lo que tiene que ocultar. Un mojigato Victoriano, menos hombre que los demás.

—Pero, Matilde, éste es tu quinto compromiso roto en tres años. No es que no seas popular, pero no pareces cooperar en lo más mínimo. No tienes que enamorarte, Matilde... nadie lo hace. El amor se filtra insensiblemente y continúa creciendo constantemente.

Matilde no deseaba discutir. Dio las buenas noches a su madre y subió a su habitación, se despojó de su liviano vestido de verano y tomó una ducha fría.

Aún no leía la sección de intercambio sentimental de la Revista Literaria, y dado que esos temas eran algo intelectuales y cosmopolitas, podía esperar un surtido más selecto de corresponsales.

Cerró la llave del agua, cepilló sus dientes, hizo gárgaras, se secó con una toalla, y se metió a la cama, cuidando de cerrar la puerta de la recámara. No se atrevía a dejar que su madre se enterara de que ella dormía desnuda; la viuda Penshaws objetaría el que la muchacha durmiera sin ropa, aun cuando el vecino más cercano se hallaba a trescientos metros de allí.

Encendió la lámpara de la mesita de noche y se puso algunas gotas de repelente para los insectos, en los lóbulos de las orejas y en la barbilla. Se acomodó en los cojines y tomó el último número de la Revista Literaria.

Hojeó las páginas y llegó a los anuncios de intercambio amistoso, cultural y sentimental. Alguien en Nebraska deseaba cambiar cubiertas de paquetes de fósforos; alguien de Nueva York aspiraba a un intercambio epistolar con gente del medio oeste, pero se trataba de una mujer; un anciano caballero interesado en la ornitología ambicionaba sostener correspondencia con una pollita interesada en la misma materia; un joven de personalidad atractiva anhelaba una posición editorial, porque pensaba que tenía algo que ofrecer al mundo cultural; y...

Leyó dos veces el siguiente anuncio. Lo acercó a la luz y lo leyó nuevamente. La Revista Literaria era una de las pocas revistas que publicaban el nombre del anunciante en vez de un simple número de apartado postal. El nombre le gustaba. Pero más aún, tuvo que admitir, era el sabor de las palabras. Bien podía ser *algo*. O más bien, *él*.

Hombre inteligente, algo egoísta, que realmente ha viajado, y cuya experiencia universal puede hacer al hombre cosmopolita, común y corriente, parecer un paletó provinciano, necesita de varios corresponsales femeninos: deberán ser inteligentes, capaces de escuchar hablar a un hombre que tiene mucho que decir y desea poder decirlo. Quienes no sean capaces de aceptar esas condiciones, deberán de abstenerse. Maravillosa oportunidad para una experiencia cultural... Haron Gorka, Cedar Falls, I11.

Ciertamente, el hombre era egoísta; Matilde podía apreciarlo. Pero no le molestaban los hombres egoístas, por lo menos cuando tenían un motivo real para serlo. El nombre sonaba como si en verdad existiera esa razón. Él sólo deseaba lo mejor, porque él mismo era de lo mejor.

El nombre de Haron Gorka, su extraño sonido, tenía algo muy hermoso para Matilde Henshaws. Haron Gorka podía ser de cualquier nacionalidad. Y ahí estaba el secreto: no tenía nacionalidad, para cualquier propósito; era un hombre internacional, una figura entre figuras, un parangón...

Suspiró con felicidad mientras apagaba la luz. La luna brillaba a través de la ventana, y en tales ocasiones, se levantaba, sacaba una toalla del armario, tomaba dos alfileres de su tocador y clavaba la toalla al marco de la ventana, para evitar la perturbadora luz lunar en los ojos. Pero ahora no la molestó. Cedar Falls era un pueblo pequeño, a menos de cincuenta millas de la casa, y ella tendría ventaja sobre sus competidoras, por el simple hecho de llegar en persona en vez de escribir una carta.

Matilde no tenía una apariencia desagradable, ni mucho menos. Vestida apropiadamente, podría aspirar a causar una buena impresión personal, y sentía que era muy importante ganar terreno ante la afluencia del correo en Cedar Falls.

Saltó de la cama a las siete, entró de puntillas en el cuarto de baño, se dio una ducha, regresó a su recámara, se vistió con su mejor vestido de algodón y se acicaló con los artilugios más apropiados a su esbeltez. Y asegurándose de que las costuras de las medias estuvieran perfectamente rectas, cepilló sus zapatos de ante, se admiró en el espejo, leyó el anuncio nuevamente, deseó durante unos momentos ser más joven, y bajó la escalera, a hurtadillas.

La viuda Penshaws la esperaba al pie de las escaleras.

—¡Madre! —exclamó Matilde. Siempre lanzaba exclamaciones cuando algo inesperado ocurría—. ¿Qué estás haciendo a estas horas?

La viuda Penshaws le dijo que no esperara merodear por la casa sin que su madre lo supiera, y que si salía en respuesta a uno de esos tontos anuncios de las revistas, necesitaría un buen desayuno para empezar, tal y como sólo su madre podía cocinar. Matilde le dio las gracias.

Mientras recorría las cincuenta millas que la llevaron a Cedar Falls en poco menos de una hora. Matilde tarareó la Marcha Nupcial. Era su pieza favorita. Una vez se dijo que eso resultaba algo prematuro. Pero ahora se respondió que la única forma de averiguarlo era presentándose en Cedar Falls.

El hombre de la oficina de correos de Cedar Falls era un estereotipo. Matilde gustaba de pensar en términos de estereotipo. Este hombre era pequeño, redondo, de rostro encendido y un par de anteojos que cabalgaban precariamente sobre su nariz. Matilde sabía que miraría por encima de los anteojos y que contestaría gruñonamente.

—Hola —saludó Matilde.

El estereotipo gruñó y la miró por encima de los anteojos. Matilde le preguntó

dónde podía encontrar a Haron Gorka.

—¿Qué?

—Dije, ¿dónde puedo encontrar a Haron Gorka?

—¿Está eso en los Estados Unidos?

—No es un *eso*; es un *él*. ¿Dónde puedo encontrarlo? ¿Dónde vive? ¿Cuál es el camino más corto para llegar?

El estereotipo se ajustó los anteojos y la miró directamente.

—Tómelo con calma, señora. En primer lugar, no conozco a ningún Haron Gorka...

Matilde trató de no mostrar alarma. Murmuró entre dientes y mostró el anuncio de la revista al estereotipo. Éste se rascó la cabeza calva. Después dijo a Matilde, casi con alegría, que sentía mucho no poder ayudarla. Rencorosamente le sugirió que, si era tan importante, consultara con la policía.

Matilde lo hizo, pero aquéllos no conocían a ningún Haron Gorka. Probó en la tienda principal, la estación de bomberos, las oficinas municipales, la escuela secundaria, las tres estaciones de gasolina de Cedar Falls, y media docena de casas particulares, al azar. Hasta donde concernía a los habitantes de Cedar Falls, Haron Gorka no existía.

Matilde se sintió mal, pero no tenía intención de regresar tan temprano. Si no podía encontrar a Haron Gorka, nada más podría hacer; pero sabía que más le valía no regresar a casa y enfrentarse con la viuda Peshaws, al menos por un buen rato. La viuda era bien intencionada, mas le gustaba analizar los errores de otras personas y, en especial, los de Matilde.

Se encaminó, con cansancio, a la pequeña biblioteca de Cedar Falls. Tal vez pudiese liberar algo de su agresividad contenida, huroneando entre los polvosos estantes.

Así lo hizo, pero sin ningún resultado. Cedar Falls tenía lo que pudiera llamarse una biblioteca microscópica, y Matilde pensó que si el pequeño local estuviera lleno con microfilmes en lugar de libros, aún sería una pequeña biblioteca. Volvió sobre sus pasos y se despidió de la vieja bibliotecaria, al pasar frente a ella.

Matilde frunció el ceño. Dentro de veinte años, esto sería Matilde Peshaws. Incluyendo el sencillo vestido gris, los espejuelos sin arillo, los cabellos grises, los ojos desconfiados y una figura de palo de escoba...

Por otra parte... ¿por qué no? ¿Por qué no habría de ayudarla la bibliotecaria? ¿Por qué no pensó en ello antes? Ciertamente, un hombre tan bien educado como Haron Gorka sería un lector ávido, y a menos que tuviera residencia permanente aquí en Cedar Falls, no se podía esperar que contara con su propia biblioteca. Siendo éste el caso, una biblioteca de tercera clase sería mejor que ninguna y, por tanto, quizá la bibliotecaria conociera al señor Gorka.

Matilde se aclaró la garganta.

—Usted perdone —empezó—, estoy buscando a...

—Haron Gorka —afirmó la bibliotecaria.

—¿Cómo pudo saberlo?

—Es muy sencillo. Usted es la sexta joven que pregunta acerca de ese hombre. Cinco en la mañana y usted en la tarde. Nunca confié en ese señor Gorka...

Matilde saltó como si la hubieran golpeado por la espalda.

—¿Lo conoce usted? ¿Conoce a Haron Gorka?

—Por supuesto que lo conozco. Es nuestro más asiduo lector. No pasa semana en que no se lleve tres o cuatro libros. Un caballero erudito, y no carente de encanto. Si yo fuera veinte años más joven...

Matilde pensó que un poco de lisonja podría ser efectivo.

—Solamente diez —aseguró a la bibliotecaria—. Diez años menos sería más que suficiente, estoy segura.

—¿Lo cree así? —Bien, bien —se arregló los cabellos, pero éstos quedaron como antes—. Quizá tenga razón. Quizá tenga razón en eso...

Matilde se impacientó. Si había cinco antes que ella...

—¿Dónde puedo encontrar al señor Gorka?

—Se supone que no debo hacer esto. No se nos permite dar la dirección de nuestros lectores. Es contra las reglas, ¿sabe usted?

—¿Y qué hay de las otras cinco?

—Me convencieron para que les diera la dirección. Matilde metió la mano a su bolso de mano y sacó un billete de cinco dólares.

—¿Acaso fue de este modo? —preguntó. No era muy buena para este tipo de cosas.

La bibliotecaria movió la cabeza.

Matilde añadió otro billete más, al que sostenía en la mano.

—¿Así es mejor?

—Así es peor. No puedo tomar su dinero...

—Lo siento. ¿Cómo, entonces?

—Si no puedo disfrutar de una relación directa con Haron Gorka, al menos me agradaría tener el precario placer de su contacto con él. Hágame un reporte fiel y tendrá la dirección. Eso es lo que harán las otras cinco, y con lo que me cuenten todas, tendré un retrato completo. Cada una de ustedes me contará todo acerca de Haron Gorka, sin perder detalle. Cada una de ustedes tiene una personalidad distinta, por supuesto, y eso dará distintas tonalidades a cada retrato. Pero con los informes de las seis, yo recibiré mi participación de la diversión. ¿Le parece bien el trato?

Matilde le aseguró que sí y, sin aliento, escribió la dirección que le dictó en voz baja la mujer. Le dio las gracias calurosamente y salió a abordar su automóvil, silbando alegre.

Haron Gorka vivía en lo que podía llamarse una finca rústica, aunque la tierra ya no era cultivada. La casa en sí estaba en ruinas. Esto sorprendió a Matilde, pero no dejó decaer su ánimo. Haron Gorka, el hombre, era lo que contaba, y la imagen que le

brindara la bibliotecaria, ciertamente era prometedora. Tal vez él estaba demasiado ocupado con sus propósitos culturales, para prestar atención a su morada. Esto era, por supuesto; la ostentación conspicua de la riqueza o de la industria personal, no significa nada para Haron Gorka. Este detalle agradó más aún a Matilde

Cinco automóviles estaban estacionados en el camino, y el de Matilde fue el sexto. No pudo evitar el sonreír. No fue solamente ella quien tuvo la idea de visitar personalmente a Haron Gorka. Con media docena de ellas aquí, las otras ingenuas que se concretaron a enviar cartas quedaban descartadas definitivamente. Matilde se congratuló por haber tenido la misma idea que las otras cinco mujeres, pero también se sintió defraudada consigo misma por no haber sido la primera. Quizá una de las otras cinco fuera satisfactoria; tal vez fuese ya demasiado tarde...

Pero no era así. Fue recibida con los brazos abiertos. No por Haron Gorka, como hubiera deseado, sino por un sirviente que le preguntó si venía en respuesta al anuncio, a lo cual respondió ansiosamente en forma afirmativa. El sirviente la condujo a una habitación destinada a ser su alojamiento. Contenía una pequeña cama, una mesa y una silla, y en la pared, cerca de la cama, un botón de timbre, al lado de una ranura.

—Si desea comer o beber algo —le informó el sirviente—, sólo tiene que oprimir el botón. Los resultados le sorprenderán.

—¿Y el señor Gorka?

Cuando él lo juzgue conveniente, enviará por usted. Mientras tanto, siéntase como en su casa, yo le diré que usted está aquí.

Con ciertas dudas, Matilde le dio las gracias y lo miró partir. El hombre cerró la puerta a sus espaldas, pero Matilde no pudo dejar de percibir el ominoso *click*. Corrió hacia la puerta y trató de abrirla; estaba cerrada por el exterior.

Se debe acreditar a Matilde que sólo sollozó una vez. Después de todo, se dijo, lo hecho, hecho está, y a su edad no mostraría una timidez de jovencita. Además, no era su culpa si Haron Gorka tenía un sirviente neurótico.

Durante algún tiempo, Matilde se paseó de arriba abajo en el cuarto sin oír nada de lo que sucedía afuera. Se acostó después en la cama, para dormir una breve siesta. No duró mucho: tuvo una pesadilla en la que Haron Gorka aparecía como un gigante de dos cabezas, lo que la hizo despertar sobresaltada.

Recordó lo que el sirviente le dijera acerca del botón, y pensó de inmediato en un succulento filete. Bueno, tal vez no tendrían filete en casa, pero estaba dispuesta a aceptar lo que le dieran. Se acercó a la ranura del muro y oprimió un botón.

Escuchó el ruido de maquinaria. Un momento después percibió un suave sonido deslizante. A través de la ranura le llegó un delicioso aroma, seguido al instante por una charola. En ésta había un tazón de sopa de tortuga, puré de papas, chícharos, pan, un extraño coctel, *root beer* y un grueso y succulento filete bañado en salsa de mantequilla.

Matilde contuvo el aliento, pero no pudo sostener la situación mucho tiempo,

porque sus glándulas salivales trabajaban ya tiempo extra, y atacó decididamente la comida. El hecho de que eso era precisamente lo que hubiera deseado, podía, por supuesto, atribuirse a una coincidencia. Y lo delicioso de los platillos la hizo olvidar la neurosis de la servidumbre de Haron Gorka.

Cuando terminó, una agradable sensación letárgica se posesionó de ella, y al poco rato dormía de nuevo. Esta vez no tuvo pesadillas. Fue un sueño profundo y reparador, y al despertar experimentó la maravillosa sensación de que todo marchaba perfectamente.

La sensación no duró mucho. A su lado estaba, de pie, el sirviente de Haron Gorka, quien le dijo:

—El señor Gorka la verá ahora.

—¿Ahora?

—Para eso está usted aquí, ¿no es así? Le concedió la razón, pero no tuvo tiempo de dar un retoque a su peinado y así lo hizo saber al sirviente.

—Señorita —replicó éste—, le aseguro que eso no importará en lo más mínimo al señor Gorka. Usted está aquí y él se encuentra listo para verla.

—¿Está seguro? —Matilde no deseaba correr riesgos.

—Sí. Venga conmigo.

Lo siguió fuera de la pequeña habitación y a través de lo que pudo haber sido un espacioso comedor, pero que se hallaba cubierto de polvo. Matilde no vio a ninguna de las otras mujeres, y de súbito se dio cuenta de que cada una de ellas, probablemente tenía un cubículo semejante al suyo y que, en su turno, tuvo ya su entrevista con Haron Gorka. Bien, entonces tendría que impresionarlo mejor que las demás; y más tarde, cuando retornara a contar su aventura a la vieja bibliotecaria, quizá pudiera hacerla contar las otras experiencias, para comparar notas.

No hubiera admitido, ni a sí misma, que se sentía desilusionada con Haron Gorka. Era de apariencia tan ordinaria... Casi prefería al monstruo de su agitado sueño.

Él vestía un traje de lino blanco y tenía cabello pardusco, ojos amarillentos, nariz casi romana, y la petulante boca del egoísta.

—Saludos. Usted ha venido...

—En respuesta a su anuncio. ¿Cómo está usted, señor Gorka?

Esperaba no parecer demasiado formal, aunque no tenía motivos para suponer que a él le gustara la informalidad. Solamente podía esperar, ver y ajustar sus propias acciones para darle gusto. Mientras tanto, sería mejor permanecer a mitad del camino.

—Muy bien. ¿Está usted lista?

—¿Lista?

—Ciertamente. Usted ha venido en respuesta a mi anuncio. Desea oírme hablar, ¿no es así?

—Sí... así es.

Matilde tenía visiones de su príncipe encantado sentado reposando cómodamente con ella y relatándole las muchas cosas que hiciera y viera. Pero, en primer término,

le gustaría conocer al hombre. Claro que, obviamente Haron Gorka tendría más experiencia en estas cosas que la que pudiera tener ella. Pero sin embargo, Haron aguardó, como si dudara por dónde empezar, y Matilde, acostumbrada a las charlas sociales, le presentó un gambito.

—Debo admitir que me sorprendí cuando me enviaron exactamente lo que deseaba para la cena —le dijo animadamente.

—¿Eh? ¿Qué dice? ¡Oh, sí, naturalmente! Una combinación de telepatía y teleportación. La cocina sintética se sintoniza con su mente cuando oprime el botón, y la fuerza de los impulsos síquicos determina el grado de precisión con que la comida se ajustará a sus deseos. El hecho de que en su caso el ajuste fue casi perfecto, es muy laudable. Significa que usted tiene un alto conocimiento del *psi* o que estaba muy hambrienta.

—Sí —asintió vagamente Matilde. Quizá sería mejor, después de todo, si Haron Gorka le hablara del modo que mejor le acomode.

—¿Lista?

—Lista.

—¿Bien?

—¿Bien, qué, señor Gorka?

—¿De qué le gustaría que le hablase?

—¡Oh, de cualquier cosa!

—Por favor. Como reza el anuncio, mi experiencia... es universal. Literalmente. Tendrá que ser más específica.

—Bien, ¿por qué no me cuenta algo de sus lejanos viajes? Por desgracia aunque leo mucho, no he estado en todos los sitios que hubiera deseado...

—Me parece bien. Usted sabe, por supuesto, lo frígido que es Deneb VII.

—¿Cómo dice?

—Bien, una vez, nuestra tripulación —antes de retirarme yo, por supuesto— hizo en aquel lugar un aterrizaje forzoso. Pudimos sobrevivir gracias a los trajes de vacío, pero casi de inmediato, nos persiguieron los *thlomots*. El plástico les enloquece; comen, absolutamente, toda clase de plástico. Nuestros trajes de vacío...

—... estaban hechos de plástico —sugirió Matilde. No entendía una palabra de lo que él hablaba, pero deseaba actuar de una manera brillante.

—No, no. ¿Tiene que interrumpirme? La manguera del aire y el depósito de agua, ambos eran de plástico. No así el resto del traje. El asunto es que la mitad de nosotros fuimos destruidos antes de que llegara la nave de rescate, y los restantes estuvimos muy cerca de la muerte. Yo le debo la vida a las habilidades imitativas de un *flaak* de Capella III. Asumió las propiedades del plástico y llevó a los *thlomots* en una alegre persecución a través de la helada superficie de D-VII. Si usted viaja ahora por el sistema de Deneb, los reglamentos interestelares le ordenan llevar *flaaks* consigo. Una idea excelente, realmente excelente.

Casi de inmediato, los antecedentes educativos de Matilde debieron de informarle

que Haron Gorka estaba diciendo cosas imposibles. Pero, por otra parte, *deseaba* creerle, y el resultado fue que le tomó todo este tiempo darse cuenta de ello.

—Deje de burlarse de mí —suplicó ella.

—Por tanto, ahora se ven *flaaks* en todo el sistema.

—¡Alto!

—¿Qué es eso? ¿Burlándome de usted? —La voz de Haron Gorka era tan entusiasta mientras hablaba, que por momentos se hacía aguda como la de un niño. Ahora parecía desencantado. Sonrió tristemente, con resignación, y dijo:

—Muy bien, otra vez estoy equivocado. Usted es la sexta y no es mejor que las otras cinco. Quizá sea aún más franca. Cuando vea a mi esposa, dígame que regrese. Otra vez ella tiene razón y yo estoy equivocado...

Haron Gorka le volvió la espalda.

Matilde no pudo hacer otra cosa que dejar la habitación, cruzar la casa y salir para abordar su coche. Notó, no sin sorpresa, que ella era la última de las visitantes de Haron Gorka, que se iba.

Al dar vuelta en redondo con el automóvil, vio que también el sirviente se marchaba. Se le veía marchar a lo lejos, caminando lentamente. Haron Gorka también renunció a esa relación, y ahora se hallaba completamente solo.

Al retornar al pueblo, su desengaño se esfumó lentamente. Existían, por supuesto, dos alternativas. Una, que fuera Haron Gorka un excéntrico que se divertía con esta clase de tonterías, y la otra, que estuviera rematadamente loco. Aún lo podía imaginar hablando con entusiasmo acerca de sitios que no existían fuera de su propia mente.

No fue sino hasta que pasó frente a la pequeña biblioteca, que recordó lo que prometiera a la bibliotecaria. La vieja dama estaría tan desilusionada como Matilde, pero una promesa era una promesa, y Matilde estacionó su automóvil unos pasos adelante del pequeño local.

La mujer estaba sentada ante su escritorio: gris, rígida. Pero al ver a Matilde se animó considerablemente.

—¡Hola!, querida —saludó.

—Hola.

—Llega usted un poco antes de lo que esperaba. Las otras cinco regresaron también, y me imagino que su historia será similar a las de ellas.

Matilde le relató rápidamente lo ocurrido, con todo detalle. Lo hizo debido a su promesa y porque consideró que eso la haría sentirse mejor.

—Así pues —terminó—, o Haron Gorka es extremadamente excéntrico, o está loco. Lo siento.

—No es ninguna de las dos cosas —contradijo la bibliotecaria—. Quizá es ligeramente excéntrico para ciertas normas, pero en realidad, querida, no es nada de eso.

—¿Qué quiere decir?

—¿Le dio un mensaje para su esposa?

—Sí, sí lo hizo. Pero ¿cómo lo sabe usted? ¡Oh!, me imagino que dijo lo mismo a las otras cinco.

—No, no lo hizo. Pero siendo usted la última, me imaginé que le daría un mensaje para su esposa...

Matilde no entendió. No entendió absolutamente nada, pero dijo a la mujer cuál fue el mensaje:

—Él desea que ella regrese a su lado.

La bibliotecaria asintió, con una sonrisa de felicidad en los labios.

—No me creería si le dijera algo.

—¿A qué se refiere?

—Yo soy la señora Gorka.

La bibliotecaria se puso en pie y rodeó el escritorio. Abrió un cajón, sacó su sombrero y lo colocó encima de sus cabellos grises.

—Verá, querida. Haron espera demasiado de la gente.

Matilde no dijo una sola palabra. Un loco era suficiente para un día tan agitado, y ahora tenía frente a sí a otra persona desequilibrada.

—Hemos estado viajando durante siglos, visitando todos los sistemas estelares habitables, desde nuestro hogar cercano a Canopus. Pero Haron es demasiado exigente. Dice que soy una viajera melindrosa, que lo haría mucho mejor a solas, que todas las molestias son a causa mía, y así por el estilo. Cuando pierde la paciencia, trata de convencerme de que cualquier mujer del planeta estaría más que emocionada con la sola oportunidad de escucharlo contar sus aventuras.

»Pero está equivocado. Es una vida difícil para una mujer. Algún día, dentro de cinco o diez mil años, lo convenceré. Y entonces nos instalaremos en Canopus XIV y cultivaremos *torgas*. ¡Sería tan hermoso...!

—Estoy segura.

—Bien, si Haron desea que yo regrese, tendré que irme. Tenga cuidado, querida. Si se casa, escoja a un hombre hogareño. He tenido la experiencia, y ya se ha podido dar cuenta del problema.

Y la mujer salió de la biblioteca. Aturdida, Matilde salió tras ella y miró su figura angular desaparecer en el camino. Eso sí era una locura...

Deneb, Capella y Canopus son estrellas. Añádase un número y se tendrá un planeta girando alrededor de cada estrella. De todas las locuras...

Con seguridad, estaban locos, y ahora Matilde se preguntó si, realmente serían marido y mujer. Bien pudiera ser; tal vez la locura era contagiosa. Quizá si se piensa mucho en esas cosas, y esos viajes, se acaba de ese modo. Por supuesto, Herman representaba el otro extremo, y era peor aún, a su modo; pero, de aquí en adelante, Matilde buscaría un término medio.

Y, sobre todas las cosas, ya tenía más que suficiente escarmiento acerca de las columnas de intercambio sentimental.

Cenó en Cedar Falls y cuando volvió a su automóvil, preparada para la jornada de

regreso a casa, ya estaba oscuro, y en el cielo se extendía la ancha faja de la Vía Láctea, como un arco iris desvaído.

Matilde hizo una pausa. Allá a lo lejos hubo un resplandor en el horizonte, en dirección de la casa de Haron Gorka.

El resplandor aumentó y pronto fue una brillante pulsación roja palpitando en el horizonte. Parpadeó nuevamente, y desapareció.

Las estrellas eran blancas y brillantes en el transparente aire del campo. Por eso, Matilde gustaba más del campo que de la ciudad, particularmente en una noche de verano con el cielo despejado.

Pero, abruptamente, las estrellas y la Vía Láctea palidieron ante la más brillante estrella fugaz que Matilde viera jamás. Durante un segundo fue visible, dejando una brillante estela naranja a través del cielo nocturno.

Matilde corrió a su automóvil. Arrancó, empujó el acelerador hasta el piso, y lo mantuvo así hasta llegar a casa.

Era la primera vez que veía una estrella fugaz viajando de abajo hacia arriba.

INVASIÓN PROCEDENTE DE MARTE

Howard Koch

I

Tenemos actualmente la completa seguridad de que, en los primeros años del siglo xx, nuestro planeta era vigilado muy de cerca por inteligencias mucho más penetrantes y perspicaces que las del hombre, aunque también estaban albergadas en cuerpos tan mortales como los nuestros. Sabemos que mientras los hombres se agitaban afanosamente en torno a sus múltiples ocupaciones y negocios, estaban siendo examinados y estudiados, quizá tan minuciosamente como el hombre mismo, con un microscopio, estudia e investiga las vicisitudes de los minúsculos seres que se agitan y se multiplican en el seno de una gota de agua. La gente se movía alegremente de un lado a otro, por todo el haz de la Tierra, en torno a sus pequeños quehaceres, llena íntimamente de una serena seguridad de su dominio sobre todo reducido y rodante fragmento del torbellino solar, que por casualidad o, mejor dicho, por designio Superior, el hombre había heredado, sacándolo de la misteriosa oscuridad del tiempo y del espacio. Sin embargo, a través del inmenso océano etéreo, mentes que son a nuestras mentes como las nuestras lo son a las de las bestias de la jungla, inteligencias vastas, frías y carentes de sentimientos de conmiseración, contemplaban a esta Tierra con ojos llenos de envidia y, poco a poco, pero con seguridad, trazaban sus planes contra nosotros. En el año treinta y nueve del siglo xx llegó su gran desilusión.

Era cerca del final del mes de octubre. Los negocios estaban en su mejor periodo. El miedo a la guerra se había alejado. Había vuelto al trabajo un número muy considerable de hombres. En el comercio las ventas alcanzaban su más alto punto. Este atardecer del 30 de octubre, el Servicio de Información Crossley estimaba el número de oyentes de las vanas estaciones de radio en treinta y dos millones.

LOCUTOR PRIMERO. Durante las restantes veinticuatro horas sin cambios apreciables en la temperatura. Se anuncia una ligera perturbación atmosférica, de origen indeterminado, sobre Nueva Escocia, que motivará el que el área de baja presión descienda rápidamente hacia los estados del nordeste, acompañada con posibles lluvias y vientos huracanados. Temperatura máxima, sesenta y seis; mínima, cuarenta y ocho. Esta predicción del tiempo se la hace a ustedes la oficina central de Meteorología.

LOCUTOR SEGUNDO. Ahora, señores Oyentes, les trasladamos a ustedes al salón meridiano del hotel *Park Plaza*, en el centro de Nueva York, donde escucharán ustedes la música de Ramón Raquello y su orquesta.

(Una canción española... Acaba).

LOCUTOR TERCERO. Buenas noches, señoras y caballeros. De la sala meridiana del hotel *Park Plaza*, de la ciudad de Nueva York, les invitamos a ustedes

a oír la música de Ramón Raquello y su orquesta. Con un toque de sentimiento hispánico, Ramón Raquello comienza... *la Cumparsita*.

(Empieza a sonar la música).

LOCUTOR SEGUNDO. Señoras y caballeros, interrumpimos nuestro programa de baile, para comunicar a ustedes un boletín especial que debemos a la Radio Intercontinental de Noticias. A las ocho menos veinte, hora central, el profesor Farrell, del Observatorio de Mount Jennings, de Chicago (Illinois), comunica que se han observado en el planeta Marte algunas explosiones de gas incandescente, que se suceden a intervalos regulares.

El espectroscopio revela que el gas es hidrógeno y que éste se dirige hacia la Tierra con enorme velocidad. El profesor Pierson del Observatorio de Princeton, confirma las observaciones del profesor Farrell, y describe este fenómeno como (palabras textuales): un chorro de llama azul, disparado por un arma de fuego (hasta aquí las palabras textuales).

Ahora volvemos a ustedes nuevamente a la música de Ramón Raquello, que toca para ustedes en la sala meridiana del hotel *Park Plaza*, situado en el centro de Nueva York.

(Durante unos momentos suena la música hasta que la pieza termina. Ruido de aplausos).

Ahora una melodía que nunca pierde popularidad, el siempre famoso *Polvo de Estrellas*. Ramón Raquello y su orquesta...

(Música).

LOCUTOR SEGUNDO. Señoras y caballeros, continuando con las noticias dadas a ustedes hace unos instantes en nuestro último boletín, les informamos que la oficina meteorológica del gobierno ha solicitado de los más importantes observatorios de la nación que mantengan su vigilancia sobre cualquier otra perturbación que pudiera ocurrir en el planeta Marte. Debido a la desacostumbrada naturaleza de estos sucesos, hemos dispuesto una entrevista con el conocido astrónomo, profesor Pierson, que les explicará a ustedes su punto de vista, con relación a este suceso. Dentro de breves momentos les trasladaremos a ustedes al observatorio Princeton, Nueva Jersey. Entretanto les devolvemos a ustedes la música de Ramón Raquello y su orquesta.

(Música).

LOCUTOR SEGUNDO. Ahora les rogamos a ustedes nos acompañen al Observatorio Princeton, en Princeton, donde Carlos Phillips, nuestro comentarista interrogará al famoso astrónomo profesor Pierson. Estamos ahora en Princeton, Nueva Jersey.

(Cámara de resonancia).

PHILLIPS. Buenas noches, señoras y caballeros. Habla para ustedes Carlos Phillips, desde el observatorio de Princeton. Estoy en una gran sala semicircular totalmente oscura; solamente una abertura oblonga se advierte en la bóveda del techo. A través de esta abertura puedo contemplar En cielo tachonado de estrellas, que

emiten un brillo frío sobre el intrincado mecanismo del enorme telescopio. Los ligeros ruidos de tictac que oyen ustedes no son otra cosa que las vibraciones de su mecanismo de relojería. El profesor Pierson está en pie, justamente encima de mí, sobre una pequeña plataforma, mirando a través de la lente gigantesca. Yo les ruego a ustedes, señoras y caballeros, que tengan un poco de paciencia ante cualquier demora que pudiera surgir a lo largo de nuestra entrevista. Además de su incesante vigilancia del firmamento, el profesor Pierson está atento a cualesquiera comunicaciones telefónicas o de otra clase que pudieran reclamarle. En estos instantes está en contacto constante con centros astronómicos de todo el mundo... Profesor, ¿puedo comenzar mi entrevista?

PROFESOR PIERSON. Cuando usted guste, Señor Phillips.

PHILLIPS. Profesor, ¿quisiera decir a nuestros oyentes qué es lo que exactamente observa usted en el planeta Marte a través de su telescopio?

PROFESOR PIERSON. En este mismo momento no se nota nada extraordinario, señor Phillips. Un disco rojo flotando en el cielo azul y fajas transversales que cruzan el disco. Claramente perceptibles ahora, porque se da la circunstancia de que Marte se encuentra en el punto más cercano a la Tierra; en Oposición, como nosotros decimos.

PHILLIPS. En su Opinión, profesor Pierson ¿qué significan esas fajas transversales?

PROFESOR PIERSON. Puedo asegurarle, señor Phillips, que no son canales, aunque tal sea la opinión popular de quienes imaginan que Marte está habitado. Desde un punto de vista científico, las fajas mencionadas deben considerarse puramente como el resultado de las condiciones atmosféricas peculiares en este planeta.

PHILLIPS. ¿Está usted, pues, convencido, profesor, como hombre de ciencia que es, que no existe en Marte una vida intelectual, tal como nosotros la imaginamos?

PROFESOR PIERSON. Puedo asegurarle que las probabilidades en contra de ello son de mil contra una.

PHILLIPS. No obstante, ¿cuál es su opinión sobre esas erupciones gaseosas que ocurren a intervalos regulares en la superficie del planeta?

PROFESOR PIERSON. No tengo formada aún opinión sobre ello, Señor Phillips.

PHILLIPS. Comprendido, profesor. En beneficio de nuestros Oyentes ¿podría decimos a qué distancia de la Tierra se encuentra Marte?

PROFESOR PIERSON. A cuarenta millones de millas aproximadamente.

PHILLIPS. ¡Bueno, esa parece una distancia que infunde cierta seguridad...! ¡Un momento, señoras y caballeros! Alguien acaba de entregar un mensaje al profesor Pierson. Mientras él lo lee, permítanme que les recuerde que les estamos hablando a ustedes desde el Observatorio de Princeton, Nueva Jersey, donde estamos entrevistando al astrónomo mundialmente famoso, profesor Pierson... ¡Un momento, por favor! El profesor Pierson acaba de pasarme el mensaje que le han entregado. Profesor ¿puedo leer a los oyentes este mensaje?

PROFESOR PIERSON. Sí, señor Phillips.

PHILLIPS. Señoras y caballeros, voy a leerles un telegrama dirigido al profesor Pierson por el doctor Gray del Museo de Historia Natural, de Nueva York, que dice así: NUEVE, QUINCE TARDE, HORA ESTE. SISMÓGRAFO REGISTRÓ UNA CONMOCIÓN INTENSIDAD PRÓXIMA TERREMOTO DENTRO AREA DE RADIO VEINTE MILLAS DE PRINCETON. RUEGO INVESTIGUE. FIRMADO. *Lloyd Gray, Jefe División Astronómica*. Profesor Pierson, ¿podría tener este suceso alguna relación con las perturbaciones observadas sobre el planeta Marte?

PROFESOR PIERSON. Difícilmente. Es probable que se trate de un meteorito de extraordinario tamaño y su caída, en estos momentos, es una mera coincidencia. No obstante, nosotros iniciaremos una investigación, tan pronto lo permita la claridad de la mañana.

PHILLIPS. Gracias, Señoras y caballeros, durante los últimos diez minutos les hemos estado hablando a ustedes desde el Observatorio de Princeton, para informarles de nuestra especial entrevista con el profesor Pierson, famoso astrónomo. Les ha hablado Carlos Phillips. Ahora devolvemos la conexión a los estudios de Nueva York.

(Suena el piano débilmente).

LOCUTOR SEGUNDO. Señoras y caballeros, tenemos aquí el último boletín de la Radio intercontinental de Noticias, de Toronto, Canadá. El profesor Morse de la universidad de Macmillan manifiesta que se han observado un total de tres explosiones en el planeta Marte entre las horas siete cuarenta y cinco y nueve veinte de la tarde, hora del este. Esta noticia confirma los anteriores informes recibidos de los observatorios americanos. Ahora, desde un punto muy cercano desde Trenton, Nueva Jersey, nos llega un aviso especial: manifiéstase que a las ocho cincuenta de la noche un enorme y llameante objeto, que se supone es un meteorito, ha caído en una granja de las cercanías de Grovers Mill, Nueva Jersey, a veintidós millas de Trenton. El resplandor fue visible en el cielo en un radio de algunos centenares de millas y el ruido del impacto se oyó, hacia el norte, hasta la ciudad de Elizabeth.

Desde la estación acabamos de despachar un equipo móvil de radio a la escena misma del suceso, de donde nuestro comentarista señor Phillips les dará a ustedes una descripción total, tan pronto llegue allí desde Princeton. Entretanto, les llevamos a ustedes al hotel *Martinet* en Brooklyn, donde Bobby Millette y su orquesta les ofrecen un programa de música de baile.

(Música de «swing» durante veinte segundos...).

LOCUTOR SEGUNDO. Les trasladamos ahora a ustedes a Grovers Mill, Nueva Jersey.

(Ruidos y murmullos de la multitud... Sirenas de la policía).

PHILLIPS. Señoras y caballeros, con ustedes nuevamente Carlos Phillips, en la granja Wilmuth, en Grovers Mill, Nueva Jersey. El profesor Pierson y el comentarista que les habla, hemos hecho el camino desde Princeton hasta aquí en diez minutos.

Bueno... yo apenas sé por dónde comenzar, para darles a ustedes una relación verbal del extraño escenario que tengo ante mis ojos; algo que pudiera haberse sacado de una versión moderna de las *Mil* y una no *ches*. Acabo de llegar aquí. Todavía casi no he tenido una oportunidad de echar una mirada en torno mío. Supongo... si, supongo... que es esto que tengo directamente delante de mi, medio enterrado en un amplio pozo. Ha debido caer con una fuerza terrorífica. La tierra está cubierta con las astillas de un árbol con el que debe de haber chocado antes de tocar el suelo. Lo que yo puedo ver del... objeto mismo no se parece mucho, que digamos, a un meteoro. Al menos a ninguno de los meteoros que yo he visto en mi vida. Más bien se parece a un enorme cilindro. Tiene un diámetro de... ¿de cuánto diría usted, profesor Pierson?

PIERSON (*algo separado*). Unas treinta yardas.

PHILIPS. Unas treinta yardas... El metal de la cubierta es... Bueno, tampoco he visto nada parecido a eso en toda mi vida. Su color es algo así como de un blanco amarillento. Algunos espectadores curiosos están ahora empujando para acercarse al objeto a despecho de los esfuerzos de la policía para mantenerlos alejados. Están colocándose precisamente enfrente de mi línea de visibilidad... ¿Quisieran ustedes hacer el favor de echarse a un lado? ¡Hagan el favor!

POLICIA. ¡Échense a un lado! ¡Ah! ¡Échense a un lado!

PHILLIPS. Mientras el policía empuja hacia atrás a la multitud, llega aquí con nosotros el señor Wilmuth, propietario de la granja. Estoy seguro que tendrá algunas cosas interesantes que añadir a lo que les estamos refiriendo. Señor Wilmuth, ¿quisiera hacer usted el favor de relatar a los radioyentes lo que usted recuerde del desacostumbrado visitante que ha caído justamente en el patio posterior de su casa? Acérquese más, por favor. Señoras y caballeros; con ustedes está el señor Wilmuth.

WILMUTH. Yo estaba oyendo la radio...

PHILLIPS. ¡Más cerca y más alto, por favor!

WILMUTH. ¡Oh, perdón!

PHILLIPS. ¡Más alto, por favor, y venga aquí, más cerca!

WILMUTH. Si, señor... Mientras estaba yo oyendo la radio, y un poco adormilado, un profesor estaba hablando sobre Marte, y yo estaba medio dormido y medio...

PHILLIPS. Bien, si; señor Wilmuth. Y ¿qué pasó entonces?

WILMUTH. Como les estaba diciendo, yo estaba oyendo la radio un poco adormilado...

PHILLIPS. Sí, si, señor Wilmuth, ¿qué vio usted entonces?

WILMUTH. Primeramente no vi nada. Lo primero fue que ni algo...

PHILLIPS. ¿Qué oyó usted?

WILMUTH. Un ruido como un zumbido. Algo así: sh, sh, sh..., algo así como un cohete un día de fiesta...

PHILLIPS. Y luego ¿qué?

WILMUTH. Volví mi cabeza hacia fuera de la ventana y juraría que estaba

durmiendo y soñando.

PHILLIPS. ¿Sí?, diga.

WILMUTH. Vi una especie de rayo de luz verdosa y luego ¡pum! Algo que se estrelló contra la tierra. ¡Me tiró al suelo desde la silla!

PHILLIPS. Bien, ¿se asustó usted, señor Wilmuth?

WILMUTH. Pues... no estoy muy seguro, calculo que... supongo que estaba un poco encolerizado.

PHILLIPS. Gracias, señor Wilmuth. Muchas gracias.

WILMUTH. ¿Quiere usted que diga algo?

PHILLIPS. No, muchas gracias; ya es bastante. Está muy bien... Señoras y caballeros, acaban de oír ustedes al señor Willmuth propietario de la hacienda donde objeto acaba de caer. Desearía poder trasladar a ustedes la atmósfera el fondo de este fantástico escenario. Centenares de coches se encuentran estacionados en un campo que se encuentra detrás de nosotros. La policía trata de contener la avalancha que de la carretera se dirige hacia la granja. Pero de nada le vale. Ahora mismo rompiendo el cordón policiaco de un al otro. Los faros de los coches derraman un torrente de luz sobre el pozo, donde el objeto se encuentra medio enterrado. Algunos de los más arriesgados espectadores se aventuran hasta casi el borde mismo. Sus siluetas se recortan contra el resplandor del metal.

(se oye un lejano y sordo zumbido).

Un hombre se acerca para tocar el objeto. En estos momentos sostiene una discusión con un policía. Vence el policía... Ahora señoras y señores, sucede algo que, en la excitación actual, no me he acordado mencionar, pero que cada vez se deja oír mas distintamente. Acaso ustedes mismos puedan captar en sus aparatos de radio. ¡Oigan!... *(una larga pausa)*... ¿Lo oyen ustedes? Es un extraño zumbido que parece de dentro del objeto. Voy a acercarme mas el micrófono. Aquí. *(Pausa)*. Ahora estamos a no más de veinticinco de distancia del pozo. ¿Pueden ustedes ahora? ¡Oh, profesor Pierson!

PROFESOR PIERSON. Diga, señor, Phillips.

PHILLIPS. ¿Puede usted decirnos qué significa ese ruido rechinante que se oye dentro del objeto?

PROFESOR PIERSON. Posiblemente proceda del desigual enfriamiento de su superficie.

PHILLIPS. ¿Cree usted todavía, profesor, se trata de un meteoro?

PROFESOR PIERSON. No sé ya lo que pensar. El metal de la envoltura puede considerarse definitivamente como extraterrestre desde luego no se encuentra en la Tierra. Por otro lado, la fricción con la atmósfera de nuestro planeta rasga con numerosos agujeros la superficie de los meteoritos. Pero este objeto presenta una envoltura totalmente lisa y, según puede usted apreciar, es de forma cilíndrica.

PHILLIPS. ¡Un momento! ¡Algo sucede! ¡Señoras y caballeros, esto es espeluznante! ¡El extremo más cercano del objeto está comenzando como a pelarse

en escamas! ¡La cabecera empieza a dar vueltas como un tornillo! ¡El objeto debe de estar hueco!

UNAS VOCES. ¡Se está moviendo!

¡Mira, la maldita cosa esa se está destornillando!

¡Echarse atrás! ¡Fuera de ahí! ¡Atrás digo!

¡Tal vez hay dentro hombres que tratan de salir!

¡Pues está ardiendo al rojo vivo! ¡Van a arder como ascuas!

¡Atrás, atrás, allí! ¡Echa atrás a esos idiotas! (*De repente se oye el sonido rechinante de una gran pieza metálica que se cae a la tierra*).

VOCES. ¡Ha caído! ¡La tapa se ha soltado! ¡Cuidado! ¡Aquí! ¡Echarse atrás!

PHILLIPS. Señoras y señores, esto es lo más tremebundo que yo he visto en mi vida. ¡Un momento! Alguien se desliza afuera por el hueco de la cabecera del objeto. Alguien o... algo. Yo puedo advertir cómo hacia afuera de ese negro agujero dos discos luminosos miran... ¿Serán ojos? Pudieran ser de una cara. Pudiera ser...

(*Gritos de horror procedentes de la multitud*).

¡Santo cielo! Algo se arrastra como serpenteando fuera de la sombra, como una serpiente grisácea. Ahora otra más, y otra. A mi me parecen como tentáculos. Ahora puedo advertir el cuerpo de ese ser. Es grande como el de un oso y reluce como el cuero cuando está mojado. Pero ¡ese rostro...! Es... es algo indescriptible. Apenas puedo contenerme para no alejar mi vista de él. Los ojos son negros y brillan como los de una Serpiente. La boca es como una v, de cuyas comisuras cuelgan gotas de saliva, que parecen temblar y dar latidos. El monstruo —o lo que eso sea— apenas puede moverse. Parece que el peso lo derrumba... tal vez la fuerza de la gravedad o algo así. El ser ese se está levantando... La muchedumbre se echa hacia atrás. Sus ojos han visto ya bastante. Ésta es la más extraordinaria experiencia... Apenas puedo encontrar palabras... Yo estoy estrechando conmigo y retirando hacia atrás el micrófono, al mismo tiempo que les hablo. Tengo que hacer un alto en mi narración, hasta tanto que encuentre una nueva posición. ¡Mantengan la conexión, por favor, vuelvo en seguida!

(*Música pianísima*).

LOCUTOR SEGUNDO. Estamos dando a ustedes una descripción de un testigo ocular de lo que está sucediendo en la granja de Wilmuth en Grovers Mill, Nueva Jersey.

(*Más música pianísima*).

Devolvemos a ustedes la conexión con Carlos Phillips, en Grovers Mill.

PHILLIPS. Señoras y caballeros (¿Se me oye?)... Señoras y caballeros, aquí estoy nuevamente, detrás de un muro de piedra junto al jardín del señor Wilmuth. Desde aquí puedo abarcar completamente todo el escenario.

Les voy a dar todos los detalles, en cuanto me sea posible hablarles. Y también en cuanto me sea posible ver lo que pasa. Ha llegado más policía del estado. Treinta, de los policías están acordonando el frente del pozo. No es necesario ahora empujar

hacia atrás a la multitud. Esta ya se cuida mucho de guardar una distancia conveniente. El capitán está conferenciando con alguien. No podemos ver exactamente con quien. ¡Ah, sí! Creo que es con el profesor Píerson. Sí, es él. Ahora se separan los dos. El profesor da vueltas por un lado del pozo, estudiando el objeto, mientras el capitán y dos policías avanzan sosteniendo algo entre sus manos. Ya puedo ver lo que es. Es un pañuelo blanco atado a una larga vara. Una bandera blanca, de tregua. ¡Si esos seres saben lo que eso significa! ¡Lo que significa cualquier cosa!... ¡Aguarden! ¡Algo está pasando...!

(Se oye un silbido seguido de zumbidos, que van aumentando en intensidad).

Una figura encorbada se levanta del hoyo. Puedo adivinar algo así como un breve rayo de luz dirigido contra un espejo. ¿Qué es esto? Un chorro de llamas salta de ese espejo y se dirige a los hombres que avanzan. ¡Los derriba a todos! ¡Santo Dios, todos ellos se están abrasando!

(Alaridos y chillidos extraterrenos).

Ahora todo el campo comienza a arder. *(Se oye una explosión)*. Los bosques... los patios de las granjas... los depósitos de combustible de los automóviles... el fuego se extiende por todas partes. Se acerca hacia aquí. Unas veinte yardas hacia mi derecha...

(Se oye el chasquido del micrófono... luego un silencio de muerte...).

LOCUTOR NÚMERO DOS. Señoras y caballeros, debido a circunstancias que escapan a nuestras previsiones no podemos continuar transmitiendo para ustedes desde Grovers Mill. Evidentemente se han producido ciertas dificultades en nuestro equipo móvil de transmisión. Sin embargo, volveremos a hablarles desde allí, lo más pronto posible. Entretanto, les damos a ustedes el último boletín llegado desde San Diego, California. El profesor Indellkoffer, a los postres de un banquete de la Sociedad Astronómica de California, ha expresado su opinión de que las explosiones en el planeta Marte son, sin duda alguna, nada más que ciertas perturbaciones muy agudas de carácter volcánico en la superficie del planeta. Ahora seguimos con un breve intermedio de música de piano.

(Piano... Corte).

Señoras y caballeros, acabo de recibir un mensaje que llega aquí directamente por teléfono desde Grovers Mill. Aguarden un momento. Cuarenta personas al menos, incluidos seis soldados, yacen muertos en un campo al este del pueblo de Grovers Mill. Sus cuerpos aparecen quemados y contorsionados más allá de toda posibilidad de identificación. Las inmediatas palabras que ustedes van a escuchar son las del brigadier general Montgomery Smith, comandante de la milicia del estado en Trenton, Nueva Jersey.

SMITH. He sido requerido por el gobernador de Nueva Jersey para poner en estado de guerra los condados de Mercer y Middlesex hasta Princeton por el Oeste, y hasta Jamesburg por el Este. Nadie podrá entrar dentro de los límites de esta área, a menos que vaya provisto con un pase especial, expedido por las autoridades estatales

o militares. Cuatro compañías de la milicia del estado están llegando desde Trenton a Grovers Mill y ayudarán a la evacuación de la población dentro de las normas de las operaciones militares. Gracias.

LOCUTOR. Acaban ustedes de oír al general Montgomery Smith, comandante de la milicia del estado en Trenton. Entretanto, siguen llegando nuevos detalles de la catástrofe en Grovers Mill. Los extraños seres extraterrenos, después de desatar su mortífero asalto, se han retirado a su pozo y no han hecho ninguna tentativa para evitar los esfuerzos de los bomberos para rescatar los cuerpos y extinguir el fuego. Los departamentos combinados del condado de Mercer para extinción de incendios están luchando contra las llamas, que amenazan adueñarse de toda la zona.

Hasta ahora no nos ha sido posible establecer contacto alguno con nuestro equipo móvil de Grovers Mill, aunque esperamos que podremos volver a radiarles desde allí dentro de poco. Entretanto, les devolvemos a ustedes... ¡Eh, un momento por favor!

(Sigue una pausa larga... Susurros).

Señoras y caballeros, acaban de comunicarme que se ha podido establecer comunicación con un testigo presencial de la tragedia. El profesor Pierson ha sido localizado en una granja cerca de Grovers Mill, donde ha establecido un puesto provisional de observación. Dado su carácter de hombre de ciencia, él les dará a ustedes una explicación de este desastre. Van ustedes a oír la voz del profesor Pierson, traída hasta aquí por teléfono directo. Profesor Pierson...

PROFESOR PIERSON. De los seres salidos del cohete cilíndrico de Grovers Mill no puedo darles a ustedes una información autorizada ni en cuanto a su naturaleza, ni en cuanto a su Origen o a sus propósitos aquí sobre la Tierra. Por lo que se refiere a sus instrumentos de destrucción únicamente puedo aventurar una explicación llena de reservas. A la falta de términos más precisos me referiré a esta arma misteriosa designándola con el nombre de «rayo de calor». Es absolutamente evidente que estos seres poseen un conocimiento científico mucho más avanzado que el nuestro. Mi suposición personal es que están en condiciones de poder generar un intensísimo calor en una cámara absolutamente adiabática. Este intenso calor lo proyectan ellos por medio de un doble rayo paralelo, contra el objeto elegido, valiéndose de un cristal parabólico pulimentado, de composición desconocida, análogamente a como el espejo de un proyector de faro lanza su rayo de luz. Esta es mi suposición sobre el origen del «rayo de calor».

LOCUTOR SEGUNDO. Gracias, profesor Pierson. Señoras y caballeros, tenemos aquí un boletín comunicado desde Trenton. Es una breve declaración que nos informa que el cuerpo carbonizado de Carlos Phillips, el comentarista de radio, ha podido ser identificado en un hospital de Trenton. Ahora nos llega otro boletín desde Washington, distrito federal.

La oficina del director de la Cruz Roja nacional informa que diez unidades de empleados provisionales de la Cruz Roja han sido asignados al cuartel general de la milicia del estado, estacionada en las afueras de Grovers Mill, Nueva Jersey.

Otro boletín de la policía del estado de Princeton Junction dice lo siguiente: «Los fuegos de Grovers Mill y su contorno han sido sofocados. Los observadores informan que todo está tranquilo en estos momentos en el pozo, y que no aparece señal alguna de vida en el morro del cilindro». Y ahora, señoras y caballeros, les damos un comunicado especial del señor Harry MacDonald, que actúa de vicepresidente encargado de las Operaciones.

MAC DONÁLD. Hemos recibido de parte de la milicia, en Trenton, una demanda para colocar a su disposición todos nuestros equipos de radio. En vista de la gravedad de la situación, y estimando que la radio tiene una definitiva responsabilidad en el servicio del público interés en todo tiempo, hemos acordado facilitar a la milicia del estado, en Trenton, todas nuestras disponibilidades.

LOCÚTOR. Les llevamos a ustedes ahora al campo del cuartel general de la milicia del estado, establecido cerca de Grovers Mill, Nueva Jersey.

CAPITÁN. Les habla el capitán Lansíng, del cuerpo de señales, adscrito a la milicia del estado y en la actualidad destinado en el campo de operaciones militares en la vecindad de Grovers Mill. La situación, causada por la anunciada presencia de ciertos individuos de naturaleza todavía no identificada, está ahora bajo completo control.

El objeto cilíndrico, que yace en un pozo situado directamente debajo de nuestra posición, está rodeado por todos los lados por ocho batallones de infantería, sin piezas pesadas de artillería, pero armadas adecuadamente con rifles y ametralladoras. Cualquier motivo de alarma —aun dado el caso que se hubiera podido producir ésta anteriormente— es ahora totalmente carente de justificación. Esas cosas, sean lo que sean, no se atreven ni aun a asomar sus cabezas por el borde del pozo. A la luz de los focos instalados aquí, puedo ver totalmente el lugar donde se esconden. A pesar de todos los recursos de que se ha informado están dotados, esas criaturas no podrán mantenerse firmes contra el duro fuego de las ametralladoras. De cualquier manera que sea, ésta es una interesante experiencia de campo para nuestras tropas. Puedo notar desde aquí sus uniformes de color caqui, que cruzan adelante y atrás frente a las luces de los focos. Tiene esto todo el aspecto de un campo real de batalla. En los bosques que limitan el río Millstone, aparecen ligeras nubecillas de humo. Probablemente son de las hogueras prendidas por los allí acampados. Parece probable que pronto comenzará alguna acción militar. Una de las compañías se despliega por el flanco izquierdo. Un rápido ataque y todo habrá acabado... ¡Un momento, por favor! ¡Advierto algo en el morro del cilindro! No, no es más que una sombra. En este momento las tropas están en los linderos de la granja de Wilmuth. Siete mil hombres armados se aproximan cerrando el cerco... ¡Esperen un momento! ¡No era una sombra! ¡Es algo que se mueve... de metal sólido... una especie de coraza que se alza por la parte exterior del cilindro! ¡Se va haciendo cada vez más alto! ¡Oh! Está alzándose sobre unos pies... en realidad, levantándose sobre una especie de bastidor metálico. ¡En estos momentos está alcanzando una altura por encima de los árboles!

¡Los proyectores lo enfocan! ¡Sostenga esto!

(Silencio).

LOCUTOR SEQUENDO. Señoras y caballeros, tengo que anunciarles un grave suceso. Aunque ello pueda parecer increíble, las observaciones de carácter científico por un lado y la evidencia de nuestro propio testimonio por otro, nos hace creer de una manera incontestable, que estos extraños seres que aterrizaron en la campiña de Jersey esta noche última, son la vanguardia de un ejército invasor procedente del planeta Marte. La batalla que ha tenido lugar esta noche en Grovers Mill ha terminado en una de las más desastrosas derrotas, jamás sufridas por un ejército en los tiempos modernos: siete mil hombres armados con rifles y ametralladoras se lanzaron contra una sola máquina guerrera de los invasores marcianos. Se han salvado solamente ciento veinte hombres. El resto yace en el campo de batalla entre Grovers Mill y Plainsboro, aplastado y pisoteado hasta haber encontrado la muerte bajo los pies de metal del monstruo, o haber sido reducidos a cenizas por sus rayos de calor. El monstruo controla en la actualidad el sector central de Nueva Jersey y ha dividido en realidad el estado en dos, justamente por su centro. Están cortadas las líneas de comunicación de Pennsylvania al océano Atlántico. Las vías de ferrocarril están destrozadas y el servicio desde Nueva York a Filadelfia, interrumpido, con excepción de algunos trenes entre Allentown y Phoenixville. Las carreteras hacia el norte, sur y Oeste se encuentran abarrotadas de gente que huye horrorizada. Las reservas de la policía y del ejército son incapaces de controlar la frenética huida. Durante la mañana los fugitivos habrán entrado en Filadelfia, Camden y Trenton, en oleadas humanas, cuyo número puede calcularse, dos veces superior a su población normal.

En estos momentos se ha decretado la ley marcial en Nueva Jersey y en el estado de Pennsylvania en su parte oriental. Ahora les llevamos a ustedes a Washington, para que escuchen una transmisión especial sobre el estado de urgencia nacional... El secretario del Interior...

SECRETARIO. Ciudadanos de esta nación: No trataré de ocultar la gravedad de la situación por la que atraviesa este país, ni la constante preocupación del gobierno en proteger las vidas y propiedades de su pueblo. Sin embargo, deseo inculcar en vosotros —ciudadanos particulares y funcionarios públicos en su totalidad— la urgente necesidad de conservar la calma y de contribuir a ella con vuestros recursos. Afortunadamente, este formidable enemigo está confinado todavía dentro de un área relativamente reducida; y nosotros podemos tener la firme confianza de que nuestras fuerzas militares poseerán la potencia suficiente para contenerlo allí. Entretanto, puesta nuestra fe en Dios, debemos proseguir todos y cada uno de nosotros en el cumplimiento de nuestros deberes, de modo que podamos ofrecer a este adversario destructor, el frente sólido de una nación unida, valiente, y dedicada a la preservación de la supremacía humana sobre la Tierra. Gracias.

LOCUTOR. Acaban de oír ustedes, al secretario del Interior que les ha hablado

desde Washington. Los boletines, numerosísimos, que nos llegan a cada instante se van amontonando aquí, en el estudio. Nos informan que la parte central de Nueva Jersey está privada de la comunicación por radio, a causa de los efectos del rayo de calor sobre las líneas de alto voltaje y los equipos eléctricos. Aquí tenemos un boletín especial transmitido desde Nueva York. Se reciben cables de instituciones científicas inglesas, francesas y alemanas, que ofrecen su colaboración. Los astrónomos informan que se producen continuadas explosiones de gases, a intervalos regulares, sobre el planeta Marte. La mayoría de nuestros comunicantes opinan que el enemigo trata de enviar refuerzos de nuevos cohetes con máquinas de guerra. Se han hecho tentativas para localizar al profesor Pierson, de Princeton, que ha estado observando a los marcianos desde muy cerca. Témesese que haya podido ser muerto en la reciente batalla. Langham Field, Virginia: Aviones de observación informan que tres máquinas marcianas, visibles por encima de las copas de los árboles, avanzan hacia el norte en dirección a Somerville, mientras que la población huye delante de ellos. En estos momentos no usan el rayo de calor; aunque avanzan a la velocidad de un tren expreso, los invasores eligen cuidadosamente su camino. Parece que tratan de evitar la destrucción de las ciudades y de las campiñas. Sin embargo, se detienen para destruir las líneas de alta tensión, los puentes y las vías de ferrocarril. Su aparente objetivo actual es hundir toda resistencia, paralizar las comunicaciones, y desorganizar la sociedad humana.

Aquí tenemos un boletín que nos llega de Basking Ridge, Nueva Jersey: Unos cazadores negros se han encontrado con un segundo cilindro, semejante al primero, incrustado en la gran zona pantanosa situada a veinte millas al sur de Morristown. Piezas de artillería de campo del ejército de Estados Unidos se dirige desde Newark para destruir la segunda unidad invasora antes de que el cilindro pueda abrirse y ser izada su máquina de guerra. En estos momentos están tomando posiciones en las laderas de las montañas Watchung. Oigan otro boletín remitido desde Langham Field, Virginia: Los aviones de observación informan ahora que las máquinas enemigas, en número de tres, aumentan su velocidad hacia el norte, derribando casas y árboles, y manifiestan una evidente prisa en establecer contacto con sus aliados, caídos al sur de Morristown. Las máquinas han sido avistadas por un telefonista al este de Middlesex, a tres millas de Plainfield. Aquí hay otro boletín de Winston Field, Long Island:

Una escuadrilla de bombarderos, con explosivos pesados, vuela hacia el norte en persecución del enemigo. Aviones de caza hacen las veces de patrulleros. Están avistando al enemigo que marcha rápidamente ¡Un momento, por favor! Señoras y caballeros, hemos instalado equipos especiales directos hasta la línea de artillería emplazada en las localidades adyacentes, con el fin de dar a ustedes una información directa en la zona de avance del enemigo. Primeramente conectamos con la batería del 21 regimiento de Artillería de campo, situado en las Montañas Watchung.

OFICIAL. Alza treinta y dos metros.

ARTILLERO. Treinta y dos metros.

OFICIAL. Proyección, treinta y nueve grados.

ARTILLERO, Treinta y nueve grados.

OFICIAL. ¡Fuego!

(Estallido de un Cañón pesado... Pausa).

OBSERVADOR Ciento cuarenta yardas a la derecha.

OFICIAL. Desviación, treinta y un metros.

ARTILLERO. Treinta y un metros.

OFICIAL. Proyección, treinta y siete grados.

ARTILLERO. Treinta y siete grados.

OFICIAL. ¡Fuego!

(Estallido de un cañón pesado... Pausa).

OBSERVADOR. ¡Blanco! ¡Hemos hecho blanco, señor! ¡Le hemos dado al trípode de una de las máquinas! ¡Se han parado! ¡Los otros están tratando de repararlo!

OFICIAL. ¡Rápido, tome el alza! Variación, cincuenta a treinta metros.

ARTILLERO. Treinta metros.

OFICIAL. Proyección, veintisiete grados.

ARTILLERO. Veintisiete grados.

OFICIAL. ¡Fuego!

(Estallido de cañón pesado... Pausa).

OBSERVADOR. No puedo ver la caída a tierra del proyectil, señor. Están lanzando una nube de humo.

OFICIAL. ¿Qué es eso?

OBSERVADOR. Humo negro, señor. Se acerca hacia aquí. Viene muy pegado al suelo Avanza rápidamente.

OFICIAL. ¡Ponerse las caretas! *(Pausa)*. ¡Listos para disparar! Variación a veinticuatro metros.

ARTILLERO. Veinticuatro metros.

OFICIAL. Proyección, veinticuatro grados.

ARTILLERO. Veinticuatro grados.

OFICIAL. ¡Fuego! *(Estallido)*.

OBSERVADOR. Sigo sin ver nada, señor. El humo llega cada vez más cerca.

OFICIAL. ¡Tome el alza! *(Tose)*.

OBSERVADOR. Veinticuatro metros. *(Toses)*.

OFICIAL. Veintitrés metros *(Tos)*.

OBSERVADOR. Proyección, veintidós grados *(Tosiendo)*.

OFICIAL. Veintidós grados *(Se extinguen las toses)*.

(Los ruidos se disipan... Sonidos de motores de aviones).

COMANDANTE. Bombardero del ejército, V-8-43, sale de Bayonne, Nueva Jersey, con el teniente Voght, al mando de ocho bombarderos. Informa al comandante Fairfax. Langham Field. Habla Voght, al comandante Fairfax de Langham Field...

Las máquinas de trípode del enemigo están ahora a nuestra vista. Han sido reforzadas por otras tres máquinas, procedentes del cilindro de Morristown. Son seis en total. Una de las máquinas está parcialmente averiada. Parece haber sido alcanzada por la granada de un cañón del ejército en las montañas Watchung. Los cañones de la batería están ahora silenciosos. Una nube muy oscura se extiende rasante con la tierra, una nube de gran densidad y naturaleza desconocida. No hay señales de rayo de calor. El enemigo se dirige ahora hacia el este, y cruza el río Passaic hacia los marjales de Jersey. Otra máquina avanza hacia el horizonte en dirección a Pulaski. El objetivo aparece evidente: La ciudad de Nueva York. Están derribando una central eléctrica de alto voltaje. Las máquinas se reúnen ahora, y estamos dispuestos a atacar. Los aviones hacen un giro y se disponen a lanzarse. Estamos a mil yardas encima de la primera máquina... a ochocientas yardas... a seiscientas... a cuatrocientas... a doscientas... ¡Ahora! ¡Un brazo gigantesco se levanta...! ¡Un fogonazo verdusco! ¡Nos están rociando con llamas! Dos mil pies. Los aviones tienen que desistir. No hay oportunidad para soltar las bombas. Sólo queda una cosa... Lanzarse sobre ellos con avión y todo. ¡Nos arrojan sobre el primero! ¡Una de las máquinas queda destruida! Ocho...

OPERADOR PRIMERO. Aquí Bayonne, Nueva Jersey, llamando a Langham Field... Aquí Bayonne, Nueva Jersey, llamando a Langham Field... Adelante, por favor... adelante... por favor...

OPERADOR SEGUNDO. Aquí Langham Field... siga...

OPERADOR PRIMERO. Seis bombarderos del ejército han entrado en combate con las máquinas-trípode sobre las llanuras de Jersey. Los aviones han quedado incapacitados por los rayos de calor. Todos se han estrellado contra el suelo. Una máquina del enemigo ha quedado destruida. El enemigo está ahora lanzando grandes descargas de humo negro en dirección a...

OPERADOR TERCERO. Al habla desde Newark, Nueva Jersey... Aquí Nueva Jersey... ¡Atención! Una negra nube de gases venenosos se está extendiendo desde los marjales de Jersey. Alcanza hasta la calle Sur. Son inútiles las mascarillas antigás. Se urge a la población a que se retire a los espacios abiertos... Los automóviles deben coger las carreteras números 7, 23 y 24... Eviten las áreas congestionadas. El humo va ahora extendiéndose sobre el bulevar Raymond...

OPERADOR CUARTO. 2X2L... llama a CQ... 2X2L... llama a CQ... 2X2L... llama a 8X3R.

OPERADOR QUINTO. Aquí 8X3R... contesta a 2X2L.

OPERADOR CUARTO. ¿Cómo es la recepción? ¿Cómo es la recepción? K, por favor. ¿Dónde estás, 2K3R? ¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

(Volteo de campanas, en gradual disminución, sobre la ciudad).

LOCUTOR. Les hablo desde los tejados del edificio de la Radio de la ciudad de Nueva York. Las campanas que oyen ustedes están volteando con el fin de avisar a la población que debe evacuar la ciudad ante la aproximación de los marcianos. En

estas dos últimas horas se estiman en tres millones de personas las que han salido por las carreteras hacia el norte, por el bulevar del río Hutchison, que todavía permanece abierto para el tráfico rodado. Eviten los puentes que llevan a Long Island, pues se encuentran absolutamente aborrotados. Toda clase de comunicaciones con la costa de Nueva Jersey ha quedado cerrada hace diez minutos. No quedan más defensas. Nuestro ejército ha sido barrido... La artillería, la aviación... todo ha sido barrido. Esta puede ser nuestra última emisión. Permaneceremos aquí hasta el final. La población está asistiendo a los servicios religiosos que se celebran debajo mismo de nosotros, en la catedral.

(Se oyen voces que cantan himnos religiosos).

Echo un vistazo a la parte baja del puerto. Toda clase de barcos, saturados de gente que huye, salen de las dársenas.

(Sonidos de las sirenas de los barcos).

Las calles se encuentran abarrotadas de gente. El ruido de la muchedumbre es semejante al de la noche de Año Nuevo en el centro de la ciudad: Un momento, ¡atención!... El enemigo está ahora a la Vista; precisamente encima de Palísades. Se ven cinco grandes máquinas. La primera cruza en estos momentos el río. Puedo verla desde aquí vadeando el Hudson como un hombre que atravesase un arroyo. Me entregan ahora un boletín... Los cilindros marcianos están descendiendo sobre toda la nación. Uno ha caído en las afueras de Búfalo, otro en Chicago, en San Luis... Su caída parece estar calculada y espaciada... Ahora mismo la primera máquina llega a esta orilla. Se queda un rato parada, vigilando y mirando hacia la ciudad. Su cabeza de acero, a manera de capucha, alcanza la altura de los rascacielos. Parece aguardando la llegada de las otras máquinas. Allí surgen como una cadena de nuevas torres en la parte occidental de la ciudad... Ahora levantan sus manos metálicas... ¡Ha llegado ya el final! Sale el humo... un humo negro, que avanza sobre la ciudad. La gente, que corre por las calles, lo ha advertido. Todos se dirigen ahora corriendo hacia el río del Este... Millares de ellos, caen en el agua como ratas. El humo se expande con mayor rapidez. Ha llegado a Times Square. La gente trata de escapar de él, pero de nada le sirve. Caen como moscas. Ahora el fuego está cruzando la Sexta Avenida... La Quinta Avenida... Lo tengo a cien yardas... Está sólo a cincuenta pies...

OPERADOR CUARTO. 2X2L llama a CQ...

2X2L llama a CQ... 2~L llama a CQ... Nueva York. ¿No hay nadie en el aire? ¿No queda nadie...? 2X2L...

II

PIERSON. Mientras redacto estas notas sobre el papel, estoy obsesionado con el pensamiento de que puedo ser tal vez el último ser viviente que queda sobre la Tierra. He permanecido oculto en esta casa vacía cerca de Grovers Mill... Una pequeña isla de claro día, separada por el negro humo del resto del mundo. Todo cuanto ha ocurrido antes de la llegada de esos monstruosos seres a la Tierra me parece en estos momentos un fragmento de otra vida... Una vida, que no guarda continuidad con la presente, furtiva existencia del único superviviente abandonado, que traza estas palabras sobre la cubierta de un cuaderno de notas astronómicas, que llevan la firma de Ricardo Pierson. Contemplo mis manos ennegrecidas, mis zapatos destrozados, mi traje hecho jirones, y me esfuerzo en relacionar todo con un profesor que vivía en Princeton y que, en la noche del 30 de octubre, miraba a través de su telescopio una explosión luminosa de una tonalidad anaranjada sobre un distante planeta. Mi mujer, mis colegas, mis alumnos, mis libros, mi observatorio, mí... mí mundo... ¿Dónde están? ¿Existieron en algún tiempo? ¿Soy yo Ricardo Pierson? ¿Qué día es hoy? ¿Existen los días sino hay calendario? ¿Pasa el tiempo cuando no hay manos humanas para dar cuerda a los relojes? Al consignar aquí mi vida de hoy, me digo que he de preservar la historia humana entre las negras cubiertas de este pequeño libro, que se había hecho simplemente para registrar los movimientos de las estrellas. Pero para escribir debo vivir, y, para vivir, debo comer... Me he encontrado en la cocina un pan enmohecido, y una naranja sólo parcialmente averiada y que me la puedo comer. Desde la ventana mantengo constante vigilancia. De cuando en cuando, puedo ver a un marciano por encima del negro humo.

El humo todavía retiene a la casa en que estoy, totalmente cercada con su negro anillo... Pero, por último, se produce un sonido silbante y, de repente, veo a un marciano, montado sobre su máquina, que rocía el aire con un chorro de vapor, como si tratara de disipar el humo. Desde una esquina puedo observar cómo sus enormes piernas metálicas casi rozan esta casa.

Consumido por el terror, he caído como dormido.

Es de mañana. El sol lanza un torrente de luz contra la ventana. La negra nube de gas se ha desvanecido y los prados agostados, que se extienden hacia el norte, aparecen como si una tormenta de nieve negra hubiera descargado encima de ellos. Me aventuro a salir de la casa. Me dirijo hacia una carretera. No hay tráfico alguno. Aquí y allí se ven un coche destrozado, un equipaje caído, un esqueleto ennegrecido. Me encamino hacia el norte. Por alguna razón, me siento más seguro siguiendo las huellas de estos monstruos que escapándome lejos de ellos. Mantengo siempre una cuidadosa vigilancia. He visto comer a los marcianos. Si alguna de estas máquinas apareciese por encima de las copas de los árboles, estoy dispuesto en todo momento a

dar un brinco y echarme extendido sobre el suelo. Me acerco a un castaño. En octubre las castañas están maduras. Lleno de ellas mis bolsillos. Debo conservar la vida. Hace dos días que ando errabundo, siguiendo vagamente la dirección norte a través de un mundo desolado. Por último, advierto a una criatura viviente... Una pequeña y rojiza ardilla que se mueve sobre la rama de un haya. La contemplo lleno de un sentimiento de profunda admiración. El animalito vuelve su cabecita y me mira. Creo que, en este momento, el animalito y yo compartimos la misma emoción... La alegría de encontrar a otro ser que vive, que vive también... Sigo hasta el norte. Encuentro unas vacas muertas en un campo nauseabundo. Más allá destacan las calcinadas ruinas de una lechería. La torre de un silo permanece en pie..., como un guardián sobre la llanura destrozada, como un faro desierto junto al mar. A horcajadas sobre la techumbre del silo, se yergue el gallo de la veleta. La flecha señala hacia el norte.

Al día siguiente, llego a una ciudad cuyos contornos me son vagamente familiares. Sin embargo, sus edificios aparecen extrañamente recortados y aplastados hasta el suelo, cual si un gigante hubiera partido en rebanadas sus más altas torres, de un caprichoso y descomunal manotazo. Llego hasta las afueras. He encontrado a Newark abatida, pero sin demoler, por algún capricho de los marcianos en su avance. Repentinamente, experimento una rara sensación de que soy vigilado, y entonces advierto algo que se agazapa en un portal. Me dirijo allí, y en seguida ese algo se levanta y se convierte en un hombre... Un hombre, armado con un ancho cuchillo.

FORASTERO. ¡Alto! ¿De dónde viene usted?

PIERSON. Vengo de... muchos sitios. Hace mucho tiempo, desde Princeton.

FORASTERO. ¿Princeton? Mmm... Eso era cerca de Grovers Mill, ¿no?

PIERSON. Sí.

FORASTERO. Grovers Mill... (*Se ríe como si hubiera oído un buen chiste*). Allí no hay alimentos. Esta es mi tierra. Toda esta parte final de la ciudad hacia abajo, hasta el río. Sólo hay alimentos para uno... ¿Hacia dónde se dirige usted?

PIERSON. No lo sé. Creo que estoy buscando... gente.

FORASTERO. (*Nerviosamente*). ¿Qué es eso? ¿Entonces ha oído usted algo?

PIERSON. ¡Tan sólo un pájaro! ¡Un pájaro vivo!

FORASTERO. Usted debería saber que en estos días los pájaros tienen sombra... ¡Oiga! Aquí estamos al aire libre. Vamos a refugiarnos en un portal y allí hablaremos.

PIERSON. ¿Ha visto usted a los marcianos?

FORASTERO. Se fueron a Nueva York. Durante la noche el cielo palpita con sus luces. Exactamente como si todavía viviesen allí sus vecinos. Durante el día no se les puede ver. Hace cinco días un par de ellos llevaban algo muy grande desde el aeropuerto a través de la Plana. Creo que están aprendiendo a volar.

PIERSON. ¡Volar!

FORASTERO. Sí, a *volar*.

PIERSON. Entonces podemos decir que la Humanidad se acabó ya, forastero; Solo quedamos usted y yo. Sólo dos supervivientes.

FORASTERO. Los monstruos se han establecido en una tierra firme: han arruinado a la nación más grande del mundo. Esas estrellas verdes... probablemente seguirán cayendo todas las noches en diversas partes. Tan sólo han perdido una máquina. No nos queda nada que hacer. Estamos deshechos. Estamos exterminados.

PIERSON. ¿Dónde estuvo usted? Usted lleva uniforme...

FORASTERO. Lo único que me queda. Yo estaba en la milicia, en la Guardia nacional. ¡Bueno va! No hubo más guerra que la que hubiera podido haber entre los hombres y las hormigas.

PIERSON. Pero nosotros éramos hormigas comestibles. Eso es lo que yo he averiguado. ¿Qué van a hacer con nosotros?

FORASTERO. Yo lo tengo ya todo pensado. Hasta ahora nos cogían a medida que nos necesitaban. Un marciano no tiene más que ir andando unas pocas millas y coger de paso toda una multitud. Pero en adelante no lo harán así. Nos cogerán sistemáticamente... Escogerán a los mejores y los guardarán en jaulas o algo así. ¡Todavía no han comenzado con nosotros!

PIERSON. ¿Que no han comenzado?...

FORASTERO. ¡No han comenzado todavía! Todo lo que ha pasado hasta ahora, es porque no hemos tenido suficiente buen sentido para estarnos quietos; y les hemos estado molestando con cañones y toda esa porquería y perdido nuestra cabeza, corriendo en grandes manadas. Ahora en vez de andar moviéndonos como ciegos, nosotros tenemos que sujetarnos a vivir conforme a la actual situación. Ciudades, naciones, civilización, progreso...

PIERSON. Pero si eso fuera así, ¿qué razón queda para vivir?

FORASTERO. Ya no será posible establecer conciertos que duren un millón de años o algo así, ni habrá cenitas en los restaurantes. Si son diversiones tras lo que anda usted, creed que corre usted en vano.

PIERSON. ¿Qué es pues lo que queda?

FORASTERO. ¡La vida! ¡Esto es lo que queda! ¡Yo lo que necesito es vivir! ¡Y usted también! No vamos a dejarnos exterminar. Yo no quiero dejarme coger tampoco, ni que me domestiquen ni que me ceben y engorden como a un buey.

PIERSON. Y ¿qué es lo que va a hacer usted, entonces?

FORASTERO. Yo me voy... justamente siguiendo sus pasos. Tengo un plan. Nosotros, los hombres, como hombres estamos liquidados ya. Todavía no lo sé bien, pero nosotros tenemos todavía que aprender mucho antes de que se nos ofrezca una oportunidad. Y tenemos que vivir y seguir libres hasta tanto que podamos aprender. Como ve usted, yo lo he pensado todo.

PIERSON. Dígame, dígame todo lo que piensa.

FORASTERO. ¡Bueno! No todos nosotros servimos para bestias salvajes, y así es como debe de ser. Por eso yo le vigilaba a usted. Todos los pequeños trabajadores de oficio y artesanos que solían vivir en estas casas, no hubieran valido. No tienen correa para eso. No servían más que para ir corriendo a su trabajo. He visto

centenares de ellos, corriendo como animales, para coger su tren matutino de abonados, con miedo de que, si no lo alcanzaban, tendrían que ir luego como sardinas en lata, y otras veces corriendo también por la noche, con miedo de que no llegarían a tiempo a cenar. Tenían sus vidas aseguradas, e invertida una cantidad para el caso de un accidente. Y los domingos se aburrían soberanamente pensando en su porvenir. Los marcianos serán para ellos como un buen golpe de fortuna. Tendrán bonitas jaulas, buena comida, buena educación, y ninguna preocupación. Después de una semana o cosa así de andar errantes por los campos con el estómago vacío, darán la vuelta y se verán contentos cuando los cojan.

PIERSON. Usted ha pensado en todo ¿no es así?

FORASTERO. ¡Vaya que si! Pero aún hay algo más. Esos marcianos cogerán a algunos de ellos como animalitos domesticables y les enseñarán a hacer algunos trucos. ¿Quién sabe? Tendremos que lamentar al niño que fue comenzado a domesticar, después creció y tuvieron que matarlo. Y a algunos, quizá, los enseñarán para que nos cazen a los demás.

PIERSON. No, eso es imposible. Ningún ser humano...

FORASTERO. Si, claro que lo harían. Hay muchos hombres que harán esto con mucho gusto. Si uno de ellos viniera detrás de mí...

PIERSON. Entretanto, usted y yo, y otros como nosotros ¿dónde vamos a vivir cuando los marcianos sean dueños de la Tierra?

FORASTERO. También me he preocupado de eso. Viviremos bajo tierra. Me he acordado de las alcantarillas. Bajo Nueva York se extienden millas y más millas de alcantarillado. Las principales son bastante grandes para cualquiera. Además, hay en el subsuelo bodegas, bóvedas, almacenes subterráneos, túneles de los ferrocarriles y del metro. ¿Me empieza a comprender usted, eh? Y conseguiremos reunir un puñado de hombres fuertes. Nada de gente débil. Esos desperdicios humanos ¡afuera!

PIERSON. ¿Y dice usted que vaya yo ahí con usted?

FORASTERO. Bueno..., yo le doy a usted una oportunidad para hacerlo, si quiere.

PIERSON. No nos peharemos por eso. Siga.

FORASTERO. Y tendremos que buscarnos lugares bien seguros donde permanecer ¿sabe? Y deberemos conseguir todos los libros que podamos..., libras de ciencias se entiende. Ahí es donde los hombres, como usted, acostumbran a ir ¿no es así? Penetraremos furtivamente en los museos y espiaremos siempre a los marcianos. Puede que no tengamos que aprender durante demasiado tiempo antes de que... Imagínese nada más que esto: cuatro o cinco de sus máquinas de guerra que de repente echan a andar lanzando rayos de calor a derecha e izquierda sin ningún marciano dentro. ¡Sin ningún marciano dentro!, ¿me comprende? Si no sólo hombres, hombres que han aprendido lo mismo que ellos. Podría suceder esto, incluso en nuestro tiempo. ¡Oh! ¡Imagínese qué sería poseer uno de esos aparatos con su rayo de calor! Lo lanzaríamos contra los marcianos, lo lanzaríamos también contra los

hombres. Pondríamos a todos de rodillas delante de nosotros.

PIERSON. ¿Es ése su plan?

FORASTERO. Usted y yo y unos pocos más, seríamos dueños del mundo.

PIERSON. Ya, ya lo veo.

FORASTERO. Oiga ¿qué le pasa? ¿Adónde se va usted ahora?

PIERSON. A un sitio distinto de su mundo. Adiós, forastero...

Después de dejar al artillero, llegué finalmente al túnel Holland. Entré por este silencioso camino subterráneo, ansioso por conocer cuál había sido el destino de la gran ciudad situada al otro lado del río Hudson. Con gran precaución, salí del túnel y me encaminé por la calle Canal.

Llegué a la calle Catorce, y allí volví a encontrar polvo negro y algunos cuerpos, y también un mal olor lleno de presagios, a través de las verjas de los sótanos de algunas casas. Seguí errante atravesando las calles Treinta y Cuarenta, y me paré solitario en la plaza del Times. Me fijé en un perro escuálido que corría por la avenida Dieciséis abajo con un pedazo de carne Oscura entre sus dientes, y a un montón de chuchos hambrientos siguiéndole. El perro dio un amplio rodeo en torno a mí, como si temiera que yo fuese un adversario recién llegado. Seguí marchando, Broadway arriba, en pos de las huellas de ese polvo extraño. Dejé atrás los escaparates silenciosos de las tiendas, que mostraban sus mudas mercancías a las aceras desiertas; atrás dejé también el teatro Capitol, silencioso, negro; pasé por una exposición de objetos de caza, en la que una hilera de rifles descargados apuntaban a una fila de patos de madera. Cerca del círculo Columbus vi un coche, modelo 1939, en las salas de exposición, que hacían frente a las calles solitarias. Desde la terraza del último piso del edificio de la compañía General Motors me fijé en un banderín de negros pájaros que daban vueltas en el cielo. Me apresuré a bajar. De repente, advertí la capucha de una máquina marciana, que se erguía en alguna parte del parque central, resplandeciente al último sol de la tarde. ¡Qué absurda idea se me Ocurrió! Corrí atrevidamente a través del círculo Columbus y entré en el parque. Subí a una pequeña colina sobre el estanque, a la altura de la calle Sesenta. Desde allí pude contemplar a diecinueve de aquellos grandes titanes metálicos, erguidos en una muda fila a lo largo del Malí, con sus capuchas vacías y sus brazos de acero colgando pesadamente a sus lados. Traté en vano de ver los monstruos que habitaban esas máquinas.

Al punto, mis ojos se sintieron atraídos hacia la inmensa bandada de negros pájaros que planeaban directamente debajo de mí. Dando grandes y pesados giros llegaron hasta posarse sobre la tierra, y allí ante mis ojos, duras y silenciosos, pude contemplar a los marcianos, desparramados por el suelo, y a las negras aves que picoteaban sus cuerpos y rasgaban jirones negruzcos de carne de sus cuerpos muertos. Más tarde, cuando estos cuerpos pudieron ser examinados en los laboratorios, se halló que habían sido exterminados por las bacterias de la putrefacción y de las enfermedades, contra las que sus sistemas fisiológicos no se hallaban preparados... Muertos, después que todas las defensas del hombre habían

fallado, por la más humilde criatura que Dios en su sabiduría había puesto en esta Tierra.

Antes de que cayera el primer cilindro, existía la creencia general de que, a través de las profundas distancias del espacio, no existía otra vida que la que bullía en la insignificante superficie de nuestra minúscula esfera. Pero ahora miramos más allá, Admirable aunque borrosa es la visión que, yo me he atrevido a hacer surgir en mi mente, sobre una vida que lentamente se irá esparciendo desde esta minúscula semilla del sistema solar a través de las inanimadas extensiones del espacio sideral. Pero esto es un sueño remotísimo. Puede ser que la destrucción de los marcianos sea solamente un acto dilatorio. O tal vez a ellos, y no a nosotros está encomendado el futuro. Ahora me parece extraño el poder estar sentado en mí apacible estudio de Princeton, escribiendo el último capítulo de mis memorias, comenzadas en una granja abandonada de Grovers Mill. Me parece extraño el contemplar desde mi ventana las torres de la Universidad, difuminadas y azulencas, a través de la bruma abrialeña. Extraño me parece el mirar a los niños que juegan en las calles. Extraño me parece ver a los jóvenes que pasean sobre el césped, donde las nuevas hojas primaverales van borrando las últimas huellas negruzcas de una tierra lastimada. Extraño me parece ver entrar a los curiosos en el museo en donde se exponen ante el público las piezas desarticuladas de una máquina marciana. Extraño, por último, me parece todo cuanto recuerdo de la primera vez que la vi, brillante y limpiamente recortada, fría y silente, en el atardecer de aquel último gran día.

MINISTRO SIN CARTERA

Mildred Clingerman

El pequeño vehículo de la señora Chriswell se detuvo con un estremecimiento. Era un sitio perfecto. Solamente una cerca de alambre semidestruida que salvar, y ninguna vaca a la vista. Las vacas aterrorizaban a la señora Chriswell y, a decir verdad, sólo era un poco menor el temor que sentía hacia su nuera Clara. De ella fue, en exclusiva, la idea que su suegra anduviese entre los matorrales espiando a los pájaros. La idea de observar a los pájaros deleitaba a Clara pero, francamente, a la señora Chriswell ellos le aburrían. Volaban demasiado. Y en cuanto a los colores, resultaban inútiles sus especulaciones. La señora Chriswell era una de esas raras mujeres que son absolutamente ciegas a los colores.

—Pero, Clara —suplicó la señora Chriswell—, ¿servirá de algo si no puedo saber cuál es su color?

—Está bien, querida —consintió Clara al punto—, ¡pero será más emocionante si aprendes a conocerlos sólo por sus marcas distintivas!

La señora Chriswell se estremeció ligeramente al recordar la firme determinación de la barbilla de Clara, y pasó sobre la cerca de alambre, llevando consigo toda su impedimenta. Se aseguró de llevar los binoculares, el pesado libro sobre los pájaros y su bolso de mano, mientras pensaba en lo deprimente que era ser considerada, a los sesenta años, tan inútil como para ser asignada a ocupaciones inofensivas y amables para quitarla de en medio.

Desde la muerte del señor Chriswell, ella se fue a vivir con su hijo y la esposa de éste, para afrontar una vida de ocio forzoso. Los sirvientes se resentían con su presencia en la cocina, por lo que quedaba eliminada la actividad culinaria. Clara y la niñera no permitían interferencia en la rutina infantil, por lo que la señora Chriswell no tenía materialmente nada que hacer. Hasta sus labores de crochet desaparecieron como por arte de magia, ante el moderno mobiliario de Clara.

La señora Chriswell cambió de mano el pesado libro y consideró la posibilidad de rebelarse. El sol pesaba tanto como su carga. Al cruzar el campo, le pareció ver el reflejo del sol en el agua. Se sentaría a la sombra, a tejer, y se despojaría del gran sombrero de paja que Clara señaló como «lo más conveniente».

Al llegar a los árboles, la señora Chriswell dejó caer su impedimenta y arrojó lejos el sombrero, cosa horrible y ridícula. Miró a su alrededor para buscar el agua que pensó haber visto, pero no existía señal de ella. Descansó en el tronco de un árbol, y suspiró. Una ligera brisa refrescaba los húmedos cabellos en su frente. Abrió su gran bolso, revolvió el abigarrado contenido para buscar su gancho de crochet y el ovillo de hilo. Al hacerlo, tropezó con las instantáneas de sus nietas, que estaban en colores, pero la señora Chriswell, por desgracia, solamente las veía en diversas

tonalidades de gris. La brisa se hacía más fuerte, muy agradable, pero la monstruosidad de paja rodó alegremente por la ligera pendiente, hasta los matorrales cercanos. Se detendría en sus ramas. Pero, no, el viento lo levantó y desapareció de su vista.

—¡Cielos! —La señora Chriswell no se atrevería a enfrentarse a Clara si extraviaba el sombrero. Sin desprenderse de la estorbosa bolsa, se levantó para darle alcance. Al rodear los arbustos tropezó con un joven alto, vestido de uniforme.

—¡Oh! —exclamó la señora Chriswell—. ¿Ha visto usted mi sombrero?

El joven sonrió y señaló colina abajo. La señora Chriswell se sorprendió al ver su sombrero pasar de mano en mano entre otros jóvenes altos, vestidos también de uniforme. Ellos reían alegremente y no tenía por qué reprochárselos. Estaban ante un aparato de diseño poco usual de color plateado. La señora Chriswell lo estudió por un momento, pero realmente nada sabía de esas cosas. El sol se reflejaba en el vehículo y se dio cuenta que esto fue lo que confundiera con agua. El joven que estaba a su lado le tocó el brazo. Ella se volvió y observó que tenía un gracioso sombrerito de metal en la cabeza. Le ofreció uno igual con grave cortesía. La señora Chriswell le sonrió y él hizo un gesto de asentimiento. El joven le ajustó el sombrerito cuidadosamente, accionando algunas pequeñas perillas ornamentales.

—Ahora podemos hablar —dijo—. ¿Me escucha bien?

—Mi querido muchacho —murmuró la señora Chriswell—, por supuesto que sí. No soy tan vieja como para no poder oír. —Encontró una piedra llana, y se sentó a charlar. Era mucho mejor que observar a los pájaros o hacer crochet.

El joven alto efectuó excitadas señales a sus compañeros. Ellos también se pusieron los sombreritos de metal y subieron a la colina. Aún riendo, depositaron el sombrero de paja sobre el regazo de la señora Chriswell, quien palmeó la piedra a modo de invitación, y el más joven de los cuatro se sentó a su lado.

—¿Cuál es tu nombre, madre? —preguntó.

—Ida Chriswell —contestó ella—. ¿Cuál es el tuyo?

—Mi nombre es Jord.

La señora Chriswell le palmeó la mano.

—Es un bonito nombre, poco usual.

El muchacho tomó la mano de la señora Chriswell y la frotó contra la tersura de su mejilla.

—Tú eres como la madre de mi madre —explicó el joven—, a quien no he visto durante mucho tiempo. —Los otros rieron y el muchacho se sintió confundido y se limpió una lágrima que le corría nariz abajo.

La señora Chriswell frunció el ceño en advertencia a los que se reían, y le entregó al chico un pañuelo que sacó de su bolso, perfumado con lavanda. Jord lo volvió una y otra vez entre sus manos y lo olió tentativamente.

—Está bien —lo alentó la señora Chriswell—. Úsalo, tengo otro.

Jord aspiró más profundamente el suave perfume.

—Es sólo un asomo de la melodía, madre Ida —comentó—, pero es muy parecido a una nota de las Colinas de la Armonía del hogar. —Pasó el pañuelo a todos los jóvenes quienes lo olieron y sonrieron.

La señora Chriswell trató de acordarse si había leído alguna vez acerca de las Colinas de la Armonía y recordó cuando el señor Chriswell le reprochaba su desconocimiento de la geografía, pero le pareció de mala educación no hacer algún comentario. Las guerras cambiaban a las gentes de un lugar a otro y estos jóvenes se hallaban nostálgicos y cansados de ser extranjeros, y deseosos de hablar de sus hogares. Se enorgullecían de darse cuenta que eran extranjeros. Pero había algo... realmente difícil de explicar. ¡El modo como subieron a la colina a saltos! Quizás eran montañeses, para quienes las colinas no presentaban mayor obstáculo.

—Háblame de tus colinas —le pidió.

—Espera y te mostraré. —Miró a su jefe para pedir aprobación. El joven que le ajustó el sombrero asintió. Jord pasó una uña por el pecho de su uniforme. La señora Chriswell se sorprendió al ver un bolsillo donde antes no aparecía ninguna abertura. En verdad, la Fuerza Aérea hacía maravillas con los uniformes, pensó.

Cuidadosamente, Jord levantó un paquete de una gasa muy fina. Oprimió con suavidad el centro del paquete y éste se abrió en nubes voluminosas de hilos impalpables unidos como una telaraña. Ante los ojos de la señora Chriswell, la maraña de hilos era de color de la niebla y casi tan insustancial.

—No temas —la calmó Jord con suavidad, aproximándose a ella—. Inclina la cabeza, cierra los ojos y escucharás a las Colinas de la Armonía del hogar.

Hubo sólo un instante de casi temor; pero, antes de cerrar los ojos, vio el amor en los de Jord y supo, en ese momento, cuan raramente había visto una mirada así, en cualquier sitio... en cualquier tiempo. Si Jord se lo pedía, estaba bien. Cerró los ojos, inclinó la cabeza y, en esa actitud de orar, sintió como una ingrátida nube descendía sobre ella, como si la aurora la envolviera. Y, entonces, comenzó la música. Ante la oscuridad de sus ojos, se elevó poderosa y majestuosa, en colores que nunca viera o intuyera. Floreció como bosques de aromas intoxicantes que la llenaron de gozo. No podía decir si los perfumes que se mezclaban hacían la música o si la música creaba las flores y los perfumes que de ella surgían. No le importaba, sólo deseaba escuchar para siempre ese olor, pero, después de todo, se decía a sí misma, me parece extraño poder verlo.

Parpadeó ante el círculo de jóvenes. La música terminó. Jord ponía nuevamente el paquete de los intangibles hilos en su bolsillo, y se reía de su asombro.

—¿Te gustó, madre Ida? —Se inclinó hacia ella y le acarició el rostro surcado por algunas arrugas, aún encarnado por la excitación.

—Oh, Jord, qué hermoso. Dime...

Pero ya el jefe los llamaba al orden.

—Lo siento, madre Ida, pero debemos apresurarnos en nuestros asuntos. ¿Contestarás algunas preguntas? Es muy importante.

—Por supuesto —acató la señora Chriswell. Aún se sentía un poco confusa—. Si puedo... si es como los concursos de la radio, lo sentiría, no soy muy buena para eso.

El joven movió la cabeza.

—Se nos ha instruido —explicó— para investigar y reportar las verdaderas condiciones de este... del mundo. —Señaló hacia el aparato que brillaba al sol—. Hemos viajado por todos lados en esta lenta máquina, y nuestras observaciones han sido cuidadosas... —vaciló, tomó aliento y continuó—: y quizás nos veamos forzados a entregar un informe desfavorable, pero ello depende en gran parte del resultado de nuestra conversación contigo. Nos alegramos de encontrarte. Estábamos a punto de enviar una avanzada que capturase algún individuo para interrogarlo. Es nuestra última tarea. Ya no estará preocupado Jord, que siente nostalgia por su hogar y los seres amados. —Suspiró, y los otros jóvenes le hicieron eco.

—Todas las noches —confesó la señora Chriswell— rezo para que haya paz en la Tierra. No puedo soportar el pensamiento que ustedes, los muchachos, combatan y mueran, mientras las familias esperan y esperan en casa... —Miró a los rostros que le escuchaban—. Y les diré algo más. Creo que no puedo odiar a nadie, ni aún al enemigo. —Los jóvenes se asintieron unos a otros—. Pregunten ahora lo que gusten. —Sacó su aguja de crochet y el ovillo de hilo y comenzó a tejer.

A su lado, con placer, Jord la miró trabajar. La señora Chriswell sintió acrecentarse su afecto.

El joven alto inició su grave interrogatorio. Eran preguntas muy simples, y la señora Chriswell las respondió sin vacilar. ¿Creía en Dios? ¿Creía en la dignidad del hombre? ¿Realmente se oponía a la guerra? ¿Creía capaz al hombre de amar a sus vecinos? Las preguntas continuaron, y la señora Chriswell continuó tejiendo mientras respondía.

Finalmente, el joven suspendió sus preguntas y la señora Chriswell terminó una pequeña carpeta de crochet. Jord rompió el silencio que guardó durante el interrogatorio.

—¿Puedo conservarla, madre? —preguntó señalando la pieza de tejido. La señora Chriswell se la entregó con gran placer y Jord, con infantil entusiasmo, la guardó codiciosamente en otro bolsillo secreto. Señaló el bolso de mano.

—¿Puedo ver, madre?

La señora Chriswell, indulgentemente, le entregó el bolso de mano. Él lo abrió y vertió su contenido sobre el pasto. Las instantáneas de las nietas de la señora Chriswell quedaron encima. Jord sonrió al ver las lindas caritas de las niñas. Buscó en su bolsillo pectoral y a su vez sacó unas fotografías.

—Éstas —le señaló con orgullo a la señora Chriswell— son mis hermanas pequeñas. ¿No son como las tuyas? Hagamos un cambio, porque pronto estaré en casa con ellas y no necesitaré sus retratos.

La señora Chriswell le hubiese dado todo lo que poseía, si se lo hubiera pedido. Tomó las fotos que le ofrecía y contempló con placer los rostros de las niñas. Jord

continuó revolviendo el contenido de la bolsa. Cuando terminó, también obtuvo tres ilustradas recetas de cocina arrancadas de alguna revista, y dos pastillas de menta.

El joven ayudó a la señora Chriswell a quitarse el sombrerito metálico. Hubiese deseado conservarlo, pero no creía que Clara lo aprobara. Tomó su monstruoso sombrero de paja, besó a Jord en la mejilla, hizo un saludo cariñoso a los demás, y recorrió de nuevo el camino hasta su automóvil. No volvió el rostro, para que los jóvenes no vieran sus ojos llenos de lágrimas.

El habitualmente tranquilo hogar de Clara era un pandemónium cuando regresó la señora Chriswell. Todas las radios de la casa estaban al máximo volumen. Hasta Clara permanecía pegada a una de ellas, en la biblioteca. La señora Chriswell escuchó, a un chico en la calle, gritando: «EXTRA, EXTRA», y la camarera casi la derribó al pasar hacia la puerta para comprar uno. La señora Chriswell, soñolienta y un poco quemada por el sol, supuso que era algo sobre alguna horrible guerra.

Estaba a punto de entrar en su habitación cuando la niñera pasó a su lado, en ascuas, rumbo a la cocina y con otro diario en su mano. ¡Cielos, las niñas estaban solas! Se detuvo a verlas. De la parte trasera de la casa llegaba la voz alterada de la cocinera:

—¡Les digo que lo vi! ¡Saqué un poco de basura y allí estaba, justo encima de mí!

La camarera llegó con un diario en la mano. La señora Chriswell extendió tranquilamente la mano y lo tomó.

—Gracias, Nandine —susurró.

Edna y Evelyn estaban sentadas en el suelo de su habitación, con una caja de dulces entre ambas, cuando la abuela abrió la puerta. Sus caritas estaban llenas de chocolate. Repentinamente, Edna tiró de los cabellos de Evelyn.

—¡Tonta! —gritó—. ¡Tomaste tres más que yo!

—¡Niñas, niñas! No peleen. —La señora Chriswell estaba muy complacida que hubiese algo en que intervenir con autoridad. Finalmente, pudo llevarlas al cuarto de baño para lavarles la cara.

—Cámbiense los delantales y les contaré mi aventura —les ofreció.

Mientras lo hacían, pensando cómo las abuelas ejercen un efecto calmante en los niños, abrió el periódico para ver los titulares.

«PLATILLOS VOLADORES APARECEN SOBRE LA CIUDAD». «Misteriosa transmisión interrumpe los programas en todas las frecuencias». «Una mujer desconocida salva al mundo, dicen los hombres del espacio». «UN SER HUMANO CUERDO EVITA LA DESTRUCCIÓN». «MUJERES HOGAREÑAS, ESPERANZA DEL FUTURO». «Cocina, tejidos de aguja, hogar y religión, norman la decisión de los jueces del espacio». Todas las columnas del diario estaban llenas de las mismas tonterías ininteligibles. La señora Chriswell lo dobló con cuidado, lo colocó encima de una mesa y se volvió para atar los baberos de las niñas, para relatarles su aventura.

—... y me dieron unas fotografías encantadoras. Dicen que son en colores...

Unas niñas muy buenas, como mi Edna y mi Evelyn. ¿Les gustaría verlas?

Edna emitió un ruido raro con la boca, mientras Evelyn decía con expresión angelical:

—Sí, abuelita, muéstralas.

La señora Chriswell les entregó las instantáneas, y las niñas pusieron juntas sus cabezas para verlas, antes que Evelyn las dejara caer al suelo como si le quemaran las manos. Miró a su abuela mientras Edna hacía un ruido demostrando su repulsión.

—¡Verde! —chilló Edna—. ¡Ughh... tienen la piel *verde*!

—¡Abuela! —gritó Evelyn, entre lágrimas—. ¡Esas niñas son de color rana!

La señora Chriswell se inclinó para recoger las fotografías.

—Niñas, niñas —murmuró—, no debe preocuparnos el color de la piel de las personas. Roja... amarilla... negra... todos somos hijos de Dios. Asia o África, no importa la diferencia. —Pero antes que pudiera terminar de hablar, la niñera apareció en la puerta con aire de reproche. La señora Chriswell se apresuró en ir a su propia habitación, mientras una pequeña preocupación daba vueltas en su mente.

—Rojos, amarillos, negros, blancos —murmuró una y otra vez— y morenos... pero ¿*verdes*...?

La geografía fue siempre su punto débil. ¿Verde... en qué sitio era *verde* la gente...?

CRISIS

Edward Grendon

Para 1980 cambió el equilibrio. El progreso de las ciencias físicas no se ha detenido en modo alguno, pero se ha hecho considerablemente más lento. Las ciencias sociales, por otra parte, han dado un gran salto, con velocidad inesperada. La integración entre la terapéutica académica y la psicológica ha sido el primer paso; el resto siguió con rapidez. Cuando se hizo el *rapprochement* entre el psicoanálisis y la neurología, existió, por primera vez, una teoría comprensible de la conducta, no solamente de los seres humanos y los animales sino de otros —hasta ahora teóricamente— sistemas nerviosos. Del mismo modo que los matemáticos fueron capaces de postular geometrías que no existían en el Universo conocido cuando fueron concebidas por primera vez, los psicólogos fueron capaces, entonces, de postular sistemas de conducta no terrestre—. Saevolies, John. *La Historia del Pensamiento en el Mundo Moderno*, World Press, 1998.

Woodward miró sus gráficas por última vez. Éstas eliminaban algunas posibilidades e indicaban una probabilidad satisfactoria de que tres de aquellas fueran válidas. Cincuenta y siete vectores más eran posibles, aunque no probables, y en unos minutos más tendría que recomendar un definido curso de acción, basado en ellos. Una recomendación que casi, con certeza, sería aceptada.

Brevemente consideró repasar de nuevo los protocolos y desechó la idea. Si fue capaz de no obtener resultados más concluyentes con la ayuda de todo su equipo, tampoco lo lograría ahora. ¡Si sólo tuviera pruebas con qué respaldar la certeza que sentía! Intuitivamente tenía la certeza de saber cuál posibilidad era la correcta; científicamente no podía probar nada. Se levantó, puso un sobre del archivo bajo su brazo, y salió hacia la cafetería.

El director del consejo llamó al orden a la reunión y esperó hasta que los cuatrocientos delegados se hubieran calmado. Cuando habló lo hizo cansada y tranquilamente:

—En esta reunión especial, caballeros, pasaremos por alto las minutas y las formalidades acostumbradas. Todos conocen nuestro objetivo. Estamos aquí para considerar la «Voz», como han llegado a ser conocidos los extraños. Para recapitular brevemente, oímos de ellos, por primera vez, cuando las comunicaciones de radio fueron interrumpidas hace treinta y seis días. Una voz, hablando buen inglés con un tono bastante agudo, tomó la palabra. Se presentó como un visitante de un sistema estelar cercano, sin dar la ubicación precisa. Aseveró que, con nuestro permiso, enviarían un embajador a la Tierra, para ver si nuestro desarrollo era suficiente para

el intercambio con otras razas altamente desarrolladas. Preguntó si sería permitido a este embajador una visita de tres semanas con una familia típica terrestre, en vez de visitar todo el planeta. Se dieron especificaciones respecto al tipo de señal que debíamos poner para realizar el aterrizaje, y la fecha de éste, en caso de que accediéramos. Esa fecha está a dos semanas de distancia.

»Tenemos a tres equipos trabajando por separado en un análisis del mensaje. El jefe de cada grupo nos informará de sus recomendaciones. Ellos son el señor Woodward, del grupo de la Asociación Sicológica Internacional; el señor Jelfiffe, del grupo de la Sociedad de Ingenieros Humanos; y el señor Dever, del grupo de la Federación de Ciencias Sociales. Reconocemos la dificultad de su tarea y la naturaleza especulativa de sus resultados, que son, sin embargo, lo mejor que tenemos. Y ahora, presento al señor Dever.

El hombre de aspecto aburrido, con las sensitivas facciones de un erudito, se puso en pie a la derecha del presidente.

—Todo lo que podemos hacer es una buena conjetura. Creemos que los extraños poseen un sistema nervioso del tipo de la Clase 4 de Cantor. Esto significa que son organismos que actúan en forma cautelosa, pero que retroceden en seguida o se enmiendan espasmódicamente cuando sus predicciones son inexactas. Tenderían a un fuerte sistema ético aplicado al no-grupo, y ninguna preocupación hacia los organismos que no sean miembros del no-grupo. Si las frustraciones que se les imponen son esperadas, retrocede; si son inesperadas, ataca. Dado que será incapaz de predecir claramente el curso del desarrollo de los seres humanos, está más que sujeto a sentir frustración y a ser hostil y agresivo. Recomendamos que se rehúse el permiso para aterrizar y se les informe que no estamos preparados para tener relaciones con grupos extraterrestres, por lo menos durante cien años. Esos extraños verán esto como una posible respuesta y probablemente renunciarán durante ese período. Al terminar éste, entonces, podremos reevaluar la situación.

Tomó asiento y escondió el rostro entre sus manos. Aquellos que lo conocían se dieron cuenta que había perdido. Dever, quien buscó el conocimiento desde su niñez, quien empleó su vida en la investigación, que tenía el más insaciable de todos los deseos, el hambre del saber, renunciaba al vasto acerbo de ideas y conceptos que pudieron haber proporcionado los extraños. Siguió la lógica de su ciencia, hasta su final inexorable, y el resultado le era amargo.

Después de un largo minuto, el presidente anunció:

—El señor Jelfiffe.

Eli Jelfiffe, un hombre serio, intenso, que contribuyera grandemente a la aplicación de las ciencias sociales al sistema social, se puso en pie. Era un buen orador, cuya voz clara llegaba a todos los rincones de la sala, sin ayuda de los micrófonos.

—Estamos, esencialmente, de acuerdo con el señor Dever. Además, sugerimos un marcado incremento en la investigación y adiestramiento, tanto en las ciencias físicas

como en las sociales, en los próximos cincuenta años. Los organismos de la Clase 4 difícilmente contemporizarán con organismos de la Clase 9, a la cual pertenecen los seres humanos. El contacto entre ambas será seguido de frecuentes lapsos en la comunicación, que terminará con una violenta colisión. El contacto eventual es una certeza. Armémonos contra ese día.

Algunos hombres necesitan de libertad y paz para ellos y para los demás. Trabajan toda su vida para lograr esto. Jelfiffe era uno de esos hombres, y el conocimiento de que urgía una preparación para la guerra, descansaba más pesadamente sobre él que sobre cualquiera de los otros. Su pose fue buena, y su técnica oratoria, excelente; pero su semblante estaba gris.

Woodward se levantó, sin esperar una introducción.

—En general, estamos de acuerdo con los hallazgos de los otros dos grupos, pero nuestras recomendaciones son muy diferentes.

Hizo una pausa y aguardó hasta que se hubo acallado el murmullo de sorpresa. Jelfiffe y Dever lo miraban, y todo el grupo esperaba tensamente.

—Creemos que hemos detectado ligeras variantes del patrón de la Clase 4, que nos lleva a pensar que los extraños son mucho más rígidos e inflexibles de lo que aparecerían mediante las técnicas usuales de análisis de mensajes. Creemos que los extraños son organismos que hacen planes de largo alcance, algunas veces los comprueban contra datos empíricos, y después los siguen hasta el fin. En otras palabras, si las predicciones se muestran válidas en dos o tres pruebas, los extraños no serán estructuralmente capaces de abandonar el plan. Sin embargo, si los datos empíricos no encajan en las curvas de predicción, los extraños se retirarán de la situación y sentirán un verdadero bloqueo emocional para atacar nuevamente ese problema en particular.

»Antes de entrar en detalles sobre esto, permítanme esbozar las líneas generales de mi recomendación. Dejémoslos aterrizar en una propiedad campestre que preparemos. Allí estará una familia —bastante típica— con un grupo de sirvientes. Hemos hecho sicogramas para la familia y la servidumbre y sugerimos, como recomendaciones, al señor Dever como jardinero, al señor Jelfiffe y su esposa como la familia, y yo mismo como cocinero. Tenemos algunas recomendaciones más, pero eso sería entrar en detalles.

»En efecto, son un organismo de la Clase 4, con algunas diferencias mayores. Como afirmó el señor Dever, son probablemente enfáticos y cooperativos con su no-grupo y hostiles con otros. Hacen planes bastante avanzados, plantean curvas de predicción con un pequeño margen de error, y comprueban dichas curvas. Si están de acuerdo con los datos, seguirán hasta el final. Además, creemos que su propósito aquí es agresivo y, tal vez, de explotación en su naturaleza. Hay pocas posibilidades de que los extraños y los humanos se junten, sin violentas fricciones y, probablemente, guerra. Podemos, sin embargo, hacer que esta situación siga un curso improductivo. En cuanto a los detalles...

La propiedad de la Florida consistía en una casa grande, baja, construida alrededor de tres de los lados de un patio. El cuarto lado era un prado que se extendía hasta un pequeño lago situado trescientos metros más allá. Tras del lago, el campo abierto se prolongaba por espacio de casi dos millas. Algunos de los campos estaban recién cultivados y empezaban a fructificar. En otros pastaban vacas y borregos. Un gran campo, a una milla de la casa, era de tierra fuertemente apisonada, que estaba destrozada en algunos sitios, como si hubiesen caído pequeñas bombas. Un enorme blanco, con el círculo exterior de unos cincuenta metros de diámetro, estaba pintado sobre el piso, con greda blanca. Una aguja de acero de diez metros de largo, con aletas en el extremo más grueso, yacía en el blanco. Tras de este campo empezaban las colinas.

Por detrás de la casa pasaba un camino pavimentado con cemento, que llegaba hasta cien metros de la casa. Una sola vía de ferrocarril corría paralelamente al camino y tenía un retorno en las cercanías de la casa. A la derecha se levantaban graneros, establos y pabellones de servicio.

La propiedad llenaba completamente el pequeño pero hermoso valle. Existía desde muchos años atrás y no mostraba señales del furioso trabajo que se desarrollara durante las últimas dos semanas. El ejército de técnicos instaló sus equipos, los probó y se marchó a casa. Solamente una «familia típica» aguardaba al embajador de los extraños.

La pequeña esfera se desprendió del gran cilindro, bajo el escrutinio cercano de varias cámaras, espectroscopios, telescopios y otros instrumentos. Sin ninguna evidencia de qué la mantenía a flote, circuló lentamente hasta el extremo opuesto del prado. Una vez allí se abrió como una flor y se convirtió en una plataforma plana, extendida sobre el suelo. Dos seres descendieron de la plataforma, y los lados de ésta se volvieron a cerrar adoptando nuevamente la forma de una esfera, la cual se elevó en el aire y regresó otra vez al cilindro.

Los seres tenían en lo general la talla y forma de un *pony* Shetland. Un pesado caparazón óseo les cubría el cuello y la espalda. La cabeza presentaba una gran caja craneana, que cambiaba el aspecto de la cara. Tenía una calidad humana que probablemente se debía tanto al abultado cráneo como a la inteligente movilidad del rostro. Un tentáculo largo y flexible emergía de la base del cuello y descansaba pasivo sobre el caparazón de cada uno de ellos. Ambos permanecieron tranquilamente en el prado, mirando hacia la casa y esperando ser recibidos.

Eli y Wendy Jelfiffe salieron de la casa cuando aterrizó el vehículo. Esperaron hasta que la esfera estuvo fuera de la vista, y entonces Eli levantó su muñeca y habló en un pequeño micrófono. Algunos minutos más tarde, un trineo tirado por tres bueyes salió de la parte posterior del granero. El señor Dever lo guiaba. En pocos minutos, Dever y los Jelfiffe llegaron hasta los embajadores y desmontaron del trineo. A sus espaldas quedaban las huellas marcadas sobre el prado por los pesados

soportes de roble del vehículo. Eli Jelfiffe se adelantó y habló:

—Es un placer darles la bienvenida. Yo soy Jon Parsons y ésta es mi esposa. Éste es mi jardinero, el señor Spencer. Tenemos un sitio para ustedes y nos proporcionará un gran placer que se queden con nosotros. Tenemos instrucciones de continuar viviendo normalmente. Ustedes serán nuestros huéspedes. Asimismo tenemos instrucciones de no responder a preguntas técnicas, pero de permitirles, en cambio, que inspeccionen cualquier cosa dentro de la propiedad. ¿Es eso satisfactorio?

El más voluminoso de los dos extraños respondió en el mismo tono formal:

—Mi nombre es Inot, y éste es Kcid. Creemos que el arreglo que proponen es enteramente aceptable. Nos será enviada comida cada tres días terrestres y no requerimos alimentarnos más a menudo que eso.

Jelfiffe se llevó su muñeca a la boca y habló:

—Cocinero, los invitados no requieren alimentos; puede interrumpir los preparativos. —Notando los ojos de los extraños puestos en él, sonrió y dijo:

—No sabiendo exactamente qué comían, preparábamos una amplia variedad de alimentos para que eligieran ustedes a su gusto. Nuestro cocinero, el señor Wis, estaba preparando listas de los componentes químicos de cada uno de aquéllos, para ayudarlos a decidirse. —Tomó las riendas, invitó a sus huéspedes a subir a la amplia plataforma del trineo, y encaminó a los bueyes hacia la casa.

Aunque aún era temprano, el cielo estaba gris y un frío helado se cernía en el ambiente. La casa se veía vivamente iluminada, brillando, con cálido fulgor, las cubiertas de cristal de las lámparas de petróleo. Jelfiffe llevó a sus huéspedes hasta dos amplias y desnudas habitaciones en la planta baja.

—Si desean describir el mobiliario que les gustaría tener, puedo ordenar que lo hagan y lo envíen por avión cohete en unas cuantas horas. Les será posible controlar la temperatura de estas habitaciones por medio de esas palancas, que operan la pila atómica que empleamos para la calefacción. Las pequeñas ruedas en la base de las lámparas de petróleo controlan la cantidad de iluminación que proporcionan éstas.

Kcid, quien estuviera accionando con su tentáculo los diversos controles, a medida que eran mencionados, levantó la vista de la lámpara de petróleo.

—¿Por qué no usan otro tipo de energía para esta luz? Jelfiffe pensó un momento.

—Me temo que eso caiga dentro del capítulo de las preguntas técnicas. Pero ¿desean ver el resto de la casa? ¡Oh!, olvidaba el mobiliario. Podemos enviar los diseños a la fábrica, tan pronto los hagan o describan ustedes.

—Necesitaremos solamente algunas grandes piezas de tela gruesa —mantas o algo así—, y posiblemente tengan ustedes aquí las suficientes. Preferimos dormir sobre ellas. Nos gustaría ver la casa. Díganme, entendemos que la mayoría de las familias tienen hijos. No queremos hacer preguntas de tipo personal, pero ¿tienen algunos usted y su esposa? ¿Dónde están?

—Tenemos dos hijos, de diecinueve y veintidós años de edad —replicó Jelfiffe—. Ambos están fuera de casa. El más joven se encuentra en el colegio. Espera obtener

su título de electrónica, el próximo año. El mayor se halla sirviendo en el extranjero, como mercenario; es capitán de una compañía de lanceros. Si la campaña va bien, quizá tenga una corta licencia y le permitan venir a verlos. Pero dígame, ¿cómo aprendieron a hablar inglés?

—Sus ondas de radio son poderosas y pueden escucharse mucho más lejos de lo que probablemente se imaginan —contestó Inot, con una sonrisa—. Una vez que nos dimos cuenta que transmitían en diversos idiomas, fuimos capaces de analizar el que prevalecía sobre los demás. Así aprendimos el lenguaje, pero sin obtener una consistente imagen de su mundo. Tienen demasiadas clases de gente, y de técnicas y motivaciones. Por eso vinimos, para aprender más acerca de ustedes.

—Nos place que vengan y, dentro de los límites de nuestras instrucciones, los ayudaremos en todo lo posible. Ahora, permitan que les muestre la casa. Después, comeremos. Pueden mirarnos, descansar, ver nuestra biblioteca o la televisión. Hay varios programas, y nuestro mayordomo les mostrará cómo operar los controles.

Mientras la familia y la servidumbre comían juntos, Jelfiffe y su esposa en la mesa superior y los sirvientes en la inferior, los visitantes vagaron por la casa. Miraron comer durante un rato, permaneciendo inmóviles a lo largo de la prolongada jaculatoria previa; escucharon al arpista durante un corto periodo, y pasaron a la sala. Encontraron en funcionamiento cinco canales de televisión; uno pasaba una película de piratas; otro, una batalla de la Primera Guerra Mundial. El tercero presentaba *Ben Hur*; el cuarto, un episodio del doctor Kildare; y el quinto, una película de fantasía científica. Al modo típico de las películas, aparentemente todas tenían lugar en el presente. Los ocasionales anuncios comerciales presentaban artículos tales como rasuradoras eléctricas, arcos y flechas, aspirina, estuches de permanente casero, talismanes mágicos para el amor y otros productos...

Por la mañana, Jelfiffe y su esposa informaron a sus invitados sobre su habitual rutina diaria.

—Generalmente hacemos algunas labores de campo por la mañana y practicamos deportes por la tarde; después dormimos la siesta, y cenamos.

Los invitados observaron la rutina durante dos semanas. Algunas veces, el jardinero se sentaba en la terraza y, a control remoto, operaba la maquinaria agrícola mientras Jelfiffe sudaba con la guadaña o la hoz, en los campos. En otras ocasiones, Jelfiffe accionaba la pequeña caja de controles mientras los sirvientes trabajaban con pala y rastrillo. Vieron a Woodward abrir paquetes de alimentos congelados y cocinarlos en la estufa de leña. Una vez al día llegaba el camión del correo, a toda velocidad por la carretera, dejando escapar un largo rugido de sus motores de turbina. En días alternados, las provisiones venían por tren, en la diminuta máquina de vapor que fue necesario tomar prestada al Instituto Smithsonian. A veces, por la tarde, Jelfiffe y sus hombres se vestían con armaduras livianas de malla y, montando en caballos acorazados, practicaban con lanzas. Los pequeños aviones impulsados eléctricamente, evolucionaban a poca altura, mientras que los jinetes galopaban

frenéticos en su persecución, empalando ocasionalmente a alguno en el extremo de sus lanzas, lo que arrancaba gritos de entusiasmo de los demás. Otros días tenían competencias de tiro de honda o, simplemente, de lanzamiento de piedras a mano, en dirección de maniqués rellenos de paja. Sus otros deportes incluían carreras de automóviles enanos, esgrima, lanzamiento del disco y carreras de botes a vela en el pequeño lago.

Algunas veces, Dever sacó pequeños vehículos con un elaborado aparato en la cubierta. Tenían palancas, diales y una mira telescópica. En cada vehículo entraba un humano y apuntaba la mira en dirección de la gran aguja que descansaba sobre su blanco en el campo distante. Al manipular los controles, la aguja se elevaba en el aire hasta una altura de veinte o treinta metros. Entonces caía, con la punta hacia abajo, sobre el blanco. Hasta donde los visitantes podían entender, el objeto del juego era clavar la aguja en el centro exacto del blanco. No preguntaron acerca de la energía empleada en el juego, y nadie se ofreció a darles una explicación.

Por las noches escuchaban al arpista o contemplaban a grupos de actores representar sainetes cómicos en la sala. Los humanos miraban la televisión, escuchaban en aparatos de cristal, jugaban ajedrez o damas, leían hablaban y, ocasionalmente, se emborrachaban.

Al final de la segunda semana, los visitantes anunciaron repentinamente que tenían que partir y pidieron a Jelfiffe que llamara a su nave. Se rehusaron a dar razones, y dos horas después la esfera se cerraba en torno a ellos y flotaba lentamente hacia el cilindro. Algunas horas más tarde, el cilindro adquiría velocidad y desaparecía en el espacio.

Woodward se enfrentó nuevamente al consejo general. Dever y Jelfiffe estaban a su lado. Esta vez, la atmósfera era mucho más alegre. Woodward sonreía al continuar:

—... No fue demasiado difícil, una vez que analizamos el mensaje. Corrimos un riesgo enorme, por supuesto, pero de todos modos habría que correrlo. Estábamos acorralados y algo tenía que hacerse. El hecho de que nos dejaron prematuramente, prueba que teníamos razón.

»Desde luego, escuchaban nuestros programas de radio. Era el modo más lógico por el cual pudieron aprender el inglés. Los programas tratan de toda clase de gentes y de todo tipo de aventuras.

«Nuestros análisis demostraron que eran organismos rígidos, algo hostiles, que posiblemente hicieron un estudio de nosotros basados en las condiciones planetarias y en nuestros programas de radio. Parecían estar comprobando sus predicciones, cuando nos enviaron a los embajadores. Con base en *nuestro* análisis, consideramos que comprobarían sus predicciones dos o tres veces y actuarían de acuerdo con ellas. Si sus predicciones fallaban de modo imprevisto, probablemente renunciarían, sintiendo una verdadera dificultad emocional para atacar de nuevo el problema. Ello

significa, esperamos, que no los veremos otra vez hasta que *nosotros* estemos listos para hacer contacto.

»Esto, por supuesto, no es lo ideal. El intercambio de información y de comercio sería mucho mejor; pero ninguna de las dos razas está preparada aún para el contacto, ambas necesitan más madurez. En particular, ahora que estamos en una posición científica inferior, el contacto redundaría en nuestra inicua explotación. En el futuro, si podemos darles alcance y la evidencia es que lo haremos, las cosas pudieran ser diferentes. Cuando terminemos de analizar toda nuestra nueva información, todo lo dicho por *cualquiera*, lo cual, desde luego, fue recogido por micrófonos ocultos y grabado, tendremos una excelente fuente de conocimientos acerca de nuestros visitantes, de la estructura de su personalidad y hasta algo de su ciencia.

«La finca fue arreglada de modo que no pudieran formarse una imagen de nosotros. Los habitantes humanos siguieron una rutina aparente, pero las cosas que hicieron fueron tomadas de todas las épocas y culturas. Llegamos hasta el punto de falsear nuestra técnica, para que se confundieran más al juzgarnos. Enterramos largos cables en el piso, arreglados de tal modo que al fluir por ellos una fuerte carga eléctrica arrojara la aguja a lo alto, para que cayera con la punta hacia abajo. Parecía como si los aparatos montados en los pequeños coches hicieran saltar la aguja por los aires. En realidad, por supuesto, los cables ocultos se extendían hasta el exterior del valle y nuestros técnicos aguardaban allí las señales que les daban los conductores de los pequeños vehículos, al hacer funcionar los diales.

»Para ser breve, caballeros, hemos pasado por una crisis de grandes proporciones y aprendido mucho con ello. Cuando nos encontremos la próxima vez con los extraños, será sobre términos mucho más equilibrados.

Terminó su informe entre aplausos tumultuosos.

Al entrar la nave en ruta, Inot y Kcid terminaban de dar forma a su reporte.

—En conclusión —decía Inot ante la grabadora, mientras toda la tripulación escuchaba—, se trata de una clase de vida esencialmente primitiva, demasiado insegura en sus nacientes ciencias, para enfrentarse con nosotros abiertamente. Conocen solamente a organismos agresivos y hostiles y nunca han observado una forma de vida amistosa y pacífica, por lo que no pueden concebirla. Sin duda proyectaron sus propias hostilidades y prejuicios en nosotros y así vieron nuestra avanzada ciencia como un peligro para ellos.

»Por tanto, decidieron engañarnos, empleando técnicas culturales de muchas de sus épocas pasadas. Naturalmente, ellos no se dieron cuenta de que si nuestras ciencias físicas eran más avanzadas que las suyas, nuestras ciencias sociales serían igualmente avanzadas y sería difícil analizarlos a través de la cortina de humo que intentaron correr ante nuestros ojos.

«Tuvimos cautela con lo que hablamos acerca de sus instrumentos de registro y

nos aseguramos que aprendieran muchas cosas que pueden emplear para avanzar en sus ciencias físicas y sociales. Cuando dimos cima a nuestro propósito partimos.

»Cuando hagamos nuestro próximo contacto, ellos serán más maduros. Entonces estaremos en posibilidad de tratarlos como deseamos, como iguales y colegas. Serán más sabios, más avanzados, y cuando nos encontremos la próxima vez con esos extraños, será sobre términos mucho más equilibrados».

HUEVO DE ÁNGEL

Edgard Pangborn

Carta archivada. De Blaine a McCarran. Fecha: 10 de agosto de 1951.

Mr. Cleveland McCarran.

Federal Bureau of Investigation.

Washington, D.C.

Distinguido señor: Respondiendo a su requerimiento, incluyo en ésta una transcripción de los fragmentos pertinentes del diario del doctor David Bannerman, ya difunto. El documento original se guarda en esta oficina hasta que se resuelva lo que debe hacerse con él.

Nuestras investigaciones no han aportado pruebas de que existiera ninguna relación entre el doctor Bannerman y cualquier organización, ya fuera subversiva o de otro carácter. Según hemos podido apreciar, el doctor era exactamente lo que parecía, un inofensivo residente veraniego, retirado, con una pequeña renta independiente... Un poco amante de la soledad, pero bien mirado por sus vecinos y por los comerciantes locales. Una relación entre el doctor Bannerman y el tipo de actividad que concierne a nuestro Departamento, parece muy improbable.

La siguiente información está entresacada de las primeras partes del diario del doctor Bannerman y concuerdan con la investigación limitada que nosotros hemos llevado a cabo. Nació en 1898 en Springfield, Massachusetts, asistió a la escuela pública del lugar y se graduó en la Universidad de Harvard en 1922, después de haber interrumpido sus estudios durante los dos años del servicio militar. Fue herido en acción de guerra en Argonne, quedando dañada su espina dorsal. Logró doctorarse en Biología en 1926. Efectos retardados de su herida de guerra le obligaron a hospitalizarse durante los años 1927 y 1928. Desde 1929 a 1949 fue profesor de ciencias elementales en una escuela privada de Boston. En 1929 y 1937 publicó sendos libros de texto con el título de «Introducción a la Biología». En 1948 se retiró de la enseñanza: una pensión y una modesta renta procedente de los derechos de sus libros de texto hizo esto posible. Aparte de la deformidad de su espina dorsal, que le obligaba a caminar encorvado, su salud era buena. La autopsia ha mostrado que el estado en que se hallaba su espina dorsal debió de producirle considerables dolores, pero no se sabe que mencionara esto a nadie, ni siquiera a su médico, el doctor Lester Morse. No hay ninguna prueba de que emplease drogas ni que fuera aficionado al alcohol.

Al principio de su diario, el doctor Bannerman se describe así mismo como «un naturalista de tipo perezoso... En lugar de escribir monografías me gustaría sentarme sobre un tronco: el resultado sería mejor». El doctor Morse y otras personas que conocieron al doctor Bannerman personalmente, me dicen que esto da una pequeña

idea acerca de su personalidad.

No estoy calificado para hacer comentarios sobre el material de este diario, pero sí diré que no poseo ninguna prueba ni para defender ni para contradecir las afirmaciones del doctor Bannerman. El diario ha sido estudiado tan sólo por mis inmediatos superiores, por el doctor Morse y por mí. Estoy seguro de que usted se dará cuenta de que si le entrego esto lo hago sobre la base del más estricto secreto.

Además del diario, incluyo una declaración del doctor Morse, escrita a requerimiento mío con objeto de guardarla en nuestros archivos y también para la información que le enviamos a usted. Se dará usted cuenta de que dicho doctor dice, con algunas ligeras reservas, que «su muerte no fue incompatible con la presencia de una embolia». Firmó el certificado de la muerte de acuerdo con esto. Recordará usted que en mi carta del 5 de agosto le decía que fue el doctor Morse el que descubrió el cadáver del doctor Bannerman. Debido a la amistad que le unía con el difunto, el doctor Morse no se sintió con fuerzas suficientes para hacer él mismo la autopsia. Esta fue llevada a cabo por el doctor Stephen Clyde, de esta ciudad, siendo virtualmente negativa en lo que respecta a la causa exacta de la muerte, pues ni confirmaba ni contradecía el diagnóstico aproximado hecho por el doctor Morse. Si usted desea leer el informe de la autopsia en su totalidad, le proporcionaré con mucho gusto una copia.

El doctor Morse me dice que, según sus noticias, el doctor Bannerman no tenía parientes. No se casó nunca. En los último doce veranos ocupó un pequeño *cottage* situado a veinticinco millas de la ciudad, en una carretera de segundo orden, y recibía muy pocas visitas. Su vecino, Steele, mencionado en el diario como un granjero, de sesenta y ocho años de edad, individuo con buena fama en los alrededores, me ha dicho que «nunca tuvo amistad con el doctor Bannerman».

En este Departamento tenemos la impresión de que, a menos que salga a luz alguna nueva información, apenas se justifica que sigamos investigando.

Respetuosamente le saluda,

Garrison Blaine

Capitán de Policía del Estado. Augusta, Me.

Se incluye el extracto del Diario del fallecido David Bannerman.

También se incluye la declaración de Lester Morse, doctor en Medicina.

Nota del bibliotecario

El documento siguiente, originalmente unido como «documento» no oficial a la carta precedente, fue donado a esta institución en 1994 por una cortesía de Mrs. Helen McCarran, viuda del martirizado primer Presidente de la Federación Mundial. Otros papeles y documentos personales del Presidente McCarran, muchos de ellos

pertenecientes a su juventud, cuando estaba empleado en el FBI, se muestran libremente al público en el Instituto de Historia Mundial, de Copenhage.

Nota personal de Blaine a McCarran. Fecha: 10 de agosto de 1951.

Querido Cleve: Sospecho que no estaba bastante claro en mi otra carta que ese bastardo de Clyde es el responsable de que yo le haya complicado a usted en este asunto. Es un hacha en eso de manejar a la gente. Ocurrió impensadamente. Cuando vino a traerme el informe de la autopsia, ya estaba lleno de sospechas porque ésta fuera tan completamente negativa (posee cierta cantidad de honradez) y echó una ojeada a una o dos páginas del diario que yo tenía en mi escritorio. El doctor Morse se hallaba conmigo en aquel momento. Temo que ambos fuimos contagiados por él. Clyde produce esos efectos; pero, de todos modos, tal vez estábamos ya un poco escamados. Pero él fue la gota que hizo derramarse el vaso, ya que olió algo subversivo. Pertenece a la escuela de los NOW-WOW-WOW... ¿No es cierto? Armó un gran guirigay hablando de una autoridad más Alta, y yo sabía que lo decía por usted. Así que quise adelantarme a la carta que sabía que él escribiría. Supongo que su esfuerzo literario no habrá sido colocado en la carpeta N.º 13, por otro nombre el Receptáculo Apropiado.

Él puede decir lo que quiera sobre mi carácter, si es que dice algo, pero yo jamás habría supuesto que asestara semejante golpe a su colega profesional. El doctor Morse es lo mejor y nunca habría soñado en escamotearnos ninguna prueba importante, como insinúa en su carta Clyde, según me dice usted. Lo que el doctor hizo fue decirle a Clyde en broma, cuando se encontraban en mi despacho, que se fuera en vuelo hacia la Luna. A mí me habría gustado decírselo también. Así que Clyde se marchó rápidamente para hacer de chivato. ¿Comprende a qué me refería cuando le hablaba de manejar a la gente? Sin embargo —toque madera— no creo que Clyde vea en el diario lo bastante como para tener una noción de lo que se trata.

En cuanto al diario, maldita sea, Cleve, no sé qué pensar. Si a usted se le ocurre algo, quiero que me lo diga, por supuesto. Temo creer yo también en los ángeles. ¡Pero cuando pienso en el efecto que la cosa produciría en la opinión pública de aquí si se divulgase...! ¡Hermano! He aquí que este viejo Bannerman vivía solo en compañía de un ángel hembra sin estar casado con ella ni siquiera por lo civil. ¡Ay! ¿Comprende usted?... ¡Qué flujo de llamadas telefónicas de personas deseosas de explicarlo todo! Expertos en el cuidado y en la alimentación de ángeles. Métodos para hacer experimentos con los ángeles. «Los ángeles pasaron ante mi ventana hace un minuto». «En vuestras horas libres, haced del asunto de los ángeles una gran empresa»...

¿Cuándo nos veremos? Dice usted que podría tener una semana libre en octubre. Si nos pudiéramos reunir, quizá lograríamos sacar sentido de donde no lo hay. He oído decir que la sidra promete ser buena este año. Inténtela probar. Cariños a Ginny

y al otro joven fruto. Y recuerdos a Helen, naturalmente.

Suyo,

Carry.

Postdata

Si encuentra usted ángeles en su camino y no sienten muchos deseos de una administración republicana, ponga todos los medios para que sean investigados por el Senado... Entonces sabremos de cierto que todos estamos locos.

Extracto del diario de David Bannerman. Del 1 al 29 de julio de 1951.

Deben de haber transcurrido por lo menos tres semanas desde que tuvimos todo aquel jaleo a propósito de un platillo volante. Observadores del otro lado del Katahdin le vieron venir hacia este lado, y observadores de este lado le vieron ir hacia el otro. Tamaño: de seis pulgadas a sesenta pies de diámetro... y... ¿tenía forma de cigarro? En cuanto a velocidad, la que queráis. Me parece recordar que los testigos estuvieron de acuerdo en lo de que era de un color rosado claro. Hubo, naturalmente, una explicación oficial concebida para dejar a todos impresionados, tranquilos y defraudados. Yo no hice mucho caso a la excitación de la gente, y aún menos a las explicaciones. Pensé que se trataba sencillamente de un platillo volante. Pero ahora, Camilla ha empollado un ángel.

Tenía que ser Camilla. Quizás no he mencionado lo bastante a mis gallinas. Durante los últimos dos días he pensado que quizás este diario será juzgado importante por otros ojos que los míos. Yo no soy más que un hombre solitario en los linderos de la muerte. Pero un ángel en la casa hace que las cosas sean distintas. Y debo mostrar consideración hacia posibles lectores.

Tengo ocho gallinas, todas del año, excepto Camilla. Esta es su tercera primavera. La he guardado dos inviernos, que es cuando voy a calentarme mis helados huesos a Florida, en la granja de mi vecino Steele. Y lo he hecho porque aunque sea sólo un ave, posee unos modales que me sorprenden. Jamás habría podido comerme a Camilla. Si el animal hubiese mirado el cuchillo con esa expresión de desaprobación con que a veces me mira, yo habría pensado que asesinaba a una tía querida. Y no hay duda de que me hubiese mirado así. La única concesión a lo sentimental de Camilla era su anual calentura maternal... cosa, por supuesto, natural y normal en una Plymouth Rocq blanca mantenida en cautiverio.

Este año el animal se las arregló con mucho éxito para hacerse a escondidas un nido entre una zarza de moras. Cuando lo localicé, pensé que lo hacía con dos semanas de retraso. Y tuve que contentarme con observarla desde una ventana. Camilla es muy lista y venía a comer al sitio de costumbre y luego se iba al nido. Cuando descubrí el nido, Camilla estaba sentada sobre nueve huevos al tiempo que me echaba maldiciones. La gallina no podía ser fértil ya que allí no había ningún gallo, y yo estaba a punto de robarle los huevos cuando vi que el noveno huevo no

era de ella. Era transparente, tenía una coloración profundamente azul y en su interior había puntitos de luz que me recordaron las primeras estrellas de un claro anochecer. Este huevo azul tenía el mismo tamaño que los de Camilla. Contenía un embrión, pero yo no podía hacer nada con él. Opté por colocar de nuevo el huevo bajo la febril y desnuda pechuga del animal y regresé a la casa para beber algo frío y en abundancia.

Esto sucedió hace diez días. Sabía que debía llevar cuenta de los días. Examinaba cada vez el huevo azul, observando cómo una vida sin nombre crecía dentro de él. El ángel salió de su cascarón hace tres días y hasta ahora no me he sentido con ánimos para enfrentarme con el papel y la pluma.

He sido poseído por una especie de laxitud mental poco frecuente en mí. Aunque lo he dicho mal. No se trataba de laxitud, sino de preocupación, una preocupación que no me permitía saber lo que realmente me preocupaba. Tengo reputación de científico. Pero hasta ahora no he sentido deseos de examinar los datos. Sólo tenía deseos de permanecer tranquilo, dejando que la verdad se aposentara, si quería, en mi mente en reposo. Esto puede ser debido a que me estoy volviendo viejo, pero lo dudo. Los trozos rotos de la maravillosa cáscara azul están en mi escritorio. Los he estado mirando por fuera y por dentro durante diez minutos o más. No puedo decir que los estudiara: mi pensamiento vagabundea al ver ese tono de azul, sin ocurrírseme nada que pueda ser expresado mediante palabras. No me satisface mucho escribir que he experimentado una visión de cielo abierto... y de paz, si tal cosa puede decirse.

El ángel rompió hábilmente la cáscara en dos mitades. Esto fue hecho evidentemente con la ayuda de unas pequeñas protuberancias duras que el ángel tenía en los codos. Tales protuberancias se le desprendieron al segundo día. Me habría gustado ver cómo rompía el huevo, pero cuando yo llegué a la zarza de moras hace tres días, la cosa había sucedido ya. El ser recién nacido sacó su exquisita cabeza de debajo de las plumas del cuello de Camilla, sonrió soñolientamente y se volvió a la obscuridad para terminar su empollamiento. Por lo tanto, ¿qué podía hacer yo más que salvar la rota cáscara y sacar de allí mi torpe persona? Los demás huevos ya se los había quitado el día anterior... Por cierto que Camilla se disgustó muy poco. Yo sentía preocupación por el estado en que éstos se hallarían, aunque era obvio que pertenecían a Camilla, pero en ellos no se había producido la menor perturbación. Los rompí uno a uno para asegurarme de ello. Eran huevos rotos y nada más.

En la tarde de aquel día pensé en las ratas y en las comadreas. Antes tenía que haberlo hecho. Preparé una caja en la cocina y coloqué en ella a Camilla y al ángel, trayendo a éste acurrucado en el interior de mi mano cerrada. Allí están ahora. Creo que se encuentran cómodos.

Ahora, tres días después de haber salido a luz, el ángel tiene el tamaño de mi dedo índice, digamos tres pulgadas de alto, y todas sus proporciones son las de una niña de seis años, pero en relación a su tamaño. Excepto la cabeza, las manos y probablemente la planta de los pies, el ángel está vestido con una especie de plumón

de color marfil. Lo que puede verse de su piel es de un color de rosa tornasolado... digo tornasolado, como el interior de ciertas caracolas de mar. En la espalda, a la altura del talle, tiene dos salientes que yo tomo por unas alas infantiles. No sugieren de ningún modo un par de brazos extra. Creo que son órganos completamente diferenciados. Quizás serán con el tiempo como las alas de un insecto. De todos modos, nunca pensé que los ángeles produjeran zumbido al volar. Quizás no lo produzcan. Sé muy poco sobre ángeles. Ahora, los salientes están cubiertos con una especie de tejido duro, seguramente una vaina protectora, que será desechada cuando las membranas, si es que hay membranas, estén dispuestas a crecer. Entre ambos salientes se ve una especie de hilera de músculos no muy prominente... Supongo que se trata de una musculatura especial. Por otra parte, la forma del ángel es casi humana, incluso en el detalle de dos minúsculos botoncitos mamarios visibles bajo la pluma. Por qué están esos dos botoncitos en un organismo ovíparo es algo que escapa a mi comprensión (entre paréntesis, y para el informe, así es un paisaje de Corot; así es la *Inconclusa* de Schubert; así es el vuelo de un colibrí; así es el mundo exterior helado visto a través del cristal de una ventana). Las plumillas de su cabeza han crecido visiblemente durante los tres días y son de calidad diferente a las del cuerpo... Más tarde, quizás se parezca al cabello humano... lo mismo que un diamante se parece a una piedra de granito...

Ha ocurrido algo curioso. Después de escribir lo anterior, me he acercado a la caja de Camilla. Judy, mi perra estaba ya echada frente a ella, completamente tranquila. La cabeza del ángel surgía de debajo de las plumas de Camilla y yo, con esa fuerza que a veces tienen los pensamientos que no toman forma verbal, pensé: «Aquí estoy yo, un naturalista de mediana edad que nunca se ha emborrachado, observando a un ser ovíparo y mamífero, con plumón y alas, que no tiene más de tres pulgadas». El caso es que el ángel se echó a reír. Claro que la risa debió de ser provocada por mi aspecto, que a ella le debía parecer algo enormemente grueso y cómico. Pero otro pensamiento se formó en mi mente: «Ya no estoy solo». Y entonces el rostro del ángel, apenas mayor que una moneda de plata de diez centavos, dejó de reír para tomar una expresión de amistosa preocupación.

Judy y Camilla son viejas amigas. Y la primera no parece inquietarse por la presencia del ángel. No me preocupa lo más mínimo dejarlas solas. Debo irme a dormir.

3 de junio

Anoche no escribí nada en el diario. El ángel me estuvo hablando, y cuando acabó de hacerlo, me eché a dormir inmediatamente sobre un catre que me he preparado en la cocina para estar cerca de ellos.

Nunca me he asombrado demasiado ante una percepción extra sensorial. Por suerte, mi mente es capaz de aceptar la novedad, aquello que para el ángel es

claramente algo natural.

La pequeña boca del ángel es de lo más expresivo, pero se mueve sólo para eso, o sea para dar expresión a su rostro, o bien para comer... pero no para hablar. Probablemente, el ángel podría hablar a su manera si lo deseara, pero sin duda su voz estaría fuera de mis posibilidades de oyente, y lo mismo le ocurriría a mi comprensión.

Anoche, después de haberme arreglado el catre, me encontraba dando cuenta de mi sobria cena de soltero cuando el ángel trepó hasta el extremo de la caja y señaló, primero a sí mismo, luego a la superficie de la mesa de la cocina. Temeroso de cogerle con mi gran mano, extendí ésta palma arriba, y el ángel se apresuró a sentarse en mi palma. Camilla empezó a protestar, pero el ángel la miró por encima del hombro y la gallina se calmó, sin dejar de observar, pero ya sin inquietud.

La parte superior de la mesa es de mármol, y el ángel se estremeció. Ya entonces doblé una toalla y extendí un pañuelo de seda sobre ella, colocando todo sobre la mesa. El ángel tomó asiento sobre este colchón, sintiéndose, al parecer, muy cómodo, y quedando muy cerca de mi cara. Yo no estaba ni siquiera asombrado. Posiblemente, el ángel se había cuidado ya de vaciar en cierto modo mi mente. De todos modos, yo lo hice sin el menor esfuerzo consciente por mi parte.

El ángel llegó a mi mente, en primer lugar, por medio de imágenes visuales. ¿Quién puede atestiguar que aquello no tenía nada en común con los ensueños? Allí no existía el peso del simbolismo extraído de mi pasado; allí no existía la menor relación con ninguna de las vulgaridades del día anterior; en realidad, nada que atañera a mi personalidad. Yo veía. Yo percibía visiones en movimiento, aunque no era con mis ojos. Y mientras mi mente veía, también veía dónde estaba mi cuerpo, encorvado sobre la mesa de la cocina. Si alguien hubiera en la cocina en aquel momento, si se hubiera oído algo alarmante en el gallinero, yo me habría dado cuenta en el acto de ello.

Apareció un valle como nunca he visto ni veré en la Tierra. Yo he estado en muchos lugares hermosos de este planeta... y algunos de ellos eran incluso tranquilos. En una ocasión, me embarqué en un barco lento que iba a Nueva Zelanda, y gocé del Pacífico durante muchos días. Pero ahora, aunque no sabría decir por qué, me daba cuenta de que lo que veía no pertenecía a la Tierra; el río que lo atravesaba mostraba que era una cinta azul y plata bajo la luz del sol acostumbrada; había árboles muy parecidos al pino y al arce, y quizá lo fueran. Pero aquello no era la Tierra. Veía que las montañas que se alzaban a cada lado del valle tenían extrañas cimas... de nieve, rosadas, ámbar, de oro... Quizás el color de ámbar sea lo que nunca he visto en la cima de una montaña de este mundo a mediodía.

O quizás yo sabía que no era la Tierra simplemente porque su mente, aquel inimaginable cerebro más pequeño que la punta de mi dedo meñique, me lo decía.

Observé que dos habitantes de aquel mundo se acercaban volando para descansar sobre el campo de soleada hierba a donde me había llevado mi visión sin cuerpo.

Eran formas de adulto, tales como mi ángel sería cuando creciese, sólo que aquellos dos eran ángeles varones, y uno de ellos tenía la piel oscura. Este último era, además, viejo, con un rostro lleno de arrugas, sabiduría y serenidad. El otro, en cambio, era sonrosado y parecía lleno de vitalidad. Ambos eran hermosos. El plumón del viejo de la piel de color castaño era de un tono leonado rojizo. La del otro era de color marfil, con reflejos naranja. Sus alas eran membranosas, con más variedad de sutiles iridiscencias que las de las libélulas. No puedo decir cuál era el color dominante, porque a cada movimiento que efectuaba se producía una ola cambiante. Ambos se sentaron cómodamente sobre la hierba. Me daba cuenta de que estaban hablándose el uno al otro, aunque sus labios no se movieron durante la conversación más que una o dos veces. Afirmaban con la cabeza, sonreían, y de cuando en cuando subrayaban algo moviendo una mano.

Un enorme conejo saltó cerca de ellos. Supe, me figuro que debido a los esfuerzos del ángel, que aquel animal era del mismo tamaño que nuestro vulgar conejo del monte. Más tarde, una serpiente azul verdosa que tenía tres veces el tamaño de los ángeles, se acercó a ellos arrastrándose sobre la hierba, y el viejo adelantó su mano para acariciar la cabeza del animal, y creo que hizo esto sin interrumpir su charla.

De pronto apareció otro ser que daba saltos rítmicamente espaciados. Se trataba de algo monstruoso, pero, sin embargo, no sorprendí la menor alarma ni en los ángeles ni en mí mismo. Imaginaos un ser de forma parecida al canguro, sólo que de ocho pies de alto y de color verde. Pero, en realidad, sólo la gruesa cola balanceante y las enormes patas se parecían a las del canguro. El cuerpo que había encima de los macizos muslos no era menudo, sino grueso y cuadrado; las patas delanteras y las manos en que terminaban eran casi humanoides. Y la cabeza era redonda, parecida a la de un hombre, excepto el rostro, que tenía una nariz con un solo agujero y una boca vertical. Los ojos eran anchos y de aspecto manso. Recibí la impresión de un ser de alta inteligencia y natural nobleza. Llevaba en una de sus manos, tan parecidas a las del hombre, dos herramientas tan familiares y conocidas por mí que mi cuerpo, junto a la mesa de la cocina, se echó a reír al reconocerlas asombrado. Pero, después de todo, una azada y un rastrillo son herramientas básicas. Una vez inventadas —creo que nosotros los inventamos en la edad neolítica— hay pocas razones para que cambien a través de los milenios.

Este granjero fue detenido por los ángeles y los tres conversaron durante un rato. La gran cabeza hizo signos de asentimiento y ademanes de agrado. Creo que el ángel joven dijo un chiste; por lo menos, las convulsiones que agitaron la gran cabeza me hicieron pensar que aquello era risa. Luego, aquel amable monstruo, se dedicó a rastrillar la hierba en un cuadrado de pocas yardas, rompiendo el césped y dejando una superficie completamente lisa, lo mismo que haría cualquier competente jardinero de la Tierra... excepto que aquel se movía con la tranquila facilidad de un ser cuya fuerza excedía en mucho a la que se requería para la tarea...

Regresé a mi cocina con los ojos de cada día. Mi ángel estaba explorando la mesa. Yo tenía allí una rebanada de pan y un plato de fresas con nata. El ángel se comió una migajita de pan y pareció gustarle mucho. Yo entonces le ofrecí las fresas. El ángel rompió una de ellas y la probó, pero no pareció gustarle del todo. Yo le presenté un cucharón lleno de nata azucarada; el ángel extendió ambas manos para sacar una poca. Creo que le gustó. Yo había sido muy tonto al no darme cuenta de que necesariamente tendría hambre. Entonces saqué vino del armario. El ángel me observaba intrigado, así que yo eché un par de gotas en el mango de una cuchara. Esto le gustó de veras. El ángel sonrió y se dio golpecitos en su pequeño estómago, aunque creo que aquel jerez no era bueno del todo. Luego le presenté migajas de tarta, pero el ángel me indicó que ya estaba ahíto. Llegó hasta mi rostro y me hizo señas de que bajara la cabeza.

El ángel se estiró hacia mi cara hasta que pudo cogerme la frente con ambas manos —yo sentí bastante palpablemente que sus manos estaban allí— y permaneció así durante un largo tiempo intentando decirme algo.

Era difícil. Las imágenes se me presentaban con relativa facilidad. Pero ahora, el ángel me estaba transmitiendo una abstracción de tipo complejo, y mi torpe cerebro sufría realmente al esforzarse en recibirlo. Algo me quedó, sin embargo.

Tuve la sensación de haber visto algo. Imaginaos un triángulo equilátero; y colocad las siguientes palabras en cada uno de sus lados: «reparar», «congregar», «salvar» y el significado que el ángel quería transmitirme debía hallarse en el centro del triángulo.

Tuve, además, la sensación de que el mensaje era una explicación parcial de la diligencia que el ángel tenía que llevar a cabo en este mundo encantador y execrable al mismo tiempo.

El ángel pareció cansado y se apartó de mí. Extendí mi mano y él saltó a su palma para ser conducido de nuevo al nido.

Esta noche no me ha hablado ni ha comido, pero me ha explicado la razón de ello. Ha salido de debajo de las plumas de Camilla lo suficiente para poderse volver y enseñarme los salientes de las alas. Las vainas protectoras han desaparecido, y las alas le están creciendo rápidamente. Con toda probabilidad estaban húmedas y débiles. El ángel parecía cansado y regresó casi en el acto a la tibia obscuridad.

Camilla debía sentirse asimismo exhausta. No creo que haya dejado el nido más de dos veces desde que la coloqué dentro de la casa.

4 de junio

Hoy el ángel ha volado.

Lo supe por la tarde, cuando vagabundeaba por el jardín mientras Judy se hallaba echada al sol, tal como le gusta.

Algo que no veía ni oía me hizo volver rápidamente a la casa. Vi a mi ángel a

través del cristal de la puerta antes de abrir ésta. Uno de sus pies se había enganchado en un alambre suelto que formaba un lazo en el roto de un enrejado. Alarmado, tiró del pie, y el lazo se apretó de tal forma que sus pequeñas manos no fueron capaces de deshacerlo.

Afortunadamente no perdí la cabeza y pude cortar el alambre con unos alicates. El pie del ángel quedó libre sin que sufriera daño alguno. Camilla se mostraba frenética, yendo de un lado para otro con las plumas encrespadas, pero... y esto es muy raro, perfectamente silenciosa. Nada de los conocidos ruidos que hacen las gallinas cuando se encuentran en apuros; si a un pollito ordinario le hubiera ocurrido una desgracia, la gallina habría hecho saltar el tejado con sus gritos.

El ángel voló hacia mi e hizo unos ademanes cogiéndome la frente con las manos. El mensaje resultó claro: «Ningún daño». Luego se dirigió volando hacia Camilla para decirle lo mismo.

Sí, y de la misma forma. Vi que Camilla estaba junto a mis pies con el cuello alargado y la cabeza alta, y que el ángel ponía sus manos a ambos lados de la áspera cresta de la gallina. Camilla se tranquilizó entonces, cloqueó normalmente y abrió sus alas invitando al ángel a que se refugiase bajo ellas. El ángel lo hizo, pero creo que sólo por ser amable con Camilla. El caso es que sacó un momento la cabeza por debajo de las plumas de las alas y me guiñó un ojo.

Pero el ángel debió ver algo más, pues al poco rato salió de nuevo, voló hacia mí y me tocó la mejilla con un dedo; miró luego el dedo, vio que estaba mojado, se lo llevó a la boca, hizo una mueca y, mirándome, se echó a reír.

Luego salimos al sol, Camilla también, y el ángel me ofreció una exhibición de lo que era el vuelo. Ni siquiera la música de Schubert puede compararse a la alegría que rezumaba el primer vuelo del ángel. Quedaba colgado delante de mis ojos, radiante y encantado, y un momento después era sólo un puntito de color bajo una nube. Imaginad aun colibrí, pero mucho menos torpe y perezoso.

Las alas producían un zumbido. Más suave que el del colibrí, pero más fuerte que el de la libélula.

Era algo parecido, por ejemplo, al zumbido que produce la *hawk-moth*, o sea la *heinmaris thisbe*, el insecto que yo, cuando era niño, llamaba la mariposa colibrí.

Yo me sentí asustado, naturalmente, sobre todo al principio, temiendo que al ángel pudiera sucederle algo. Pero pronto vi que no había motivo para ello. El ángel no tenía nada que temer de los animales salvajes, excepto tal vez del hombre.

Vi que un halcón de cobre descendía oblicuamente hacia el remolino de color en donde el ángel estaba bailando solo; muy pronto, el ángel empezó a describir círculos iridiscentes alrededor del animal, pero cuando éste a su vez empezó también a describir pequeños círculos, cesé de ver al ángel. Pero quizás éste sintió mi miedo, pues se presentó en seguida ante mi, tocándome la frente de la manera acostumbrada. Supe que ángel se sentía divertido y capté la idea de que el halcón era «un personaje perezoso». No es ésta la manera en que yo describiría el *accipeter cooperi*, pero tal

era el punto de vista del ángel. Creo que éste estuvo cabalgando sobre la espalda del halcón, y seguramente logró esto colocándole las manos habladoras sobre su terrible cabeza.

Más tarde me asustó el pensamiento de que quizás el ángel no quisiera volver a mí. ¿Podía yo competir con la luz del sol y con los cielos abiertos? Pero ese terror hizo que el ángel volviese de nuevo rápidamente, y sus manos me dijeron con gran claridad: «No temas nada. No tienes que temer nada».

Durante esta tarde, me sentí triste en una ocasión al percatarme de que Judy tomaba poca parte en la alegría. Me acordaba de que, en otros tiempos, la perrita corría contra el viento. El ángel debió sentir este pensamiento mío, pues pasó largo rato junto a la soñolienta cabeza de Judy mientras la cola de la perra oscilaba alegremente sobre la tibia hierba...

Durante el crepúsculo, el ángel ingirió una buena comida compuesta por dos o tres migajas de tarta y una gota de jerez. A continuación sostuvo conmigo una conversación que casi se podía llamar así. Esta vez la transcribiré en forma de diálogo en lugar de buscar otra forma más exacta. Yo le pregunté:

—¿Está muy lejano de aquí tu hogar?

—Mi hogar es esto —contestó.

—¡Gracias a Dios! Pero quiero decir... ¿cuál es el lugar de donde tu gente vino?

—Está a diez años luz.

—Las imágenes que me mostraste... aquel tranquilo valle... ¿estaban a diez años?

—Sí. Aquel era mi padre hablando contigo a través de mí. Ya era viejo cuando empezó el viaje. Tiene doscientos cuarenta años... nuestros años que tienen treinta y dos días más que los vuestros.

Noté que experimentaba una sensación de alivio. Yo temía, partiendo de los principios en que se basa nuestra biología, que el rápido crecimiento del ángel, después de ser empollado, significaba una vida breve para él. Pero no. Todo estaba muy bien. El ángel me sobreviviría, y por varios centenares de años.

—¿Tu padre está aquí ahora, en este planeta? —pregunté—. ¿Le podré ver?

El ángel separó sus manos de mí para escuchar, según creo. La respuesta fue:

—No. Y lo siente. Está enfermo y ya no le queda mucho tiempo de vida. Yo iré a verle dentro de algunos días, cuando vuele un poco mejor. Él me estuvo enseñando durante mis primeros veinte años.

—No comprendo. Yo creía...

—Más tarde lo comprenderás, amigo. Mi padre te está agradecido por tu amabilidad conmigo.

Yo no supe qué pensar de aquello. Sólo puedo decir que no noté el menor rastro de condescendencia en aquel mensaje.

—¿Y él me ha estado mostrando cosas vistas por él hace diez años luz? —pregunté.

—Sí.

A continuación, el ángel quiso que yo descansara un poco. Estoy seguro de que él sabe el enorme esfuerzo que un cerebro primitivo tiene que realizar para funcionar de esta forma.

Pero antes de terminar la conversación y marcharse zumbando a su nido, me dijo algo que me pareció oír con tal claridad que no había error posible. Fue lo siguiente:

—Mi padre dice que hace sólo cincuenta millones de años aquello era una jungla, lo mismo que la Tierra lo es ahora.

8 de junio

Cuatro días después, al despertar, me encontré con que el ángel estaba tomando su desayuno y también con que la pequeña Camilla había muerto. El ángel me observó al frotarme los ojos y también observó cómo descubría yo el cadáver de Camilla. Entonces voló hacia mí, y yo recibí esta pregunta:

—¿Te hace esto desgraciado?

—No lo sé exactamente —contesté.

Uno puede querer a una gallina, sobre todo cuando se trata de una vieja gallina quisquillosa y casera cuya personalidad tiene mucho en común con la de uno mismo.

—Era vieja. Deseaba tener un montón de pollitos, y yo no podía quedarme con ella. Así que... —Siguió algo oscuro; probablemente, mi mente tenía que realizar un gran esfuerzo para entenderlo—... así que le salvé la vida.

No pude sacar nada más en claro. Había dicho: «salvé la vida».

La muerte de Camilla parecía haber sido natural, excepto que no habían habido contracciones, pues la paja no estaba desordenada. Quizás el ángel había arreglado luego, por decoro, el cadáver, aunque ignoro de dónde podía sacar tanta fuerza muscular para hacerlo. Camilla pesaba por lo menos siete libras.

Mientras me hallaba enterrando el animal en un extremo del jardín al tiempo que el ángel volaba por encima de mi cabeza, recordé algo que, cuando sucedió, yo rechacé de mi memoria cual si se tratara de un sueño. Se trataba simplemente de una imagen iluminada por la luz de la Luna, en la que se veía el ángel situado en la caja-nido con las manos sobre la cabeza de Camilla y, presionando con su boca gentilmente sobre la garganta de la gallina poco antes de que la cabeza de la misma quedara fuera de mi línea de visión. Probablemente me desperté entonces y vi lo que había sucedido. El caso es que no estoy disgustado... y cuanto más pienso en ello más complacido me siento.

Después del entierro, las manos del ángel dijeron:

—Siéntate sobre la hierba y charlaremos... Hazme preguntas. Te responderé a lo que pueda responderte. Mi padre te pide que todo lo escribas luego.

Así que escribir es lo que he estado haciendo durante los pasados cuatro días. He estado lo que se dice yendo a la escuela, siendo un alumno más bien torpe, pero

rebosante de buena voluntad. En lugar de escribir nada en este diario —por las noches me sentía exhausto— iba tomando rápidas notas lo mejor que podía. El ángel se ha ido ahora a visitar a su padre y no volverá hasta por la mañana y yo voy a intentar transformar mis notas en una versión comprensible.

Como el ángel me había invitado a hacer preguntas, yo empecé con una que, como naturalista, tenía lo que se dice en la punta de la lengua. ¿Cómo unos seres del tamaño de los adultos que yo vi en aquel valle podían poner huevos del tamaño de los de Camilla? Y otra cosa. Tampoco podía yo comprender cómo, si surgían del empollamiento casi en condición de adultos y capaces de comer alimentos variados, tenía mi ángel aquellos ridículos, encantadores y al parecer funcionales senos.

Cuando el ángel entendió las preguntas se echó a reír... una risa a su manera, dando un paseo por todo el jardín, despeinándome luego con una de sus alas al pasar y pinchándome al mismo tiempo en el lóbulo de la oreja. Luego se agachó sobre una hoja de ruibarbo e hizo en mi honor una graciosa representación en la que simulaba ser una gallina poniendo un huevo, con cacareo y todo. Yo me tambaleaba de risa, una risa a mi manera, y ambos tardamos algún tiempo en quedar tranquilos de nuevo. Entonces el ángel hizo todo lo posible por explicarse.

Ellos eran verdaderos mamíferos, y los hijos —no más que dos o tres en toda una vida, cuya duración media era de unos doscientos cincuenta años— eran puestos en el mundo de la misma manera que lo hacían los humanos. El niño es alimentado a la manera humana hasta que su cerebro empieza a responder un poco a su lenguaje sin palabras; esto lleva de tres a cuatro semanas. Entonces es colocado en un medio totalmente diferente. El ángel no pudo describirme esto con claridad, pues en mi almacén de conocimientos no había el suficiente material para ayudarme a comprenderlo. Parece que se trata de un medio gaseoso que impide que el cuerpo crezca durante un período casi indefinido, mientras el crecimiento de la mente continúa. El ángel añadió que habían tardado unos siete mil años en perfeccionar esta técnica: al parecer, no tienen ninguna prisa. El niño permanece bajo este delicado y cuidadoso control durante un período que va de quince a treinta años. La duración depende no sólo de su vigor mental, sino también del tipo de vida que elige en cuanto su cerebro adquiere la suficiente potencia para poder elegir. Y durante este período, su mente es guiada con infinita paciencia por maestros que...

Al parecer, esos maestros conocen muy bien lo que llevan entre manos. Me costó asimilar esto, aunque el hecho quedó demostrado con la suficiente claridad. En su mundo, la profesión de maestro es considerada la más alta y noble de todas —¿puede ser esto posible?— y tan difícil es ejercerla que sólo las mentes más poderosas pueden intentarlo (yo tuve que descansar un poco después de asimilar esto). Un aspirante a maestro debe pasarse quince años, sin incluir el período de la educación infantil, sólo en la preparación, mientras que la adquisición de conocimientos en sí, sin la idea de transmitirlos, lleva tan sólo una pequeña parte de esos quince años. Entonces... si ha podido aprobar, desempeña un pequeño papel en la instrucción

elemental de algunos niños, y si esto lo hace bien durante otros treinta o cuarenta años, puede ser considerado como un estudiante prometedor... ¡Y pensar en que hubo un tiempo en que yo luché en clases atestadas intentando meter algunos hechos predigeridos (me pregunto ahora cuántos de ellos eran verdaderos hechos) en las mentes de unos adolescentes aburridos y preocupados, algunos de los cuales incluso me querían un poco! Yo estaba entonces dispuesto siempre incluso a cambiar apretones de manos y ser amable con sus padres, los cuales, llenos de terribles buenas intenciones, me explicaban cómo debían ser educados sus hijos. La mayoría de nuestros esfuerzos humanos se desperdician en futilidades. A veces me pregunto cómo hemos logrado pasar de la Edad de Bronce. El caso es que lo hicimos, de una manera u otra, e incluso avanzamos bastante.

Cuando termina el primer estadio de la educación de un ángel, el niño es transportado a un ambiente más corriente, y su cuerpo crece normalmente en poco tiempo. Las alas salen de pronto, tal como yo había podido comprobar, y el niño alcanza la altura máxima de seis pulgadas, que es la altura de mi ángel. Sólo entonces ingresa en esa vida que dura doscientos cincuenta años, y es entonces cuándo su cuerpo empieza a envejecer. Mi ángel ha sido una personalidad viviente durante muchos años, pero no celebrará su primer cumpleaños hasta que no transcurra casi un año. Me gusta pensar en esto.

Aproximadamente en la misma época en que descubrieron los principios de los viajes planetarios (aproximadamente hace doce millones de años) esos seres aprendieron también que, mediante el uso de un sistema ligeramente diferente, el crecimiento puede ser detenido en cualquier punto mientras no se haya alcanzado la plena madurez. Al principio se usaba esto sólo para controlar las pocas enfermedades que aún les aquejaban de cuando en cuando por aquel tiempo. Pero cuando tomaron en consideración los largos periodos de tiempo que se requerían para los viajes por el espacio, las ventajas de detener el crecimiento fueron obvias.

Así que, al parecer, mi ángel ha nacido hace diez años luz. Recibió lecciones de su padre y de muchos otros que le instruyeron en la sabiduría acumulada durante setenta millones de años (ésta es la duración aproximada de su historia *archivada*) y luego, el ángel fue convenientemente abrigado y colocado en lo que mi cerebro superaméxico tomó por un huevo azul. Su educación no avanzó durante esta época. Su mente tenía que dormir, lo mismo que el cuerpo. Cuando el calor de Camilla hizo que despertara y siguiera creciendo, el ángel recordó lo que tenía que hacer con aquellos bultos duros que tenía en los codos y salió a la luz... en este planeta. Dios le bendiga.

Yo me pregunté por qué su padre había elegido una combinación tan inverosímil como una gallina y un ser humano. Sin duda podía haber dispuesto de excelentes medios para mantener el huevo a la temperatura requerida. Su elección me debía halagar inmensamente, pero no por eso dejaba de asombrarme.

—Camilla era una gallina simpática, y mi padre estudió tu espíritu mientras

dormías. Fue un aterrizaje malo, y muchas cosas se rompieron. No se había hecho nunca antes un aterrizaje después de un viaje tan largo: cuarenta años. Sólo cuatro adultos pudieron venir con mi padre. Tres de ellos murieron en ruta, y mi padre está muy enfermo y hay otros nueve niños que cuidar, según me explicó el ángel.

Sí, yo sabía que el ángel había dicho con el pensamiento que tenía confianza en mí. Si me sorprende, todo lo que tengo que hacer es mirarle y luego mirarme al espejo. En cuanto a la explicación, sólo puedo llegar a la conclusión de que había algo más que yo no acababa de comprender. Me preocupaban aquellos otros nueve niños, pero el ángel me aseguró que todos estaban bien, y yo sentí que no debía preguntar ahora nada más sobre ellos...

El ángel me explicó que su planeta era muy parecido al nuestro. Un poco más grande. Describía otra órbita un poquito mayor alrededor de un sol parecido al nuestro. Tiene dos brillantes lunas, más pequeñas que la nuestra. Sus órbitas están combinadas de tal forma que raramente se ven noches de dos lunas. Esas noches de dos lunas son mágicas, y el ángel tiene intención de pedir a su padre que me muestre una si puede. Su año tiene treinta y dos días más que el nuestro; a causa de su más lenta rotación, sus días tienen veintiséis de nuestras horas. Su atmósfera está formada en su mayor parte por nitrógeno y oxígeno en las proporciones familiares para nosotros, pero es ligeramente más rica en alguno de los gases raros. El clima es lo que aquí llamaríamos tropical y subtropical, pero han conocido los rigores de la época glacial lo mismo que nosotros en tiempos pasados. Hay solamente dos grandes masas de tierra continental y varios millares de islas grandes.

Su población total asciende solamente a cinco mil millones de habitantes...

Muchas de las formas de vida que aquí conocemos tienen allí paralelo... algunos incluso son exactas réplicas: conejos, ciervos, ratones, gatos. Los gatos han llegado a tener una inteligencia muy superior a la que poseen en nuestra Tierra. Parece que es posible, según dice el ángel, mantener una conversación intelectual con sus gatos, que aprendieron hace muchos millones de años que si matan, deben hacerlo con gran precisión y sin torturar. Los gatos tienen bastante dificultad para comprender el dolor en otros organismos, pero una vez llegaron a comprenderlo, fue fácil su desarrollo. En la actualidad, los gatos son populares contadores de chismes; hace unos cuarenta millones de años servían ya ocasionalmente como fuerza especial de la policía ayudando a los ángeles con verdadero heroísmo.

Parece que mi ángel desea estudiar la vida animal de la Tierra. ¡Y yo seré su maestro! De todas formas, le doy las gracias de todo corazón por haberme elegido como maestro. Cada noche hablamos de animales durante un par de horas. Esto es un descanso para mí después del esfuerzo mental que significa comprender otras materias más difíciles. Judy ha representado una cosa nueva para el ángel. Ellos, en su planeta, tienen varios deliciosos monstruos, pero desde el punto de vista del ángel, también los tenemos aquí. El ángel me ha hablado de una serpiente de mar azul de cincuenta pies de larga y relativamente inofensiva, que muge como una vaca y que

empujada por la marea llega hasta los pantanos para poner allí huevos negros. Yo entonces le hablé de la ballena. El ángel me habló a su vez de un animal diurno con alas de murciélago, mamífero, con cuerpo en forma de pelota, esponjoso grande como mi cabeza y que pesa menos de una onza. Yo le hice la réplica con el tití. El ángel intentó apabullarme con un brontosaurio de muy pequeño tamaño y de color rosa, pero extremadamente raro. Pero yo no me achiqué y le hablé del *platypus* con pico de gato... y esto hizo que cambiáramos varias bromas a propósito de los huevos de los mamíferos; y el ángel se dio por vencido. Todo trivial si queréis. Pero también la más feliz velada de mis cincuenta y tres confusos años de vida.

El ángel se mostró un poco reservado en relación con la especie de canguro que yo vi, pero me habló de él al estar seguro de que yo deseaba que me hablara de él. Parece ser que esos animales son lo más parecido a la vida humana que existe en aquel planeta. De carácter agradable y siempre amistoso —aunque yo estoy seguro de que a veces no es así—, y en algún sentido con inteligencia más despierta que la que nosotros poseemos, son en su mayor parte trabajadores manuales, pues lo prefieren hoy en día, pero a despecho de esto, algunos de ellos son excelentes matemáticos. La primera nave espacial que dio resultado fue inventada por un grupo de ellos, con alguna ayuda, naturalmente...

Los nombres ofrecen dificultades. A causa de la naturaleza del lenguaje angélico, hacen escaso uso de los nombres, excepto en el archivo descripto, y escribir, naturalmente, tiene muy poco papel en su vivir diario. No hay necesidad de escribir una carta cuando un millar de millas no es obstáculo para una conversación mental. El nombre de etiqueta de un ángel es tan importante para él como, por ejemplo, es para mí el número de mi Seguro Social. El ángel no me ha dicho el suyo porque la fonética de su lenguaje escrito no tiene paralelo en mi mente. Es como si pronunciásemos el nombre de un amigo y un ángel proyectara inmediatamente en la mente receptora del amigo nuestra imagen. Eso es más agradable y más íntimo según creo... aunque para mí fue una desagradable sorpresa al principio contemplar mi propia y fea cara con el ojo de mi mente. Se escriben ocasionalmente cuentos, sobre todo si hay en ellos algo digno de ser conservado y sigue estando tal como se contó al principio; pero, en su mundo, el contador de cuentos que lo hace personalmente tiene más importancia que lo que se imprime... El contador de cuentos les ofrece uno de sus más tranquilos y mejores placeres: un buen contador de cuentos mantiene quieto a su auditorio durante una semana sin cansarle.

—¿Qué es ese ángel que hay en tu mente cuando piensas en mí? —me preguntó el ángel.

—Un ser que los hombres han imaginado durante siglos cuando pensaban cómo les gustaría haber sido y no como eran.

No hice demasiada fuerza para aprender mucho sobre los principios de los viajes espaciales. Lo más que mi cerebro sacó de su explicación fue algo como sigue: «Cohete... Luego, fototropismo». Y eso tiene para mí poco sentido. Según mis

conocimientos, fototropismo es un movimiento hacia la luz, un fenómeno orgánico. Uno piensa en ello como una respuesta del protoplasma en algunas plantas y en organismos animales, la mayoría de ellos simples, a los estímulos de la luz; y, ciertamente, no como una fuerza capaz de mover la materia inorgánica. Creo que sea cual sea el principio que el ángel describía, la palabra «fototropismo» era simplemente la cosa más próxima a mi archivo lingüístico. Ni siquiera los ángeles pueden crear comprensión en la vacía ignorancia. Por lo menos, yo he aprendido a no intentar pasar de los límites de lo posible.

(Pero hubo un tiempo en que lo hice, sin embargo. Todavía me veo, no muchos años atrás, pequeño como un *homunculus*, agachado a los pies de Mr. McKinley y mostrándole dos puñados de barro unidos por mí y gritando: «¡Mire la gran montaña que yo he hecho!»).

Pero aunque yo conociera los principios físicos que trajeron aquí a los ángeles y pudiera escribir sobre ellos en términos accesibles para técnicos parecidos a mí, no lo haría.

Hay algo que temo que no será creído por ningún lector de este diario: esa gente, como ya he dicho, aprendieron sus métodos para viajar por el espacio hace unos doce millones de años. Pero ésta es la primera vez que han utilizado ese sistema para trasladarse a otro planeta. Los cielos se hallan llenos de mundos, según me ha dicho el ángel; en muchos de ellos hay vida, aunque a menudo en niveles muy primitivos. No existe ninguna fuerza externa que prohíba a los ángeles ir a esos mundos, colonizarlos, conquistarlos, hacer de ellos lo que quisieran. Habrían podido poblar una Galaxia. Pero no lo hicieron, y por la siguiente razón: creyeron que aún no estaban a punto. Con más precisión: *que no eran lo bastante buenos*.

Sólo hace cincuenta millones de años, según el ángel, aprendieron, como nosotros podemos aprender cualquier día, que la inteligencia sin la bondad es como un potente explosivo en las manos de un niño. Para seres apenas por encima del nivel del Pitecántropo, la inteligencia es una ventaja barata... No es difícil desarrollarla y resulta terriblemente fácil de usar para fines desconsiderados. Pero la bondad no puede ser alcanzada sin un interminable esfuerzo de los más duros, llevado a cabo dentro de uno mismo, y el mayor o menor éxito de ese esfuerzo determina si el ser será hombre o ángel.

Está claro, incluso para mi, que dominar el mal es sólo un paso, pero no el más importante. Porque la bondad, así intentó explicármelo el ángel, es una cualidad positiva muy diferente. La naturaleza viviente que se goza con monstruosidades tales como la crueldad, la ruindad, la envidia, el egoísmo, no quedará inmunizada como con una vacuna cuando tales horrores desaparezcan. Cuando se expulsa de una habitación un gas ponzoñoso, se intenta inmediatamente llenar el cuarto de aire limpio. La bondad... El que defina a la bondad sólo como una ausencia de crueldad, no ha empezado aún a comprender la naturaleza de ambas cosas.

Pero esos ángeles no aspiran a la perfección: sólo a lo asequible... La época

vivida hace cincuenta millones de años fue evidentemente un tiempo de gran sufrimiento y confusión. Guerras y todas las plagas subsiguientes. Se sucedieron varios siglos en los que los adelantos técnicos empeoraban las cosas y aumentaban el peligro de autodestrucción. Pero salieron a tiempo de esto. La guerra fue descartada, de modo que era imposible recurrir a ella, y entonces podía darse comienzo a la idea de desarrollar plenamente los seres racionales. Entonces estaban ya a punto para empezar su verdadero desarrollo a través de milenios de autoinvestigación, autodisciplina, intentando separar lo simple de lo complejo, aprendiendo a utilizar el conocimiento y no ser utilizados por él. Pero aún entonces, naturalmente, retrocedían bastante a menudo. Se producían lo que el ángel llama «eras de fatiga». Durante su lejano pasado, tuvieron muchas edades negras, civilizaciones perdidas, principios esperanzadores que al final se convirtieron en polvo. Anteriormente habían salido de la ciénaga, lo mismo que nosotros.

Pero su período de mayor incertidumbre, de mayor necesidad de firmeza para juzgarse a sí mismos no se presentó hasta hace doce millones de años, cuando supieron que el Universo podía ser suyo con sólo el trabajo de tomarlo. Y decretaron que aún no eran lo bastante buenos.

Los ángeles no tenían más prisa que las estrellas. Al llegar a este punto, mi ángel intentó hacerme comprender algo, cosa que estaba más allá de sus posibilidades, y con mucho más motivo de las mías para comprenderlo. Tenía algo que ver con la idea de que el tiempo (no lo que yo entiendo por tiempo) es quizás el atributo esencial de Dios (tampoco esta última palabra era yo capaz de comprenderla del todo). Al ver que mi mente estaba exhausta, el ángel dejó de esforzarse, y más tarde me explicó que el concepto había resultado extraordinariamente difícil para él... no sólo, según comprendí, a causa de su juventud y su relativa ignorancia. En suma, hizo una pequeña alusión a que su padre podría no querer que él me hablara de cosas como aquella...

Naturalmente, habían explorado el espacio. Sus pequeñas naves espaciales escudriñaron los misterios del éter mucho antes de que nada parecido al hombre viviera en la Tierra...

Escudriñaron y escucharon, observaron, archivaron datos. Pero sin tomar parte nunca en la vida de ningún planeta, fuera del suyo. Durante cinco millones de años se prohibieron a sí mismos salir de su propio sistema solar, aunque les habría sido fácil hacerlo. Y durante los siguientes siete millones de años mostraron la misma severa reserva, aunque llegaron ya a viajar hasta enormes e increíbles distancias. Pero esta reserva no se parecía en nada a lo que nosotros llamaríamos miedo... Creo que entre ellos el miedo es algo tan extinto como el odio. ¡Tenían tanto que hacer en su planeta! Me gustaría poderme imaginar el cuadro. Dibujaban mapas de todo el cielo, pero jugaban a la luz de su sol.

Naturalmente, yo no puedo explicar lo que es la bondad. Sólo sé, relativamente, lo que parece significar para nosotros los humanos. Creo que, tras enormes

dificultades, los mejores de entre nosotros pueden lograr una manera de vivir en que la bondad domine razonablemente, con un equilibrio no demasiado arriesgado, durante la mayor parte del tiempo. A menudo, hombres sabios al parecer han indicado que no hay esperanzas de nada mejor que nuestra condición presente. En otras palabras: sólo una parte del ser humano tiene vida. El resto se halla en la obscuridad. Dante era un amargo masoquista. Beethoven, un delirante y miserable *snob*. Shakespeare escribía engendros literarios hechos sin ton ni son. Y Cristo dijo: «Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz».

Pero esperemos a que transcurran cincuenta millones de años... No soy pesimista. Después de todo, he observado a organismos de una célula en la ciénaga y he escuchado la Cuarta de Brahms. Anteanoche le dije al ángel:

—A despecho de todo, tú y yo somos parientes.

El ángel estuvo de acuerdo conmigo.

9 de junio

El ángel se hallaba reclinado en mi almohada esta mañana, así que pude verlo cuando desperté.

Su padre había muerto, y el ángel se encontró a su lado cuando el hecho ocurrió. Experimenté de nuevo la impresión mental que podía traducirse a algo así como que su vida había ido «salvada». Yo me hallaba aún dominado por el sueño cuando mi mente preguntó:

—¿Y qué harás?

—Me quedaré contigo, si tú lo deseas, todo el resto de tu vida.

Esto dijo el ángel. Ahora bien, la última parte de su mensaje estaba algo confuso. Pero yo ya estoy familiarizado con ello... Parece significar que existe algún otro elemento que escapa a mi comprensión. Claro que no me podía equivocar sobre el papel que me correspondía. Y se me ocurrían raras especulaciones. Después de todo, tengo sólo cincuenta y tres años; aún puedo vivir otros treinta o cuarenta años...

El ángel estaba preocupado esta mañana, pero yo ignoraba si lo que sentía ante la muerte de su padre era algo parecido al dolor que experimentamos los seres humanos. Me dijo tan sólo que su padre sentía no haberme podido enseñar lo que era una noche de dos lunas.

En este mundo queda, pues, un adulto del mundo de los ángeles. Excepto que tiene doscientos años de edad y que ha soportado con éxito un largo viaje, el ángel no me ha contado nada acerca de él. Y también quedan aquí diez niños, incluyendo a mi ángel.

Algo brillaba en la garganta de mi ángel. Cuando él se dio cuenta de mi interés, se lo quitó, mientras yo iba a buscar una lupa. Se trataba de un collar; bajo la lupa, resultaba muy parecido al más fino trabajo humano de artesanía, contando con que vuestra imaginación pueda reducirlo a la escala necesaria. Las piedras eran parecidas

a las piedras preciosas que conocemos: brillantes, zafiros, rubíes, esmeraldas... Los brillantes reflejaban todos los colores imaginables; pero había también dos o tres piedras color púrpura oscuro que no se parecían a nada de lo visto por mí hasta ahora... No eran amatistas, estoy seguro de ello. El collar está montado en algo más fino que una tela de araña, y el dibujo de la cadena es tan delicado que ni con la ayuda de la lente de aumento pude verlo. El collar había sido de su madre, según me dijo el ángel. Cuando de nuevo se lo colocó en la garganta, vi en el ángel el mismo tímido orgullo que siente cualquier muchacha cuando se adorna con algo bonito.

El ángel quiso mostrarme otras cosas que había traído y voló hacia la mesa, en donde había dejado una especie de saquito de una pulgada y media de largo... Aquello representaba para el ángel un gran peso, sobre todo para llevarlo mientras volaba. Pero su traslúcido material resultaba tan ligero que cuando el ángel colocó el saco sobre mi dedo, yo apenas la sentí. El ángel extrajo de él alegremente varios artículos para enseñármelos, y yo cogí la lupa para examinarlos. Uno de ellos era un peine adornado con piedras; el ángel lo pasó por el plumón de su pecho y de sus piernas para mostrarme su utilidad. Luego había una serie de utensilios demasiado pequeños para ser reconocidos; más tarde supe que se trataba de los utensilios de un costurero. Después un libro y un instrumento para escribir que se parecía mucho a un lápiz de metal. Imaginad un libro y un lápiz que podían ser usados cómodamente por manos no más grandes que las patas de una mosca... No puedo decir otra cosa para describirlos. El libro, según tengo entendido, es un archivo en blanco para que el ángel lo use en caso de necesidad.

Finalmente, cuando ya estuve despierto del todo, vestido, y hube tomado mi desayuno, el ángel buscó en el fondo del saquito, sacó un paquete muy pesado para él y me dio a entender que se trataba de un regalo.

—Mi padre lo hizo para ti —dijo—, y anoche mismo lo puse yo en el saco.

Desenvolvió el paquete. Se trataba de un anillo, y precisamente del tamaño de mi dedo meñique.

Quedé desconcertado. El ángel lo comprendió y se colocó en mi hombro, acariciando el lóbulo de mi oreja hasta que de nuevo fui dueño de mí.

Aquella piedra preciosa... No tenía idea de lo que era. Brilló a la luz pasando del tono púrpura al verde jade, y del verde jade al ámbar. El metal en que está montada se parece un poco al platino, pero muestra un tono rosado a ciertos ángulos de luz... y cuando miro la piedra me parece ver... Pero no me hagáis caso. No me hallo en situación de escribir lo que pienso, y quizás nunca lo esté. De todos modos, he de asegurarme.

Nuestra vida en común empezó más entrada la mañana. Yo enseñé la casa al ángel. No es el Cabo Codder, ni mucho menos: dos habitaciones arriba y dos abajo. Todos los rincones le interesaron, y cuando el ángel encontró una caja de zapatos dentro del armario del dormitorio, me la pidió. Siguiendo sus instrucciones, he colocado la caja en una cómoda cercana a mi cama y próxima a la ventana, que ha de

estar perennemente abierta. El ángel dice que los mosquitos no me molestarán, y yo no tengo la menor duda de que así será.

Busqué una bufanda de seda blanca para ponerla en el fondo de la caja. Después de pedirme permiso —¡como si yo pudiera negarle nada!—, el ángel cogió su costurero y después de cortar de la bufanda un cuadrado de varias pulgadas, lo dobló sobre sí mismo unas cuantas veces y luego lo cosió, formando una especie de estrecha almohada de una pulgada de longitud. Así que ahora el ángel tiene una cama apropiada y una habitación para él solo. Yo habría deseado disponer de algo menos tosco que la seda, pero el ángel insiste en que la encuentra agradable.

Hoy no hemos hablado mucho. Por la tarde, el ángel se marchó volando para pasar una hora de juego en el campo; cuando regresó me hizo saber que necesitaba una larga sesión de sueño. Ahora está aún durmiendo, según creo. Yo escribo esto en la planta baja, temiendo que la luz artificial pueda molestarle.

¿Será posible que yo pueda vivir treinta o cuarenta años en su compañía? Me pregunto cuánto podrá aprender todavía mi mente. Durante todo el tiempo que pueda hacerlo tendré que asimilar hechos nuevos. Con prudentes cuidados, este desengañado esqueleto puede durar aún. Naturalmente, los hechos, no poseyendo una imaginación sintética, no son más que ladrillos desparramados. Pero quizás mi imaginación...

Lo ignoro.

Judy quiere salir. Le abro la puerta y torno a abrirla cuando quiere entrar. Me pregunto si la vida de la pobre Judy podría ser... la palabra que busco es «salvada». Tengo que enterarme.

10 de junio

Anoche, cuando terminé de escribir, me fui a la cama, pero me sentía intranquilo, sin deseos de dormir. A primeras horas de la noche —yo tenía la luz encendida— el ángel voló por encima de mí. La tensión nerviosa me desapareció como desaparece una enfermedad y me sentí con la mente capaz de funcionar con cierta calma.

En primer lugar, hice constar (creo que el ángel lo sabía ya) que yo no sería nunca un interlocutor fácil y espontáneo para él. El ángel me dio a entender entonces que tenía dos alternativas para el resto de mi vida. La elección, según dijo el ángel, tenía que ser hecha por mí, y yo debía tomarme el tiempo necesario para estar seguro de mi decisión.

Yo puedo seguir viviendo según tengo por costumbre, continuando en todo mi manera de hacer y pensar, y el ángel no me dejará solo nunca por mucho tiempo. Vendrá a aconsejarme, a enseñarme, a ayudarme en todo lo que emprenda. El asegura que se divertirá con esto. Por alguna razón, y como diríamos en nuestro lenguaje, me quiere. Ambos nos divertiremos.

¡Dios mío, los libros que yo podría escribir! Ahora lucho por encontrar las

palabras adecuadas, según la costumbre humana. Pero lo que pongo en el papel es una miserable fracción de lo que pienso; las palabras son muy rara vez las adecuadas. Pero bajo la guía del ángel...

Podía representar un papel importante en la tarea de sacudir al mundo. Sólo con palabras. Podría predicar a la gente de mi país. Al poco tiempo de hacerlo me escucharían.

Yo podría estudiar e investigar. ¡Qué pequeños mordiscos hemos dado al montón de conocimientos aprovechables! Supongamos que yo encuentro una hoja del jardín, o bien un vulgar gusanito... A las pocas horas de estudiar ambas cosas yo he aprendido más sobre mi propia especialidad que con una gran cantidad de los mejores libros de texto.

El ángel me ha hecho saber que cuando él y los que vinieron con él aprendan un poco más sobre la naturaleza humana, les será posible mejorar considerablemente mi salud, y, probablemente, alargarán mi vida. No es que yo crea que mi espalda pueda ser enderezada, pero el ángel piensa que harán desaparecer mis dolores, posiblemente sin tener que emplear drogas. Yo podría tener una mente más clara en un cuerpo que no sentiría la fatiga ni me atormentaría.

Pero ahora viene la otra alternativa.

Al parecer, los ángeles han desarrollado una técnica por medio de la cual cualquier sujeto viviente que no se resista y cuyo cerebro sea capaz de memoria, puede experimentar una total revocación. Se trata de un producto secundario, según deduzco de su manera de hablar sin palabras, siendo reciente su puesta en práctica. Parece que lo han practicado solamente unos miles de años, y como ni ellos entienden el fenómeno por completo, lo han clasificado entre sus técnicas experimentales. En sentido general se puede comparar, en cierto modo, a eso de revivir el pasado que los psicoanalistas llevan a cabo de manera limitada con fines terapéuticos. Pero uno se puede imaginar lo que debe de ser cuando se utiliza de una manera tremendamente clarificada y magnífica, capaz de incluir todos los detalles registrados en el cerebro del sujeto. En cuanto al resultado, es muy distinto. El propósito no es terapéutico, tal como nosotros entendemos el vocablo, sino tal vez lo contrario. El resultado final es la muerte. Todo lo que el sujeto recuerda por este proceso se transmite a la mente receptora, que archiva parte o el total de lo que recibe, según se desea, pero en el sujeto que va recordando se inicia una marcha sin retorno. Esto no es un verdadero «recordar», sino un darse. La mente queda limpia, desnuda de todo su pasado, y al mismo tiempo que la memoria, huye de ella la vida. Con mucha suavidad. Al final, supongo que debe de suceder algo así como permanecer sin hacer resistencia ante las olas del tiempo, hasta que finalmente las aguas le cubren a uno.

Así, según parece, fue «salvada» la vida de Camilla. Cuando finalmente comprendí esto, no pude por menos de echarme a reír y el ángel, naturalmente, adivinó lo que me hacía reír. Yo había pensado en mi vecino Steele, que albergó a la vieja dama en su gallinero durante dos inviernos. Guardando en algún lugar de los

archivos angélicos, debe de encontrarse la imagen reflejada en un ojo de gallina del remiendo de la parte trasera de los pantalones de Steele. Bien... ¡Qué gracia! Y, por supuesto, la visión que Camilla recordara de mí. Espero que no estaría falta de amabilidad... El animalito no podía remediar la expresión de su rígida carita, y yo no creo que eso significara nada.

Por otra parte, tenemos la vida «salvada» del padre de mi ángel. La tarea de recordar puede ser un largo proceso, según dice él, que depende, en cuanto a su duración, de lo intrincado de la mente recordadora, así como de su riqueza. También dice que en los últimos estadios, el proceso puede ser detenido a voluntad. La revocación llevada a cabo por su padre empezó cuando se encontraban aún en un lugar muy lejano del espacio, dándose cuenta entonces de que no sobreviviría mucho al término de su viaje. Cuando el viaje concluyó, la revocación había avanzado tanto que en su memoria actual poco le quedaba de sus recuerdos del otro planeta. Le quedaba lo que podríamos llamar una «memoria deductiva». Basándose en el material acumulado durante los años que aún no habían desaparecido de sus recuerdos, él podía reconstruir los otros. Y yo supongo que los otros adultos que aún sobrevivían podrían apartarle de los errores que la falta de memoria podía traer consigo. Esto, según infiero, es la razón de porqué no podía mostrarme una noche de dos lunas. Se me olvidó preguntar al ángel si las imágenes que me envió respondían a la memoria de entonces o a la deductiva. Supongo que a la deductiva, pues había en ellos cierta sensación de lejanía que no existe cuando mi ángel me envía una imagen de algo visto por sus propios ojos.

Por cierto que los tales ojos del ángel son verde jade. ¿No estabais preguntándoos cuál sería su color?

Siguiendo ese mismo sistema, mi propia vida puede ser salvada. Cada aspecto de la existencia que yo he tocado o que me ha tocado a mí puede ser transmitido a un perfecto archivo. La naturaleza del archivo escrito se halla más allá de mis posibilidades de comprensión, pero no dudo de su relativa perfección. Nada importante, bueno o malo, se pierde. Y los ángeles necesitan conocer a la humanidad, si han de verificar a fondo lo que tienen en la mente.

La cosa será difícil, según me dice el ángel, y a veces penosa. La mayor parte del esfuerzo tendría que hacerlo él, pero yo también tendría que esforzarme. En su período de educación infantil, él eligió como trabajo lo que nosotros llamaríamos zoología; por esta razón, se le suministró un intensivo entrenamiento teórico sobre esta técnica. Y yo sospecho que ahora sabe con más exactitud que nadie en este planeta no sólo por qué cacarea una gallina, sino lo que se siente cuando se es gallina. Aunque principiante, el ángel es ya un experto en todo lo esencial. El ángel cree que si yo elijo esta alternativa, él podrá ayudarme... Por lo menos facilitarme las cosas cuando éstas se presenten difíciles, suavizar mi resistencia, sostener mi valor cuando éste decaiga...

Porque parece que esto de la revocación resulta penoso para un intelecto

avanzado (el ángel, sin sombra de condescendencia, asegura que estamos avanzados), pues como toda pretensión y todo autoengaño han desaparecido, queda tan sólo la conciencia, que funciona aún de acuerdo con los patrones sobre lo bueno y lo malo que el individuo ha seguido durante toda su vida. ¡Lo que conocemos actualmente sobre nuestros auténticos motivos es un principio tan patéticamente pequeño! Se trata de un principio apenas más fuerte que el primer esfuerzo que hace un recién nacido para mirar con sus ojos. Me figuro que si elijo este camino, una gran cantidad de mi vida me parecerá horrorosa. Ciertamente, la mayor parte de las «buenas acciones» que aún recuerdo, como todos los que, de niños, fueron bien educados, se transformarán en cosas hechas bajo el estímulo del egoísmo, de la vanidad o de cosas peores.

No es que yo sea un mal hombre en el razonable sentido de la palabra. Nada de eso. Me he respetado a mí mismo. No he envilecido ni rebajado mi corazón. No me avergüenzo si me comparo con cualquier representante justo de la especie. Pero ya veis: *soy humano*. Y mirado desde el punto de vista de la eternidad, sobre todo después de la sesión de esta noche, eso me parece una cosa seria.

Sin saberlo a ciencia cierta, creo que esto del recuerdo total es algo así como atravesar un corredor con miríadas de imágenes, ahora oscuras, ahora brillantes, ahora agradables, ahora horribles... sin que le guíe a uno ninguna certidumbre, excepto la seguridad de que hay una puerta oscura abierta al final del corredor. Podrá haber sus momentos agradables y sus consuelos. Pero esto no tiene punto de comparación con el placer y la satisfacción de vivir unos pocos años más en este mundo con un ángel que se me posa en el hombro para hablarme siempre que lo desea.

Tengo que preguntarle al ángel de qué les serviría a ellos archivar toda mi vida. Pero ahora caigo que podría serles de gran utilidad. Es obvio... que los ángeles no nos pueden servir de nada hasta que nos comprendan del todo, y entonces vendrán aquí a ayudarnos, lo mismo que se ayudan ellos mismos. Y comprendernos, para ellos, significa entender todo nuestro interior de una manera más completa de lo que puedan imaginarse nuestros más esforzados intelectuales. Recuerdo esos doce millones de años: ellos no nos tocarán hasta que no estén seguros de que ningún daño podrá derivarse de ello. Para nuestro torturado planeta, sin embargo, existe el factor tiempo. Ellos saben esto muy bien, por supuesto... La revocación no puede empezar a menos que el sujeto esté deseoso de ello o, por lo menos, no haga resistencia. Para los ángeles, el no resistirse significa querer, pues aquí no existe ningún ser con la suficiente inteligencia para elegir con conocimiento de causa. Me pregunto cuántos individuos estarían de veras deseosos de emprender ese incómodo viaje hacia la muerte sin ningún premio final, excepto la seguridad de que estaban sirviendo a su propia especie y a los ángeles.

Y a mayor abundamiento, me pregunto también a mí mismo: ¿seré yo capaz, aun contando con la ayuda del ángel, de sentir ese deseo?

Cuando el ángel me hubo explicado todo esto, me encareció de nuevo la necesidad de no tomar decisiones precipitadas. Y a continuación, el ángel apuntó lo que en mis pensamientos estaba ya empezando a delinearse: ¿por qué no ambas alternativas... dejando entre ellas, naturalmente, un razonable margen de tiempo? ¿Por qué no podría yo vivir diez o quince años más en su compañía, y luego iniciar la tarea de la total revocación... aguardando, para empezar esa tarea, a que mis fuerzas físicas empezasen a bajar la cuesta de la senilidad? Yo reflexioné profundamente.

Esta mañana tenía ya casi decidido elegir esta solución acertada y consoladora. El cartero no tardó en traerme mi periódico. No es que yo necesitara tal recordatorio.

Por la tarde pregunté al ángel si sabía que fuera posible, en el presente estado de la tecnología humana, que el mundo fuese destruido por nuestra propia locura. El ángel no lo sabía de cierto. Tres de los otros niños se habían dirigido a diferentes partes del mundo para enterarse de lo que pudieran acerca de esto. Pero yo quería que el ángel me dijera si tal cosa había sucedido ya en algún lugar de los cielos. No tenía en modo alguno la intención de escribir una carta a los periódicos adelantando una explicación de la ocasional aparición de una nova entre las estrellas. A otros ya se les había ocurrido la misma hipótesis sin la ayuda de los ángeles.

Y esto no era todo lo que yo debía considerar. Yo podía morir por accidente o por súbita enfermedad antes de haber empezado a dar mi vida.

Sólo que ahora, en aquel mismo último instante, mientras me frotaba la sudorosa frente y contemplaba las luces de aquel maravilloso anillo, me fue posible reunir algunos de los hechos obvios, formando la requerida síntesis.

Yo no sé, naturalmente, qué formas adoptarán las ayudas que ellos nos presten. Sospecho que los seres humanos tardarán un largo tiempo en ver y oír a los ángeles. De cuando en cuando, sus decisiones pueden ser alteradas y producirse desastres, y los que se creen más responsables no sabrán por qué sus mentes trabajan de aquella forma. Aquí y allá, algún espíritu fácil de influenciar se encontrará impulsado hacia un camino mejor. Algo así. Se producirán súbitos descubrimientos e inventos que tenderán a neutralizar la amenaza de nuestras peores plagas. Pero sea lo que sea lo que los ángeles decidan hacer, el archivo y el análisis de mi vida, una vida no demasiado atípica, será una ayuda. Puede ser incluso el pequeño peso que decide la balanza entre el triunfo y el fracaso. Este es el motivo primero.

Motivo segundo: Mi ángel, lo mismo que sus hermanos y hermanas, con todo su alto nivel de adelantos, están hechos de protoplasma mortal lo mismo que yo. Por lo tanto, si esta pelota de Tierra se transforma en una pelota de llamas, también ellos serán destruidos. Aunque ellos cuenten con medios para emplear de nuevo su nave espacial o para construir otra, puede ocurrir fácilmente que el peligro no les dé tiempo de escapar. Y por todo lo que yo sé, esto puede ocurrir esta misma noche. O mañana.

Por lo tanto, ya no puedo tener ninguna duda sobre mi elección, y así se lo diré cuando el ángel se despierte.

9 de julio

Esta noche no hay revocación... He de descansar un poco. Veo que ha transcurrido casi un mes desde la última vez que me dediqué a mi diario. Mi total revocación empezó hace tres semanas, y ya he logrado desterrar de mí los primeros veintiocho años de mi vida.

Como yo ya no tengo necesidad de un sueño normal, las sesiones diarias de revocación empiezan por la noche, cuando en el pueblo se apagan las luces de las casas y hay poco peligro de que me interrumpan. De día, hago mi vida normal. He vendido a Steele mis gallinas, y la vida de Judy fue salvada hace una semana; esto, prácticamente, liquida todos mis asuntos, excepto que pienso añadir un codicilo a mi testamento. Lo puedo hacer ahora; aquí mismo, en este diario, en lugar de molestar a mi notario. Creo que será legal.

Para quien le concierne:

Yo, el abajo firmante, dejo a mi amigo Lester Morse, doctor en medicina, natural de Augusta, Maine, el anillo que será encontrado a mi muerte en el quinto dedo de mi mano izquierda; y encargo al doctor Morse que conserve este anillo mientras viva y que cuide de que cuando llegue su muerte vaya a parar a una persona en cuyo carácter tenga la mayor confianza.

Firmado: David Bannerman

Esta noche el ángel ha salido un rato, y yo puedo descansar o hacer lo que quiera hasta que regrese. Pasaré el tiempo llenando algunas lagunas de este diario, pero temo que me salga un trabajo muy imperfecto, que no satisfará a los lectores deseosos del bendito y viejo deseo de que les presenten hechos. Y eso se deberá en su mayor parte a que hay mucho de mi vida que ya no me importa. Es molesto tener que decidir qué cosas serán consideradas importantes por los extraños que se interesen.

Excepto la ausencia de deseo de dormir, y una laxitud no del todo desagradable, no noto hasta ahora ningún efecto físico. No recuerdo absolutamente nada de mi vida antes de los veintiocho años. Pero mi memoria deductiva es bastante eficaz, y estoy seguro de que podría reconstruir la mayor parte de mi historia si me pareciera necesario: esta tarde he estado hojeando cartas de ese período, pero no eran nada interesantes. Mi conocimiento del inglés no se ve afectado de ningún modo; puedo aún leer alemán científico y algo de francés, ya que tuve ocasión de emplear bastante estas lenguas después de los veintiocho años. Pero las nociones de latín, que datan de mi bachillerato, han desaparecido de mi memoria. También el álgebra y todos los enunciados, menos los más sencillos, de la geometría del bachillerato: nunca necesité echar mano de ellos. Puedo recordar que pensé en mi madre después de los

veintiocho, pero no sé si la imagen que recuerdo se parece realmente a ella; mi padre murió cuando yo tenía treinta y un años, así que le recuerdo viejo y enfermo. Creo que tuve un hermano menor, pero debió morir de niño.

La muerte de Judy fue tranquila, muy agradable para ella, según creo. Nos costó mucha parte de un día. Fuimos a un campo abandonado que yo conozco y la perra se echó al sol con el ángel junto a ella, mientras yo cavaba una fosa: y luego arrojaba en ella algunas frambuesas silvestres. Hacia el anochecer el ángel se me acercó y me dijo que todo había acabado. Y añadió que de manera muy interesante. No me explicó cómo puede haber algo desagradable en la muerte de Judy. Después de todo, lo que más nos duele en realidad es que nos quiten los pequeños sufrimientos de cada día.

Como me ha explicado el ángel, los ángeles, sus gatos, sus animales parecidos a canguros, el hombre y posiblemente los gatos de nuestro planeta —el ángel no ha visto ninguno aún— son los únicos seres de entre los que él conoce que son lo suficientemente introspectivos para desarrollar el autoengaño y las afecciones que traen como consecuencia. Yo sugerí al ángel que podía encontrar aquí algo parecido, por lo menos en sus formas rudimentarias, en algunos de los otros animales. El ángel se mostró inmensamente interesado y quiso que yo le explicase todo lo que pudiera acerca de los chimpancés y monos. Parece ser que hace muchísimo tiempo, en el otro planeta, había unos seres torpes y alados que se parecían a los ángeles aproximadamente como el gran antropoide se parece a nosotros. Esos animales desaparecieron hace cuarenta millones de años, a pesar de los esfuerzos que se hicieron para mantener viva la especie. Su media de nacimientos era insuficiente para que la especie continuara viviendo, como si faltara algo necesario para que nacieran normalmente. Fue como si la naturaleza o el nombre que se quiera dar a lo desconocido, hubiese decretado el fin.

No he encontrado penosa la revocación, por lo menos en sentido retrospectivo. Debe haber habido momentos duros, misericordiosamente olvidados, junto con sus causas, como si el proceso hubiese sido llevado bajo una anestesia. Ciertamente, debían existir dichos incidentes en mis primeros veintiocho años que no habría querido contar a nadie a no ser a los ángeles. Muy a menudo debí mostrarme ruin, egoísta, infame en muchos sentidos, por lo menos así lo deduzco al juzgar todo lo que hice después de los veintiocho. Aquellas viejas cartas aludían a algunas de esas cosas. Para mí, esas cosas no son ahora más que material para un archivo que se halla seguro fuera de mi alcance.

Sin embargo, a las personas que yo pueda haber hecho daño, deseo decirles lo siguiente: habéis sido dañadas por aspecto de mi humanidad que dentro de algunos millones de años no serán tan frecuentes entre nosotros. Yo luché, a mi manera humana, contra esos oscuros elementos, lo mismo que hacéis vosotros. El esfuerzo no está desperdiciado.

Durante la semana que siguió al día en que notifiqué al ángel mi decisión de llevar a cabo la revocación, él se dedicó a prepararla. Durante toda la semana, ahondó

en mi mente presente mucho más de lo que yo imaginaba que fuera posible: el ángel tenía que asegurarse. Y me hizo preguntas tan profundas que me atrevo a decir que aprendió más sobre mí especie que lo que puede estar archivado en el despacho de un médico. Por lo menos así lo espero. A cualquier psiquiatra que pudiera hacer objeciones a esto le ofreceré una respuesta de naturalista: después de un tiempo de dedicarnos a ello, hemos observado perfectamente todo lo que ofrece a nuestra vista un trozo de terreno. Pero... alterad un poco el punto de vista... ahondad en la Tierra con una pala, por ejemplo, o trepad a la rama de un árbol y mirad hacia abajo... Es un mundo completamente nuevo.

Cuando el ángel no exploraba mi espíritu en este sentido, se esforzaba en hacerme pensar en las satisfacciones y en los millones de experiencias llevadas a buen término de que yo hubiese podido gozar de haber elegido el otro camino. Comprendo lo necesario que esto debe de ser, pero entonces me pareció algo casi cruel. El ángel, por mi propio bien, tenía que hacerlo, y me siento feliz al ver que de un modo u otro he sido capaz de mantenerme firme en mi primera elección.

Al final, el ángel también se sintió feliz. Incluso me ha dicho que me quiere más debido a ello. Lo que el turbado verbo querer significa para él cae más allá de mis posibilidades de comprensión, y yo me siento satisfecho al tomar la frase en el sentido de los humanos.

Una tarde de esa semana, creo que fue el día 12 de junio, Lester se presentó en casa buscando una copa de jerez y una partida de ajedrez. Hacía mucho tiempo que yo no le veía, y no había podido, por lo tanto, jugar al ajedrez con nadie. Este verano se ha presentado una pequeña epidemia de polio y el hombre anda muy atareado. El ángel se escondió tras unos libros en el estante mas alto —temo que habrá encontrado bastante polvo— y se divirtió con nuestro ajedrez. Disfrutaba de la hermosa vista de su calva, Lester; más tarde me dijo que le encontraba a usted agradable. Pero que... ¿por qué no hacía usted algo para perder peso? El ángel me sugirió un extraño método que creo, sin embargo, que ya se le ocurre de cuando en cuando a la clase médica... El método es el siguiente: comer menos.

Quizás no debió el ángel hacer lo que hizo con aquella partida de ajedrez. Durante mis primeras diez jugadas actué con mi manera de jugar habitual. Pero supongo que por entonces el ángel había asimilado ya los principios del juego y con disimulo tomó parte en él. Yo no me di cuenta de ello hasta que no vi que Lester parecía un pato cocido. Me había imaginado hasta entonces que mis asombrosas jugadas eran dictadas por mi propia y maldita inteligencia.

En serio se lo digo, Lester: recuerde aquella tarde. Usted ha tomado parte en torneos de aficionados de bastante importancia. Usted conoce su habilidad en el juego, y también conoce la mía. Pregúntese a sí mismo si yo era capaz de hacer aquello sin ayuda. Se lo digo de nuevo: yo no llevé a cabo ninguna clase de estudio durante el intervalo en que usted estuvo fuera de la sala de estar. No he tenido jamás un libro de ajedrez en la biblioteca, y aunque lo hubiese tenido, ningún estudio me

habría colocado a la altura de usted. No he poseído nunca mentalidad de ajedrecista. Sólo puedo ser su humilde compañero de juego derrotado, y me ha gustado siempre jugar con usted sobre esta base, lo mismo que usted puede disfrutar viendo como un cirujano *prima-donna* realiza algún milagro que usted no ha soñado nunca intentar... Aun cuando usted no se encontrara en forma aquella tarde, y no creo que esto sucediera, yo no habría podido nunca, sin ayuda, ganarle a usted tres veces seguidas. Aquella tarde se enfrentó usted con alguien que estaba por encima de su clase, eso es todo.

Yo no podía decirle a usted nada entonces... El ángel se mostraba categórico en esto... Así que sólo podía hacer y hacer jugadas, y derrotarle a usted. Pero el ángel quiere que yo escriba todo lo que se me ocurra en este diario, y yo le digo, Lester, que va a encontrar usted muy interesantes las décadas que aún tiene ante sí. Porque usted es aún joven, unos diez años más joven que yo, y creo que podrá usted ver muchas cosas que a mí me habría gustado ver en el pasado... o que me gustaría ver en el futuro si no estuviera convencido de que he elegido el camino mejor.

La mayoría de esos acontecimientos no serán espectaculares, según creo. Muchos de los cambios que se efectúen en busca de un camino mejor no serán apenas reconocidos por los de su tiempo, por usted o por los demás. Es innegable que siendo nuestra naturaleza como es, no podemos saltar al cielo de la noche a la mañana. Esperar eso sería tan absurdo como imaginar que cualquier fórmula, ideología o teoría sobre la estructura social nos puede llevar a la Utopía. Tal como yo lo veo, Lester —y creo que su sala de consultas le habrá suministrado a usted la misma idea, si es que no bastaba su propia intuición—, existe sólo una batalla de importancia: la de Armagedón. Y el campo de Armagedón se halla en el interior de cada uno, un mundo sin fin.

En este momento, creo que soy el hombre más feliz que nunca existió.

He olvidado toda mi vida, excepto los últimos diez años. La fatiga física que siento —continúa siendo agradable— es muy grande. No estoy nada preocupado por la cizaña y malas hierbas que crecen en mi jardín, el trozo donde yo tenía planeado que crecieran otras cosas... Se trata, meramente, de diferente clase de flores. Hace una hora, el ángel me trajo la hinchada semilla del diente de león con objeto de que yo viera lo bonita que es... No creo que nunca me hubiese fijado en ello. Espero que quien venga a vivir a este lugar lo transforme de nuevo en granja. Dicen que los diez acres que se extienden hacia abajo por detrás de la casa son de buena tierra para patatas... Hermoso terreno joven.

Me resulta delicioso sentarme al sol... como si ya fuera... viejo.

Después de hojear las primeras páginas de este diario, he visto que en muchas ocasiones hablo con mordacidad de mis prójimos. Deduzco que debo haber sido un hombre solitario con una soledad autoimpuesta. Una gran parte de mi mordacidad es la fea consecuencia de una vida transcurrida en la soledad. Otra parte se debió sin duda a causas objetivas, aunque no creo que existiera otra causa que la que empuja a

cualquier hombre un poco inteligente a desear que su mundo sea un poco más agradable que lo que es. Mi ángel me dice que el dolor que siento en la espalda se debe a una herida recibida en algún temprano estadio de la guerra mundial que aún continúa. Seguramente este debió agriar mi carácter. Ahora ya ha pasado... y todo está en el archivo.

El ángel está jugando a carreras con un colibrí... pero creo que se queda atrás para ofrecer un respiro a la vaporosa bola verde.

Otra nota para usted, Lester. Ya tengo dispuesto que mi anillo sea para usted. No quiero decirle lo que he descubierto referente a sus propiedades por miedo a que entonces no proporcione a usted el mismo placer e interés que me ha proporcionado a mí. Naturalmente, como todo objeto de colores y luces cambiantes, resulta una ayuda para la autohipnosis.

Pero es mucho mucho más que eso. Aunque... quiero que lo encuentre usted solo, en una época en que esté un poco apartado de las distracciones de cada día. Sé que no le puede hacer a usted daño, pues conozco su procedencia.

A propósito: desearía que hiciera usted saber a los editores que me van editando de una manera irregular mi *Introducción a la Biología* mi deseo de que si sale una nueva edición, ésta sea revisada de acuerdo con algunas notas que encontrará usted en el cajón más alto de la parte izquierda del escritorio de mi biblioteca. Eché una mirada a ese libro cuando mi ángel me aseguró que lo había escrito yo, y quedé atónito. Sin embargo, temo que mis notas estén algo embrolladas (las llamo mías usando una licencia poética), y quizás son demasiado avanzadas para los tiempos actuales... aunque la revisión, en su mayor parte, atañe a ciertas generalidades que no tienen razón de ser. Déjese llevar de su buen juicio: se trata de un libro de texto de menor cuantía y, después de todo, la cosa no es tan importante. Una última concesión a mi vanidad personal.

27 de julio

He visto una noche de dos lunas.

Me fue ofrecida por el otro adulto compañero del padre de mi ángel al final de una maravillosa visita que me ha hecho acompañado de seis de aquellos otros niños. Creo que fue anoche... Sí, debió de ser anoche. Primero se oyó un murmullo de alas por encima de la casa. Mi ángel, riendo, llegó hasta mí; luego, todos estuvieron allí, a mi alrededor. Llenos de alegría y de colores, moviéndose de la manera que sabían me iba a agradar. Cada uno de ellos tuvo para mí una frase graciosa y amistosa. Uno de ellos me trajo una imagen en movimiento del río San Lorenzo visto por la mañana desde una altura de media milla... nubes... águilas... ¿Cómo diablos sabía lo que me encantaría semejante cosa? Y todos me dieron las gracias por lo que había hecho.

Yo pensaba: «¡Pero si ha sido todo tan fácil!».

Al final de la visita, el de más edad —su piel era casi de color castaño, y su

plumón, blanco y gris— me ofreció una imagen de lo que era una noche de dos lunas. Él la había visto unos sesenta años antes.

Ni siquiera se me ocurre hacer un esfuerzo para describirla apropiadamente... Además, no voy a seguir empuñando este lápiz por mucho más tiempo esta noche. Elevados edificios de color blanco y ámbar, campos tranquilos, plata brillante sobre ríos serpenteantes, un relámpago de mar abierto; una luna que se alza llena de claridad, y otra medio escondida entre una maraña de nubes. Y entre ambas, un puñado de estrellas no familiares para mí. Y aquí y allá, los ángeles, dignos, tras de cincuenta millones de años, de vivir en tal noche. No, no puedo describir nada de eso. Pero para vosotros, seres de raza humana como yo, puedo hacer algo mejor... Puedo decir que esa noche de dos lunas, gloriosa como era, no resultaba, sin embargo, más hermosa de lo que puede ser una noche de una sola Luna de esta vieja Tierra nuestra... si sois capaces de imaginaros que la basura del mal humano ha sido al fin descartada de este mundo y que nuestra especie ha dado principio al fin a la más grande de todas las exploraciones.

29 de julio

Nada me queda ya que olvidar a no ser el recuerdo del tiempo en que me ha acompañado mi ángel. Ahora puedo descansar todo que quiera y escribir también todo lo que guste. Luego me echaré en la cama y permaneceré allí como si durmiera. El ángel me ha dicho que puedo mantener los ojos abiertos: él me los cerrará cuando yo ya no le vea.

Estoy convencido de que hay esperanzas para nuestro caso, el caso humano. Me siento seguro de que dentro de sólo unos millares de años, seremos capaces de llevar a cabo algunas de las tareas preparatorias más simples, tales como desechar el mal y amar a nuestros semejantes. Y si esto es así, ¿quién puede dudar de que dentro de otros cincuenta millones de años podemos encontrarnos a un nivel sólo un poco más abajo del que gozan los ángeles?

Nota del bibliotecario

Como se sabe, el original del diario de Bannerman se encontraba en posesión del doctor Lester Morris cuando éste desapareció en 1964, desaparición que ha permanecido hasta el presente como un secreto sin solución. Se sabe que McCarran visitó al capitán Garrison Blaine en octubre de 1951, pero no consta nada referente a esa visita. El capitán Blaine era soltero y vivía solo. Resultó muerto en acto de servicio en diciembre de 1951. Se cree que McCarran no había escrito ni dicho nada a nadie acerca del asunto Bannerman. Es casi seguro que fue él quien extractó el diario y apartó otros papeles de las carpetas (¡extraoficialmente, desde luego!) en 1957, cuando dejó de pertenecer al FBI. De todos modos, la totalidad de los papeles fueron

encontrados entre sus efectos personales después de su asesinato y, mucho tiempo después, puestos a disposición del público por *Mrs. McCarran*.

El siguiente *memorándum* estaba originariamente unido al extracto del diario de Bannerman; va firmado con las iniciales de McCarran.

11 de agosto de 1951

La carta original del doctor Stephen Clyde, doctor en medicina, referente a la autopsia, mencionada en la carta del capitán Blaine incluida aquí, se ha perdido desgraciadamente, debido quizás a un error de los archiveros.

El presunto personal responsable de esta pérdida ha sido amonestado para que no se repita en lo sucesivo tal error, a menos de que se trate de algo necesario.

Al margen de esta nota hay algo escrito a lápiz y más tarde borrado. Quedan, sin embargo, algunos rasgos que muestran inequívocamente la caligrafía de McCarran. Incluso puede leerse en parte lo escrito. Dice así: *No es propio de un McC. perder su empleo a menos que se trate de algo en favor, por, o si...* El resto es indescifrable, excepto una palabra final que desgraciadamente no se puede repetir.

Declaración de Lester Morris, doctor en medicina, fecha: 9 de agosto de 1951.

En la tarde del 30 de julio de 1951, actuando bajo los efectos de lo que pudo describirse como un impulso inesperado, me dirigí al campo con objeto de visitar a mi amigo el doctor David Bannerman. No le había visto ni tenido noticias de él desde la tarde del 12 de junio de este año.

Entré sin llamar en la casa de Bannerman, tal como tenía por costumbre. Di voces en la planta baja sin obtener la menor respuesta, así que subí a su dormitorio, encontrándole muerto. Le reconocí superficialmente, juzgando que la muerte había tenido lugar durante la noche anterior. Se hallaba echado en su cama sobre el lado izquierdo, cómodamente dispuesto, como para dormir, pero vestido por completo. Llevaba una camisa limpia y unos pantalones de verano también limpios. Sus ojos y su boca estaban cerrados, y no había a su alrededor el menor signo del desorden que puede esperarse en un caso de muerte, por natural que ésta sea. Debido a ello, pensé, en cuanto comprobé la frialdad del cuerpo y la ausencia de latidos cardíacos y de aliento, que algún vecino le debía de haber encontrado ya, arreglándole siguiendo los ritos de respeto hacia un difunto y probablemente avisando al médico local o a otra persona con cargo de responsabilidad. Por lo tanto, decidí esperar —Bannerman no tenía teléfono— confiando en que no tardaría en llegar alguien.

El diario del doctor Bannerman se encontraba sobre la mesilla de noche abierto por la página en que el difunto había añadido un codicilo a su testamento. Leí dicho codicilo. Más tarde, mientras esperaba que llegase alguien, leí el resto del diario, tal como él esperaba que yo hiciera, según creo. El anillo que menciona se encontraba,

en efecto, en el quinto dedo de su mano izquierda, y ahora se halla en mi posesión.

Al escribir aquel codicilo, el doctor Bannerman olvidó o pasó por alto el hecho de que en su verdadero testamento, escrito algunos meses antes, me nombraba albacea. Si hay que llevar a cabo algunos procedimientos legales, estoy dispuesto a cooperar en todo lo que haga falta con las autoridades competentes.

El anillo, sin embargo, permanecerá custodiado por mí, ya que éste fue el expreso deseo del doctor Bannerman, y no estoy dispuesto, bajo ninguna circunstancia, a dejar que lo examinen ni que sea objeto de ninguna discusión.

Las notas relativas a la revisión de uno de sus libros de texto estaban en el escritorio, tal como decía el diario. No están «embrollada» ni mucho menos; tampoco hay en ellas nada que revolucione la ciencia, si se exceptúa tal vez, que el difunto deseaba rehacer, a título de teoría o hipótesis, algunas afirmaciones que yo había supuesto que podían ser consideradas como axiomáticas. Aunque éste no es mi campo y no soy lo suficientemente competente para juzgar, hablaré del asunto con los editores a la primera oportunidad.

Según puedo determinar, y teniendo en cuenta los resultados de la autopsia llevada a cabo por Stephen Clyde, doctor en medicina, la muerte del doctor David Bannerman no fue incompatible con la presencia de una embolia de algún tipo que no es posible distinguir *post mortem*. Así lo he afirmado yo en el certificado mortuario. Parece que es de interés público que no haya la menor duda sobre estas cuestiones. Estoy dispuesto, por lo tanto, a añadir algún párrafo de tipo médico, por si es necesario. Helo aquí:

Yo no soy psiquiatra, pero, dedicado a la práctica de la medicina general, y teniéndome que enfrentar con enfermedades de toda índole, pensé que tenía que estar al día sobre las corrientes y las opiniones referentes a esa rama de la medicina. El doctor Bannerman poseía, en mi opinión, una estabilidad emocional e intelectual en más alto grado que cualquier persona de su misma inteligencia conocida por mí, o sea entre todos mis amigos y compañeros de profesión. Caso de sugerirse una psicosis alucinatoria, yo sólo puedo decir que las alucinaciones sufridas por él debían pertenecer a un tipo muy distinto de las conocidas por mi experiencia, y no descriptas, según mis noticias, en ningún lugar de la literatura de la psicopatología.

En la tarde del 30 de julio, la casa del doctor Bannerman ofrecía un aspecto de perfecto orden. Cerca de la ventana, abierta y sin ninguna persiana, de su dormitorio, había una caja de zapatos destapada, que tenía en su fondo una bufanda doblada de seda. No encontré en ella el almohadón descrito por el doctor Bannerman en su diario, pero descubrí que a la bufanda le habían cortado un cuadrado. En esta caja, y cerca de ella, flotaba una fragancia peculiar, débil, aromática y muy agradable, no olida nunca por mí antes, y por lo tanto, que me es imposible describir.

No sé si puede o no puede atañer al caso el hecho de que mientras permanecí en la casa de Bannerman aquella tarde, no experimenté sensación de pena o de pérdida personal, a pesar de que el doctor Bannerman había sido un amigo querido y honrado

por mí durante un número de años.

Lo único que experimenté, y lo sigo experimentando, fue la convicción de que, después de haber llevado a cabo una gran hazaña, el doctor Bannerman había encontrado la paz.

¿QUIEREN USTEDES AVANZAR UN POCO MÁS DEPRISA?

William Tenn

Ésta es una buena historia, lo sé. Es casi *demasiado* buena. Pero, maldita sea, debiera avergonzarme el relatarla.

Si Barbas tenía razón en lo concerniente a nosotros, mi idealismo absurdo ha sido un obstáculo para alcanzar la mayor fama y fortuna a que puede aspirar un pobre escritor. Si él tenía razón los otros no se han callado la boca. Mientras tanto, yo, prácticamente me muero de hambre...

Además, he visto una vaca pastando en los prados de la Casa Blanca...

En el pasado mes de agosto, para ser exacto, me encontraba meditando frente a mi máquina de escribir, cuando sonó el timbre de la puerta.

Levanté la vista y grité:

—¡Pase! ¡La puerta está abierta!

Las bisagras rechinaron un poco, cual es su costumbre. Escuché las pisadas a lo largo del profundo corredor que hace que la renta de mi departamento sea un poco más baja que la de los demás del edificio. No pude reconocer las pisadas como pertenecientes a nadie que conociera, por lo que esperé con un codo descansando sobre la máquina de escribir en la que pretendía iniciar un artículo, y el rostro vuelto hacia la entrada del estudio.

Después de algunos momentos, los pasos llegaron a la puerta. Un hombrecillo cuya altura no era mayor de dos pies, vestido con una túnica verde que le llegaba a las rodillas, entró. Su cabeza era muy grande. Tenía una corta y puntiaguda barba roja y un alargado y puntiagudo gorro verde, y hablaba consigo mismo. En su mano derecha llevaba un objeto dorado, semejante a un lápiz; en su izquierda, una tira enrollada, de lo que parecía ser un pergamino.

Nos miramos durante algunos momentos, en el curso de los cuales la quijada se me cayó como si quisiera separarse para siempre del resto de mi cara.

—Oye, tú —dijo con acento gutural, apuntando en mi dirección tanto con la barba como con el objeto parecido a un lápiz—, tú debes ser un escritor.

Cerré la boca con cuidado y asentí lentamente.

—Bien —hizo un arabesco con el lápiz, al final de una línea que aparecía en el pergamino—. Eso completa la lista. Ven conmigo, por favor.

Me tomó del brazo con una fuerza que tenía la consistencia de un grillete de acero, y sonriendo con benevolencia retrocedió hasta la entrada. Y a cada paso ascendía en el aire. Después, como si notara su error, nuevamente descendió al piso, con suavidad.

—Qué... quién... —tartamudeé al ser atraído irresistiblemente—. Espere, ¿quién... quién...?

—Por favor, no repitas esos ruidos —me reprendió—. Se supone que eres una criatura civilizada. Haz preguntas inteligentes, si lo deseas, pero solamente cuando estén adecuadamente organizadas.

Medité en eso mientras él cerraba la puerta de mi apartamento y me arrastraba escaleras arriba. Calculé que su fuerza era igual a la de diez hombres. Me sentí como una bandera flameando al extremo de mi propio brazo.

—¿Vamos arriba? —indagué.

—Naturalmente. Al techo. Ahí aterrizamos.

—¿Aterrizaron ha dicho? —Pensé en un helicóptero y después en una escoba. Estas cosas no pueden ocurrirle a un buen chico, me dije. Al menos, a un buen chico como yo. No en una vecindad de segundo orden como la mía. Tal vez en sitios como Hollywood, Washington o París...

La señora Flugelman, quien vive en el piso de arriba, salió de su departamento con una lata de basura. Abrió la puerta del depósito de desperdicios y principió a hacerme un gesto de saludo. Se detuvo cuando vio a mi amigo.

—Eso dije: aterrizamos. Lo que ustedes llaman un plato volador. —Notó a la señora Flugelman mirándolo y la señaló agresivamente con su barba, mientras pasamos frente a ella—. ¡Si, dije platillo volador! —Y escupió en el piso.

La señora Flugelman regresó a su departamento llevando consigo su lata de basura y cerró la puerta quedamente.

Quizá la clase de cosas que escribo para ganarme la vida me ha preparado para tales experiencias, pues lo cierto es que tan pronto mencionó eso me sentí mejor. Hombrecillos y platillos voladores siempre van juntos.

Cuando llegamos al techo me arrepentí de no estar más abrigado. Evidentemente, el tiempo enfriaba.

El platillo tenía unos treinta pies de diámetro y, al contrario de lo supuesto por las revistas sensacionalistas, su uso abarcaba algo más que la simple observación del paisaje. En el centro, donde era más profundo, tenía una pila de cajas de empaque atadas con un enjambre de hilos relucientes. Aquí y allá aparecían piezas de maquinaria totalmente extraña.

Aún usando mi brazo como trailla, el hombrecillo saltó elevándose en el aire unos veinte pies, llevándome hasta lo alto de la pila. Un instante antes de caer encima, una maraña de hilos dorados acolchonaron mi caída, como una red elástica que me inmovilizó totalmente.

Mi acompañante miró los techos que se extendían a sus pies.

—¡Irngl! —gritó con voz de sirena de barco—. ¡Irngl! ¡*Bordge Modgunk!*

Se escuchó un repiqueteo de pies en el techo y apareció una réplica, de ocho pulgadas de altura, de mi vigoroso guía. Decidí que se trataba del joven Irngl, *bordge modgunkeando*.

Su pariente lo miró suspicazmente y se encaminó en la dirección de la que provino el joven. Se detuvo y agitó un dedo amenazador, en dirección de Irngl. Éste se escondió detrás de mí.

Atrás de la chimenea estaba un grupo de antenas de televisión. Pero los brazos de las antenas ya no eran paralelos: alguien los ató delicadamente formando lazos perfectos; otros aparecían retorcidos como sacacorchos. Gruñendo con ferocidad, el viejo desató los lazos y enderezó los brazos de las antenas, mientras movía la cabeza haciendo que su barba adquiriera un movimiento de metrónomo. Después dobló ligeramente sus nudosas piernas y llevó a cabo uno de los saltos más espectaculares de todos los tiempos.

Y en el momento de tocar el piso del platillo, despegamos directamente hacia arriba.

Cuando pude recobrar el aliento noté que el viejo Barbarroja controlaba el movimiento del platillo mediante un trozo de metal en forma de huevo, que mantenía en su mano derecha. Después de haber subido un buen trecho, apuntó el huevo hacia el sur y nos dirigimos en esa dirección.

Me pregunté si se trataba de poder radiante. No se me había dado ninguna información. *Por supuesto*, recapacité súbitamente: ¡yo no hice ninguna pregunta! Arrancado de mi máquina de escribir a media mañana, por un enano de gran cerebro y musculatura prodigiosa, no se me podía culpar. Pocos hombres en mi posición hubieran sido capaces de poner el dedo en el meollo del problema y hacer las preguntas adecuadas. Ahora, sin embargo...

—Mientras hay un respiro —empecé—, y siendo usted capaz de hablar inglés, me gustaría aclarar algunos puntos dudosos. Por ejemplo...

—Responderemos a tus preguntas más tarde. Mientras tanto, cállate. —Los hilos dorados llenaron mi boca y me encontré incapaz de hablar. Barbarroja me miró mientras yo gruñía impotente—. ¡Cuán odiosos son los humanos! —exclamó.

¡Y es una suerte que sean tan odiosos!

El resto del viaje transcurrió sin incidentes, a excepción de algunos momentos en los cuales el avión de Miami se cruzó con nosotros. Los pasajeros nos señalaron con excitación, parecieron gritar, y un hombre extremadamente gordo levantó una costosa cámara y tomó seis fotografías con gran rapidez. Por desgracia, según noté, se le olvidó quitar la tapa del lente.

El capitán del platillo sacudió su ovoide de metal, se sintió momentáneamente la aceleración, y en un instante la aeronave se convirtió en un punto que desaparecía rápidamente a nuestras espaldas. Irngl subió encima de lo que parecía una gigantesca batidora de leche y me sacó la lengua.

Me di cuenta entonces de que la maliciosa virtud del pequeño se asemejaba poderosamente a la de un elfo. Y su papá —el parentesco era ya innegable— no era otra cosa que un nomo del folklore germano. Por tanto, esos hechos significaban nada menos que... que... que...

Mi cerebro trabajó durante diez minutos, antes de darse por vencido. Bueno, a veces ese método da resultado: razonar por un impulso autohipnótico, así lo llamo yo.

Tenía frío; pero, por otra parte, me agradaba la aventura y esperaba el desenlace con interés. Fui elegido, único entre los de mi especie, por esa raza de seres extraños, para algún propósito significativo.

No pude dejar de tener la esperanza, desde luego, de que tal propósito no fuera una vivisección.

Llegamos, después de un buen rato, a algo voluminoso: otro vehículo, bastante parecido al nuestro, pero mucho más grande (lo que podríamos llamar un platón o una sopera voladora), posado sobre un pilar de fuerza invisible, de muchas millas de altura. Sospeché que a buena distancia bajo nuestros pies, bajo las nubes, se encontraba el Estado de Carolina del Sur. También sospeché que las nubes eran artificiales.

Nuestra nave entró, por una enorme escotilla, hasta el fondo del gigantesco vehículo.

Ya que la sopera voladora tenía una tapa, por decirlo así, nos encontramos en un disco hueco, de cerca de un cuarto de milla de diámetro. Entre grandes masas de maquinaria reluciente, se encontraban desperdigados muchos platillos voladores cargados con mercancías y pasajeros.

Evidentemente me equivoqué acerca de ser el único ejemplar representativo. Estábamos muchos de nosotros, hombres y mujeres, en aquel sitio. Uno por cada platillo volador. Esto sería una reunión formal entre los representantes de las dos grandes razas, decidí.

¿Por qué no fueron nuestros amigos a las Naciones Unidas? Recordé entonces los comentarios de Barbarroja acerca de la humanidad...

A mi derecha, un coronel del Ejército, con una cara como un barril de mantequilla, masticaba un lápiz con el cual había estado tomando breves notas. A mi izquierda, un hombre alto, con un traje gris de elegante corte, miraba su reloj de pulsera con gesto de impaciencia. Más allá, dos mujeres hablaban inclinadas sobre los bordes de sus respectivos platillos, gesticulando con vehemencia.

Cada uno de los platillos tenía también su equivalente de mi barbudo piloto.

Abruptamente, la imagen de un hombrecillo apareció en el techo. Su barba era rosada y se bifurcaba. Tiró de los extremos de su apéndice capilar y nos sonrió.

—Para corregir las impresiones mentales de muchos de ustedes —explicó con una risita benevolente—, haré una paráfrasis de su gran poeta Shakespeare: Estoy aquí para enterrar a la humanidad, no para ensalzarla.

Un murmullo de asombro se dejó escuchar.

—*Marte* —apuntó el coronel—, apuesto a que son de Marte. H. G. Wells lo predijo. Pequeños, sucios y rojos marcianos. ¡Que se atrevan!

—Rojos —musitó el hombre del traje gris, mirándolo ansiosamente—. ¿*Rojos*?

—Acaso usted... —empezó a protestar una de las mujeres—. ¿Es ésa una manera

de empezar? ¡Qué falta de modales! Un auténtico extranjero.

—Sin embargo —continuó Barba Bifurcada, imperturbable—, para enterrar apropiadamente a la humanidad, necesito de su ayuda. No sólo de ustedes, sino de otros como ustedes que, en este momento, están escuchando esta plática en naves semejantes a ésta y en docenas de idiomas en todo el mundo. Necesitamos su ayuda... y, conociendo muy bien sus peculiares talentos, ¡estamos convencidos de obtenerla!

Esperó hasta que la siguiente oleada de imprecaciones surtidas y puños que se agitaban amenazadoramente se hubo calmado; esperó hasta que los antinegros, antisemitas, anticatólicos, antiprotestantes, anglófobos, rusófobos, vegetarianos fundamentalistas y todos los representantes de ideas políticas y filosóficas lo hubiesen identificado con sus pintorescos conceptos de la oposición.

Una vez que una relativa quietud se hubo conseguido, escucharon su informe, expresado despreciativamente.

Existía una enorme y compleja civilización galáctica rodeando nuestro insignificante sistema de nueve planetas. Esta civilización, compuesta de las diversas especies inteligentes que habitaban la galaxia, estaba organizada en una federación pacífica para el comercio y la ayuda mutua.

Una oficina especial de la Federación Galáctica estaba a cargo de los nuevos arribos a la escena intelectual. Así, unos cuantos milenios atrás, la oficina visitó la Tierra para investigar los informes de algunos turistas que hablaban de un animal notablemente ingenioso, que últimamente se observó deambulando y manejando sus asuntos con una cantidad definida de conciencia propia. El animal fue calificado como inteligente y poseedor de un alto potencial cultural. La Tierra estaba cerrada al tránsito turístico, y los sociólogos iniciaron la acostumbrada investigación, más detallada.

—Y como resultado de ese examen —sonrió el hombrecillo de la barba color de rosa—, los especialistas descubrieron que lo que ustedes llaman la raza humana, no es viable. Es decir, mientras los individuos que la componen han desarrollado un fuerte instinto de conservación, la especie, como un todo, es suicida.

—¡Suicida! —aullé, junto con los demás.

—Así es. Puede haber ciertas discusiones al respecto, entre los más honestos de ustedes. La alta civilización es un producto de la vida comunal, y el hombre, en grupos, ha tendido siempre a borrarse del mapa. De hecho, un factor importante en el crecimiento de la poca civilización que poseen, se debe a los logros derivados del desarrollo, en gran escala, de armas destructivas.

—Hemos tenido periodos de paz y hermandad —gritó una voz ronca, en el lado opuesto de la nave.

La gran cabeza se movió lentamente de un lado a otro.

—No es verdad. Ocasionalmente han desarrollado una isla de cultura aquí, un oasis de cooperación allá, pero han sido inevitablemente desintegradas al contacto de

los verdaderos portadores de las normas de la especie; las razas guerreras. Y cuando, como ha ocurrido fortuitamente, las razas guerreras son derrotadas, los conquistadores en turno se convierten en guerreros, de tal modo que el impulso suicida se ve de nuevo gratificado y se hace más dominante. Su pasado es la acusación, y su presente... su presente está a punto de ser su sentencia ejecutada. Pero basta de esta tontería... permítanme retornar a la Historia viva.

Continuó explicando cómo la Federación sentía que las especies suicidas deben ser dejadas para que cumplan con su destino, sin ninguna interferencia. De hecho, aunque se evitaba llegar a la comisión de actos demasiado abiertos, era permisible, en grado sumo, ayudar a dichas criaturas a llegar a la destrucción deseada.

Después de que los sociólogos de la Federación calcularon la fecha probable en que se esperaba que la humanidad se extinguiera a sí misma, el planeta fue asignado a los habitantes de un mundo semejante a la Tierra, para ser usado como espacio vital. Éstos eran los barbarrojas.

—Enviamos representantes aquí, para servir como cuidadores, por decirlo así, de nuestra futura propiedad. Pero hace unos novecientos años, cuando su mundo aún tenía seis mil años de vida por delante, decidimos acelerar un poco el proceso, ya que experimentamos un aumento del índice de población en nuestro propio planeta. Recibimos plena autorización de la Federación Galáctica para estimular su desarrollo técnico hacia un suicidio más anticipado. La Federación estipuló, sin embargo, que cada avance fuera de la responsabilidad moral de un adecuado representante de su raza, al que se le informara de la verdad de la situación. Así lo hicimos; seleccionamos a un individuo para ser el receptor de alguna técnica revolucionaria o de un principio científico; entonces, le explicábamos tanto el valor de la técnica como las consecuencias para su especie, en términos de una destrucción masiva acelerada.

»En todos los casos, tarde o temprano, el individuo anunció el descubrimiento como suyo propio, dándolo a sus semejantes y obteniendo ganancias sustanciales. En unos cuantos casos crearon grandes fundaciones que darían premios a aquellos que trabajaran por la causa de la paz o de la hermandad de los hombres. El resultado no fue más allá de un incremento en la cantidad de dinero en circulación.

Encontramos que los individuos siempre escogen la oportunidad de beneficiarse, a expensas de la vida de su propia raza.

¡Nomos, elfos, kobolds! No los espíritus malévolos, sino los ansiosos ayudantes del hombre, enseñándole a fundir los metales y a construir máquinas, mostrándole cómo derivar el teorema del binomio, en una parte del mundo, y cómo arar un campo con más eficiencia, en otra.

A fin de que la humanidad desapareciera de la Tierra... un poco más pronto.

Por desgracia... ha surgido un problema.

Todos contemplamos esa última frase, como una esperanza. Todos nosotros, amas de casa y jornaleros, soldados y hombres de negocios, predicadores y artistas, sentimos renacer la esperanza.

Al aproximarse el día del suicidio, aquellos duendes que intentaban emigrar llenaron sus platillos voladores con sus familias y sus posesiones. Cruzaron el espacio en una gran nave, tal como la que nos aloja, y tomaron posiciones en la estratósfera, esperando apoderarse del planeta tan pronto como sus presentes ocupantes usaran su último descubrimiento, la energía nuclear, como usaron previamente la balística y la aeronáutica.

Los más impacientes descendieron a poca altura, para localizar sitios adecuados para sus futuros hogares. Con disgusto encontraron que un desagradable error aparecía en las nítidas matemáticas de la predicción de la sociología. La humanidad debió haber desaparecido poco después de adquirir el poder atómico. Pero, quizá como resultado del estímulo científico que recibimos recientemente, nuestro impulso tecnológico nos llevó más allá del uranio, plutonio y hasta la llamada bomba de hidrógeno.

Mientras que un cataclismo de bombas de uranio dispondría de nosotros de un modo bastante satisfactorio e higiénico, la explosión de varias bombas de hidrógeno daría como resultado la completa esterilización del planeta, como producto de una reacción subsidiaria actualmente desconocida. Si íbamos a la guerra con este refinamiento atómico, no sólo serían eliminadas de la Tierra todas las formas de vida presentes, sino que también sería inhabitable durante algunos millones de años.

Naturalmente, los duendes contemplaban esta situación con bastante angustia. De acuerdo con las leyes galáxicas no podían intervenir activamente para salvaguardar su patrimonio.

Por tanto, les gustaría hacer una proposición...

Toda nación que garantizara no fabricar bombas de hidrógeno y eliminar las ya existentes, sería recompensada, por los hombrecillos, con una magnífica arma asesina. Ésta es extremadamente simple en su manejo y está calibrada de tal modo, que puede ajustarse para matar, sin dolor y simultáneamente, a cualquier cantidad de gente, hasta un millón de personas.

—La ventaja militar del establecimiento terrestre de tal arma, sobre la inestable bomba de hidrógeno, que no solamente es muy cara y poco acertada en sus efectos, sino que también debe ser transportada físicamente hasta su objetivo, deberá ser obvia para todos ustedes. Y, hasta donde nos concierne, cualquier cosa que pueda disponer de los seres humanos en gran escala, sin dañar...

En este momento, el ruido era tan grande que no pude escuchar ni una palabra de lo que decía. Yo mismo estaba gritando como un condenado.

—... Además de lastimar a formas de vida útiles y compatibles...

—¿Por qué no se van por donde vinieron? —propuso un hombre robusto, vestido con pantalones de baño y una camisa floreada.

—¡Sí! —agregó alguien, con ira—. ¿No se dan cuenta de que no son bien venidos? ¡Cállense, cállense!

—Asesinos —acusó una de las mujeres—, eso es lo que son ustedes, asesinos

tratando de matar a gente inofensiva que no trata de hacerles daño.

El coronel estaba de pie levantando un dedo amenazador hacia el techo.

—Lo estamos haciendo muy bien —gritó enardecido. Se detuvo un momento para descongestionarse un poco—. Lo estamos haciendo bastante bien sin... sin...

El hombrecillo esperó hasta que el tumulto perdió ímpetu, y continuó:

—Mírenlo de esta manera. Ustedes van a exterminarse a sí mismos, ustedes lo saben, nosotros lo sabemos, así como todos en la galaxia. ¿Qué diferencia hay en que lo hagan de un modo o de otro? Al menos, con nuestro método el daño se limita a ustedes mismos. No dañan la valiosa propiedad, es decir la Tierra, que será nuestra después de que hayan dejado de usarla. Y se destruirán con una arma mucho más digna de su instinto destructivo que cualquier cosa que hayan usado hasta ahora, incluyendo la bomba atómica.

Hizo una pausa y extendió sus nudosas manos con un ademán casi de súplica.

—Piénsenlo bien: ¡Un millón de muertes con sólo empujar una palanca! ¿Qué arma puede ofrecer otro tanto?

Regresando hacia el norte con Barbarroja y su hijo, señalé hacia los platillos voladores que se esparcían en todas direcciones.

—Esas gentes son todos ciudadanos responsables. Es una tontería esperar que divulgen un medio más efectivo de hacerse cortar el pescuezo.

El hombrecillo se encogió de hombros.

—Con cualquier otra especie lo sería, pero no con ustedes. La Federación Galáctica insiste en que la revelación del arma sea hecha a la humanidad por un representante inteligente de su propia especie, en plena posesión de los hechos y después de que él o ella tengan un periodo adecuado para reflexionar en las consecuencias de la exposición del secreto.

—Y ustedes creen que lo haremos, ¿eh? ¿A pesar de todo?

—¡Oh, sí! —afirmó el hombrecillo, con aire de suficiencia—. Todos ustedes han sido seleccionados tomando en cuenta las ventajas personales que cada cual obtendría con la revelación. Tarde o temprano, uno de ustedes encontrará tan tentadoras dichas ventajas, que desaparecerán todos sus escrúpulos. Eventualmente, todos ustedes llegarán a dar ese paso. Como Shulmr señaló, todos los miembros de una raza suicida contribuyen a la destrucción del total, aun cuando su intención sea la de salvaguardar su propia existencia. Criaturas desagradables; pero, por fortuna, de vida bastante breve.

—De eso se desprende que más de una nación tiene la bomba de hidrógeno.

—Correcto. Ustedes son una raza ingeniosa. Ahora, si no te molesta, pasa al techo de tu casa. Tenemos un poco de prisa y hay que desinfectar la nave... Gracias.

Los miré desaparecer entre un banco de nubes, y bajé a mi habitación.

Durante algún tiempo permanecí bastante enojado. Después me entristecí. Luego,

me enojé de nueva cuenta. He pensado mucho desde el pasado agosto.

He leído nuevos artículos acerca de los platillos voladores, pero ni una palabra sobre la superarma que obtendremos si desmantelamos las bombas de hidrógeno. El único problema es, ¿si alguien ha soltado la lengua, cómo voy a saberlo?

Ése es justamente el punto. Yo soy escritor de ficción científica, con uno de los chismes más gordos desde que Noé puso el primer clavo en el arca. Además, y no del todo incidentalmente, es una historia bastante vendible.

Bien, sucede que estoy necesitado de dinero; y, además, ocurre que no tengo ninguna idea original. ¿Cuánto tiempo se supone que voy a aguantarme como un tonto?

Alguien debe de haber hablado ya. Si no en este país, en cualquiera de los demás. Yo soy un escritor y tengo que ganarme la vida. Si es ficción, ¿quién los obliga a creerlo?

Sólo... sólo que intentaba no mencionar la señal. Si la señal, esto es mediante la cual un gobierno puede ponerse en contacto con los duendes, para hacerles saber que se interesan en el negocio y desean el arma mencionada. Yo pretendía no mencionar la señal...

Pero no tengo un final satisfactorio para este cuento. Necesita una especie de etiqueta. Y la señal es perfecta para ello. Bueno, me parece que si ya he hablado tanto, y probablemente, de cualquier modo...

La señal es la contraseña entre los hombres y los nomos: dejar un tazón de leche fuera de la Casa Blanca.

LAS IMÁGENES NO MIENTEN

Katherine MacLean

El único comentario que se antoja es el del lector al terminar la lectura: «¡Oh, no!».

El hombre del *News* preguntó:

—¿Qué piensa de los visitantes, señor Nathen? ¿Son amistosos? ¿Parecen humanos?

—Muy humanos —aseguró el hombre delgado.

Afuera, la lluvia golpeaba los grandes ventanales con un constante y leve tamborileo, que disminuía la visibilidad del campo aéreo donde *Ellos* llegarían. Sobre el piso de concreto, los charcos eran acribillados por la lluvia, y el pasto que crecía entre las pistas de aterrizaje, no utilizadas en la actualidad, brillaba húmedo, doblándose ante el empuje del viento.

A una respetable distancia del sitio donde aterrizaría la gran nave espacial estaban las grises formas de los camiones, donde se agazapaban los integrantes de los equipos de TV dentro de las unidades móviles, aguardando. Más allá, en el paisaje desierto y arenoso, tras las dunas, la artillería se desplegaba en un gran círculo, y en el horizonte, los bombarderos permanecían alertas en sus bases, guardando al mundo contra una posible traición de la primera nave espacial extraterrestre que llegara a la Tierra.

—¿Sabe algo acerca de su planeta de origen? —preguntó el hombre del *Herald*.

El enviado del *Times* permaneció entre los demás, escuchando distraídamente, pensando preguntas, pero reservándolas. Joseph R. Nathen, el joven delgado, de lacios cabellos negros y líneas cansadas en el rostro, era tratado con respeto por sus entrevistadores. Obviamente se le notaba con los nervios de punta, y no querían abrumarlo con demasiadas respuestas a la vez. Deseaban conservar su buena voluntad. Mañana sería una de las mayores celebridades que nunca hubieran aparecido en los encabezados periodísticos.

—No. Nada directamente.

—¿Algunas ideas o deducciones? —insistió el del *Herald*.

—Su mundo debe ser como la Tierra, para ellos —respondió el joven, con incertidumbre—. El medio ambiente evoluciona al animal. Pero sólo en términos relativos, por supuesto. —Los miró brevemente, y después desvió la vista, evasivo, mientras los negros cabellos empezaban a pegarse en su frente, debido al sudor.

—De tipo terrestre —murmuró un periodista, escribiendo como si fuera lo único comprensible.

El hombre del *Times* miró de reojo al del *Herald*, preguntándose si lo notó, y en

respuesta recibió una mirada rápida.

El del *Herald* preguntó a Nathen:

—¿Cree usted que sean peligrosos?

Era la clase de pregunta que habitualmente rompía la reticencia y rápidamente hacía surgir hechos cuando daba en el blanco. Todos sabían de los preparativos militares, aunque se suponía que era un secreto.

La pregunta falló. Nathen miró vagamente a través de la ventana.

—No. Yo diría que no.

—¿Cree, entonces, que son amistosos? —persistió el del *Herald*, igualmente positivo en la posición opuesta.

Una leve sonrisa apareció en los labios de Nathen.

—Los que conozco, lo son.

No había nada en esa dirección, y tenían que tener los hechos básicos de la historia antes de que llegara la nave. El del *Times* preguntó:

—¿Qué los llevó a entrar en contacto con usted?

Nathen respondió, tras una breve vacilación:

—Estática. Estática de radio. El ejército les informó de mi trabajo, ¿no es así?

El ejército no les dijo nada en lo absoluto. El oficial que los llevó para la entrevista permanecía vigilante, como si instintivamente objetara que se dijera cualquier cosa al público.

Nathen lo miró suspicazmente.

—Mi trabajo es el de descodificador en el Departamento de Inteligencia Militar. Uso un receptor direccional. Sintonizo bandas extranjeras, grabo cualquier mensaje en clave o enmarañado, que pueda captar, y construyo descodificadores para todos los patrones básicos de los códigos.

El oficial tosió discretamente, pero no dijo nada.

Los reporteros sonrieron, anotando todo.

Los reglamentos de seguridad cambiaron desde que las Naciones Unidas legalizaron la inspección de armamentos. La información completa era la única seguridad contra el rearme secreto, y el espionaje se convirtió en una especie de servicio público. Ahora el admitirlo era un acto de buenas relaciones públicas.

—En mi tiempo libre empecé a dirigir mi receptor hacia las estrellas —prosiguió Nathen—. Como ustedes saben, hay ondas radiales de las estrellas. Suenan como ruidos estáticos y, ocasionalmente, como una aglomeración de chillidos. Se han escuchado durante largo tiempo, y se ha investigado, tratando de encontrar la razón de que la radiación estelar en esas bandas, viniera en tales estallidos de irregularidad. No parecían naturales.

Hizo una pausa y sonrió con incertidumbre, consciente de que lo que diría a continuación era lo que lo haría famoso, una idea que se le ocurrió mientras escuchaba, una idea tan simple y tan perfecta como la que tuvo Newton cuando vio caer la manzana.

—Decidí que no era natural y traté de descifrarlo.

Apuradamente trató de explicarlo, para que se viera que era obvio.

—Verán, hay un viejo truco para ocultar un mensaje, y es acelerarlo en una grabación hasta que suene como un breve crujido de estática, antes de transmitirlo. He oído antes esa clase de sonidos.

—¿Quiere decir que ellos transmitían en clave? —preguntó el del *News*.

—No exactamente en clave. Todo lo que se necesita es grabarlo y ponerlo a tiempo más lento. Ellos no transmiten para nosotros. Si una estrella tiene planetas, planetas habitados, y hay transmisiones de radio entre ellos, harían la transmisión en un rayo muy angosto, para ahorrar energía. —Miró para ver si lo entendían—. Como un reflector. En teoría, un estrecho rayo de luz puede prolongarse indefinidamente, sin perder poder. Pero apuntarlo entre dos planetas resultaría difícil. No se puede esperar que un rayo así permanezca sobre el blanco más de algunos segundos, a través de tales distancias. Así es que, naturalmente, ellos comprimirían cada mensaje, hasta que su duración fuera de medio segundo, y lo enviarían un centenar de veces en una larga descarga, para asegurarse de que es recibido durante el instante en que el rayo pasa a través del blanco.

Hablaba lenta y cuidadosamente, recordando que la explicación era para la prensa.

—Cuando un rayo al garete pasa por nuestra sección de espacio, hay una abrupta cima en esa dirección, al nivel del sonido. Los rayos barren el espacio siguiendo a sus propios planetas y la distancia entre allá y aquí exagera tan tremendamente la velocidad del paso del rayo que no captamos más que un bip cuando pasan.

—¿Cómo explica la cantidad de ruidos de ese tipo que vienen? —preguntó el del *Times*—. ¿Acaso los sistemas estelares giran en el plano de la galaxia? —Era una pregunta personal; hablaba impulsivamente, por su propio interés y excitación.

El descifrador radial sonrió, desapareciendo durante unos instantes las líneas de tensión en su rostro.

—Tal vez estemos interceptando las llamadas telefónicas de todos, y la galaxia entera hierve en razas que pasan el día entero chachareando unos con otros a través de la radio. Quizá el tipo humano es un modelo patrón.

—¿Cómo ocurrió que captaran imágenes de televisión en lugar de voces? —preguntó el del *News*.

—No fue un accidente —explicó pacientemente Nathen—. Reconocí un patrón particular, y quise transformarlo en imágenes. Estas son comprensibles en cualquier lenguaje.

Cerca de los entrevistadores, un senador caminaba de arriba abajo, murmurando su discurso de bienvenida aprendido de memoria, y mirando nerviosamente la lluvia gris, a través de los ventanales.

Opuesta a las ventanas del gran salón se hallaba una pequeña plataforma elevada, flanqueada por las altas figuras de las cámaras de TV y los micrófonos y reflectores,

preparadas para que el senador dijera a los visitantes, y al mundo, el memorable discurso. Un frágil transmisor de radio estaba a un lado, sin una caja que ocultara sus partes, con dos tubos cátodos de televisión surgiendo desnudos en un extremo y la bocina zumbando en el otro. Un panel vertical de diales y perillas estaba unido a ellos, y a un lado se asentaba un pequeño micrófono de mano. Estaba conectado a un instrumento empacado cuidadosamente, con las letras impresas encima, que indicaban «Propiedad de U.S.A. Radio Lab.».

—Grabé un par de transmisiones condensadas de Sagitarius y empecé a trabajar en ellas —añadió Nathen—. Me llevó un par de meses encontrar las señales sincronizadas y ajustar los buscadores, con la necesaria aproximación al tiempo correcto para captar un patrón. Cuando mostré éste al Departamento, me dieron tiempo completo para trabajar en ello, y ayudantes. Nos tomó ocho meses escoger las bandas de color y asignarles los colores correctos, antes de ver algo visuable en la pantalla.

El desgarrado conjunto de partes electrónicas era el receptor original que elaboraron a lo largo de diez meses, ajustando y reajustando para reducir las interminables bandas de combinaciones de color, hasta una imagen congruente.

—A base de ensayos y errores —continuó Nathen—, finalmente todo salió bien. La onda larga extendió los ruidos que sugerían TV de color, desde el principio.

Caminó hasta el aparato. La bocina hizo unos ruidos ligeros y la pantalla gris lanzó algunos destellos de color. El aparato estaba alerta y sensitivo, sintonizado con la gran nave interestelar que circulaba ya en la atmósfera.

—Nos preguntábamos acerca de la razón del gran número de bandas, pero cuando tuvimos trabajando el aparato y empezamos a grabar y a reproducir todo lo que llegaba, encontramos que se trataba de algo así como una biblioteca circulante. Todo era ficción, teatro.

Entre las pausas de la voz de Nathen, el del *Times* trató de escuchar, inconscientemente, el sonido de motores cohete que se aproximaban rugiendo.

—¿Cómo hicieron contacto con la nave? —indagó el del *Post*.

—Grabé y condensé una copia fílmica de *La Consagración de la Primavera*, en la versión de Disney-Stravinsky, y la transmití por la misma línea de recepción. Probando tan sólo. No llegaría allá por su buen número de años, si es que llegaba, pero pensé que gustaría a la biblioteca tener una nueva grabación.

»Dos semanas más tarde, cuando captamos y pusimos un nuevo grupo de grabaciones a velocidad más lenta, encontramos una respuesta. Era para nosotros, obviamente. Se trataba de una toma de la película de Disney presentada ante un gran auditorio, y después, la misma audiencia sentada y esperando ante una pantalla vacía. La señal era muy clara y fuerte. Habíamos interceptado una nave espacial. Nos pedían un *escorre*. Les gustó la película y deseaban más...

»Los verán ustedes mismos —indicó sonriendo—. En el otro extremo del vestíbulo, donde los lingüistas están trabajando con el traductor automático.

El oficial presente frunció el ceño y tosió de nuevo, pero el joven delgado se volvió rápidamente hacia él.

—No hay razones de seguridad por las cuales no puedan ver las transmisiones, ¿no es así? Quizá usted deba mostrárselas —y aseguró a los periodistas—: Está al extremo del vestíbulo. Se les informará cuando se aproxime la nave espacial.

La entrevista terminó definitivamente. El nervioso joven tomó asiento ante el aparato de radio, mientras que el oficial se tragaba sus objeciones y guiaba a los periodistas hacia una puerta cerrada.

La abrieron y entraron a un cuarto oscuro lleno de sillas plegadizas, dominado por una brillante pantalla. La puerta se cerró a sus espaldas.

En la oscuridad se escuchó el ruido de los periodistas tanteando para buscar acomodo en las sillas, pero el representante del *Times* permaneció en pie, consciente de una enorme sorpresa, como si hubiera estado dormido y despertara para encontrarse en otro país.

Los brillantes colores de la doble imagen parecían lo único real en la oscura sala. Aún borrosas como estaban podía ver que la acción era algo diferente, las formas no eran las normales.

Estaba mirando a seres de otro planeta.

La impresión era la de dos seres humanos disfrazados, seres que se movían de un modo extraño, casi danzando medio encogidos. Cuidadosamente, temeroso de que las imágenes se alejaran, llevó la mano al bolsillo del pecho, sacó sus lentes polarizados, hizo girar uno de los lentes hasta quedar en el ángulo debido con respecto al otro, y se los puso.

Inmediatamente, los dos seres quedaron en foco, reales y sólidos, y la pantalla se convirtió en una amplia e ilusa ventana a través de la cual podía verlos.

Estaban conversando entre sí en una habitación de paredes grises, discutiendo algo con restringido entusiasmo. El hombre grande, con la túnica verde, cerró los ojos púrpura durante un instante y algo dijo el otro, gesticulando y haciendo un movimiento con los dedos, como si alejara algo de sí.

Melodrama.

El segundo, más pequeño y con ojos amarillo verdoso, se aproximó, hablando más rápidamente en voz baja. El primero permaneció inmóvil, sin tratar de interrumpirlo.

Obviamente, la proposición encerraba alguna traición, y trataba de persuadirlo. El del *Times* buscó a tientas una silla y tomó asiento.

Quizá los gestos son universales; deseo y aversión, inclinarse hacia adelante o hacia atrás, tensión, relajación. Tal vez esos actores eran maestros en su parte. La escena cambió: un corredor, un salón de lectura en lo que él supuso era una nave espacial. Otros individuos hablaban y trabajaban; se dirigían al hombre de la túnica verde, y nunca resultó dudoso lo que ocurría o lo que sentían.

Hablaban en un lenguaje fluido, con muchas vocales cortas y cambios de tono, y

gesticulaban al calor de la conversación, con las manos moviéndose con cierto extraño movimiento retardado, no lento, pero flotante.

Ignoraba el lenguaje, mas después de algún tiempo, la diferencia del movimiento empezó a despertar su interés. Algo en el modo de caminar...

Con un esfuerzo apartó su atención de la trama y dedicó su observación a las diferencias físicas. Cabellos color café, arreglados en sedosos bucles cortos, variación en el color de los ojos, mostrándose claramente los colores debido a que los iris eran muy grandes, colocados muy separados en rostros de forma triangular. Los cuellos y hombros eran gruesos, del modo que indicarían fuerza poco usual en los humanos, pero sus muñecas se veían delgadas y sus dedos largos, finos y delicados.

Parecían tener un número mayor de dedos que el usual.

Desde que llegó, una máquina zumbaba haciendo ruidos de murmullos de voces a su lado. Miró y vio a un individuo de aspecto inteligente, con audífonos, mirando y escuchando con atención concentrada. Frente a él se encontraba una caja de líneas aerodinámicas. De la escena venía el sonido del extraño lenguaje. El hombre movió abruptamente un apagador en la caja, murmuró una palabra en el pequeño micrófono de mano y operó nuevamente el apagador con nerviosa rapidez.

Al hombre del *Times* le recordó a los intérpretes que portan audífonos en las Naciones Unidas. La máquina era, probablemente, un traductor vocal, y su operador, un lingüista auxiliar de su vocabulario. Cerca de la pantalla otros dos lingüistas tomaban notas.

El del *Times* pensó en el senador caminando de arriba abajo en el salón observatorio, ensayando su discurso de bienvenida. El discurso no sería tan sólo el pomposo gesto sin ningún significado, que imaginara. Sería traducido mecánicamente y entendido por los visitantes.

Del otro lado de la brillante ventana que era la pantalla, el hombre de la túnica verde hablaba a un piloto con uniforme gris. Estaban en el cuarto de controles de una nave espacial, brillantemente iluminada en amarillo canario.

El del *Times* trató de captar el hilo de la trama. A estas alturas le interesaba la suerte del héroe, y simpatizaba con él. Probablemente era el efecto de una buena actuación, ya que una parte del arte de actuar es ganar la simpatía de la audiencia, y este actor pudiera ser un ídolo de varios sistemas solares.

El hombre actuaba soberbiamente, controlando la tensión, traicionándose apenas por un movimiento brusco de la mano o por una respuesta demasiado ansiosa. El hombre uniformado de gris, sin sospechar, le volvía la espalda, ocupado en alguna tarea que atraía su atención sobre una especie de mapa con puntos de luz brillante, compartiendo sus movimientos la misma gracia fluida de los otros, como si estuvieran bajo el agua o en una película de movimiento retardado. El otro miraba un apagador en el panel, y se aproximaba hablando casualmente, con música de fondo que acentuaba la tensión del momento.

Un acercamiento del rostro del actor destacó el hecho de que las orejas eran

semicírculos simétricos, sin agujeros auditivos perceptibles. La voz del hombre uniformado respondió con una breve palabra, articulada voz profunda y preocupada. Aún estaba vuelto de espaldas. El otro miraba el apagador, aproximándose, continuando su conversación, mientras que la toma acercaba más y más el apagador hasta que llenó totalmente la pantalla. Apareció la mano en el campo de visión, cerrándose sobre el apagador...

Un sonido seco y la mano se abrió, inmovilizada por el dolor. A su lado, al levantar la vista, estaba la figura del oficial uniformado, inmóvil, con un arma en la mano, en la posición de quien se ha dado vuelta y disparado simultáneamente, mirando caer al suelo al hombre de la túnica verde.

El uniformado miraba su mano que sostenía el arma con la que acababa de matar, mientras que la música de fondo aumentaba de volumen. Durante un instante, los colores se invirtieron en un negativo de color, mostrando los colores complementarios de los reales: un hombre verde, de pie en un cuarto de controles color violeta, mirando el cuerpo de un hombre verde con túnica roja. Antes de que transcurriera un segundo, volvió a caer en su fase el sintonizador y los colores tornaron a la normalidad.

Otro hombre uniformado vino y tomó el arma de la mano inerte del otro, quien empezó a explicarse en voz baja mientras la música aumentaba aún más su volumen, hasta cubrir sus palabras, y la pantalla se oscurecía lentamente como una ventana velada por la niebla.

La música se desvaneció.

El hombre con los audífonos se los quitó y dijo:

—No puedo sacar nada más en claro. A menos que deseen que lo pasemos de nueva cuenta.

Hubo un breve silencio hasta que el lingüista más cercano a él comentó:

—Creo que ya hemos exprimido ésta. Pasemos la cinta hasta donde Nathen y el radioperador de la nave experimentaban con las ondas. Tengo el presentimiento de que aquel chico está diciendo lo de rutina al probar con la vieja cuenta de uno-dos-tres-probando.

Hubo algunos manejos en la semioscuridad, y la pantalla se animó nuevamente.

Mostró la imagen de una audiencia sentada ante una pantalla, y se escucharon los acordes de una sinfonía familiar.

—Stravinsky y Mozart los vuelven locos —afirmó el lingüista al del *Times*, colocándose nuevamente los audífonos—. Pero no soportan a Gershwin. ¿Puede entender eso? —Volvió su atención a la pantalla, al retornar a la frecuencia adecuada.

El del *Post*, que se sentaba al frente, se volvió al del *Times* y observó:

—Es curioso lo que se asemejan a la gente. —Escribía mientras, para preparar su reporte telefónico—. ¿Qué color de pelo tenían?

—No lo noté. —Se preguntó si debiera recordar al reportero que Nathen dijo que asignó las bandas de color al azar, escogiendo los colores que proporcionaran las

imágenes más plausibles. Los invitados, cuando llegaran, podían resultar de color verde con cabellos azules. Únicamente las graduaciones de color en las imágenes eran seguras, sólo las similitudes y contrastes, la relación de un color con otro.

De la pantalla llegó de nuevo el sonido del extraño lenguaje. Esta raza tenía, por lo general, voces más graves que los humanos. Voces agradables. ¿Mencionaría eso en sus artículos?

No, también había algo extraño en eso. ¿Cómo estableció Nathen el timbre adecuado en las bandas de sonido? ¿Se tomaron las modulaciones como venían o se estimaron mediante ensayos y cálculos? Probablemente así lo hicieron.

Sería más seguro afirmar que a Nathen le gustaban las voces de registro bajo.

Mientras dudaba y miraba, la ansiedad e incertidumbre que observara en Nathen se unió a la suya propia, y se dio cuenta de que aquella incertidumbre estaba muy cerca de parecer un temor reprimido.

—Lo que no entiendo es por qué se tomó la molestia de grabar todos estos programas de televisión, en vez de comunicarse directamente con ellos —se quejó el hombre del *News*—. Son buenos programas; pero ¿qué caso tiene?

—Quizá fue para que también aprendiéramos el idioma —insinuó el del *Herald*.

En la pantalla aparecía la escena, obviamente real y no teatral, de un joven ser trabajando en un aparato. Se volvió, saludó con la mano y abrió la boca en la cómica forma de O que el del *Times* empezaba a identificar como su equivalente de una sonrisa, y después trató de explicar algo acerca del equipo, con gestos torpes, elaborados, y palabras cuidadosamente moduladas.

El del *Times* se puso en pie calladamente, salió al corredor y regresó al salón de la conferencia de prensa, guardando pensativamente sus anteojos de estéreo.

Nadie lo detuvo. Las restricciones secretas eran muy ambiguas. La reticencia del Ejército parecía más bien una cosa de hábito, un simple reflejo, debido a que todo se iniciara en el Departamento de Inteligencia, y no una política razonada de mantener el aterrizaje en secreto.

La sala estaba más llena de gente que cuando la dejara. Las cámaras de TV y los operadores de éstas y de los equipos de sonido permanecían al lado de sus aparatos. El senador leía sentado en un sillón y, al fondo, ocho hombres se agrupaban sentados en círculo, discutiendo algo con apasionada concentración. El del *Times* reconoció a algunos que conocía personalmente, nombres eminentes en la ciencia y la técnica.

Una frase al azar le llegó:

—... referencia a las constantes universales en razón de...

Era, probablemente, una discusión acerca de los modos de convertir fórmulas de una clase de matemáticas a otra, para obtener un rápido intercambio de información.

Tenían motivo para estar ansiosos de la oleada de nuevos conocimientos y puntos de vista novedosos que traerían los visitantes. Le hubiera gustado acercarse y escuchar, pero quedaba muy poco tiempo antes de la llegada de la nave, y tenía una pregunta que hacer.

El receptor original aún emitía sonidos, sintonizando a la banda transmisora de la nave que circulaba encima. El joven que iniciara todo estaba sentado en el borde de la plataforma de TV, con la barbilla descansando en la mano. No levantó la vista al aproximarse el del *Times*, pero ello se debía a la indiferencia de la preocupación, y no a la descortesía.

El del *Times* se sentó a su lado, sacó un paquete de cigarrillos y recordó entonces la transmisión de TV y la prohibición de fumar. Los guardó, mirando pensativamente cómo disminuía la lluvia contra las ventanas.

—¿Pasa algo malo? —preguntó.

Nathen demostró su atención y actitud con un ligero movimiento de cabeza.

—Dígame *usted*.

—Un simple presentimiento —señaló el hombre del *Times*—. Todo va demasiado bien, todos confían en exceso.

Nathen se relajó ligeramente.

—Continúe...

—Hay algo raro en el modo en que se mueven...

Nathen lo miró directamente.

—También eso me preocupa.

—¿Está usted seguro de que están ajustadas las transmisiones a la velocidad real?

Nathen cruzó las manos y las miró con aire de duda.

—No lo sé. Cuando les doy más velocidad, todos se mueven con tal prisa, que uno se pregunta por qué sus ropas no ondean tras de ellos, por qué las puertas se cierran tan rápidas, sin que se oiga ningún ruido brusco, por qué las cosas caen tan precipitadamente. Si la operación de la cinta es a ritmo más lento, parecen estar nadando. —Miró de reojo al del *Times*, con aire de interrogación—. No escuché bien su nombre.

Un modo provinciano de preguntar, pensó el del *Times*.

—Jacob Luke, del *Times* —aclaró extendiendo la mano.

Nathen la estrechó con firmeza, reconociendo el nombre.

—Encargado de la Sección Científica de la Revista Dominical. La leo. Me agrada encontrarlo aquí.

—Es un honor para mí —sonrió el del *Times*—. Mire, ¿ha atacado esto racionalmente, con fórmulas? —Buscó un lápiz en su bolsillo—. Es obvio que hay algo erróneo en su juicio de la relación peso-a-velocidad-a-momento. Quizá sea algo simple, como un fenómeno de baja gravedad en la nave, con zapatos magnéticos. Quizá en realidad *están* flotando ligeramente.

—¿Para qué preocuparnos? —le interrumpió Nathen—. No veo la razón para cavilar acerca de eso, cuando dentro de veinte minutos los veremos. —Rió nerviosamente, pasando una mano por sus negros cabellos.

—¿Los veremos? —preguntó lentamente el del *Times*. Hubo unos momentos de silencio en los que sólo se escuchó al senador volver una página de su revista con un

leve crujir del papel y los murmullos de los científicos al otro extremo de la sala.

—Seguro —rió el joven nerviosamente, hablando con rapidez—. Claro que los veremos. ¿Por qué no habríamos de verlos, cuando el gobierno está listo con los discursos, el ejército oculto tras las colinas, los reporteros por todas partes, cámaras de televisión... todo preparado para transmitir la llegada, a todo el mundo? El presidente en persona estrechándome la mano a mi llegada a Washington...

Y pasó a la realidad, sin detenerse a tomar aliento.

—Demonios, no —exclamó—, no llegarán. Hay un error en alguna parte. Debí habérselo dicho ayer a los altos militares, cuando empecé a recapacitar. No sé por qué no dije nada. Por temor, me imagino. Demasiados personajes de por medio. Perdí el nervio.

Se aferró a la manga del hombre del *Times*.

—Mire, no sé qué...

Una luz verde destelló en el aparato receptor-transmisor. Nathen no volvió el rostro en esa dirección, pero interrumpió su charla.

El altavoz del aparato dejó escapar una voz en el lenguaje de los visitantes. El senador miró nerviosamente en esa dirección, arreglándose la corbata. La voz se detuvo.

Nathen se volvió y miró al altavoz. Sus preocupaciones parecieron haber desaparecido.

—¿Qué fue eso? —preguntó nerviosamente el del *Times*.

—Dicen que han desacelerado lo suficiente para entrar en la atmósfera. Espero que estén aquí en cinco o diez minutos. Ése fue Bud. Está muy excitado. Dice que qué clase de planeta tan lóbrego es éste en el que vivimos. —Nathen sonrió—. ¿Bromas?

El del *Times* estaba desconcertado.

—¿Qué quiere decir con lóbrego? No puede estar lloviendo en una área muy grande. —Afuera, la lluvia amainaba y grandes claros de cielo azul vivo brillaban a través de huecos en la capa de nubes, reflejándose luminosamente en las gotas que escurrían sobre los cristales de las ventanas. Trató de pensar en una explicación—. Quizá están tratando de aterrizar en Venus. —Sabía que el pensamiento era ridículo—. La nave seguía la dirección del rayo transmisor de Nathen. No podía equivocarse. Se trataba, posiblemente, de una broma de «Bud».

La luz verde brilló de nuevo en el aparato, y ambos dejaron de hablar, esperando que el mensaje fuera grabado a menor velocidad, y reproducido. La pantalla del cátodo se animó repentinamente con la imagen de un joven sentado ante un transmisor, de espaldas, mirando una pantalla que mostraba la visión de un masivo plano oscuro que se acercaba. Al aproximarse la nave, la ilusión de solidez se convirtió en una hirviente turbulencia de nubes oscuras. Se expandieron en un torbellino pardusco y, después, la negrura absoluta cubrió la pantalla de la nave. El joven se volvió para encarar la cámara, diciendo algunas palabras al hacerlo; mostró

nuevamente la O de una sonrisa, accionó un apagador y se oscureció la pantalla del salón de recepciones.

La voz de Nathen pareció sometida a una grave preocupación, al informar:

—Dijo algo así como «Preparen las bebidas, que allá vamos».

—La atmósfera no parecía real —comentó el del *Times*, sabiendo que decía algo demasiado obvio—. No parecía la atmósfera terrestre.

Algunas personas se aproximaron.

—¿Qué han dicho?

—Están entrando a la atmósfera, deberán de aterrizar en cinco o diez minutos —les informó Nathen.

Un murmullo de excitación recorrió la sala. Los camarógrafos empezaron a ajustar sus lentes, a comprobar los micrófonos y a afocar las luces. Los científicos se pusieron en pie y se acercaron a las ventanas, aún platicando animadamente. Los reporteros salieron en tropel de la sala de proyección y también se aproximaron a las ventanas para presenciar el gran acontecimiento.

Los tres lingüistas los siguieron, llevando la gran caja que contenía el mecanismo electrónico traductor revisándolo concienzudamente mientras lo conectaban al sistema general de sonido público.

—¿Dónde aterrizarán? —preguntó brutalmente el del *Times* a Nathen—. ¿Por qué no hace usted algo?

—Dígame qué, y lo haré —respondió Nathen, sin moverse. No era un sarcasmo. Jacob Luke miró de reojo su rostro pálido y moderó su tono.

—¿No puede hacer contacto con ellos?

—No, mientras aterrizan.

—¿Y ahora qué? —El del *Times* sacó un paquete de cigarrillos, recordó la prohibición y lo guardó en seguida.

—Esperar. —Nathen descansó un codo en la rodilla, y la barbilla en la mano.

Aguardaron.

Todos esperaban en la sala. Las conversaciones se apagaron. Un hombre calvo, del grupo de científicos, se mordía las uñas; otro limpiaba distraídamente sus anteojos, los miraba contra la luz, se los ponía, y un momento después tornaba a limpiarlos. Los técnicos de televisión se concentraban en su trabajo, moviéndose con eficiencia, arreglando prolijamente cosas que no necesitaban serlo y comprobando detalles que ya fueron cotejados.

Sería uno de los momentos más grandes de la historia de la humanidad, y todos ellos trataban de olvidar ese hecho para permanecer impassibles y concentrados en su trabajo, como compete a los buenos especialistas.

Tras una espera que pareció interminable, el del *Times* consultó su reloj. Habían pasado tres minutos. Trató de contener el aliento un instante, intentando percibir el lejano sonido de los cohetes al acercarse. No pudo oír nada.

El sol salió de detrás de las nubes e iluminó el campo, como un gran reflector

enfocando un escenario vacío.

Abruptamente, la luz verde brilló de nuevo en el aparato de contacto con los visitantes, indicando que un mensaje condensado acababa de llegar. La grabadora lo tomó, disminuyó su velocidad y lo transmitió al amplificador de sonido. La voz se escuchó con intensidad, en la tensión reinante en la sala.

La pantalla permaneció oscura, pero la voz de Bud dijo unas palabras en su lenguaje. Se detuvo, se escuchó un sonido metálico y se apagó la luz verde. Cuando se hizo patente que no continuaría y que no sería hecho ningún anuncio de lo que habló, la gente se volvió nuevamente hacia las ventanas y se reiniciaron las conversaciones.

Uno de los lingüistas permaneció contemplando la bocina del amplificador, miró hacia los cada vez más amplios jirones de cielo azul, a través de la ventana, con expresión confundida.

—Está oscuro —tradujo en voz baja Nathen al hombre del *Times*—. Su atmósfera es *espesa*. Eso es precisamente lo que ha dicho Bud.

Tres minutos más. El del *Times* se sorprendió a sí mismo a punto de encender un cigarrillo y maldijo en voz baja, apagando el cerillo y guardando otra vez el cigarrillo en el paquete. Ya era tiempo de que se hubiera realizado el aterrizaje. Aún no se escuchaban los sonidos de los cohetes.

La luz verde apareció en el receptor.

Instintivamente se puso de pie. Nathen estuvo a su lado en un instante. Entonces se escuchó el mensaje en la voz que ya había identificado como la de Bud. Habló e hizo una pausa. El del *Times* lo supo antes de escuchar la traducción.

—Hemos aterrizado. —Nathen susurró las palabras.

El viento soplaba a través de los abiertos espacios de concreto blanco y suelo mojado, que era el desnudo campo aéreo, agitando el pasto húmedo. La gente de la sala de espera miraba al exterior, aguardando oír el rugido de los motores, buscando el plateado casco de la nave en el cielo.

Nathen se movió, tomando asiento ante el transmisor, conectando apagadores y moviendo los controles. Jacob Luke, del *Times*, se movió suavemente para colocarse a sus espaldas, esperando ser de alguna utilidad. Nathen hizo un leve movimiento con la cabeza, descolgó dos de los audífonos que estaban al lado del aparato traductor electrónico, los conectó y los pasó, por encima de su hombro, al hombre del *Times*.

La voz se dejó escuchar en el altavoz.

Rápidamente, Jacob Luke se ajustó los auriculares. Le pareció notar un temblor en la voz de Bud. Durante un momento sólo escuchó el lenguaje extraño, y después, en tono distante pero claro, la voz grabada de los lingüistas que pronunciaban una palabra en inglés; después, un sonido metálico y otra palabra claramente articulada en la voz de otro de los traductores; y luego, otra al fluir la voz de los visitantes de los altavoces, apenas audibles las palabras aisladas, sobreponiéndose y mezclándose como pensamientos traducidos, evitando palabras poco familiares y, sin embargo, con

una claridad asombrosa.

—El radar no muestra edificios o civilización cercanos. La atmósfera que nos rodea parece ser tan espesa como el engrudo. Hay una tremenda presión gaseosa, baja gravedad, ninguna luz. Tú no lo describiste así. ¿Dónde estás, Joe? ¿Es esto algún truco? —Bud vaciló y fue urgido por una voz más profunda, con tono autoritario, que acentuó las palabras.

—Si es una emboscada, estamos listos para repeler el ataque.

El lingüista continuó escuchando. Llamó a los otros lingüistas y habló en voz baja con ellos.

Joseph Nathen los miró con hostilidad, mientras tomaba el micrófono de mano, enchufándolo en el traductor.

—Joe llamando —anunció con calma, pronunciando con claridad las palabras en inglés—. No hay ninguna trampa. No sabemos dónde están ustedes. Estoy tratando de identificar la dirección de tu señal. Descríbenos el sitio donde están, si te es posible.

En las cercanías, las luces de los reflectores iluminaban la plataforma preparada para la bienvenida oficial. Los canales de televisión de todo el mundo estaban advertidos para que dejaran de lado su programación habitual, y transmitiesen el suceso sin precedentes. En la gran sala, todos aguardaban, esperando escuchar el ruido de los cohetes de la nave.

Esta vez, tras aparecer la luz, hubo una prolongada demora. El sonido de la bocina tartamudeó hasta convertirse en un rechinado en el que difícilmente se podía ubicar una apagada voz. Débilmente pareció articular algunas palabras antes de volverse inaudible. La máquina tradujo a través de los auriculares.

—Tratamos... pareció... reparación... —Repentinamente llegó con toda claridad —: No puedo decir si también se descompuso el auxiliar. Lo probaremos. Tal vez los recibamos con toda claridad en su siguiente intento. He disminuido el volumen. ¿Dónde está la pista de aterrizaje? Repito. ¿Dónde está la pista de aterrizaje? ¿Dónde están ustedes?

Nathen dejó el micrófono de mano, ajustó cuidadosamente un dial en la grabadora y conectó un apagador, hablando por sobre el hombro:

—Esto hace que se repita una y otra vez lo que dije anteriormente. —Permaneció en una inmovilidad poco natural, con la cabeza aún vuelta a medias, como si repentinamente hubiese captado un asomo de la respuesta y tratara de acabar de entenderla, sin conseguirlo.

La luz verde interrumpió sus pensamientos, y el rostro de Bud apareció de nuevo en la pantalla, mientras su voz se dejó oír por el altavoz:

—Escuchamos unas cuantas palabras, Joe, y el receptor se descompuso nuevamente. Estamos ajustando una pantalla receptora para que capten las ondas largas que pasen a través de la neblina y las conviertan en luz visible. Pronto estaremos en posibilidad de ver al exterior. El ingeniero dice que algo anda mal con los cohetes traseros, y el capitán me ha ordenado que transmita una llamada de

auxilio a nuestra base espacial más cercana. —Hizo con la boca la O de una sonrisa—. El mensaje tardará años en llegar. Confío en ti, Joe, pero sácanos de aquí, ¿quieres?... Me avisan que la pantalla está lista. Aguarden.

La pantalla se oscureció y la luz verde se apagó.

El del *Times* consideró el lapso requerido para la llamada de auxilio, la emisión y grabación del mensaje recibido, el tiempo necesario para arreglar la pantalla.

—Trabajan rápido. —Cambió de postura con incomodidad y añadió, al azar—: Algo anda mal con el factor tiempo. Todo está mal. Trabajan demasiado rápido.

La luz verde apareció casi en seguida. Nathen se volvió a medias, hablando rápidamente mientras el mensaje era grabado y puesto a un tiempo más lento.

—Están lo suficientemente cerca como para que la potencia de nuestro transmisor perjudique su receptor.

Si estaban en la Tierra, ¿por qué esa oscuridad alrededor de la nave?

—Quizá ellos vean con los rayos ultravioleta, si la atmósfera es opaca en esa banda —sugirió ávidamente el del *Times* mientras se oía de nuevo la voz del joven ultraterrestre.

Ahora la voz temblaba realmente.

—Aquí va la descripción.

Todos esperaron tensamente. El del *Times* representó en su mente el mapa del Estado.

—Un semicírculo de acantilados bordea el horizonte. Un amplio lago cenagoso, lleno de cosas que nadan. Un enorme y extraño follaje blanco alrededor de la nave, y monstruos increíblemente grandes que se atacan y devoran unos a otros, por todos lados. Casi aterrizamos en el lago, estamos en la orilla. El fango no puede sostener el peso de la nave y nos hundimos. El ingeniero dice que tal vez nos sea posible despegar, pero los tubos están semiobstruidos por el lodo y pudieran volar la nave en pedazos. ¿Cuándo pueden ustedes llegar al rescate?

El del *Times* pensó vagamente en la era carbonífera. Obviamente, Nathen vio algo que él ignoraba.

—¿Dónde están? —le preguntó quedamente el del *Times*. Nathen señaló el indicador de posición. El del *Times* dejó que sus ojos siguieran las líneas imaginarias convergentes a través de la ventana y hacia el desierto campo aéreo, ahora iluminado por el sol, donde se encontraban las líneas.

¡La nave se encontraba allá, donde las líneas se cruzaban!

El temor de algo desconocido hizo repentinamente presa en él.

La nave del espacio volvía a transmitir:

—¿Dónde están? ¡Respondan si les es posible! ¡Nos hundimos! ¿Dónde están ustedes?

Vio que Nathen lo sabía.

—¿Qué es esto? —preguntó roncamente el del *Times*—. ¿Están en otra dimensión, en el pasado, en otro mundo, o qué?

Nathen sonreía amargamente, y Jacob Luke recordó que el joven tenía un amigo en esa nave.

—Creo que ellos proceden de un planeta de alta gravedad, con una tenue atmósfera, cercano a una estrella blanca. Claro, ellos ven en la frecuencia ultravioleta. Nuestro sol es anormalmente pequeño, tenue y amarillo. Nuestra atmósfera es tan espesa que opaca los rayos ultravioleta. —Rió amargamente—. ¡Buena broma ha sido el sitio en que nos tocó evolucionar, y lo que ha hecho de nosotros!

—¿Dónde están ustedes? —llamó la nave de los visitantes—. ¡De prisa, por favor! ¡Nos estamos hundiendo!

Nathen habló lentamente, buscando la comprensión en el rostro del hombre del *Times*:

—Los rescataremos. Usted tenía razón acerca del factor tiempo, tiene razón al pensar que se mueven a distinta velocidad. Yo me equivoqué. Todo lo que pensé acerca del sistema de la alta velocidad para mejorar la transmisión, estaba equivocado.

—¿Qué quiere decir?

—Ellos no aceleran sus transmisiones.

—¿Que no...?

Repentinamente, en la mente del hombre del *Times* empezó a aparecer el drama que viera en la pantalla, pero con los actores moviéndose a velocidad vertiginosa, con las palabras saltando en un aflautado torrente de gorjeos, los pensamientos y decisiones pasando con rapidez única, y los rostros congestionados en un alucinante cambio de expresiones, mientras que los actores saltaban dentro y fuera de la escena.

No, más rápido aún. Su visualización no era tan rápida como la realidad, una hora de diálogo y acción en un ruido casi instantáneo, ¡un breve ruido interfiriendo una sola palabra en una transmisión terrestre! Más rápido, más rápido. Era imposible. La materia no podía soportar tal esfuerzo, cuestiones de masa, de inercia, de peso... Era algo insano.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Cómo?

Nathen rió nuevamente, con amargura, mientras extendía la mano para tomar el micrófono.

—¿Rescatarlos? —preguntó el del *Times*—. ¡No hay un lago o un río a menos de un par de centenares de metros de aquí! ¿En dónde están? ¿Por qué no podemos ver su nave?

Nathen conectó el micrófono con un gesto que indicaba la amargura de su desencanto.

—Para ello, necesitaremos un lente de aumento.

EL MÁS IMPORTANTE HOMBRE TERCIARIO

Anthony Boucher

Una de las características primordiales de la cultura del tercer planeta de nuestro sistema solar es —ya lo he proclamado así en otra ocasión— su tendencia hacia la onomatolatría, es decir, el culto por los grandes nombres, sin tener en cuenta en absoluto la verdad biográfica y sin preocuparse lo más mínimo de la comprensión histórica.

Muchos de estos nombres, a los que se considera como en posesión de un significado casi mágico, serán investigados en capítulos posteriores; entre ellos podemos citar (dando aproximadamente sus equivalentes fonéticos) los de *Linkn*, *Mamt*, *Ung Klsam*, *Staln*, *Ro Sflt* (que parece haber surgido en diversos avalares contradictorios), *Bakh*, *Sokr Tis*, *Mi Klan lio*, *Me Uesstt*, *San Kloss*, y muchos otros, algunos de ellos de indudable origen legendario.

Pero uno de esos nombres parece destacarse preeminentemente sobre los demás en todos los arcanos culturales hasta ahora desvelados. De uno a otro polo, en todo lo que abarca el lenguaje terciario, no hemos descifrado un solo residuo cultural de cierta importancia que no contenga por lo menos una referencia al que parece haber sido incuestionablemente, el superhombre terciario, el más famoso de todos los tiempos, *Sherk Oms*.

Conviene en este punto, para evitar toda confusión, poner de manifiesto las dos formas de expresión de este nombre famoso:

Sherk Oms y *Sherk Sper*. Algunos literatos excéntricos, principalmente *Shcho Ras* en su último discurso ante la Academia, han sustentado la tesis de que estos dos nombres pertenecen a individuos diferentes y no a uno solo; pero, a decir verdad, apenas sí existen particularidades que diferencien a estas formas de expresión.

A *Sherk Sper*, por ejemplo, se le describe generalmente como un escritor especializado en espectáculos públicos; mientras que *Sherk Oms* es un perseguidor de transgresores de la ley contra la sociedad. A ambos se les presenta viviendo en la capital de la nación de *In Glan* sometidos a los cuidados de una administradora; pero el nombre de esta mujer, cuando se refiere a *Sherk Sper*, es el de *Li Zbet*, mientras que cuando corresponde a *Sheik Oms*, es *Vi Kto Rya*. La identidad esencial de estos nombres femeninos la he explicado ya en mi *Fonología terciaria*. La confusión de profesiones es más aparente que real, no obstante, pues la verdad es que *Sherk Oms* (empleando la forma de escritura más extendida) fue un escritor y un hombre de acción y tendía a enmascarar su nombre según lo que perseguía en aquel momento.

Sin embargo, son indudables los dos hechos siguientes:

1. Se nos había dicho que *Sherk Oms* era un escritor muy prolífico y, no obstante,

ni uno solo de los descubrimientos culturales ha revelado el más ligero fragmento de su obra literaria, aparte de dos relatos de sus aventuras personales.

2. Conocemos íntegramente la vasta obra literaria de *Sherk Sper*, y sin embargo ni uno solo de los descubrimientos culturales realizados ha revelado tampoco el más ligero fragmento biográfico fidedigno referente a su vida.

Una característica —puede añadirse— distinguía al gran *Sherk* bajo ambos nombres: su afición a disfrazarse. Poseemos amplios detalles de las muchas y magníficas caracterizaciones llevadas a cabo por *Sherk Oms*, mientras que leemos también que *Sherk Sper* acostumbraba a disfrazarse, imitando a muchos de los más eminentes escritores y políticos de su era, incluyendo a *Bekn*, *Ma Lo*, *Ok Sjud*, y otros.

¿Qué aspecto del gran *Sherk*, podríamos preguntarnos, le hacía tan atractivo para todos los terciarios? Esta pregunta es muy difícil de contestar. Aparte de los escritos de tipo religioso, hay dos materias que estamos seguros de encontrar siempre en todo descubrimiento realizado sobre la cultura terciaria, ya sea en el idioma original de *In Glan* o traducido a otra lengua: las notas biográficas sobre el cazador de criminales *Sherk Oms*, y las comedias (empleando una palabra terciaria intraducible) de *Sherk Sper*.

Ambas contribuyeron con tantas y tan diversas frases o locuciones a la riqueza del lenguaje, que es difícil imaginar sin ellas la cultura terciaria:

El perro no hace nada por la noche (un proverbio equivalente al nuestro: Cuando la Naturaleza descansa, el sabio duerme).

Amigos, romanos, compatriotas, prestad atención (indicando el comienzo del desarrollo de la cirugía plástica terciaria).

El juego es un pie (una desconcertante referencia, no confirmada todavía por descubrimiento cultural alguno, de un deporte apropiado para los unípedes).

Ser o no ser (una referencia evidente, realizada por *Sherk Sper*, a los años de retiro de *Sherk Oms*).

Lo que sí resulta muy difícil de apreciar es la estima relativa de los terciarios por el Maestro en sus dos apariencias, aunque podemos decir con toda certeza por lo menos, según se deduce de nuestras notas personales, qué aspecto del gran *Sherk* fue en su tiempo máspreciado para los terciarios, y quizá se deba a este hecho que los habitantes del *Ti Bet* elevan a él sus plegarias en esta forma: *Oms mani padme Oms*.

Las poquísimas derrotas que sufrió *Sherk Oms* fueron, según los datos que poseemos, causadas por nosotros. Limitado su raciocinio —aunque de inteligencia superior al resto de los terciarios—, fue incapaz de comprender la situación cuando nuestro agente introductor *Fi Li Mor* fue obligado a volverse a casa por su varilla temporoespacial que *Wa Tsn* tomó por un paraguas. Nuestro empleo de un buque —por demás rústico y chapucero— para el transporte de agua, llamado, según creo, *A Li Sha*, fue lo suficientemente extraño para dejarlo perplejo; y nunca comprendió —

debemos agradecerse al Gran Hacedor— lo que habíamos plantado en el mundo terciario, pues él pensó que era una caja de cerillas.

Pero con tiempo, una mente tan penetrante, como la suya revelaba ser en cualquiera de sus dos apariencias, lo habría comprendido perfectamente; y más aún, habría desarrollado los métodos más adecuados de contraataque. Debemos dar las más rendidas gracias a la absurda brevedad de la vida terciaria, pues aún él, considerado uno de los más longevos de su pueblo, sobrevivió menos de cien ciclos orbitales del tercer planeta.

Si *Sherk Oms*, el más perceptivo inventor de los terciarios, hubiese vivido todavía ahora, la reciente conquista del tercer planeta por el cuarto habría sido frustrada, y su planeta herviría todavía de pululantes terciarios, con sus absurdos conceptos de *naciones, guerras y razas*, en lugar de haberse convertido en ese campo de juego sin un átomo de vida, en el que los investigadores culturales convecinos nuestros realizan sus descubrimientos, procedentes de ese planeta que los terciarios conocían con el nombre de Marte.

FIN